

AD A  
CIÓN GEN

HERAULT  
HISTORIA  
ECCLESIASTICA

BX944

B4

V. 13

C. 1

135830

27

*José Angel Benavides.*





E#7-6#2

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALEJANDRA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
46  
Folio 46 MICROFILMADO 15/3/83

HISTORIA ECLESIASTICA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA  
DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,

CANÓNICO DE NOYON:

traducida nuevamente al castellano, corregida,

anotada y continuada

HASTA EL PONTIFICADO DEL SS. P. LEON XII.

por los P.P. J. de M. y M. C. de V.

TOMO XIII.

Desde el principio del pontificado de Urbano II en el año 1088,  
hasta la muerte de San Bernardo en el de 1153.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Valencia: Imprenta de D. Benito M. Conforti,  
NOVIEMBRE 1831.

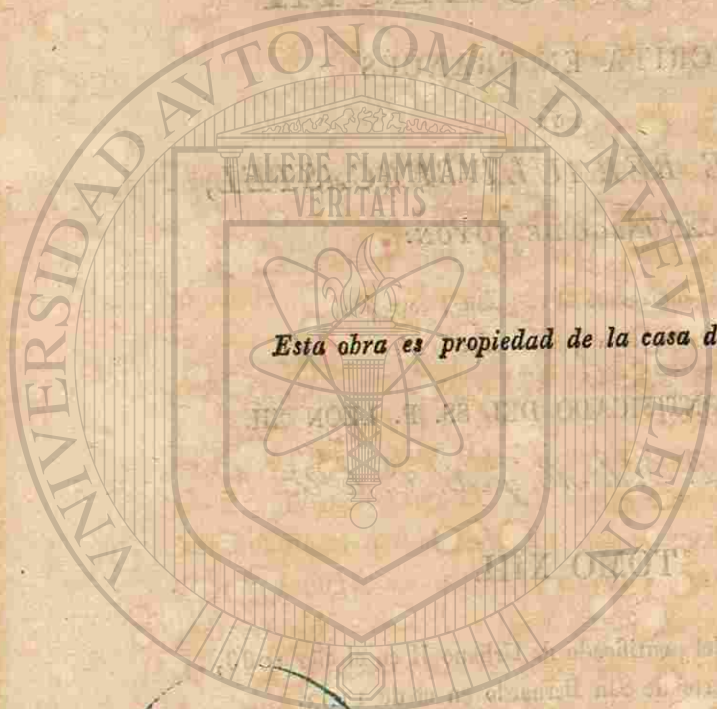
12230

38376

B X944

B4

U. 13



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135830

## RESUMEN

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-CUARTO.

N.º 1. *Oposición de la enseñanza pública á las relajaciones de la tercera edad.* 2. *Elección del Papa Urbano II.* 3. *El Papa entra en Roma, de donde se habia echado al Antipapa Guiberto.* 4. *Concilio celebrado en Melfi por el Papa.* 5. *Los cismáticos prevalecen en Roma.* 6. *Gofredo, abad de Vandoma.* 7. *Sumisión del Emperador Alejo á la santa Silla.* 8. *Bernardo arzobispo de Toledo.* 9. *Errores de las falsas decretales.* 10. *Restablecimiento de la metrópoli de Tarragona.* 11. *Duelo por el oficio mozárabe.* 12. *Decadencia del cisma en Alemania.* 13. *Prelados distinguidos en este país.* 14. *Muerte del heresiarca Berengario.* 15. *Hermanos conversos y oblatos.* 16. *Fundación de la Cartuja.* 17. *San Bruno llamado á Roma por el Papa.* 18. *No admite el arzobispado de Regio, y funda el monasterio de la Torre.* 19. *Su carta á Rodulfo el Verde.* 20. *Su muerte.* 21. *San Ulrico de Cluny.* 22. *Su libro de las prácticas de Cluny.* 23. *El B. Odart de Tournai.* 24. *Ivon de Chartres.* 25. *Su decreto.* 26. *Asunto del Rey Felipe y de Bertrada.* 27. *Concilio de Plasencia.* 28. *Embajadores de Alejo Comneno á este concilio.* 29. *Quejas de la Emperatriz Adelaida.*

TOM. XIII.

1

ra el mes de Octubre. En él se hallaron ciento ochenta y tres obispos, delante de los cuales se hicieron muchas exclamaciones contra el Rey de Inglaterra, principalmente por lo respectivo á la simonía, y á la opresion de las iglesias. Todos los padres fueron de parecer que habiendo sido aquel Príncipe amonestado ya por tres veces segun los cánones no quedaba mas que hacer que imponerle el anatéma. Anselmo que habia guardado hasta allí un profundo silencio, se arrojó inmediatamente á los pies del Papa, y como veía su Soberano en su mismo perseguidor, intercedió por él con tan afectuoso corazón, que excitó la admiracion de todos los asistentes, y contuvo los efectos de la severidad pontificia. No señaló menos su sabiduría en la fuerza y claridad con que refutó á los griegos, que en aquel concilio quisieron probar por el Evangelio que el Espíritu Santo procede solo del Padre: despues copió las razones triunfantes que habia espuesto, y compuso con ellas un tratado sobre la procesion del Espíritu Santo del Padre y del Hijo.

Al regreso del Sumo Pontífice á Roma, llegó un enviado del Rey de Inglaterra encargado de las respuestas de este Príncipe, que fueron reputadas tan insignificantes como inescusable su conducta. El apologista no pudo conseguir otra cosa que un plazo hasta San Miguel del año siguiente. Pareció este retraso demasiado largo á San Anselmo, quien por lo mismo se resolvió á pasar á Francia; pero su Santi-

dad le mandó detener todavía algun tiempo en Roma, en donde procuró por todos los medios hacerle olvidar los disgustos consiguientes á la dilacion de los negocios. Visitábale el Pontífice frecuentemente en su habitacion, ó por mejor decir, estaba sin cesar con él, pareciendo en cierto modo que le hacia la corte. Precisaban á Anselmo, á pesar de resistirlo su modestia, en todas las ceremonias y asambleas á ocupar el primer puesto junto al Papa: todo el mundo se empeñaba á porfía en prodigarle distinciones y honores; y hasta los mismos cismáticos encarnizados siempre en despedazar el seno de la iglesia romana, y en perseguir hasta en medio de Roma á los partidarios del Pontífice, hacian una escepcion única en favor de las virtudes eminentes del arzobispo de Cantorberi.

En el concilio anual celebrado allí en 10 de Abril de 1099, se exaltó repentinamente Reingero obispo de Luca, encargado de promulgar los decretos, con un entusiasmo, que dió á conocer bien las disposiciones habituales de los prelados italianos en orden al santo arzobispo. Apenas habia principiado la lectura de los decretos, cuando mudandó de semblante, y tomando una voz y un gesto animados, esclamó como por inspiracion: „¿en qué pensamos, hermanos míos? Estamos cargando de leyes y de observancias á los hijos humildes de la Iglesia, y no tratamos de oponernos á las violencias de sus opresores. Un venerable prelado, venido de las estremidades del mundo, se halla modestamente sentado entre

nosotros; pero su modestia, su silencio mismo clama elocuentemente y pide justicia por las indignidades que ha sufrido. Ya hace casi dos años que anda errante fuera del seno de su iglesia, y no obstante le vemos sin defensa. Si alguno de vosotros, añadió golpeando tres veces el suelo con su báculo, si alguno, repito, no entiende de quien hablo, sepa que es del grande Anselmo, el ilustre primado de la iglesia de Inglaterra." Interrumpióle el Papa diciendo: „basta, hermano, basta: ya proveeremos lo necesario á ese efecto." Urbano como hemos visto, habia concedido un año de plazo al Rey de Inglaterra: no juzgó oportuno anticipar el fin de este término, y San Anselmo salió entonces de Roma y regresó á Francia.

54. Aceleróse el Papa por otra parte á confirmar la eleccion de San Juan de Ternana que habia visto la luz en Varneton, y habia sido canónigo de la colegiata de San Pedro de la isla, y despues canónigo regular del monte San Eloy cerca de Arras adonde le habia conducido el deseo de adquirir mayor perfeccion (1). Solo se ocupaba en santificar su alma en la obscuridad del retiro, cuando Lamberto, primer obispo de Arras, despues que esta iglesia fue separada de la de Cambray, á la que permaneció unida por mas de quinientos años, le obligó con harito trabajo á recibir la dignidad de arcediano. Desolada la iglesia de Ternana despues de veinte años por las facciones y escándalos sucesivos de tres ó

(1) *Bolland. tom. 1. pag. 796.*

cuatro intrusos, eligieron para hacer frente á estos males al santo arcediano de Arras, célebre en particular por su desinterés. No podemos menos en este tiempo de rapiña y de violencias de admirar, que en vez de abrumar al clero con nuevas contribuciones como sus predecesores, le descargase aun de aquellas que estos habian impuesto. Cuando trataron de elegirle para el obispado, hubo otro que aspiraba á él, á quien sostenian los arcedianos de la catedral, lo que obligó á los abades y á los legos presentes á recurrir al Papa sin saberlo Juan, de cuya humildad debian esperar nuevos obstáculos. Y esta es la causa porque en su breve de confirmacion, le prohibió espresamente el Sumo Pontífice que se negase á admitir el obispado, lo que le obligó hasta hacerle desear la muerte. Sin embargo, se sometió á las órdenes de la Providencia, y gobernó santamente aquella iglesia por mas de treinta años.

Poco despues del concilio de Roma, el Papa Urbano II dió fin en esta capital á su gloriosa carrera en 29 de Julio de 1099. Su pontificado de cerca de once años y medio en un tiempo borrascoso, mostró no menos su prudencia que su actividad y grandeza de alma. Obligado á combatir al propio tiempo á un Antipapa poderoso y soberbio, á un Emperador cismático y sin religion, á Reyes sin costumbres y sin respeto á la Iglesia, y á sus propios pastores que la deshonoraban en gran número con sus simonías y con sus concubinatos, resistió á tantos y tan diversos enemigos con un celo egemplar, al que atri-



buyen milagros; y consumó el gran designio tantas veces concebido sin efecto de atajar los progresos de los enemigos del nombre cristiano en el oriente.

55. Estaba la capital de Judea en poder del califa de Egipto, que la habia recobrado de los turcos adictos al califa de Bagdad su contrario. Para conquistarla habia utilizado las victorias del egército cristiano, cuya alianza habia solicitado; pero habiendo llenado sus miras y colmado sus deseos, no pensó en devolverla á los cruzados, declarando á éstos que no consentiria la entrada en ella á sus peregrinos sino bajo ciertas condiciones humillantes. Respondieron los Príncipes, que no recibirian de él la ley, y que irian con todo su egército á Jerusalem. En efecto, marcharon despues de algun tiempo de detencion en Antioquía, en donde sufrieron en vez de descanso una enfermedad contagiosa, que se llevó mas de las tres cuartas partes de sus tropas; por lo que apenas consistian estas en cuarenta mil hombres, entre quienes apenas quedarian treinta mil en estado de combatir (1). Tratábase sin embargo de sitiar una plaza fortificada segun todas las reglas del arte, provista de toda clase de municiones, y de una guarnicion mas numerosa que los sitiadores. Carecian estos de agua é iban á buscarla á cinco ó seis millas sin tener otra madera para construccion de máquinas, que la que llevaban por mar. No duró con todo el sitio mas que cinco semanas: los cruzados delante de la ciudad á donde llegaron en 7 de Junio de 1099,

(1) *Guill. Tyr. lib. 8.*

hicieron tan grandes esfuerzos á la vista del santo término de sus deseos, que se apoderaron de él el viernes 15 de Julio á las tres de la tarde; cosa digna de observarse como se notó por ser el dia (entre los de la semana) y la hora en que Jesucristo habia muerto.

Distinguiéronse los Príncipes y los particulares á porfia con prodigios de valor. Pedro el ermitaño, que se encontró igualmente en esta espedicion, exhortó de un modo patético en el momento del asalto general, peleando todo aquel dia con encarnizamiento y una gran parte del dia siguiente, hasta que la plaza fue tomada. Defendiéndose los sitiados con igual valor dos horas antes de su entrega, el duque Gofredo desde la torre de madera en que mandaba un ataque, dijo á los cruzados, que un caballero que descendia del cielo al monte de las Olivas iba volando en su auxilio. A estas palabras, un caballero llamado Lethot, saltó de la torre que combatia al lado del duque sobre la muralla de la ciudad, y siguiéronle al punto Gofredo, el conde Eustaquio su hermano y algunos otros señores que aniquilaron á los infieles llenos de admiracion y de horror y casi yertos de espanto. Roberto, duque de Normandía, que presidia á un segundo ataque, saltó al propio tiempo, seguido del valiente Tancredo y de la flor de los señores normandos. Observando el prudente conde de Tolosa que mandaba el tercero, la turbacion general de los sarracenos, mandó echar el puente levadizo, y bajó bien acompañado á la ciudad: mató ó hizo

retirarse á los que guardaban la puerta vecina, y ésta se abrió para el resto del ejército. Fueron los cristianos en pocos momentos dueños de la plaza en donde en el primer furor de la victoria hicieron una carnicería, de que ellos mismos se horrorizaron bien pronto. Quedaron cerca de veinte mil sarracenos muertos, de suerte que todo el interior de la ciudad estaba inundado de sangre.

Los cristianos presentando un espectáculo mas digno de su fe, algunos momentos despues de esta horrible matanza, abandonaron sus armas y sus vestidos ensangrentados, se lavaron las manos, se vistieron ropas modestas, y derramando torrentes de lágrimas, fueron con los pies descalzos á la iglesia del santo sepulcro. Confesaban unos sus culpas con ánimo de no recaer mas en ellas; otros esparcian grandes liberalidades entre los pobres, teniéndose por bastante dichosos con participar de aquel glorioso triunfo. Algunos visitaban los santos lugares andando, ó mas bien arrastrándose sobre sus rodillas desnudas: cada uno por su parte se esforzaba á dar las mayores señales de piedad que le dictaba su emulacion. Ofrecieron los obispos y los sacerdotes en todas partes nuestros adorables misterios, rindiendo gracias al Eterno por un beneficio tan visiblemente divino.

56. Eligieron Rey de Jerusalem ocho días despues de esta feliz conquista, á Gofredo de Bullon, duque de Lorena. Habia entre los vencedores Príncipes más distinguidos por su poder, y aun por su nacimiento; pero él era principalmente recomendable por su va-

lor, por su piedad y por todas las virtudes. Su prudencia y rectitud inaccesible aun á las preocupaciones del tiempo y á toda intencion dañosa, le hicieron siempre fiel al Emperador Enrique IV, quien depositaba en él tanta confianza, que le entregó su estandarte contra el Rey Rodolfo, y aun afirman que Gofredo descargó el golpe mortal á este enemigo de su Soberano. Al punto que le eligieron los Príncipes, le trasladaron en pompa á la iglesia del santo sepulcro para hacerle coronar. Mas él se opuso á serlo solemnemente, y protestó en términos espesos no llevar la corona real en los lugares en que el Hijo de Dios habia llevado la de espinas. Señaló los primeros días de su reinado con la derrota de un ejército innumerable, con que el soldan de Egipto volaba al socorro de la plaza. Despues procuró hacer florecer el culto divino: fundó un cabildo de canónigos en la iglesia del santo sepulcro, otro en la iglesia del templo, y levantó un monasterio en el valle de Josafat. Distribuyéronse en estos establecimientos diversas lámparas de oro y plata, y todas las inestimables riquezas de una soberbia mezquita que el califa Omar habia edificado sobre las ruinas del antiguo templo, la que tambien convirtieron en iglesia. Daimberto, arzobispo de Pira, que sucedió á fines del mismo año de 1099 á Emardo en calidad de legado de la santa Silla, fue elegido patriarca de Jerusalem por los señores cruzados que quedaban en Palestina; y desde entonces esta iglesia, igualmente que el reino, tomó una forma regular.

## RESUMEN

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

## EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-QUINTO.

- N.º 1. *Pascual II sucede al Papa Urbano, y Balduino al Rey Gofredo.* 2. *Muerte repentina de Guillermo el Rojo.* 3. *El Antipapa Guiberto tiene la misma suerte.* 4. *Conversion del Rey Felipe.* 5. *San Oton, obispo de Bamberg.* 6. *El Príncipe Enrique, despues de la muerte de Conrado, se rebela contra su padre.* 7. *Desgracias del Emperador Enrique IV.* 8. *Su muerte.* 9. *Empresas de Enrique V contra la Iglesia.* 10. *El Papa va à refugiarse en Francia.* 11. *Convenio del Rey de Inglaterra con San Anselmo.* 12. *Decretos contra el concubinato de los clérigos.* 13. *Muerte de San Anselmo.* 14. *Sus escritos.* 15. *Ponce sucede à San Hugo de Cluny.* 16. *Asuntos de España.* 17. *Escesos de Enrique V contra el Papa.* 18. *Debilitades del Papa Pascual.* 19. *Cuestion sobre las investiduras.* 20. *Religion de Alejo Comueno.* 21. *Persigue à los bogomilos.* 22. *Nuevos paulicianos.* 23. *Constituciones del Emperador Alejo y de la Emperatriz Irene.* 24. *Iglesia de Jerusalem.* 25. *Viages del Príncipe Boemundo por el occidente.* 26. *Infame conducta de Balduino y de Arnulfo.* 27. *Desinterés del conde de Bolonia.* 28. *Discipulos de Roberto de Arbrisel.* 29. *Fundacion de*

Fontevault. 30. Doctrina de Ivon de Chartres. 31. San Bernardo de Tiron. 32. San Roberto de Mo-  
lemo. 33. Principios de San Bernardo. 34. Propa-  
gacion del orden del Cister. 35. San Bernardo en  
Claraval. 36. Guillermo de Champeaux. 37. San  
Gofredo de Amiens. 38. Concilio de Letran contra  
las investiduras. 39. Roma sublevada contra el Pa-  
pa. 40. Gelasio II Papa. 41. Mauricio Burdino  
intruso en la santa Silla. 42. Retirada de Gelasio á  
Francia. 43. Principios de San Norberto. 44. Vic-  
torias del Rey Alfonso de Aragon contra los moros.  
45. Eleccion de Calisto II. 46. Concilio celebrado  
en Rems por el Papa. 47. Celo apostólico de San  
Norberto. 48. Fundacion de los premostratenses. 49.  
Primado de Viena. 50. El Papa en Italia. 51. Cai-  
da del Antipapa Burdino. 52. Reconciliacion de En-  
rique V con la santa Silla. 53. Tratado de las in-  
vestiduras por Gofredo de Vandoma. 54. Primer  
concilio general de Letran.



---

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

### LIBRO TRIGÉSIMO-QUINTO.

*Desde la conquista de Jerusalem por los cruzados en el  
año 1099, hasta el primer concilio general de Letran  
en el de 1123.*

1. **E**l nuevo reino de Jerusalem, sin embargo de su magnificencia, brillaba solamente por su fama y por los heroicos hechos de armas de su Soberano (1). Cuando los grandes creyeron cumplido su voto con la conquista de los santos lugares, se retiraron todos á su patria, y Gofredo quedó solo con Tacredo. Reunidas sus tropas, apenas llegaban á trescientos caballos y á dos mil hombres de infantería. Eran muy pocas las ciudades sometidas, y separadas unas de otras por plazas enemigas que hacian su comunicacion casi impracticable. Los infieles ocupaban todos los campos y arruinaban las tierras para consumir á los cristianos con la carestía, á riesgo de morir ellos mismos de hambre. No reinaba mayor

(1) Guill. Tyr. lib. 9. cap. 19.

seguridad en las ciudades mal reparadas, á las que llegaban casi todas las noches gruesas partidas de sarracenos á causar sobresaltos, y á quitar á muchos cristianos la vida.

Tomaron á Jerusalem quince dias antes de la muerte de Urbano II, quien por consiguiente no tuvo el consuelo de saber la noticia de una conquista que tanto habia ansiado. Estaba reservada á Pascual II, que un mes despues de este acontecimiento, en 3 de Agosto, fue elegido por sucesor de Urbano. Mas su alegría fue bien pronto alterada por la muerte del Rey Gofredo, que vivió en el trono solo un año. Apenas el nuevo Pontífice envió á Mauricio, obispo de Porto, para suceder á su legado Daimberto, que ascendió á patriarca, murió el nuevo Rey en 18 de Julio de 1100. Su hermano Balduino, conde de Edesa, que tenia tanto valor como Gofredo, aunque no tanta prudencia, fue reconocido Rey, y algunos meses despues por detenciones causadas con motivo de cierta preocupacion de Daimberto, bien que esto no tuvo consecuencia alguna, fue coronado por este patriarca en Bethleem el dia de Navidad del mismo año.

2. Habiendo sabido San Anselmo en Leon la promocion del Papa Pascual, le rogó por cartas que no olvidase las desgracias de la iglesia de Inglaterra, que sentia mucho mas que las suyas propias (1). Representóle que la especie de destierro que sufría era solo por no querer acceder á los caprichos de

(1) *Lib. 3. Epist. 40.*

un Príncipe, que miraba como derechos reales los trastornos de la ley divina: que el Rey Guillelmo estaba ofendido solo por haberle rogado que le permitiese ir á consultar al Sumo Pontífice. Dijo que no solo prohibia á los obispos el escribirle y recibir sus cartas, sino tambien reconocer al Papa en Inglaterra sin su orden: que despues de trece años que reinaba, no se habia celebrado allí un concilio; y que regalaba las tierras de la Iglesia á sus vasallos, conservando para sí mismo todos los bienes de la de Cantorberi desde el tiempo en que le obligó á salir de allí. Le suplicaba por último, que no le mandase regresar á menos que no pudiese observar la ley divina, y que no se constituyese el Rey en la obligacion de reparar los males que habia causado.

Dios mismo parece que quiso castigar en este mundo al Príncipe (1). Pocos dias despues de las quejas del santo primado de Inglaterra, en 2 de Agosto de dicho año de 1100, murió Guillelmo el Rojo en una caza de un modo tan súbito, que no dió señal alguno de arrepentimiento. Persiguiendo á un ciervo á quien hirió, un caballero llamado Tirrel, que quiso acabar de matar al animal, despidió una flecha que se clavó en el corazon del Rey, á quien dejó muerto en el sitio. Lloróle amargamente su santo pastor; y protestó de un modo capáz de persuadir á todo el mundo que mas hubiera deseado perecer él propio, que ver espirar así á aquel desgraciado Príncipe. Recibió bien pronto San Anselmo una di-

(1) *Hist. Novor. lib. 3.*

putacion de su iglesia, instándole para que regresase á ella; y apenas se habia puesto en camino cuando otra diputacion del nuevo Rey Enrique y de los señores del reino, llegó á suplicarle que acelerase su venida, ofreciendo el Rey gobernarse por sus consejos, y disculpándose de haberse hecho consagrar sin esperarle. Las circunstancias críticas en que se hallaba eran bien patentes: el Rey Guillelmo no dejaba hijos; y como Roberto, conde de Normandía su hermano mayor, no habia llegado todavía de la cruzada, Enrique, hermano menor, se habia utilizado de su ausencia para hacerse elegir Rey, y temió dejar intervalo alguno entre la eleccion y la coronacion. Proporcionó Anselmo su diligencia al empeño de todas las órdenes del reino, siendo recibido con las mas vivas demostraciones de alegría. Sostuvo-se el Rey Enrique contra todos los esfuerzos de su hermano, y reinó mas de treinta y cinco años. Tuvo tambien en lo sucesivo vivas contiendas con su santo arzobispo; mas por el pronto quiso al parecer enjugar las lágrimas de la iglesia de Inglaterra.

3. La de Roma se vió por último libre por este mismo tiempo de las turbulencias y de los escándalos que padecia despues de veinte años completos por la intrusion del Antipapa Guiberto. Desde que Pascual ascendió al pontificado, los romanos, indignados de repente de que aquel tizon de la discordia hubiese puesto en movimiento á la Iglesia durante el tiempo de tres pontificados consecutivos, instaron á su Pastor legitimo para que los libertase de este azo-

te, ofreciendo al efecto su sangre con todas sus facultades. Por otra parte, los diputados que cumplieron al nuevo Pontifice de parte del conde Rogero, pusieron á sus pies ciento veinticinco marcos de oro. Obró Pascual con eficacia con este auxilio, pues al punto logró hacer salir á Guiberto de Albania, que fue el desenlace de esta larga y desastrosa usurpacion del pontificado; porque el Antipapa murió repentinamente en su fuga. Sus partidarios pusieron en vano á Lorenzo, Teodorico y Maginulfo, nombrado por su faccion Silvestre IV, porque los primeros fueron aprendidos al momento y cerrados en monasterios, y el tercero obligado á recurrir á la fuga, muriendo espulsado en tal miseria que quitó á otros el deseo de sucederle.

4. Aprovechóse el Papa Pascual del modo mas conveniente de la tranquilidad que recobraba para la edificacion de los Príncipes y de los pueblos. Habia olvidado Felipe, Rey de Francia, las ofertas con que logró de Urbano la absolucion. Observó Pascual una conducta mas severa y mas espedita. Nombró legados de su parte que corrieron á buscarle, y le notificaron que dejase su concubina; y porque no les dió ninguna esperanza de enmienda, convocaron contra él un concilio en Poitiers, celebrado en el dia señalado, y en el que escomulgaron al Rey igualmente que á Bertrada. En vano el conde Guillelmo nono, aun mas disoluto que el Rey Felipe, infundió pusilanimidad á algunos prelados, porque el mayor número, y entre ellos Bernardo, abad de San Ci-

priano de Poitiers, y el bienaventurado Roberto de Arbrisel, que habian concurrido, se señalaron con una firmeza á toda prueba. Ansiando algunos perversos agradar al conde, hicieron volar desde el coro una granizada de piedras; y habiendo ya roto la cabeza á un eclesiástico al lado de los legados, los padres permanecieron inmóviles, y algunos se despojaron de sus mitras como para recibir mejor los golpes, causando tanta impresion en los sediciosos que reprimieron la rebelion.

La excomunion pronunciada contra Felipe y Bertrada causó mucha sensacion en los ánimos, y habiendo ido el Rey mucho despues á Sens con su concubina, halló todas las iglesias cerradas, teniendo que permanecer quince dias sin oír misa. Bertrada, de un carácter mas violento que el Rey, mandó abrir á la fuerza la puerta de una iglesia, y obligó á uno de sus capellanes á celebrar en su presencia. Felipe, en quien la disolucion jamás llegó á extinguir los sentimientos de la Religion, declaró por el contrario que habia resuelto ir á Roma á pedir al Papa la absolucion; pero este débil Príncipe permaneció todavía algun tiempo en su pecado, y no recibió la absolucion del Pontífice hasta que en el concilio celebrado en París en 5 de Diciembre de 1104, se la dió en su nombre Lamberto, obispo de Arras. Una humildad egemplar, y las pruebas mas claras de compuncion, no dejaron duda alguna sobre la sinceridad de las promesas del Rey. No obstante los rigores de la estacion, fue al concilio descalzo, y juró entre las manos del

legado del Papa, no solo no conservar en lo sucesivo trato alguno criminal con Bertrada, sino tambien no hablar con ella á no ser en presencia de testigos libres de toda sospecha. Aguardaba aun obtener licencia del Papa para casarse con ella; pero este permaneció inflexible á causa de la enormidad del escándalo, y de los malos tratamientos que habian ocasionado la muerte á la Reina Berta. Sometióse Felipe en un todo, y no pensó mas que en espiar pecados de que él propio se reprendia, queriendo abrazar la vida monástica para mejor apaciguar la ira de Dios. Sabemos esto por una carta de San Hugo de Cluny, escrita á este Príncipe á fin de confirmarle en esta segunda resolucion, que sin embargo nunca llevó á efecto (1). Dios queria por todos estos medios disponerle á una muerte cristiana, cuyo término no estaba muy lejos.

5. No fue tan fácil conseguir la sumision del Emperador Enrique. Mas exasperado cada dia contra la santa Silla, perseguia con todo esfuerzo á los preladados que rehusaban tomar parte en su cisma, ó que no entraban por lo menos en sus miras en el punto de las investiduras; porque no podemos negar que él trató con bondad, y aún honró con su confianza á algunos obispos constantemente adictos á los principios fundamentales de la unidad. Bruno de Tréveris era de la comunión de los católicos, á quienes honraba con sus virtudes, y ninguno gozó no obstante mayor autoridad en los consejos, ni tuvo mas parte en la

(1) *Epist. Hug. tom. 2. Spicil. pag. 401.*

confianza del Emperador, que le daba el nombre de padre. Mas Bruno permaneció unido á la Cabeza de la Iglesia sin apartarse un ápice de la fidelidad debida á su Soberano; ni aun sabemos que el Papa le dirigiese por esto la menor reconvencion, y si se la dirigió por haber recibido del Emperador la investidura por medio del báculo y el anillo, no por eso dejó de confirmar su consagracion.

Dió tambien Enrique IV grandes señales de estimacion á San Oton, obispo de Bamberg, á quien colocó él propio en esta silla del modo mas inesperado (1). Nacido Oton en Suabia de padres nobles, aunque pobres, pasó en su juventud á la Polonia, en donde en aquella época no descollaban muchos hombres de talento. Su aplicacion á las ciencias, su aptitud para los negocios, su carácter afable é invariable, junto todo á su hermosura y á su exterior agradable, le adquirió la familiaridad de los grandes, de quienes era por lo comun el mediador, empleándole estos en negociaciones delicadas. Habiendo perdido el duque su esposa, y ansiando casarse segunda vez con la hermana del Emperador, estuvo Oton encargado de ir á pedírsela. Con este motivo dió tan claras muestras de su mérito, que el Emperador le pidió al duque, quien no le cedió sin gran pesar. Fue nombrado en seguida capellan y canceller de Enrique, y estando vacante la silla de Bamberg, el Príncipe mismo, despues de una dilacion de seis meses, mandó venir á su corte diputados de la diócesi, á quienes dijo que

(1) *Vit. lib. 1. cap. 3. = Canif. tom. 2. pag. 333.*

el afecto particular que tenia á su iglesia le habia hecho tomar aquella larga dilacion, con el objeto de hacer una eleccion acertada. Tomando despues á Oton de la mano, aquí teneis, dijo, vuestro obispo y señor: una larga esperiencia nos ha dado á conocer su mérito, y sentiremos por mucho tiempo el vacío que va á dejar en nuestra corte, y la falta de sus consejos.

Los diputados sorprendidos se miraban unos á otros, y aquellos cortesanos que habian esperado para sí ó para sus parientes esta dignidad, descubrian en el modo y el aspecto su ambicion y su envidia. Oton por el contrario se arrojó á los pies del Emperador, dijo con lágrimas, que él no era mas que un hombre poco conocido, indigno de aquel puesto, y rogó al Soberano que colocase en él un personage capaz de ocuparle con honor. ¿Veis, dijo el Emperador, cuál es su ambicion? Pues esta es la tercera vez que se niega á admitir el obispado: he querido darle el de Ausburgo, y despues el de Hilberstad; pero Dios le reservaba para el feliz pueblo de Bamberg. Hablando así, puso en sus manos el báculo y el anillo pastoral en el dedo, dándole por este medio la investidura, sin que el nuevo obispo reparase casi en ello. Esto fue para el virtuoso Oton un motivo mas de pena luego que volvió de su admiracion. Ofreció al punto á Dios no conservar el obispado, como no recibiese del Papa una nueva investidura con la consagracion, precediendo el consentimiento de su iglesia. No obstante, permaneció algunas semanas en la



corte, y celebró la fiesta de Navidad con el Emperador.

Cuando llegó á Bamberg dió cuenta al Sumo Pontífice de sus disposiciones y propósitos; y Pascual respondió reconociéndole al punto por obispo electo de Bamberg, é invitándole á pasar á Roma con entera seguridad. Oton partió en efecto con los diputados de su iglesia, quienes en los términos acostumbrados le pidieron por pastor: él espuso fielmente al Papa las circunstancias de su elección, y puso á sus pies el báculo y el anillo, pidiéndole perdon de su culpa ó de su inconsideración. Mandóle el Pontífice volver á tomar las insignias de su dignidad, y como su conciencia timorata no podia aun determinarse á cargar con el peso terrible del obispado, Pascual le mandó en virtud de santa obediencia someterse á las órdenes del cielo. Él mismo le consagró por último con mucho aparato en 17 de Mayo de 1103 dia de Pentecostes.

No vemos pues que el Papa Pascual reprendiese á Oton ni á Bruno de Tréveris por haber reconocido por Soberano y por Emperador legítimo á Enrique IV, escomulgado y depuesto tantas veces por los Papas precedentes. Redújose toda la amonestación á las investiduras, que ni aun fueron tratadas como esencialmente males y contrarias por su naturaleza al derecho divino; lo que muestra que no dejaba de ser católico, ni reconocido como tal el que no ejecutase á la letra algunos decretos dados con arreglo á las máximas de Gregorio VII. Es evidente que el

poder de los Papas por lo menos sobre lo temporal de los Príncipes no pasaba entonces por un artículo de fe.

Gobernó San Oton la iglesia de Bamberg durante treinta y seis años con toda la edificación que debía esperarse de sus talentos y virtudes. Amaba tanto á los pobres, que llenó de ellos la ciudad episcopal y las aldeas vecinas para cuidar él mismo de su alivio. Proveyó con la misma generosidad al mantenimiento y magestad del culto divino. Fundó hasta quince abadías y seis prioratos, tanto en su diócesi como en otras muchas de Alemania. Y sabiendo que se quejaban de tantas fundaciones, contestó que por muchas que fuesen, nunca podían reputarse escesivas tratándose de edificar posadas para los que viajaban por este mundo. Tuviéronle siempre en la mayor consideración en la Polonia donde habia pasado su juventud, lo que empeñó al duque Boleslao, que queria establecer el cristianismo en Pomerania, á elegirle para esta empresa que no exigia menos que un apóstol; y el éxito colmó las esperanzas de este Príncipe. Tales fueron las consecuencias de la elección de Oton hecha por Enrique IV para el obispado de Bamberg.

Así como no siempre son perfectas todas las obras de los Santos; así tambien pueden las almas perversas egecutar acciones virtuosas sin interrumpir la carrera de sus malas inclinaciones. Enrique despues de la promoción prodigiosa de San Oton, persiguió á Odon, honrado por sus virtudes con el título de

Bienaventurado, y substituido canónicamente á Gochero, obispo cismático de Cambray y simoniaco. No pudo Gochero ser espelido de la ciudad entretanto existió el Emperador, y así Odon se redujo á egercer las funciones episcopales en el resto de la diócesis.

6. No estaba sin embargo distante el término señalado á los escesos de Enrique. Para hacerle el castigo mas sensible, permitió el cielo que su hijo segundo, del mismo nombre que él, fuese el fatal instrumento. Su primogénito Conrado, rebelado ya contra él catorce años antes, no habia conseguido hacerle entrar en razon, y despues de su muerte, acaecida en 1101, intentó por el contrario elegir otro Papa que Pascual. Hizo coronar á su hijo Enrique en el año 1102, declarando que queria cederle tambien el imperio, y que él partiria para la tierra santa. Transcurrieron dos años sin que pusiese en egecucion sus promesas, que por el pronto le habian grangeado el afecto de una gran parte de sus súbditos.

Cansóse su hijo de tan larga tardanza, y abandonando la corte enarboló el estandarte de la rebelion contra el Emperador su padre (1). No era menos diestro que este en el arte de fingir, y aparentó una grande modestia y un estremado respeto á la Religion y sus ministros, protestando en varias juntas, y poniendo á Dios por testigo, y por lo comun con las lágrimas en los ojos, que no tomaba el soberano po-

(1) *Usperg. ann. 1105.*

der por mira alguna de ambicion, sino por hacer que cesase un cisma de cuarenta años, que habia trastornado el imperio reduciéndole á la apostasia y casi al paganismo. Que no deseaba de modo alguno la deposicion de su padre y señor, sino intentaba tan solo oponerse á su irreligion y á su obstinacion cismática; y que si consintiese en humillarse al Príncipe de los Apóstoles y á sus sucesores, se apresuraria á prestarle obediencia como el último de sus vasallos. Atrajeron estas declaraciones á su bando á los pueblos en tropel, y á la mayor parte de los señores. Ansiando Enrique su padre poner freno á la desercion, escribió una carta muy humilde al Papa Pascual, procurando hacer paz con la Iglesia: en Roma confiaron muy poco de las promesas de un Príncipe que tantas veces habia violado hasta sus mismos juramentos; pero bien pronto su hijo Enrique llevó las cosas á un extremo tal, que toda consideracion pareció inútil. Congregó un poderoso egército, y marchó contra su padre, que por su parte tenia tambien fuerzas considerables. Encontráronse los dos egércitos en Ratisbona, en donde se detuvieron tres dias en presencia uno de otro, separados solo por el rio Regen, que allí desagua en el Danubio. En esta posicion Enrique el hijo, que conocia el peligro de venir á las manos con un guerrero experimentado y de un valor heróico, atrajo al duque de Boemia y al marqués Leopoldo, cuyas tropas componian el refuerzo principal de su padre: retiráronse estos al principio del combate, y el Emperador abandonado se vió

reducido á huir furtivamente con los pocos que le seguian.

7. Poco seguro el jóven Enrique mientras vagaba en libertad su padre, propúsole una conferencia en Maguncia para poner fin á todas sus diferencias. Convenido en ello el Emperador, el pérfido hijo al encontrarse con él se arrojó á sus pies, le pidió perdón, y le regó con lágrimas, las que tenia siempre á su disposición. Despues tomaron los dos juntos el camino de Maguncia, y habiendo persuadido el Rey jóven á su padre que podrian descansar juntos en el castillo de Binghen, le mandó arrestar, y le detuvo allí prisionero. Trasladáronle algunos dias despues á Ingelheim, en donde le manejaron de tal modo que le obligaron á confesarse culpable y á renunciar el imperio; protestando que hacia voluntariamente esta renuncia, sin querer ocuparse ya en lo sucesivo mas que de la salud de su alma. Entregó al punto todas las insignias de la soberanía á su hijo, que fue reconocido por unanimidad sucesor suyo por todos los señores eclesiásticos y legos. Tuvo una asamblea en Maguncia en el dia de la Epifanía del año de 1106 de las mas numerosas que se habian visto mucho tiempo habia. Confirmaron desde luego los legados del Papa la eleccion con la imposicion de las manos; pero si esto se hizo lícitamente ó no, añade Oton de Frisinga en esta relacion de que es autor, no nos atrevemos á decirlo.

No tardó Enrique IV en arrepentirse de lo que habia hecho: retiróse á Colonia, despues á Lieja, y

allí tomó otra vez las insignias de su dignidad (1). Escribió despues al Rey de Francia una carta muy larga y patética, para interesarle en una causa que decia ser de todos los Soberanos. Escribió tambien al santo abad de Cluny, su padrino, ofreciéndole adherir á su opinion, tanto en lo perteneciente á los asuntos de la Religion como á los del estado. Mientras esto, el jóven Enrique, incomodado de que su padre pretendiese tomar otra vez el nombre de Emperador, se acercó á él con todas sus fuerzas, y le hizo intimar que le presentaria la batalla si no accedia en el término de ocho dias á la conferencia para que le citaba á Aguisgran. El Emperador, que con la poca gente que sus desgracias habian traído al rededor de él, no estaba para combatir con su hijo, contestó con una carta que dirigió á los Príncipes y prelados del imperio, reclamando en ella á todos los hombres de bien y á todos los cristianos en general, é invocando en defecto de los hombres los auxilios de Dios, de la Virgen su Madre, y de San Pedro, á quien tantas veces habia ultrajado en la persona de sus sucesores (2). „Hemos apelado, añade, y apelamos por tercera vez al Papa Pascual y á la iglesia romana.” Pero bien pronto hubo de comparecer ante un tribunal mucho más formidable.

8. Murió este Príncipe desgraciado en Lieja á 7 de Agosto de aquel año de 1106, á los cincuenta y cinco de su edad y cincuenta de su reinado. El obis-

(1) *Chron. lib. 7. cap. 11.* (2) *Epist. Henric. IV. ap. Baron. ann. 1106.*

po Otherto seguía aun en el cisma en que le habia empeñado, y le hizo por el pronto enterrar en la iglesia de San Lamberto; pero este prelado no fue recibido en la comunión de la Iglesia hasta que desenterró el cuerpo, que trasladaron á Spira, y depositaron en un sepulcro de piedra fuera de sagrado. Añaden algunos autores, que antes de sus tentativas para restituirse en su dignidad, se habia visto reducido á tan grande miseria, que habia pedido al obispo de Spira una prebenda para poder sustentarse, y no la habia logrado. Estas fueron las desgracias en que el desprecio de la Religion y principalmente el tráfico sacrilego de los beneficios eclesiásticos despeñó á un Príncipe, tan digno por otra parte del imperio por la estension y recursos de su talento, por un valor que le hizo dar y sostener sesenta y seis batallas, de que salió vencedor siempre que no le vendieron, y aun por su estatura magestuosa y todas las nobles gracias de los héroes.

Después de su caída, y al punto de su deposición por la dieta de Maguncia, procedieron contra sus partidarios cismáticos: espulsaron de sus sillas á muchos obispos, colocando en su lugar otros mas católicos, y poniendo entre-dicho general á todos los clérigos ordenados por prelados partidarios del cisma hasta después de un bien meditado exámen. Propasáronse algunos llevados de un celo extraordinario, á desenterrar los obispos que no habian muerto en el seno de la unidad, arrojando sus cadáveres fuera de las iglesias, comprendiendo entre ellos al del Anti-

papa Guiberto que yacia después de cinco años en la catedral de Ravena.

9. Autorizaba el nuevo Rey de Alemania y de Italia todos estos excesos de un celo desordenado, é intentaba encubrir debajo de estos odiosos velos de la Religion el atentado mas monstruoso, cometido contra el Emperador su padre. Mas no tardó en probar que la rebelion de los súbditos contra su Soberano, y la barbarie de un hijo contra su padre, no nacen de modo alguno de un amor sincero de la Iglesia. Cuando se vió señor absoluto, con la muerte del Emperador su padre, reclamó como un derecho inalienable de su corona aquellas mismas investiduras que habian causado su rebelion. El Papa, llamado á enfrenar personalmente los abusos inveterados de la iglesia de Alemania, hallábase ya en la Lombardia, cuando llegó á columbrar las maniobras torcidas del nuevo Emperador por algunas proposiciones que llegaron á sus oídos. „No, no, dijo suspirando: la puerta de la Germania no está todavía abierta para los sucesores de San Pedro:” y al punto resolvió pasar á Francia para tomar en tan críticas circunstancias medidas prudentes con el Rey Felipe sinceramente convertido, y con su hijo Luis el Grueso nombrado Rey.

10. Diéronle á su llegada los dos Príncipes los testimonios mas espresivos de su afecto, prometiéndole postrados á sus pies todas las fuerzas de su reino. Ofreciéronle además consagrar sus propias personas á la defensa de la iglesia romana á ejemplo de Carlo-

Magno y de otros muchos Monarcas franceses. Y sabedores que el Rey de Germania enviaba embajadores al Pontífice para conferenciar sobre el asunto espinoso de las investiduras, mandaron preparar lo necesario para tener estas sesiones con toda seguridad en Chalons del Marne; y por el honor de la Silla apostólica le dieron para el viage una comitiva numerosa de abades, obispos y arzobispos (1). Apenas bastaron todas estas precauciones contra la audacia de los ministros germánicos, de quienes el duque Guelfo, que era el mas calificado, tenía una estatura colosal y una voz de trueno, y además hacia llevar siempre delante de sí una espada desenvainada. Parece que todos en general venian mas bien á intimidar que á conferenciar. Habiendo representado por parte del Papa que era cosa indigna hacer entrar en la esclavitud de los Príncipes de este mundo á la Iglesia libertada por el Hijo de Dios, encolerizáronse los feroces embajadores, y dijeron: no es aquí donde se ha de decidir esta cuestion con vanos racionios, sino en medio de Roma con la espada.

11. La firmeza del Sumo Pontífice, que no sirvió mas que para alentar el cisma en Alemania, produjo efectos enteramente contrarios en las islas británicas. Ya por horror á las turbulencias que habian assolado el imperio y precipitado al Emperador Enrique IV en un abismo de calamidades, ó ya por miedo de participar del odioso renombre que Guillermo el Rojo habia dejado entre los ingleses, ó ya mas

(1) *Suger. vit. Lud. cap. 9.*

bien por la dificultad de superar la magnanimidad verdaderamente episcopal de San Anselmo, y el alto crédito que le habian dado sus virtudes, lo cierto es que Enrique, sucesor de Guillelmo, despues de haber probado de mil modos la constancia del santo arzobispo, obligándole á emprender segundo viage á Roma, apoderándose de todos los bienes de la iglesia y teniéndole largo tiempo desterrado fuera del reino, firmó por último un convenio razonable y cristiano (1). Instó desde luego al Santo á que volviese á entrar en la isla, en la que á su desembarco fue recibido como el ángel tutelar de la nacion y el precursor de la felicidad pública. La Reina en particular, despues de haber ido á rendirle los homenajes afectuosos de su piedad filial, fue delante de él todo el resto del camino para prepararle las habitaciones. Obligóse el Rey á restituir todos los bienes de la iglesia de Cantorberi, que habia usurpado durante la ausencia del arzobispo, á descargar á todas las iglesias de las contribuciones impuestas por Guillelmo el Rojo, y finalmente, á no dar otra vez ni permitir que diese ningun lego la investidura de un obispado ó abadía por la entrega del báculo ó anillo. Declaró Anselmo por su parte, que la supresion de las investiduras en nada disminuirla el respeto ni la obediencia efectiva de los prelados hácia su Monarca. Al punto dieron pastores á las muchas iglesias que carecian de ellos por largo tiempo.

12. Restablecidas así la inteligencia y la concordia

(1) *Edmer. Novor. lib. 4.*

entre las dos potestades, procedieron de acuerdo á restablecer también las costumbres y la disciplina en el clero. Para desterrar de él eficazmente el amancebamiento, resolvieron que todos los sacerdotes incontinentes abandonasen sus mugeres si querian continuar diciendo misa, que perdiesen sus bienes con sus mancebas, y quedasen en entre-dicho el tiempo de cuarenta dias para hacer penitencia. Y que si preferian renunciar al altar antes que á sus vergonzosas costumbres, el entre-dicho seria perpetuo, y quedarian privados de todo beneficio eclesiástico, ó declarados infames.

13. Sobrevivió San Anselmo poco tiempo á esta feliz concordia: tenia muchos años, y sus últimos trabajos habian aniquilado el resto de sus dias. Sin embargo, la preferencia de su silla, disputada por la de York, le volvió todo el vigor de su primera edad. Elegido Tomás para este arzobispado, hacia mucho tiempo que dilataba su consagracion, aguardando algun incidente favorable al designio que habia formado, y aun manifestado de participar de la primacia de Inglaterra. De acuerdo con él, sus canónigos, al ver el estado de languidez á que estaba reducido San Anselmo, le escribieron con audacia que la iglesia de York era igual á la de Cantorberi. Conoció Anselmo todas las consecuencias de esta pretension, y de la preocupacion que dejaria despues de su muerte si no se apresuraba á reprimirla; y así respondió á Tomás en estos términos: „Sabed, que en presencia y nombre del Dios Todopoderoso, os privo de

toda funcion sacerdotal, y os prohibo egercitar el ministerio de pastor hasta que dejando de rebelaros contra la iglesia de Cantorberi, nuestra madre, la ofrezcais obediencia como han hecho vuestros predecesores; y si persistis en vuestra rebelion, prohibo bajo la pena de anatéma perpetuo á los obispos de la Gran Bretaña, que os impongan las manos y que os reciban en su comunion si os haceis ordenar por extranjeros.” Envió esta carta á todos los prelados de Inglaterra, y les intimó en virtud de santa obediencia que llevasen á efecto su contenido.

Obró este golpe de vigor aun despues de la muerte del Santo, quien, como fuese siempre decayendo cerca de seis meses, entregó por fin su alma al Criador en 21 de Abril de 1109, al año sexto de su pontificado y setenta y seis de su edad. Su carta contra Tomás, leida entonces en presencia del Rey que reunia su corte en Londres, causó en ella una impresion tal, que once obispos declararon que se conformaban exactamente con todo su contenido aunque fuese necesario perder su dignidad. Sanson de Worcester, padre de Tomás, hizo la misma declaracion, á la que tambien suscribieron el Rey y toda la concurrencia. Por último, el ambicioso arzobispo de York ofreció con juramento á la iglesia de Cantorberi la obediencia que la habian rendido sus predecesores; y aun tuvo en el resto de su vida grande pesar de no haber sido consagrado por la mano de San Anselmo.

14. Nos restan de este santo doctor muchas obras

dogmáticas, hallándose en ellas una metafísica profunda, y una estension de ideas prodigiosa para su siglo. Tenemos tambien de él gran número de meditaciones y oraciones que respiran una tierna piedad; y mas de cuatrocientas cartas, de donde pueden sacarse muchos conocimientos útiles para la inteligencia de los negocios en que tuvo parte.

15. Ocho dias despues que este grande hombre, murió tambien San Hugo, no menos grande en el órden de la prelatura inferior, que egirió durante sesenta años sobre la floreciente congregacion de Cluny, que llegó en su tiempo al mas alto grado de esplendor; pero no tardó en decaer despues de su muerte. Ponce, su sucesor, y que por el pronto mostró sabiduria y modestia, se dejó llevar en lo futuro de un orgullo tal, que le hizo incurrir en ligerezas y debilidades ridículas que hicieron muy poco favor á su órden, y le originaron muchos disgustos. Habia San Hugo tenido por amigos á todos los personajes mas santos y mas ilustres de su tiempo: fue constantemente querido de Didier, abad de Montecasino y despues Papa con el nombre de Víctor III, del Papa Urbano II que le miró siempre con la afectuosa atencion de un discípulo para con su maestro; del Emperador Enrique el Negro, de la Emperatriz Inés, y aun de su hijo Enrique IV. Ganó el corazón y la confianza de Alfonso VI, Rey de Leon y de Castilla, por cuyas liberalidades levantó la magnífica iglesia que todavía subsiste en Cluny; y tambien y con mas utilidad le apreció su Soberano el

Rey Felipe, á quien la Providencia hizo sobrevivir el tiempo necesario para confirmarle en los sentimientos de penitencia que él habia contribuido tanto á inspirarle.

Espiró este Príncipe en Mehen nueve meses antes que San Hugo, mas verosímilmente en 28 ó 29 de Julio que en 3 de Agosto, como dicen algunos autores. Es por lo menos incontestable que en este último dia consagraron á Luis VI por los consejos de Ivon de Chartres, y que Ivon no asistió á la muerte de Felipe. Importaba esta ceremonia á la tranquilidad del estado, á causa de lo descontentos que algunos señores estaban con Luis, y eligieron á la ciudad de Orleans mas bien que á la de Rems muy agitada por un cisma, pero que no dejó de reclamar su antigua prerogativa.

16. Alfonso de Castilla murió en 29 ó 30 de Junio de 1109, despues de haber despojado á los moros de la ciudad importante de Valencia, y de haber logrado contra los mismos otras muchas victorias que parecieron maravillosas (\*). Nada hubo mas señalado

(\*) Las frecuentes victorias que Alfonso VI reportó de los moros, hubieran tal vez bastado para destruir todo el poder de los infieles en España, á no haber entrado en ella los almoravides llamados por el mismo Rey como auxiliares, y que despues se alzaron con todo el dominio de los moros y se manifestaron enemigos de los cristianos. Para continuar esta guerra hizo D. Alfonso estrecha alianza con Felipe, Rey de Francia, por cuya órden pasaron á España los condes de Borgoña y Tolosa y Enrique de Besanzon que en adelante fundó el reino de Portugal. El conde de Borgoña llamado D. Ramon casó con Doña Urraca, hija

en clase de maravillas que el valor del general Rodrigo Díaz de Vivar, tan famoso en la historia de España bajo el nombre de el Cid. Despues de la muerte de este héroe invencible, las tropas castella-

legítima de Alfonso VI, y fue nombrado conde de Galicia. Con este auxilio y con nuevos egércitos que reunió el Rey en Castilla y Leon volvió á hacerse superior á los almoravides, cuyo gefe ni aun se atrevió á recibir la batalla que le presentaron los cristianos, antes bien huyó de noche abandonando su campo, y procurando despues ajustar algunas treguas.

Durante esta campaña, conquistó el valiente Ruy Diaz de Vivar despues de grandes luchas nuestra nobilísima ciudad de Valencia, apellidada desde entonces, y con razon, Valencia del Cid, como antes se decia de los Edetanos. Todos nuestros historiadores refieren á la larga, tanto esta como otras muchas acciones de todo punto admirables de aquel hombre extraordinario; nosotros debemos particularmente alabar su piedad y celo por la Religion, de que dió una brillante muestra inmediatamente despues de su principal conquista. Estaba entonces la iglesia de Valencia, como en la mayor parte de las ciudades dominadas tan largo tiempo por los moros, sin pastor y con muy corto número de sacerdotes y ministros inferiores, de suerte que los cristianos que permanecian en ella se veían privados en la mayor parte de los auxilios espirituales. Viendo el celoso conquistador en tan triste situacion á los fieles valencianos, negoció con el arzobispo de Toledo D. Bernardo y con el Rey D. Alfonso, que se nombrase un obispo para Valencia; y fue elegido y consagrado un canónigo de Toledo llamado Gerónimo, hombre de grandes prendas y virtud. Ocupó este la silla de Valencia, purificó nueve mezquitas consagrándolas en otras tantas parroquias, y puso en orden todas las cosas pertenecientes á la Religion, hasta que despues de la muerte del Cid ocurrida en 1102, tornó otra vez la ciudad á poder de los moros, en cuyo tiempo pasó á ser obispo de Salamanca y administrador de Zamora. Véase Escolano, Ortiz, P. Miriana y generalmente todos nuestros historiadores.

nas fueron derrotadas muchas veces por Bed-Abad, Rey de los mahometanos almoravides de África, que habian subyugado al Rey musulman de Granada y amenazaban á todas las Españas. Era Alfonso el hijo segundo de Fernando I, Rey de Castilla, y nieto del Rey de Navarra Sancho III llamado el Grande, que nombró tambien Rey de Aragon á Ramiro su hijo natural. García, primogénito de Sancho, heredó la Navarra, la que despues de su muerte prematura recayó en su hermano Fernando. Y he aquí como este reino, uno de los de menos consideracion en España, dió origen á los de Castilla y Aragon que absorbieron insensiblemente todos los demás. No es nuestro ánimo desentrañar el caos de las muchas revoluciones verificadas por los motivos indicados, pues lo que acabamos de decir basta para aclarar los grandes acontecimientos, y darles el interés conveniente. Alfonso por falta de hijos varones dejó sus estados de Castilla y Leon á su hija Urraca, que tuvo por sucesor á su hijo Alfonso Raimundo, nacido de su matrimonio con Raimundo, conde de Galicia (\*).

17. Aterrado el Papa Pascual de las amenazas que los embajadores de Enrique V le habian hecho en

(\*) Murió Alfonso VI de Leon y I de Castilla, no el 29 ó 30 de Junio como dice Berault, sino el 1.º de Julio de 1109. Se hallaba ya largo tiempo agoviado de diferentes enfermedades, y la noticia de la desgraciada batalla de Uclés en que pereció su hijo único D. Sancho quedando vencidos los cristianos aunque con notable pérdida de los moros, vino á agravar sus males y le redujo al último trance. Viendo cercana su muerte, dispuso



Francia, procuró en Italia por todas partes sostener los derechos de la Iglesia, que creía siempre ofendidos esencialmente por el derecho de las investiduras. Salió en consecuencia de Roma y pasó á la Pulla, á fin de asegurarse de los Príncipes y señores normandos que le juraron todos defender la Iglesia contra las violencias del Rey de Germania. Al punto volvió á Roma, y le repitieron la misma promesa todos los grandes. Eran sus temores muy fundados, y el peligro urgente. Declarando Enrique por el mes de Agosto del año 1110, que iba á hacerse coronar Emperador, pasó los montes á la frente de un ejército formidable, seguido de muchos sabios para sostener sus pretensiones con la pluma igualmente que con la espada. Atravesó la Lombardia sin que ninguna plaza osase resistirle á escepcion de Novara, que bien pronto se vió forzada á rendirse. Envió desde Florencia, donde celebró las fiestas de Navidad, diputados á Roma para tratar con el Sumo Pontífice: el sobresalto era general en esta ciudad: sin embargo, logró que el Emperador ofreciese que al recibir la corona renunciaria á las investiduras de las iglesias: que no atentaria contra la vida del Papa ni de

que su hija Doña Urraca, vinda entonces del conde D. Ramon, fuese reconocida y proclamada Reina de Castilla y Leon, quedando el hijo de Urraca D. Alfonso con la Galicia segun la tuvo su padre, y llamado al mismo trono de Leon y Castilla despues de los dias de su madre. Siguiéronse á esta sucesion grandes movimientos y guerras con que se agitaron los reinos cristianos de España por la ambicion del Rey de Aragon, como diremos en su lugar.

sus fieles servidores, ni le usurparia el pontificado. Prometieron los romanos por su parte que el Pontífice, los obispos y los abades renunciarian á las regalías, esto es, á los ducados, marquesados, ciudades, castillos, monedas, mercados y derechos de patronos ó defensores de las iglesias que habian pertenecido á la corona. Juraron estos artículos, y dieron rehenes de una parte á otra; despues de esto Enrique llegó á Roma, donde le recibieron con honor.

Esperábele el Papa en lo alto de las gradas de la iglesia de San Pedro, en donde todo estaba preparado para la coronacion. Postróse el Rey y le besó los pies, y despues se abrazaron por tres veces. Cuando entraron en la iglesia le propuso Pascual que renunciase por escrito á las investiduras segun habian convenido; pero Enrique se retiró hácia la sacristía para conferenciar sobre el particular con los obispos y señores de su comitiva. Fingiendo escrupulizar sobre convenciones hechas inconsideradamente por los diputados, respondieron que no podian ratificar un convenio contrario al Evangelio que manda dar al César lo que es del César (1). Reclamaron al propio tiempo los obispos del partido romano contra la promesa hecha en su nombre; y disputándose vivamente por una y otra parte, uno de los partidarios del Rey, dejando á un lado la ficcion dijo: ¿de qué sirven tantos discursos? Sabed que el Emperador mismo quiere recibir la corona como ha sido dada á los Emperadores Carlos y Luis. Habiendo declarado

(1) *Chron. Cass. lib. 4. cap. 38.*

el Papa que no podía consentir en ello, Enrique le mandó al punto arrestar con muchos cardenales, y conducir con violencia á una casa inmediata; y le amenazó con que si no abandonaba las investiduras le haría arrancar los ojos, y aun quitarle la vida. Robaron los alemanes las tapicerías y todos los efectos preciosos que se habian puesto en público para honrar la entrada del Emperador: golpearon ferozmente á los clérigos y á los legos, asesinaron é hirieron un gran número de personas de todos estados, y aun á los niños que habian ido en procesion delante del Príncipe con palmas y flores. Cubrióse en un instante la iglesia de San Pedro de cadáveres, y fue inundada de sangre.

El pueblo romano á esta novedad acometió á cuantos alemanes hallaba, y forzó al Emperador á retirarse precipitadamente á su campo, que estaba á las puertas de la ciudad, llevándose consigo al Papa, á quien despojó de sus ornamentos, y ató como á un malhechor. Exhortaba entretanto el obispo de Tusculum á los romanos á inmolar su vida para contener un atentado mas horroroso que todas las calamidades.

„¿Qué desastre mayor, decia, podíamos temer? Gime cargado de cadenas el Vicario de Jesucristo entre las manos de los impíos. Cubre á vuestra Madre la Iglesia un velo tenebroso, la que no se mantiene sino de lágrimas mientras vosotros no agoteis su manantial: ¿qué es lo que puede deteneros, romanos magnánimos? Estos bárbaros cobardes, insolentes cuando cedemos, no pensarán sino en la fuga cuan-

do vosotros querais castigar su insolencia. Pero si es necesaria mayor esperanza para estimular vuestra virtud, confiad en la justicia de Dios y en el poder de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo. Nosotros concedemos en su nombre indulgencia plenaria de todos los pecados á cuantos perezcan en defensa de tan buena causa.” Obligáronse al punto los romanos, y bajo los juramentos mas terribles, á no prestarse nunca á las miras criminales del Rey Enrique.

18. En efecto, permanecieron siempre fieles al Papa Pascual, aunque el Rey devastó todas sus tierras, procurando seducirlos al propio tiempo con toda clase de promesas y de artificios. No pudiendo por último lograr corromperlos, y no osando tampoco combatirlos, convino en librar al Papa despues de dos meses de detencion, con tal que se le cediesen las investiduras. Protestó por otra parte que él no pretendia dar ni los derechos ni las funciones eclesiásticas, sino únicamente las regalías, esto es, los dominios y las otras ventajas que dependian de la corona. Deshecho en lágrimas Pascual, cedió á las circunstancias y al peligro próximo de un cisma que habia juzgado evitar, segun se esplicó, á costa de sangre; y el tratado fue firmado por diez y seis cardenales, ofreciendo olvidar todo lo pasado.

Coronaron cinco dias despues, en 8 de Abril, al Rey solemnemente por Emperador en la iglesia de San Pedro. El Sumo Pontífice celebró los santos misterios, y cuando llegó á la fraccion de la hostia to-

mó una parte, y la otra se la dió al Emperador diciendo: como ha sido separada esta parte del cuerpo vivificante, así sea escludido del reino de Jesucristo el que violare este tratado. El Emperador despues de la ceremonia regresó á su campo, y el Pontifice con los obispos volvió á entrar en Roma en medio de las aclamaciones de un pueblo numeroso. Era tan grande el tropel, que no se pudo llegar hasta la noche al palacio pontificio. Envió el Emperador ricos regalos al Papa, á los cardenales y al resto del clero. Habia conseguido tambien de Pascual el permiso de celebrar las exequias fúnebres al Emperador Enrique IV, por el testimonio de muchos obispos que juraron haber muerto penitente. Y así al punto que puso los pies en Spira, donde el cadáver permanecia despues de cinco años privado de sepultura eclesiástica y de las oraciones de la Iglesia, congregó á los señores y á un gran número de prelados, y le hizo funerales mas magníficos que los que se habian acostumbrado con ninguno de sus predecesores.

19. Cuando se creía restablecida la concordia entre Alemania y la santa Sede, temiéronse turbulencias en el seno mismo de Roma, y quizás mas terribles aun que todas las que habian ya calmado. Los cardenales, que permanecieron en ella durante la prision del Papa, el obispo de Tusculum que habia alentado tan eficazmente á los romanos contra el despotismo de Enrique, Bruno, obispo de Segni y abad de Monte-Casino, ilustre por su nacimiento, por las honrosas embajadas que habia desempeñado, y mu-

cho mas aun por las virtudes que le colocaron en el número de los Santos, se reunieron con otros muchos prelados mientras el Papa estaba fuera de Roma, y calificando de prevaricacion su condescendencia, dieron y firmaron un decreto tanto contra él como contra la concesion de las investiduras; y muchos de aquellos que habian consentido y adherido al tratado del Papa, se conformaron con el parecer de estos rigurosos censores. Pascual aterrado con esta fermentacion que supo en Terracina, reprendióles por escrito la indiscrecion de su celo, ofreciendo sin embargo corregir lo que solo habia firmado por evitar mayores desgracias. No dejó al propio tiempo de mostrar algun resentimiento contra el obispo de Segni el mas acreditado de los coligados; y bajo el pretesto de incompatibilidad entre las obligaciones de abad y de obispo, sobre lo cual se habia negado antes constantemente á las frecuentes representaciones del mismo Bruno, nombróle un sucesor en la abadía, y á él le envió á su diócesi.

No ahogó esta conducta el descontento. Juntó Pascual en 18 de Marzo de 1112 en la iglesia de Letran un concilio al que asistieron cien obispos, gran número de abades y una multitud de clérigos y de legos, para precaver el cisma de que estaba amenazada la Iglesia (1). Espuso el Papa en términos patéticos el modo con que habia sido tratado y forzado por el Emperador á concederle lo que le habia exigido. „Reconozco, añadió con un humilde candor,

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 767.

la falta que he cometido en ceder á la fuerza sin tomar consejo de mis hermanos; y á fin de que ni la Iglesia ni mi alma padezcan por esto, deseo que aquí mismo se rectifique mi error. En cuanto á el modo de hacerlo me remito igualmente al juicio de esta santa asamblea, con la inteligencia de que he jurado no inquietar mas al Rey en lo futuro, por lo que no le escomulgaré nunca aun cuando él haya violado su propio juramento. Sea Dios el juez del Monarca y de sus cómplices." Gofredo de Viterbo, que era entonces secretario del Emperador, añade que el Papa quiso hacer dimision del pontificado, y que se despojó al punto de la mitra y de la capa, pero que los padres se las volvieron á hacer poner: resolvieron sin embargo que los mas sabios y los mas experimentados de entre ellos deliberasen con madurez sobre el fondo de la cuestion, para dar la respuesta á la mañana siguiente. Los cardenales Roberto y Gregorio, Leon, obispo de Ostia, Gregorio, obispo de Terracina, y dos prelados franceses, los únicos que habia en el concilio, á saber, Gerardo de Angulema, legado en Aquitania, y Galon de Leon, estendieron entretanto el decreto que Gerardo tuvo el encargo de leer en medio del concilio, el que estaba concebido en estos términos (1): „nosotros todos los congregados en este santo concilio, condenamos por la autoridad de la Iglesia, como opuesto á la direccion del Espíritu Santo y á la institucion canónica, el privilegio sacado con estorsion del Papa Pascual por

(1) *Chron. part. 17. pag. 508.*

la violencia del Rey Enrique, el que juzgamos nulo, y le rompemos absolutamente, prohibiendo bajo pena de escomunion tenerle en consideracion para cosa alguna." Dieron todos los padres su consentimiento con estas palabras: *así sea.*

Enardecido Gerardo de Angulema por aquel ardor de carácter que le precipitó en lo sucesivo en estravíos funestos, tuvo la osadía de llevar el decreto al Emperador; y desempeñó esta comision peligrosa con una firmeza tal, que admiró al Príncipe, y este tuvo desarmada su venganza el tiempo suficiente para que el legado pudiera hacerla inútil. Enrique vuelto de su admiracion, enfurecióse con aquella novedad mucho mas contra la Iglesia y sus defensores, y no tardó largo tiempo en darlo á conocer así.

Entretanto el convenio sacado con violencia del Papa, y anulado ya, causó una agitacion general en el mundo cristiano; celebráronse con este motivo concilios en Francia, Borgoña, Lorena, Sajonia, Hungría, y hasta en la Grecia y la Palestina. Los hombres mas grandes de estos tiempos, Joseerán, sucesor de Hugo en el arzobispado de Leon, el bienaventurado Ivon de Chartres, Hildeberto de Mans, confado tambien entre los santos y sabios de su siglo y el famoso Gofredo de Vandoma, se esplicaron sobre este punto cada uno con mas ó menos energía segun la dulzura ó aspereza de su carácter, mas todos de un mismo modo: y aun aquellos que disculpaban la falta del Padre comun de los fieles como seguida de un pronto arrepentimiento, llegaron á compararla con

la negacion de San Pedro, y con la caída que quieren suponer algunos del Papa San Marcelino en la idolatría.

Admiramos hoy la dureza de estas espresiones, y el encono que produjo la disputa de las investiduras; mas esta cuestion complicada y en ninguna parte aclarada, todavía presentaba entonces un punto de vista muy distinto. Tenia pues dos objetos, de los que el uno, respectivo al modo de investir, no debia ser combatido con tanto calor, y mucho menos cuando prolongaba las turbulencias que trastornaron la Iglesia y el imperio por siglos enteros. Trataban algunos Papas de sacrilegio el uso introducido principalmente en Alemania de poner el báculo y el anillo, señales sagradas de las dignidades espirituales, entre las manos profanas de los legos antes que llegasen á las santificadas por la unción del sacerdocio; y persistían en afirmar, á pesar de las declaraciones contrarias hechas por los mismos Príncipes, de que dando los símbolos de la autoridad pastoral se abrogaban el derecho de conferir la autoridad misma y sus divinas funciones.

En cuanto al fondo de las cosas, los Gefes de la Iglesia tenian muchas razones para reclamar contra una innovacion que anulaba las elecciones eclesiásticas hechas segun las leyes mas antiguas, que transferia á los Príncipes el derecho esclusivo de proveer los obispados y abadías, y de colocar en ellos hombres indignos, y por lo comun de venderlos al que ofreciese mas. Era sin duda muy anterior á estos desór-

denes la ceremonia de la investidura. Habia principiado desde que los Soberanos concedieron al clero, igualmente que á la milicia, tierras y señoríos de su dependencia, llamados sin distincion beneficios; denominacion que no les apropiaron hasta mucho tiempo despues á los que hoy se llaman así. Segun las leyes que entonces regian, y que se han conservado siempre despues, ni los clérigos ni los legos podian entrar en posesion de estos dominios sin haber prestado juramento de fidelidad y homenaje al Príncipe, y sin haber recibido de él los símbolos de convencion, por los que se transferia la propiedad de tales concesiones. He aquí lo que llamaban investidura y vestidura segun los capitulares de Carlo-Magno, donde observamos que el Príncipe ponía en la mano del investido un puñado de yerba, un ramo, una vara, un palo, ó cualquiera otra produccion de la tierra.

La costumbre de investir por medio del báculo y el anillo, es mucho mas moderna. El abuso en que degeneró despojando al pueblo y al clero del derecho de elegir sus pastores, no tuvo principio hasta entrado el siglo undécimo. Para substraer las iglesias de la direccion de personas que no fuesen elegidas por ellos, los que tenian originariamente derecho á estas elecciones, aunque fuesen investidas todavía por el ceremonial usado con los condes y con los caballeros, introdujeron con arte el método de nombrar sucesor al punto que espiraba un abad ó un obispo, haciéndole consagrar sin pérdida de tiempo. Una vez consagrado, la eleccion era irrevocable, y el Sobe-

rano quedaba engañado en sus miras de interés ó de simonía, ó de gracia y favor. Cuando los Príncipes conocieron esta especie de astucia, inventaron ellos tambien otra, que fue mandar, que al punto que espirase un obispo les entregasen el báculo y el anillo, que era costumbre dar al sucesor en la ceremonia de la consagracion, de modo que no osaban hacerla sin este requisito. Apoderado el Príncipe de estas prendas que le entregaba el gobernador ó el magistrado de la ciudad en que el obispo acababa de morir, se hacia dueño absoluto de la consagracion, porque el metropolitano no osaba conferirla sino á la persona que se las presentaba despues de haberlas recibido de su Soberano.

Es fácil conocer por esta esposicion, la causa que tuvieron los Papas para combatir las investiduras con tanta perseverancia. No intentaron otra cosa por el pronto que contener las consecuencias abusivas, esto es, la violencia de los Príncipes con respecto á la eleccion y consagracion de los prelados, y en primer lugar el tráfico sacrílego de las prelaturas. Convenciéronse en lo sucesivo de que la investidura de los beneficios llevaba por necesidad consigo la distribucion arbitraria de aquellos, y que todo el tiempo que durase esta usurpacion se conservarian la simonía y otros muchos vicios, que no seria fácil enfrenar; y determinaron cortar el mal en su raiz, atacando las mismas investiduras. Este motivo fue el que guió su celo; y lo confirma la conducta de muchos Papas, que ratificaron en el episcopado á los sugetos que ha-

bian recibido el báculo y el anillo de mano del Príncipe, cuando por otra parte no les faltaban evidentes pruebas de su virtud y de las cualidades necesarias para aquella dignidad.

La epístola escrita por Pascual á Enrique V cuando le obligaron á retractar la concesion que habia hecho, demuestra con mas evidencia esta verdad, y suministra una razon muy plausible de la oposicion de la santa Silla, con respecto á la nacion germánica en particular. „Aunque la ley divina y los santos cánones, le decia, prohiben á los obispos ocuparse en asuntos del siglo, y aun ir á la corte si no es para defender á los oprimidos, se obliga en vuestros estados á los obispos y á los abades á tomar las armas, de lo que necesariamente se siguen mil desórdenes. Los ministros de Dios vivo lo son de un Príncipe mortal, porque de él han recibido ciudades, fortalezas, ducados y otros bienes pertenecientes á la corona. Nace de aquí el abuso de no consagrar á los prelados sin haber recibido el báculo pastoral de la mano del Príncipe. Escitaron estos abusos á nuestros predecesores á condenar las investiduras en muchos concilios, bajo pena de escomunion; y en este confirmamos su juicio.” Tal fue la causa de las guerras estrañas que tanto tiempo duraron entre los Papas y los Emperadores.

El desórden que quisieron contener no tenia límites: los escesos á que daban causa queriendo contenerle, eran terribles. ¿Habian de desatenderse estos escesos para reprimir el desórden? ¿Habian de

disimular este desorden por el temor de los excesos? ¿Era posible corregir los abusos sin anular la cosa misma de que se abusaba? Estas cuestiones suspendieron ó dividieron los pareceres de los grandes doctores de aquel tiempo, mucho mas capaces que nosotros de decidir con conocimiento en esta causa. El mismo Ivon de Chartres, mas ilustrado acaso y mas juicioso que ningun otro, disculpando la condescendencia del Papa Pascual, por no haber cedido á la violencia sino por el temor de un cisma en un asunto que no era contrario por su naturaleza á la ley eterna, vituperó no obstante, aunque indirectamente, esta condescendencia (1). Trataban en el fondo de un interés de mucha consideracion para la religion, porque era muy difícil señalar el punto indivisible en que era necesario detenerse. El derecho incontestable que la Iglesia tiene de hacer la institucion de sus ministros, y de no recibir sino los que sean dignos de su estado, exigia sin duda que ésta trabajase cuanto pudiese antes de abandonar á los Príncipes una parte que de la Iglesia han recibido, y principalmente antes de tolerar las trabas vergonzosas, á que entonces pretendian reducirla respecto á este punto.

20. Hasta los griegos se mostraron resentidos de las usurpaciones violentas del Rey de Germania (2). Envió una embajada honrosa al Papa Pascual el Emperador Alejo Comneno, cuando supo los tratos indignos que habia sufrido este Pontífice del Rey En-

(1) *Épist.* 237. (2) *Chron. Cass. lib. 4. cap. 46.*

rique V. Despues de haber prodigado mil elogios á los romanos por el celo y valor con que se habian opuesto á este Príncipe, les ofrecia su auxilio; añadiendo, que si querian, partiria á Roma, ó les enviaria su hijo Carlo-Juan, á fin de administrar el poder imperial de un modo bien distinto del que usaba el Rey su opresor. Aceptaron la propuesta, pero quedó sin consecuencia alguna; sin duda porque Alejo estaba bastante ocupado en conservar un resto de imperio, cuyos limites le estrechaban los turcos de dia en dia.

Su desavenencia con los peregrinos armados del occidente, y la mala fe que le han atribuido exageradamente, no le impedian estar sumiso á la santa Silla (1); enviaba con frecuencia regalos á la iglesia romana, á Monte-Casino y aun á Cluny. Empleaba una parte del dia en los libros santos y en platicar con los piadosos doctores; y su celo por la conversion de los hereges le hacia pasar las noches de claro en claro con ellos para sacarlos de sus extravíos.

21. Mostráronse los mas obstinados ciertos búlgaros, llamados bogomilos, esto es, los que imploran la divina misericordia. Semejantes en algunos puntos de horror á los mesalianos, seguan en el fondo los principios odiosos de Manés, y no eran sino una rama del paulicianismo, que se reproducía bajo una nueva forma. No les eran menos familiares la ficcion y la hipocresía, la perfidia y el perjurio,

(1) *Zonar. lib. 18. num. 29.*

que á los primeros maniqueos. Alejo, que sabia muy bien fingir, aparentó con su hermano Isaac querer abrazar su doctrina, y mandóle que le presentase su gefe. Era este un médico de edad avanzada, llamado Basilio, de talla, cuerpo y aire magestuoso, rostro macilento, barba poco poblada, aunque venerable por su blancura: vestia el hábito monástico, segun la costumbre establecida en aquellos artificiosos sectarios. Levantóse el Emperador de su silla para recibirle, ordenóle que se sentase á su lado y comiese en su mesa: y despues le dijo, que recibiria todas sus palabras como otros tantos oráculos, si quería encargarse del cuidado de su alma. Basilio, egercitado en fingir, se resistió por el pronto; pero la astucia herética no siempre está á la prueba de los prestigios de la corte, y así se dejó sorprender por las adulaciones de los dos Príncipes que procedian de acuerdo, y les descubrió sin ficcion todos los misterios de su tenebrosa doctrina.

El Emperador reunió despues el senado y el clero; y el herege, viéndose en la imposibilidad de negar con fruto por la conviccion en que habia incurrido, confirmó todo lo dicho, y declaró que estaba pronto á sostenerlo en medio las llamas y de los mas horribles tormentos. Llegaba la ceguedad de estos miserables hasta persuadirse de que nada tenian que temer de los suplicios, y que los ángeles los librarian hasta del mismo fuego. Basilio permaneciendo inflexible á pesar de las exhortaciones del Emperador, que le mandó sacar muchas veces de la prision

para amonëstarle, fue por último condenado á ser quemado vivo con una multitud de sus discípulos arrestados despues que él: mas entre estos, muchos no confesaron ser bogomilos. Para conocer con seguridad los que eran culpados, Alejo, fecundo en estratagemas, mandó encender dos grandes hornos, y delante de uno de ellos levantar la cruz, que estos hereges miraban con horror. Dirigiendo despues la palabra á los presos: „todos sois acusados, les dijo, y así id todos al punto al fuego, no sea que algun herege á favor de la mentira evite el castigo que merece. En cuanto á los que se llaman católicos, mejor es que mueran inocentes que no el que vivan con una reputacion que eternizaria el escándalo.” Juzgando los presos que no habia medio alguno de librarse, tomaron cada uno su partido, y se dirigieron al horno que denotaba respectivamente su religion. Tocaban ya unos y otros el fuego, y los innumerables espectadores principiaban á murmurar contra el Emperador, cuyas miras no conocian; cuando éste mandó á los presos que se detuviesen: llenó de elogios á los que habian elegido el horno en que estaba la cruz, y los puso en libertad. Perdonó tambien á los otros la vida, pero sin darles libertad trabajó largo tiempo en su conversion, consiguiéndolo en algunos, y dejando á los otros en ella hasta la muerte. Solo el heresiarca Basilio fue condenado á la pena del fuego, y en él dió únicamente pruebas de obstinacion.

22. Tuvo tambien que reducir el Emperador en



lo futuro á otros paulicianos herederos de las máximas y del espíritu revolucionario de aquellos á quienes Juan Tzimisce habia transportado en otro tiempo desde el Asia á Tracia. Fue necesario emplear las armas contra estos; pero Alejo al punto que pudo volvió á su moderación natural, y á los medios de convencimiento que le proporcionaron la dicha de atraer una multitud á la sana creencia, y aun á algunos de sus gefes. Poco tiempo despues de tan dignas obras murió Alejo, primero de este nombre, en 15 de Agosto de 1118, dejando la corona á su hijo Juan Comneno, llamado el hermoso ó Carlo Juan.

23. Nos quedan de Alejo muchas instituciones ó declaraciones que desenvuelven algunos puntos concernientes á la disciplina y régimen eclesiástico de los orientales de aquel tiempo: observamos en ellas la cantidad con que contribuían en primicias ú oblaciones anuales en provecho de su obispo. Una aldea de treinta familias daba una pieza de oro, dos de plata, seis medidas de harina, otras tantas de cebada, seis tambien de vino, un carnero y treinta pollos, y la retribucion aumentaba ó disminuía en razon del mayor ó menor número de familias. Por conferir las órdenes recibia el obispo siete piezas de oro: una por las órdenes inferiores, tres por el diaconado, y tres por el sacerdocio. Podia el Emperador ordenar segun su prudencia todo lo perteneciente á la eleccion de los obispos y á la disposicion de obispados, y habianle dado este poder en un concilio. Tambien tenia otro todavia mas singular, que era el de erigir los obis-

pados en metrópolis. La visita y la correccion de los monasterios por otro lado estaban encargadas al patriarca en toda la estension de su jurisdiccion ordinaria. Eran declarados nulos los esponsales contraidos á la edad de siete años, porque las partes debian tener para ellos la edad de doce ó catorce.

No faltan tampoco algunas particularidades notables en las constituciones que la Emperatriz Irene, muger de Alejo, dió segun el derecho y uso de los griegos á la comunidad de mugeres que habia fundado en Constantinopla. Este monasterio, consagrado á la Virgen nuestra Señora bajo el nombre de Llena de Gracias, debia contar veinticuatro religiosas, número que podia subir hasta cuarenta si las rentas recibian aumento. Gozaba de una completa esencion respecto del Emperador, del patriarca, y en general de todo poder eclesiástico y secular; pero respetaba principalmente bajo el título de protectora á la Emperatriz Irene, á quien despues de su muerte debia reemplazar en esta cualidad una Princesa de su familia. No contaba mas que un padre espiritual ó director, dos capellanes sacerdotes y un mayordomo para los negocios de fuera; y todos cuatro debian ser eunucos. Dormian todas las religiosas en un aposento comun, á la vista unas de otras; trabajaban tambien todas juntas, y una leía durante la labor. Carecian de cosa alguna propia, y la pobreza evangélica era rigurosamente observada. Sin embargo, si una Princesa de la sangre tomaba el velo en aquella casa, no estaba obligada á la observancia de la regla tan es-

trechamente como las demás. Era para todas en general la clausura menos severa que en estos últimos tiempos: las mugeres, especialmente las parientas cercanas, podian penetrar á lo interior del monasterio; y los hombres hablaban junto á la puerta á la religiosa á quien hacian llamar, y esta acudia acompañada de una anciana. Las que eran de una experimentada virtud podian salir en ciertas ocasiones, como por egemplo, cuando sus padres estaban enfermos.

24. Adquiria todos los dias la iglesia de Jerusalem una nueva prerogativa, porque los gefes del principal estado de los latinos en oriente, y los Papas solicitados de continuo por ellos, creían ser poco todo lo que tocase al esplendor de una iglesia libertada con tantos prodigios del yugo de los infieles, y mirada como el precio inestimable y el término afortunado de tantos riesgos. Pidiendo el Rey Balduino, sucesor de Gofredo, al Papa Pascual, que todas las ciudades y provincias que pudiese conquistar quedasen sometidas á la jurisdiccion del patriarca de Jerusalem, no hubo dificultad alguna en que se lo concediese, bien que en atencion á la imposibilidad de conocer los límites respectivos de los antiguos distritos, confundidos por la larga tiranía de los musulmanes (1). Balduino y Gibelino, que era entonces patriarca, procedieron á una egecucion absoluta, como si no tuviese la bula cláusula alguna de escepcion; y esta fue la razon porque Bernardo, patriarca de Antioquia, se quejó al Papa, que entonces escluyó con formalidad

(1) *Pasch. II. cap. 18.*

de la concesion las iglesias cuyos límites permanecian ciertos y conocidos, ordenando en quanto á estas que prevaleciese la antigua costumbre (1).

Gibelino, arzobispo de Arlés, fue enviado á Jerusalem en calidad de legado, para restituir el órden gerárquico á aquella primera silla, de la que el patriarca Daimberto habia sido espulsado sin causa por la violencia del Rey Balduino y las maniobras del arcediano Arnulfo. Con este motivo acudió Daimberto con sus quejas á Roma, y habiendo conseguido justicia le mandaron volver á ocupar su silla; pero puesto en camino murió en Sicilia. Antes de su muerte y al punto en que fue espelido, le habian dado en Jerusalem un sucesor llamado Ebremar, y á este intruso, hombre sin talento é instrumento pasivo de la ambicion refinada de Arnulfo, le depuso el legado Gibelino con los obispos de Palestina. Pero cuando trataron de elegir al punto un patriarca legitimo, todos los votos se reunieron á favor del legado. Juzgamos que tambien fue esto un efecto de las intrigas de Arnulfo, que encumbrando á la silla patriarcal á un viejo casi decrépito, se preparaba los medios de ascender él propio muy en breve á esta dignidad; y en efecto, muerto Gibelino en el año de 1112, el ambicioso y viciosísimo arcediano llegó por último á ser patriarca.

25. Espiró en el mismo año en la Pulla Boemundo, Príncipe de Antioquia, estando á punto de volverse al oriente. Era este el segundo viage que veri-

(1) *Epist. 18.*

ficaba á Europa á fin de alentar mas y mas á los héroes cristianos á que fuesen á recoger la rica cosecha de gloria, los grandes dominios y los principados que les aguardaban, segun decia, en Asia. Llegó hasta Francia en su primera mision, donde corrió todas las ciudades de alguna consideracion, siendo recibido por el clero y por los pueblos con una especie de veneracion religiosa (1). Regalaba á la Iglesia reliquias insignes que se habian recobrado en el oriente, distintas porciones de un rico botin, vestidos de seda, piezas de púrpura, armaduras celebradas y muebles curiosos y únicos en su clase. Subió á una tribuna en Chartres y en Poitiers, enumeró las batallas en que se habia hallado, y con la pintura de sus ventajitas ó de sus riesgos escitó la esperanza de llegar, imitándole, á la soberanía, ó el noble deseo de reprimir el orgullo impio y osadia de los infieles. Colgó en Lemosin cadenas de plata en el sepulcro de San Leonardo, en reconocimiento, segun decia, de haberse libertado de la esclavitud por su invocacion.

Esparció Boemundo por todas partes el heroismo y entusiasmo que respiraba: muchos tomaron la cruz y emprendieron el viage con el mismo júbilo que si cada uno estuviese seguro de correr á la otra parte del mar á tomar posesion de un trono, ó á hallar abierta la puerta del cielo. Corrian todos al paso de Boemundo: los obispos y los abades disputaban sobre quien habia de ser el primero en recibirle, y en detenerle mas tiempo consigo; y los señores le rogaban

(1) *Guill. Tyr. lib. 11. cap. 1.*

que fuese el padrino de sus hijos. El Rey Felipe, que vivia aun, le dió en matrimonio á su hija Constanza, que habia tenido en su esposa la Reina Berta, y le concedió á Cecilia, hija de su matrimonio adulterino con Bertrada, para su sobrino Tancredo, regente en su ausencia del principado de Antioquia. No recogió Boemundo los frutos que podia esperar de su viage á Europa, porque espiró antes de volver al Asia, dejando un hijo demasiado jóven para gobernar un estado cuya defensa exigia un héroe, razon porque el valiente Tancredo fue declarado Príncipe de Antioquia; pero no sobrevivió á su tio mas que un año.

26. La conducta del Rey Balduino en Jerusalem fue tal, cual podia esperarse de un Príncipe gobernado por un obispo disoluto; porque si la vida de Arnulfo habia sido escandalosa en la clase inferior de arcediano, cuando se vió patriarca no guardó límites algunos. No se avergonzó pues de despojar á su iglesia de los bienes adquiridos al precio de la sangre de los cristianos, para adjudicarlos á personas de su familia. Para casar á una de sus sobrinas con Eustaquio, señor de Sidon y Cesaréa, la dió en dote Jericó y sus dependencias, que eran la posesion mejor de la patriarcal. Balduino gobernado por este prelado sin freno, y aunque casado legitimamente, solicitó como si estuviera libre la alianza de Adelaida, condesa de Sicilia, viuda del conde Rogero, hermano del célebre Roberto Guiscard, y tia de Boemundo; familia ilustre, cuya venganza despertaba con la avaricia y la superchería mas insultante. Pero estaba tan exhaus-

to su erario que tocaba ya en la miseria; y la condesa regenta de Sicilia, que reunia al deseo de grandes títulos el de los grandes tesoros, habia acumulado sumas inmensas. Era su flaco principal la ambicion de elevarse, y no fue difícil ganarla para un matrimonio que la hacia Reina. Al punto que se lo propusieron consintió sin mas exámen, y se puso precipitadamente en camino para Palestina, donde con su corazon llevó tambien su dinero, y se casó con Balduino, ignorando el primer matrimonio. Tres años despues, por un temor algo tardó de los juicios de Dios, este esposo sacrílego y ladron la tornó á enviar á Sicilia sin restituirla los tesoros que le habia traído. Murió por fin Balduino al año siguiente de 1118, siendo su sucesor en el reino Balduino del Burgo, pariente suyo, á quien cediera el condado de Edesa cuando se encumbró á la dignidad real. Murió tambien el patriarca Arnulfo en el propio año, y le sucedió Gormundo, natural de Pequigni en la diócesi de Amiens. Tenian estos nuevos gefes del estado y del sacerdocio en oriente cualidades las mas á propósito para poner en olvido el desenfreno é ignominia de sus predecesores.

27. Las emigraciones incesantes llevaban muchos vicios al oriente, y muchísimos escesos capaces de escandalizar á los infieles: pero tambien ofrecian algunas veces virtudes tan inaccesibles por todos respetos á la corrupcion á que arrastra el tumulto de las armas, como dignas del motivo que las habia puesto en accion. Así se mostró Eustaquio, conde

de Bolonia, invitado á tomar la corona de Jerusalem, que ya se habian ceñido sus dos hermanos Godofredo y Balduino I (1). Habíase puesto, aunque á su pesar, en camino para este efecto; pero habiendo sabido en él que estaba coronado Balduino del Burgo, Dios me libre, dijo al punto, de llevar la discordia á un reino que mi familia ha establecido sobre la paz de Jesucristo, y por el que mis hermanos de eterna memoria han derramado su sangre; y sin detenerse, por mas que se le dijo, regresó á su estado.

28. Entretanto la Europa cristiana, y en especial la Francia, llamada tan justamente el reino de los cristianos, seguia en aumentar sus esfuerzos en favor del oriente; por lo que hombres llenos del espíritu de Dios, y comparables á los antiguos patriarcas se esforzaron por todas partes y á un mismo tiempo en repoblarla de santos de uno y otro sexo. A egemplo de Roberto de Arbrisel, sus discípulos Bernardo de Abbeville, Vital de Mortain y Raoul de la Futaye, hicieron conversiones innumerables con el santo fervor de su elocuencia, y mucho mas aun con el egemplo maravilloso de su abnegacion y de su vida totalmente angelical. Despues de haber adquirido en la soledad las verdades eternas y la uncion del espíritu divino, salian de ellas como otros tantos Elías ó Juanes Bautistas, y se dispersaban por los lugares habitados de todas las provincias, caminando con los pies descalzos, comiendo pan de ave-

(1) *Guill. Tyr. lib. 12. cap. 3.*

na ó legumbres groseras, bebiendo muy rara vez vino, y no tomando mas que el descanso necesario á la naturaleza sobre un poco de paja. Tras sí arrastraban numerosa multitud de personas de ambos sexos, de todas edades y condiciones, clérigos, legos, mugeres casadas, viudas y doncellas. Muchos desde el punto en que los escuchaban, rehusaban tornar á separarse de ellos; y practicaban á porfía la austera penitencia de que les presentaban el modelo en sus propias personas.

29. A fin de prevenir los desórdenes que podian introducirse entre personas de sexo distinto, y confundir las sospechas que bien pronto afectó la malignidad, buscó Roberto un retiro proporcionado para fijar á sus oyentes que mas asistian, con separacion absoluta de los dos sexos (1). Descubrió en los confines de Anjou y del Poitou una tierra toda cubierta de espinas y abrojos, que bien pronto obtuvo de los propietarios: en ella levantó por el pronto cabañas, un oratorio, y un buen cercado de que rodeó la habitacion de las mugeres destinadas principalmente á la oracion. Vivian juntos con perfecta concordia y con egemplar modestia; los hombres ocupados en trabajar para la comunidad, y los clérigos empleados en el oficio divino; y no se llamaban de otro modo que los pobres de Jesucristo, porque efectivamente no vivieron al principio sino de lo que les remitian voluntariamente los caritativos vecinos, no obsiante que muy en breve les dieron tier-

(1) *Vit. cap. 3. ap. Bolland. 25. Febr.*

ras con que proporcionarse la abundancia. Pedro, obispo de Poitiers, protegió el establecimiento, y el Pontífice Pascual le confirmó, reservando al obispo la debida reverencia, esto es, segun el estilo del tiempo, dejándole sometido á la jurisdiccion episcopal (1).

Aumentábase indeciblemente el número de personas que abrazaban este instituto, y Roberto, deseando establecerlos del modo debido, consiguió levantar en Fontevrault dos grandes monasterios, uno para los hombres, y el principal para las mugeres, á quienes concedió toda la autoridad; y poco despues fue necesario hacer otros en muchas provincias por el modelo de éste, y bajo su dependencia. Presentábanse los prosélitos á millares, y el caritativo fundador á ninguno deseclaba; pecadores y pecadoras públicas, hasta leprosos, nobleza y populacho, todo le era igual con tal que se le moviesen por afecto sincero de penitencia, y se sometiesen á los sabios reglamentos que dió para evitar la comunicacion contagiosa tanto de los cuerpos como de las almas.

Cuentan á la célebre Bertrada entre las personas ilustres que tomaron el velo, que convirtió su palacio de la alta Bruyera en la diócesis de Chartres en casa de penitencia, donde no omitió nada de cuanto fue necesario para reparar el escándalo de su matrimonio adulterino. La primera abadesa de Fontevrault fue Petronila de Craon-Chemillé, á la que eligieron menos por su ilustre nacimiento que por

(1) *Gall. Christ. tom. 4. pag. 409.*

su inteligencia y esperiencia en los negocios, porque juzgaron que una muger acostumbrada en el mundo á observar á los hombres, y utilizar las coyunturas, seria mas al propósito para un gobierno tan dilatado y tan complicado, que una doncella encerrada desde su primera juventud, y egercitada tan solo en cantar salmos, ó en meditar las verdades del Evangelio. En la dependencia en que el bienaventurado Roberto puso á los religiosos con respectó á las religiosas, señaló á éstas por modelo á la Madre de Dios, y á aquellos á San Juan Evangelista que recibió órden de Jesus, muriendo en la cruz, de mirar á María como su madre. Quiso en consecuencia que todas las iglesias de su órden se consagrasen á la Santa Virgen María con un oratorio en honor de San Juan.

Roberto no tomó nunca el dictado de abad, ni de don ó de señor; pero no dejó de gobernar por sí mismo su órden, hasta que debilitadas sus fuerzas con los trabajos y las austeridades, cayó en una enfermedad que le hizo presentir su último fin. Tampoco substituyeron á Petronila por abadesa ó superior general de Fontevrault hasta este caso. Sin embargo del estado de decadencia de su salud, pasó Roberto aun de Fontevrault á Chartres, á restablecer la paz entre el conde y los canónigos, que le llamaban en auxilio de aquella iglesia desolada. Y despues de haberlos reconciliado contra toda su esperanza, su infatigable caridad le llevó hasta Berri á su monasterio de Oursan, donde murió en 25 de Febrero de 1116.

Se han empeñado algunos en denigrar ó ridiculizar el celo de este hombre apostólico para con el sexo femenino; pero los avisos que le dieron algunas personas de consideracion, como Marbodo, obispo de Rennes, y Gofredo, abad de Vandoma, no exigen respuesta, porque no estriban sino en aquellos discursos vagos y voces inciertas que la malignidad ha esparcido en todos tiempos, aun contra los directores mas irrepreensibles, y así no aminoraron en nada el aprecio que hacian de aquel hombre extraordinario. No necesitan los detractores de toda santidad pretextos mas plausibles para que se esciten sus necias y sacrilegas ironías; y por lo mismo no intentaremos tampoco contestar á esta clase de gentes, siendo nuestro objeto la conviccion de las almas religiosas, y no la estéril confusion de los blasfemos.

30. Las turbulencias que Roberto de Arbrisel estinguió en la iglesia de Chartres, eran efecto de la oposicion del conde á la instalacion de Gofredo, digno de suceder canónicamente á Ivon. Habia muerto este santo y sabio Prelado, que habia sido mucho tiempo la gloria de la iglesia de Francia, segun el martirologio de su catedral en 13 de Diciembre de 1116. Dejaron una impresion tan durable la veneracion y las pruebas de sus virtudes, que el Papa San Pio V en el siglo catorce consintió á los canónigos de Letran el que le diesen culto público. Dan testimonios inmortales de su incomparable superioridad, por lo menos sobre los canonistas de su siglo, los monumentos que nos quedan de su doctrina. Firme

y moderado á un mismo tiempo en su celo, defendió con valor los derechos del sacerdocio sin ofender nunca los de la corona. Hablando á favor de las verdaderas libertades de la Iglesia en el punto de las investiduras tan mal entendido por otros, su ingenio exacto y penetrante hizo la debida distincion entre el abuso y la cosa, y entre una dispensa concedida con prudencia y sabiduría, y una condescendencia ruin. Tenemos en el gran número de cartas suyas, además de su decreto, preciosos monumentos de la disciplina eclesiástica, y de la historia de su tiempo.

31. San Bernardo de Abbeville, mas frecuentemente llamado San Bernardo de Tiron, tomó este nombre de la célebre abadía que fundó en la Percha. Aplicóse este insigne varon á las ciencias con mucho fruto; y despues estimulado del deseo de una vida mas perfecta, abandonó su familia que vivia en el Ponthieu, y se retiró al monasterio de San Cipriano en Poitou, donde no tardó en adquirir por sus virtudes una estimacion, que á pesar de su repugnancia, hizo recaer en él el gobierno de la casa con el título de abad. Pero Ponce, abab de Cluny, que se abrogaba fastuosamente el título de archi-abad, queriendo sujetar la abadía de San Cipriano, dió bien pronto ocasion á Bernardo para satisfacer su modestia, abdicando la dignidad bajo el pretesto de no dejar menoscabar los derechos de una institucion libre hasta su tiempo. Asocióse desde este punto á los trabajos apostólicos de Roberto de Arbrisel, y fue á pre-

dicar á Normandía, combatiendo con toda la intrepidez necesaria el amancebamiento de los clérigos que se casaban descaradamente. Corrieron entretanto sus religiosos á buscarle con cartas del obispo de Poitiers, y le rogaron que pasase á defender sus inmunidades á Roma, cuyo penoso viage le fue preciso emprender hasta dos veces, por condescender con las repetidas instancias de sus monges, ó mas bien del abad de Cluny, en un asno, y con un mal vestido de ermitaño; y por dos veces triunfó el humilde mediavero del fausto y opulencia del abad de los abades. En recompensa pidió al Papa permiso para dejar su cargo, lo que obtuvo con mucho trabajo, y con el objeto de continuar sus tareas apostólicas.

Por fin, algunos discípulos fervorosos que de nuevo se unieron á él, le obligaron á edificar su monasterio de Tiron en la tierra que les dió Rotrou, conde de Percha (1). Inmediatamente se pasaron á él gran número de aquellos hombres muertos enteramente al mundo, que no conservaron nada de los usos del tiempo y de los lugares, ni aun del vestido ó del color adoptado por los otros monges. Estaban vestidos de un paño tosco, de pelo largo, y un color gris ahumado, y de una forma irregular enteramente desconocida en el pais. Algunos se figuraron, y bien pronto se estendió la voz, de que eran sarracenos venidos por subterráneos ignorados; y en consecuencia de esta idea llegaron á observarlos diferentes veces y en varias horas del dia y de la noche; pe-

(1) *Vit. S. Bernad. Tir. cap. 7.*

ro habiendo advertido que no hacian ni torres, ni murallas, sino celdillas de solitarios, y que no se ocupaban mas que en la oracion y en cantar salmos, la desconfianza y los temores se convirtieron en veneracion. Mas ni aun aquí los dejaron tranquilos los monges de Cluny, porque pretendieron que el priorato de Nogent tenia derechos sobre aquel terreno, lo cual obligó á Bernardo, mas bien que á entrar en una disputa, á abandonarle con los edificios construidos, y á volver á edificar cerca de allí, en una tierra que le dieron los canónigos de Chartres.

Tal fue el origen de la congregacion de Tiron, que en poco tiempo contó hasta cien celdas de monges bajo su dependencia. A los tres años de su fundacion, se vió Bernardo con quinientos discipulos, de los cuales conservó trescientos junto á sí, y repartió los demás por diferentes casas á doce en cada una. Su reputacion se esparció por toda la estension de las Galias, y aun llegó á las provincias ultramarinas, de suerte que el Rey de Inglaterra y el de Escocia, igualmente que el de Francia, el duque de Aquitania, el conde de Anjou, los de Gloucester y Vervic, y una infinidad de ilustres personajes le hicieron como á porfía regalos, y le rindieron grandes honores. Algunos fueron en persona á visitarle y admirar sus raras virtudes: sin embargo, nunca abandonó su modestia, ni mitigó sus austeridades admirables, ni aun en su última hora. Murió en Tiron por los años de 1117.

Vital de Mortain, otro compañero de Roberto en

la vida regular y en las funciones apostólicas, habia sido desde luego capellan de Roberto, conde de Mortain, y canónigo de San Evroul de la misma; y despues de haber trabajado con fruto en la salud de los fieles, se dedicó á la perfeccion de las almas inspiradas de una gracia particular. Apenas se habia establecido con Bernardo de Tiron en la isla de Chausey en la costa de Normandía, cuando llegaron unos piratas que robaron una capilla, y profanaron los vasos sagrados con tal impiedad, que le llenó de un indecible horror, por lo que huyó de allí como de un lugar de maldicion, y se retiró á la selva de Savigni en el continente, donde poco despues por las liberalidades del conde de Fougères edificó un monasterio considerable, en que con las observancias conocidas en Europa estableció los usos de una austeridad en todo particular; y en poco tiempo obligó su reputacion á un gran número de prioratos y abadías á abrazar esta reforma.

Raoul de la Futaye, compañero tambien de Roberto de Arbrisel, se consagró principalmente á la direccion de las mugeres, y logró que el conde Alain-Fergeant fundase en la ciudad de Rennes el rico monasterio de San Sulpicio, del que fue la primera abadesa la Princesa María. Fulco, conde de Angers y de Mans, estableció bien pronto junto al río Mayne el priorato de la fuente de San Martin, y á su egemplo otros muchos señores fundaron tambien diferentes casas que todavia dependen de San Sulpicio.

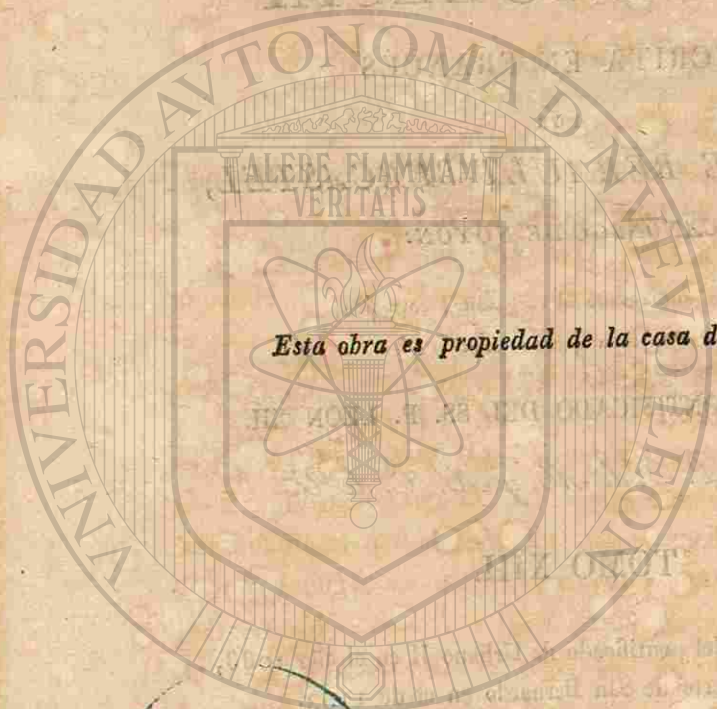
32. Por mas que se estendiese la fama de tantas



B X944

B4

U. 13



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135830

## RESUMEN

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-CUARTO.

N.º 1. *Oposición de la enseñanza pública á las relajaciones de la tercera edad.* 2. *Elección del Papa Urbano II.* 3. *El Papa entra en Roma, de donde se habia echado al Antipapa Guiberto.* 4. *Concilio celebrado en Melfi por el Papa.* 5. *Los cismáticos prevalecen en Roma.* 6. *Gofredo, abad de Vandoma.* 7. *Sumisión del Emperador Alejo á la santa Silla.* 8. *Bernardo arzobispo de Toledo.* 9. *Errores de las falsas decretales.* 10. *Restablecimiento de la metrópoli de Tarragona.* 11. *Duelo por el oficio mozárabe.* 12. *Decadencia del cisma en Alemania.* 13. *Prelados distinguidos en este país.* 14. *Muerte del heresiarca Berengario.* 15. *Hermanos conversos y oblatos.* 16. *Fundación de la Cartuja.* 17. *San Bruno llamado á Roma por el Papa.* 18. *No admite el arzobispado de Regio, y funda el monasterio de la Torre.* 19. *Su carta á Rodulfo el Verde.* 20. *Su muerte.* 21. *San Ulrico de Cluny.* 22. *Su libro de las prácticas de Cluny.* 23. *El B. Odart de Tournai.* 24. *Ivon de Chartres.* 25. *Su decreto.* 26. *Asunto del Rey Felipe y de Bertrada.* 27. *Concilio de Plasencia.* 28. *Embajadores de Alejo Comneno á este concilio.* 29. *Quejas de la Emperatriz Adelaida.*

TOM. XIII.

1

30. Concilio de Soissons contra los errores de Roscelino. 31. San Anselmo sucede á Lanfranco en la silla de Cantorberi. 32. Santa Margarita Reyna de Escocia. 33. San Nicolás, peregrino. 34. Obras piadosas de Rugero, conde de Sicilia. 35. Rebelion de Conrado contra el Emperador su padre. 36. Guillelmo el Rojo reconoce al Papa Urbano. 37. San Anselmo escribe contra Roscelino. 38. San Roberto de Arbisel. 39. Pedro el Ermitaño. 40. Concilio de Clermont. 41. Principio de las Cruzadas. 42. Cereemonias del domingo de Ramos. 43. Concilio de Nimes. 44. El cuerpo de San Antonio (vulgo de San Anton) en Francia. 45. Fuego de San Anton. 46. Institucion de los antonianos. 47. Fervor de los cruzados. 48. Desgraciado suceso de Gautier el Pobre y de Pedro el Ermitaño. 49. Judios perseguidos. 50. Viage de Gofredo de Bullon. 51. Sitio de Antioquia. 52. San Anselmo perseguido va á Italia. 53. Monarquia de Sicilia. 54. San Juan de Teruana. 55. Toma de Jerusalem. 56. Gofredo de Bullon elegido Rey.

---

---

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

---

### LIBRO TRIGÉSIMO-CUARTO.

*Desde el principio del Pontificado de Urbano segundo en el año 1088, hasta la conquista de Jerusalem por los cruzados en el de 1099.*

1. **L**a ignorancia y el olvido de las santas reglas, originan la relajacion de la disciplina y la depravacion de las costumbres. Menos deben admirarnos los abusos establecidos en los tres siglos que servirán de materia á la tercera parte de esta historia, que la pureza no interrumpida de la enseñanza pública, y los egeмпlos de virtud que turbaron la culpable seguridad de los que se separaban de ella. Necesario es no olvidar nunca este punto fijo, al observar las distintas innovaciones y los escándalos que producirá el obscurecimiento de las antiguas máximas. Veremos legitimadas en algun modo las divisiones del imperio y del sacerdocio: veremos arrogarse los Soberanos y los grandes los derechos de los obispos, estender los Papas el poder de las llaves á

los asuntos que no les incumbian, y hacer la guerra contra los Emperadores; reputar por obras de celo y de virtud la efusion de sangre infiel mezclando con ella la de sus hermanos errantes. Veremos cruzarse hasta á los cismáticos de la Grecia y á los hereges del occidente para la defensa de los bienes y de los derechos temporales de las iglesias; las peregrinaciones seguir á aquellas multiplicadas cruzadas, y el rescate pecuniario de las penitencias á las peregrinaciones. Veremos errar á los pastores, del mismo modo que á los pueblos, lejos de sus hijos en Jesucristo y de la Iglesia su esposa; y por fin, fijar los Papas su residencia en su pais natal, y abandonar á Roma hecha el blanco de los atentados de la rivalidad y de la intrusion.

Sorprenderá sin duda tal espectáculo á la fe sencilla y á la tierna piedad; pero trocado este sobresalto en admiracion, la piedad tomará incremento, y la fe se ratificará al ver los verdaderos principios triunfar constantemente de aquellos errores, ó de aquellos extravíos particulares. Porque al fin, todas aquellas nubes se han disipado, y la santa verdad, como un astro mas brillante despues del eclipse, ha salido de aquellas sombras con todo su esplendor ó su pureza primitiva, y ha llegado hasta nosotros en toda su integridad para pasar del mismo modo á las generaciones futuras hasta la consumacion de los siglos. Cuanto mas trabajan las potestades de las tinieblas en corromper el santo depósito, tanto mas se manifiesta la mano del Todopoderoso en la conser-

vacion de este divino tesoro, y de la Iglesia depositaria de él.

2. Nunca se habia visto ésta tan vacilante como despues de la muerte del Papa Victor III, cuya aversion á admitir el pontificado y cuyas largas incertidumbres y súbita muerte alentaron prodigiosamente la presuncion del Antipapa Guiberto y de sus partidarios cismáticos. Tornó todo el partido católico á caer en la consternacion; y los mas experimentados no sabian como portarse en semejantes circunstancias para preservar á la iglesia romana de una total ruina. Viéndose los romanos en el mayor peligro, la condesa Matilde y otros muchos italianos enviaron frecuentes diputaciones á los obispos dispersos por todas partes suplicándoles que se reuniesen y diesen un piloto á la Iglesia agitada por tantas tempestades. Habiéndose convenido entre sí los prelados, escribieron al clero y pueblo católico tanto de Roma como de la Campania, de la Apulia y de otras provincias, que se congregasen en Terracina en la primera semana de cuaresma, y que aquellos á quienes no fuese posible concurrir enviasen por lo menos un diputado con poder por escrito para firmar en su nombre.

Celebróse efectivamente la reunion en el sitio señalado, el miércoles de la primera semana de cuaresma día 8 de Marzo de 1088. Reuniéronse á la mañana siguiente en la iglesia catedral, en donde examinaron los poderes de los diputados, principalmente los de Juan obispo de Porto, representando á todo el

pueblo romano, y los del prefecto Benito comisionado por los legos. Eran los diputados de las diferentes iglesias entre todos cuarenta, tanto abades como obispos. El de Tusculum, ahora Frascati, representó lo que el Papa Víctor, y antes de él Gregorio VII habian prescrito para el gobierno de la Iglesia: toda la asamblea lo aprobó, y convinieron en pasar todo aquel dia y los dos siguientes en ayunos, oraciones y obras de caridad para conocer la voluntad de Dios.

Volviéronse á congregarse el domingo muy de mañana, y despues de algunas deliberaciones, los obispos de Porto, de Frascati y de Albano, esto es, los tres cardenales que estaban al frente del concilio subieron á la tribuna, y todos á una voz dijeron que su parecer era elegir Pontífice á Oton, obispo de Ostia, pidiendo segun costumbre el consentimiento de la asamblea. Esclamaron todos que Oton era digno del pontificado, y que aprobaban esta eleccion; en seguida el obispo de Albano le nombró Urbano, y luego los padres se acercaron á él, le despojaron de su capa de lana, le pusieron una de púrpura, le condujeron al altar de San Pedro en medio de las aclamaciones y de los santos cánticos, y le colocaron en el trono pontifical; acto continuo celebraron la misa solemnemente. Notificó al punto su eleccion á los católicos de todas las naciones, quienes ensalzaron sobre manera las seguridades que les daba de seguir las huellas de sus predecesores los mas regulares (1). No olvidó á San Hugo de Cluny, de quien

(1) Bertold. ann. 1088.

era discípulo, entre aquellos á quienes dirigió tales testimonios de distincion. El Papa Urbano, segundo de este nombre, era francés, nacido en Chatillon, junto al rio Marne, de la casa de Langeri.

3. Seguia el Antipapa Guiberto defendido vigorosamente en Roma; y el Pontífice legítimo poco despues de su eleccion se trasladó á Monte-Casino, en donde nombró cardenal diácono al monge Juan Gaetano que fue despues Papa con el nombre de Gelasio II. Pasó desde luego á la Pulla y hasta la Sicilia, cuyos duques, descendientes de aquellos valerosos normandos que se habian hecho soberanos en ella, se empeñaron en vindicarlo con los mas sinceros homenajes de la inconstancia ó flaqueza de los romanos ya degenerados. El partido cismático sufrió entretanto algunos reveses de consideracion, y con ellos cobraron ánimo en Roma, arrojaron de ella á Guiberto, y regresó á Ravena despues de haber ofrecido con juramento que no subiria ya á la Silla apostólica. Entró entonces el Papa Urbano en la ciudad y celebró un concilio de ciento y quince obispos, en el que confirmó los estatutos de sus predecesores.

Con el objeto de disminuir mas y mas el cisma, obligó á la condesa Matilde á dar su mano á Guelfo hijo del duque de Baviera. Despues de trece años de viuda, y á los cuarenta y tres de su edad, no se resolvió á este enlace sino para defender mejor á la iglesia romana: despues de su muerte, Guelfo protestó que habian vivido constantemente unidos como dos hermanos.

4. Trasladóse segunda vez el Papa á la Pulla, y tuvo en Melfi un concilio en que se congregaron setenta obispos, doce abades y todos los señores del pais con el duque Rogerio que prestó pleito homenaje al Papa (1). Estableciéronse en él varios cánones contra los desórdenes causados ó aumentados por el cisma. Corrió el Pontífice diferentes provincias, y tuvo otro concilio en Benevento en donde determinó que todos los fieles clérigos y legos, hombres y mugeres, recibiesen la ceniza en la cabeza el primer dia de cuaresma; y que no se contrajesen matrimonios desde el adviento hasta la octava de la Epifanía, y desde la septuagésima hasta la octava de Pentecostes.

5. Mientras el Papa egercia así su solicitud en las provincias, los cismáticos que habian permanecido en Roma recobraron poco á poco sus fuerzas. Desde la Campania donde recibió la noticia hubiera podido fácilmente aproximarse con pueblos enteros celosos de su gloria, y someter los rebeldes con la fuerza de las armas; pero no queria sostener sus derechos por medio de la violencia. Tomaron por sorpresa los partidarios del Emperador Enrique el fuerte Adriano, llamado entonces Torre de Crescencio, y hoy castillo de Sant-Angelo; y el mismo Enrique se apoderó en Lombardia de la fortísima ciudad de Mantua. Estas ventajas fueron causa de que se debilitase en los romanos el valor que acababa de renacer; y en consecuencia permitieron que el Anti-

(1) *Tom. 10. Conciliar. pag. 478.*

papa perjuro tomase otra vez la tiara dos años despues de su juramento de no volver á sentarse en la Silla de los Pontífices.

6. Entró sin embargo algun tiempo despues nuevamente en Roma Urbano, pero agoviado de deudas, falto de las cosas mas necesarias, y reducido á buscar un asilo entre los ciudadanos que le eran mas afectos. En este estado le halló Gofredo, abad de Vandoma, en casa de Juan Frangipan, en donde no osó por el pronto visitarle sino de noche: despues se disfrazó de criado para servirle con mas seguridad y aligerar sus penas sin ser conocido. Informado de la necesidad á que el Papa se veía reducido, habia salido Gofredo de Francia con sumas considerables que ascendian á mas de cien marcos de plata. Tenia la providencia en esta visita miras aun mas superiores á las del generoso abad. Un cierto Ferrucho, encargado por el Antipapa Guiberto de la guardia del pelacio de Letran, propuso en aquellas circunstancias entregar el palacio y la torre que le defendia, siempre que se le diese cierta cantidad, y esto lo manifestó á Urbano: el abad Gofredo entregó tambien las sumas necesarias para concluir este tratado; y despues de haber apurado todo su dinero, vendió hasta sus equipages y sus caballos. Así pusieron á Urbano en posesion del palacio de Letran y de la Silla pontificia, en que el Pontífice legítimo habia casi perdido las esperanzas de sentarse. Admitió antes de todos á Gofredo á besar los pies, y honróle al punto con el titulo de cardenal para él y sus su-

cesores, cuyo título han disfrutado en efecto por espacio de trescientos años.

Conservaron los partidarios de Guiberto el castillo de Sant-Angelo, desde donde causaban sobresaltos y temores perpétuos á los católicos, y particularmente á los estrangeros que habian de transitar por el puente del Tiber para ir á rendir sus homenajes al Vicario de Jesucristo. En cuanto al Antipapa, pasó él mismo á Lombardia á alentar ó ausiliar el furor del Emperador Enrique; y ya fuese por las expediciones de este Príncipe, ó ya por los enredos que Guiberto fingió en Roma, lo cierto es que sostuvo su faccion durante todo el reinado de Urbano como lo habia hecho en el de los Papas precedentes, y no acabó su cisma sino con su vida en tiempo de Pascual II, despues de haber sembrado la discordia en los principios de este cuarto pontificado.

7. Durante estas continuas revoluciones, que causan la obscuridad que reina en la serie y fechas de las acciones del Papa Urbano, principalmente en sus primeros años, se mostró este Pontífice tanto mas aplicado á sus obligaciones, cuanta mayor era la oposicion que encontraba para el egercicio de sus derechos. Despues de su instalacion estendió su solicitud desde la iglesia de oriente hasta las estremidades del occidente. Envió legados al Emperador Alejo Comneno para que no coartase la conciencia de los latinos que vivian en Grecia, á quienes prohibia el uso de los ázimos en el sacrificio. Recibió Alejo sin disgustarse esta reconvençion, hecha con un afecto pa-

ternal, y parece que perseveró constantemente en la comunion de la iglesia romana.

8. Recibió Urbano por otra parte las quejas de Bernardo, arzobispo de Toledo, contra Ricardo, abad de San Víctor de Marsella y legado de Gregorio VII en España en donde habia desempeñado mal su legacia. Bernardo, francés de nacion y discípulo de San Hugo, habia sido enviado por este hombre sabio á Alfonso I, Rey de Castilla (\*), que le habia pedido un abad capáz de poner en España el monasterio de Sahagun sobre el pie en que Cluny estaba en Francia. Habiendo conquistado el Rey Alfonso á Toledo de los Moros, trescientos sesenta y ocho años despues de estar en poder de estos, el abad francés universalmente amado y venerado, fue elegido á una voz para arzobispo de esta gran si-

(\*) El gran Rey D. Fernando dividió sus estados poco antes de su muerte ocurrida en 1065, entre sus tres hijos. A Don Alfonso que era el mas querido dió el reino de Leon, al primogénito D. Sancho hizo Rey de Castilla, y á Garcia que era el menor heredó en Galicia y Portugal. Esta division que se adoptó como un medio de evitar la guerra entre los tres hermanos, fue por el contrario la causa de largas y muy sangrientas luchas que describen estensamente nuestros historiadores. Pero al fin, muerto alevosamente D. Sancho, y habiendo fallecido Don Garcia, quedó Alfonso único señor de todos los reinos que dividieron sus padres. Hizo dar el título de Reina á su varonil hermana Doña Urraca, y fue tal la prudencia de entrambos, que muy pronto se vieron tan bien quistos, tan amados, tan respetados y temidos, que todo era paz y serenidad en sus reinos. Padres y defensores de la Iglesia, y propagadores incansables de la Religion, no omitieron medio alguno de hacerla florecer,

lla. No solo le dió el palio el Papa Urbano, sino que le nombró primado de toda España (1). En las palabras del privilegio ó bula de institucion observamos que él no pretendia crear la primacia de Toledo, sino establecerla como si hubiese subsistido antes de la irrupcion de los sarracenos, lo que reputaba evidente, fundado en una falsa decretal del Papa Anacleto, que supone establecidos los primados en toda la Iglesia desde su origen (\*).

y reprimieron con mano fuerte á todos los que la afeaban con sus depravadas costumbres.

Así gobernaba sus reinos D. Alfonso VI de Leon y I de Castilla, cuando en el año 1074 principió á mover sus armas contra los moros. Despues de algunas campañas en las que desbarató el poder de los Reyes de Córdoba, se dirigió en 1085 contra Toledo, y auxiliado con los socorros de Aragon y Navarra, y aun de Francia, Italia y Alemania, se apoderó de aquella capital el 25 de Mayo. A la toma de Toledo se siguió la de todas las plazas fuertes que no se habian rendido; á saber: Talavera, Santa Olalla, Maqueda, Alfamin, Arganza, Madrid, Olmos, Canales, Casatalifa, Talamanca, Uzeda, Guadalajara, Fita, Ribas, Caracoya, Alvide, Mora, Alarcón, Valera, Consuegra, Uclés, Cuenca, Misatrigo, Almodóvar, Coria, Alahejos, Lisboa, Sintra, Santaren y otras. Pobló el Rey todas estas ciudades, las de Estremadura y otras muchas que escaseaban de habitantes en Castilla, ensanchando así maravillosamente sus estados, y preparándose nuevos dias de gloria.

(\*) En el año siguiente al de la toma de Toledo, esto es, en 1086 á 18 de Diciembre juntó el Católico Rey D. Alonso un concilio en misma ciudad, con objeto de nombrar arzobispo. Era ya entonces D. Bernardo, abad de Sahagun, y estaba reputado en toda España por hombre de gran probidad y sabiduría; dotes apreciables que le grangearon el voto unánime de los

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 1635.

9. No parece fuera del caso traer aquí á la memoria una equivocacion en todo semejante de Gregorio VII. Sin duda sobre el principio en que se apoyó Urbano, y que Gregorio anuncia en términos espresos, habia concedido éste á la iglesia de Leon la primacia sobre los metropolitanos de Ruan y Sens. La carta escrita en consecuencia á estos tres preladados, dice que en las capitales de las provincias en que residian los primados del siglo, y á donde recurrian los vasallos que no podian llegar hasta el Soberano, los Apóstoles y el Papa San Clemente habian establecido para los negocios eclesiásticos patriarcas ó primados que egerciesen el mismo poder con cualquiera de estos títulos: que las capitales de un órden inferior á las primeras, y provistas para los negocios temporales de jueces menores que los primados, pero mas distinguidos que los condes, tuviesen tambien obispos metropolitanos sujetos á los primados y superiores á los simples obispos. Este pasage está copiado tanto de una falsa decretal de San Anacleto,

electores. Dotó el Rey la catedral y mitra de Toledo, adjudicándoles varias tierras y pueblos nuevamente conquistados, con huertas, molinos y quinterías en gran número. El nuevo arzobispo comenzó á gobernar santamente su diócesi y toda su provincia, y aun se estendió su jurisdiccion sobre toda la España católica, como convenia á la dignidad de primado de la que se halló revestido ya por las letras pontificias, ya tambien porque sus predecesores desde los tiempos de San Eugenio y de San Ildefonso habian egercido una especie de primacia, aunque sin el nombre de primados. En otro lugar espondremos mas estensamente la famosa cuestion de la primacia de Toledo.

como de una carta apócrifa de San Clemente, tomadas del mismo modo una y otra de la colección de Isidoro. Pero consta por todas las historias, que antes de la revolución que produjo en las ideas comunes la publicación de estos decretos imaginarios, los metropolitanos eran los únicos á quienes reconocían con el nombre de primados.

10. Volvió también Urbano II á Tarragona el título y privilegios de metrópoli (1). Esta ciudad que bajo el poder de los romanos daba nombre á una tercera parte de España, estaba de tal suerte arruinada después de la invasión de los moros, que su silla fue unida á la de Ausona ó Vique en Cataluña, y la provincia sometida al arzobispado de Narbona durante cuatrocientos años. Transcurrido algún tiempo, los condes de Barcelona y Urgel, el señor de Besalú y toda la nobleza se esmeraban por restituir á Tarragona su lustre primero. Llegó al mismo tiempo á Roma Berenguer obispo de Ausona á solicitar también su restablecimiento en el orden gerárquico. Suscribió á sus deseos el Papa Urbano, sin embargo de la oposición de Dalmacio de Narbona que pasó igualmente á Roma á fin de defender el derecho de primacía que pretendía sobre la provincia Tarraconense, fundado solo en un privilegio concedido por un Papa llamado Estévan bajo el reinado de un Emperador llamado Odon que nunca existió. No había progresado mucho la crítica en aquel tiempo, y no por eso dejaron de despreciar semejante docu-

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 426.

mento ridículo. El conde de Barcelona llamado Berenguer como el nuevo arzobispo en reconocimiento del beneficio apostólico, por consejo de este prelado y del obispo de Gerona llamado también Berenguer, dió la ciudad de Tarragona á la iglesia romana, esto es, se obligó á sí y sus sucesores á pagar cada cinco años veinte y cinco libras de plata en reconocimiento de no tenerla sino como vasallo del Papa (\*).

11. Asistió el arzobispo Bernardo el año de 1091 á una asamblea de obispos congregados en Leon para los funerales de García Rey de Galicia y hermano de Alfonso, á quien éste conservaba aprisionado por espacio de veinte años. Trataron en esta especie

(\*) El conde de Barcelona Berenguer había lanzado á los mahometanos de toda la comarca de Tarragona por los años 1089. En 1090 principió á reedificar con gran cuidado y magnificencia aquella antigua metrópoli, enviando á ella pobladores de todos sus estados; y en 1091, avanzada ya la reedificación, accedió el Sumo Pontífice Urbano II á la solicitud de dicho conde, de los otros señores de Cataluña y del obispo de Vique. Restituyéronse entonces á la silla de Tarragona todas las sufragáneas antiguas, y hecho primer arzobispo el mismo prelado de Vique Don Berenguer, puso todo su cuidado en adelantar y reparar en ella así lo eclesiástico como lo civil. En vano trató el arzobispo de Narbona de oponerse á los derechos y progresos del nuevo metropolitano; el Papa, los obispos de la misma provincia narbonense, los de Cataluña y generalmente todos los fieles reconocieron que eran de todo punto infundadas las pretensiones del arzobispo francés, y confirmaron unánimemente los privilegios de la iglesia de Tarragona. Véanse Labbé, Cossart, Balucio y Aguirre en sus colecciones de concilios; y el Miro. Florez, *España sagrada* tom. 25, trat. 63, cap. 4.



de concilio del oficio canónico dispuesto mucho tiempo antes. Permanecian los pueblos adictos al oficio moz-árabe al que habian substituido el romano, llamado Galicano, porque se usaba en la iglesia famosa de los galos. El Rey Alfonso, y aun mas la Reina Constanza juntos con el legado Rainero, se inclinaban mucho al oficio nuevamente adoptado. En esta division de puro gusto y de opinion se convinieron en dar fin á la controversia por medio del duelo como si tratasen de una contienda profana. Nombrron dos campeones, uno el Rey y otro el pueblo: pero habiendo vencido el de éste al del Rey, el Príncipe, estimulado por la Reina supuso que el duelo no bastaba: pasaron de ésta á la prueba del fuego. Despues de un ayuno y muchas oraciones, encendieron una grande hoguera, en la que pusieron los dos libros que contenian los dos oficios: el del oficio galicano se consumió, y el del moz-árabe se levantó, dicen, por encima de las llamas. El Rey, lejos de ceder, mandó recibir el oficio galicano bajo penas tan terribles, que desde aquella época quedó adoptado en toda España, á escepcion de algunas pocas iglesias que conservaron con su oficio acostumbrado la antigua version del salterio. Juzgue el lector de esta historia, escrita ciento cincuenta años despues por Rodrigo arzobispo de Toledo (\*).

(\* En el libro antecedente prometimos dar una estensa noticia de lo ocurrido en la abolicion del oficio moz-árabe, que tanto agitó los ánimos de los fieles españoles, reservando para este lugar ofrecer como en un solo punto de vista todas las circuns-

12. y 13. Logró entretanto la Iglesia una revolucion mucho mas feliz en Alemania. Debilitábase el cisma allí considerablemente: Guelfo duque de Baviera, padre de Guelfo, esposo de Matilde, y otros

tancias de este grave negocio, aunque acaecidas en diferentes tiempos. Es necesario saber ante todo, que el oficio divino de rezo y misa que usaron nuestros padres desde los tiempos primitivos de la Iglesia, llamado despues *Moz-árabe*, ora fuese por el tratado formal con que los árabes lo permitieron desde la primera conquista autorizado por *Muza*, ora, segun es mas probable, por hallarse mezclados en unos mismos pueblos españoles y árabes, era el mismo de que usaban los godos, entregado á la santa iglesia de España por los siete varones apostólicos discipulos del grande Apóstol Santiago, y aumentado sucesivamente con devotas oraciones, himnos, responsorios y versículos por los santos padres y doctores de España Pedro de Lérida, Juan de Zaragoza, Conancio de Palencia, Eugenio III de Toledo, San Leandro y San Isidoro de Sevilla, San Braulio, San Ildelfonso y San Julian. Algunos escritores modernos, queriendo defender el empeño que mostró la corte romana en quitarnos el oficio moz-árabe, aseguran facilmente que contenia errores en materia de fe, sin mas pruebas ni razones que la de haberlo viciado los antiguos priscilianistas de Galicia, y el haber citado Elipando en el siglo octavo varios testos de aquel misal en confirmacion de su heresia. En estas razones, aunque tienen su apariencia de verdad, se echa de ver el ánimo poco sincero con que trataron de desacreditar contra toda justicia nuestra liturgia santísima, y juntamente con ella toda la iglesia española, la mas pura en sus ritos y costumbres, y la mas firme y constante en la defensa de la Religion. Es cierto que los priscilianistas corrompieron nuestro misal para dar curso á sus errores; pero tambien lo es, que en el primer concilio que se tuvo en Galicia despues de la conversion de los Reyes suevos, se condenó el oficio priscilianístico, y que cuando se unió el reino de Galicia al de los Príncipes godos, recibieron los gallegos el misal y breviario en su antigua pureza, particularmente desde el concilio de Toledo de 633.

muchos Príncipes llenos de fervor por el catolicismo, libertaron ciudades y provincias enteras de las manos del Emperador Enrique: de los obispos cismáticos unos fueron arrojados, otros se convirtieron, y algunos de

Es asimismo verdad, que Felix y Elipando citaban textos de nuestro misal, y de nuestros padres y doctores en prueba de su heregía; pero véase como habla, no un español ni un moderno, sino el docísimo inglés Alcuino en sus obras dirigidas á los mismos Felix y Elipando. «Llamas en tu favor, dice á Elipando, á los venerables padres toledanos, y citas las oraciones que ellos recitan en el sacrificio de la misa: yo he leído las obras de los padres españoles, y en ellos no hay rastro de lo que tú les atribuyes. Alguna mano moderna de los que siguen el nuevo error debe haber corrompido para su propia perdición las palabras de los santos doctores de Toledo, y deshonrado así con horrible atrevimiento el nombre de sus propios padres. Por cierto no debe extrañarse, que habiendo llegado tu osadía á inventar nuevos profetas, te hayas atrevido á fingir cartas y sentencias de padres para confirmar con ellas tu error.» Pero ¿quién extrañó jamás que un herejarca corrompiese, inventase y fingiese á placer, lo que nunca habían enseñado los padres? ¿No se ha visto el mismo Evangelio alterado mil y mil veces por ellos?

Sin embargo, estas suposiciones de error fueron la máquina que pusieron en movimiento franceses é italianos para que se aboliese el oficio moz-árabe, y con ella indujeron á los grandes Pontífices Alejandro II, Gregorio VII, y Urbano II á obrar con todo su celo y actividad en esta causa. Ya anteriormente, como observamos en su lugar, por los años de 920 siendo Pontífice Juan X, y Rey de Leon Ordoño II, pasó á España por orden del Papa un presbítero llamado Zanelo, con encargo de examinar nuestros misales, breviarios y sacramentales. El Pontífice tuvo en Roma un concilio en el año 924, y en él, oídas las relaciones y averiguaciones que presentó Zanelo á su vuelta á Italia, alabó y confirmó la liturgia española, mandando solamente que se dijese las oraciones secretas de la misa *según la costumbre de la iglesia apostólica*. Es difícil, por no decir impo-

los mas acreditados murieron, entre ellos Vecillon de Maguncia, y Meinard de Wirsburgo. Volvió Herman, obispo católico de Metz, á entrar en su silla despues de un largo cautiverio, y recobró su ascen-

sible, adivinar con qué fundamentos aseguran algunos escritores que entonces se introdujeron en la misa moz-árabe las palabras de la consagración según el rito romano; pues el documento de 924, en que todos fundamos la noticia, no habla de consagración, sino de oraciones secretas. Mas como quiera que esto fuese lo cierto es que siguió entonces toda la iglesia de España usando su rito moz-árabe, contra el que nada se habló ya despues de aquel notable acontecimiento hasta el año 1064.

En dicho año nombró el Papa Alejandro II por Nuncio apostólico de España al cardenal Hugo Cándido, con el fin de prohibir aquella liturgia; mas el legado hallándola aprobada y confirmada por la santa Sede desde los tiempos de Juan X, se volvió por entonces á Roma sin atreverse á condenarla. No obstante, Alejandro persistió en su designio, y envió á España otros cardenales para que absolutamente procurasen la prohibición del oficio. La iglesia española, llevando á mal tan repetidas instancias á que daban impulsos los franceses por haber ellos recibido el oficio romano desde el siglo octavo por los decretos de Pipino y Carlo-Magno, resolvió defender su causa en la ciudad de Roma donde los franceses nos habían armado la persecución, y dió el encargo de tan justa defensa á tres obispos de entera confianza, Nuño de Calahorra, Gimeno de Oca, y Fortuño de Álava. Presentáronse los tres en Roma con los libros eclesiásticos para que el Papa los mandase examinar: en efecto, Alejandro II examinó por sí mismo el sacramental, y entregó á otros sabios el misal y el breviario, y todos los alabaron y aprobaron sin darles la menor censura. No contentos aun los españoles con esta aprobación, llevaron sus libros al concilio que estaba para celebrarse en Mantua con asistencia del mismo Pontífice y del cardenal Hugo Cándido. Tornóse á examinar allí nuestra liturgia en el año 1067; se juzgó y declaró que era católica y purísima, y se mandó con autoridad apostólica y sinodal que nadie en

diente sobre el usurpador Brunon, á quien la infamia de sus costumbres hizo caer en el general desprecio. Elevaron á la silla importante de Salzburgo vacante año y medio, esto es, desde la muerte del arzobispo Gebardo gefe de los católicos en aquellas provincias, á un santo abad llamado Thie-mon San Adalberon de Wirsburgo, despojado por los cismáticos, de quienes era uno de los mas formidables enemigos, contribuyó con todo su poder á la elección, y quiso asistir el legado Altman de Pas-

adelante se atreviese á condenarla, censurarla ó alterarla. Mas, á pesar de todo esto, el sucesor de Alejandro el gran Pontífice San Gregorio VII insistió nuevamente y con todo el ardor de su celo en la reprobacion del oficio moz-árabe. Envió nuevos y repetidos legados á nuestra España, escribió á todos sus Príncipes y á los primeros obispos, y no omitió medio alguno para establecer la deseada uniformidad. Congregáronse en España diferentes concilios, tratóse en ellos de mil maneras sobre este grave asunto, se logró persuadir á algunos prelados y Príncipes y atraerlos al partido de los romanos. Aragon y Navarra primero, y despues algunos otros pequeños estados, aceptaron el oficio romano y dejaron el gótico; pero costó mucho mas trabajo llevar á cabo esta mutacion en los reinos de Leon y Castilla. El pueblo, constante en su carácter, firme en seguir las huellas que le trazaron sus mayores, y pronto á arrojar de sí con desprecio toda novedad, se empeñaba con la misma oposicion en conservar la antigua liturgia; por manera que fue necesaria toda la autoridad y fuerza del Papa y del Rey D. Alonso para moderar el ímpetu del pueblo y evitar que se alborotase. Por último, despues de largos debates, muertos ya los Pontífices Gregorio VII y Víctor III, gobernando la Iglesia Urbano II, y siendo ya D. Bernardo arzobispo de Toledo, se verificó aquella mutacion, y quedó establecido que en las iglesias antiguas que se llamaban moz-árabes se conservase el rito antiguo, y que en

sau en la ceremonia de la consagracion. Parecia haber aguardado esta coyuntura de servir á la Iglesia, para entregar su alma á Dios: retiróse despues al punto á su pais natal al monasterio de Lambach, fundado en Austria por su padre, y allí murió en el dia 6 de Octubre del mismo año. Refieren un gran número de milagros obrados en su sepulcro.

14. Murió tambien Altman de Passau al año siguiente en una honrosa ancianidad, despues de veintiseis años de un obispado ilustrado por una constancia invariable contra el cisma, y por persecuciones y peligros sin número que no le estorbaron sin embargo el fundar tres monasterios de canónigos regulares. Habia muerto tambien algunos meses antes el abad Guillermo, dando el mismo ejemplo de perseverancia en su abadía de Hirsauge hecha por sus afanes el modelo de la regularidad en Alemania. Él fue el principal restaurador de la disciplina monástica: fundó ó restableció quince monasterios, y for-

todas las demás se admitiese el rito romano. Esta concordia se conserva aun en una capilla de la iglesia mayor de Toledo en la cual hay cierto número de capellanes moz-árabes que dotó de sus rentas el arzobispo cardenal D. Fr. Francisco Gimenez, los que rezan y celebran conforme al misal y breviario moz-árabe, que aquel sabio prelado hizo corregir y publicar de nuevo. La mayor parte de nuestros historiadores insertan en la narracion de este suceso las pruebas del duelo y del fuego, apoyados en sola la autoridad del arzobispo D. Rodrigo; pero los mas juiciosos dudan, y con razon, de un hecho de que no hay otro testimonio que el de este escritor que vivió ciento y cincuenta años despues.

mó muchos discípulos ilustres, entre otros San Tiemon de Salzburgo, de quien acabamos de hablar; Gebehardo, obispo de Constanza y legado de la santa Silla; otro Gebehardo, obispo de Spira, y San Theogero encumbrado á la Silla de Metz. Con las mismas virtudes Volfelmo, abad de Brunviller junto á Colonia, habia demostrado la profundidad de su doctrina en un tratado que dió á luz en forma de carta contra el heresiarca Berengario, que espiró por aquel tiempo, verosimilmente arrepentido de su impiedad, á pesar de todas sus variaciones y perjuros.

15. Parece que el estado religioso tornó á tener entonces una grande consideracion en la Germania. Hallábanse ya los monges encumbrados al rango clerical, y por lo comun admitidos á las sagradas órdenes; por lo que las gentes del mundo, que por la mayor parte no sabian leer, escogitaron un nuevo modo de observar el retiro y la vida comun. Renunciaban al siglo, y se entregaban con todos sus bienes á las comunidades regulares de monges y de canónigos para vivir bajo su direccion (1). No faltaron bufones y censores virulentos que vituperaron esta institucion. Pero el Sumo Pontífice manifestó su opinion en un escrito concebido en estos términos. „Aprobamos este modo de vivir que hemos examinado Nos mismo: le reputamos laudable y digno de ser observado como una imágen de la primitiva Iglesia; y por nuestra autoridad apostólica le confirmamos en virtud de las presentes.” Aumentó mucho esta devocion la con-

(1) *Berthold. ann. 1091.*

firmacion del Pontífice, particularmente entre el buen pueblo del campo. Viéronse en él una multitud de personas de uno y otro sexo ofrecerse así al servicio de las que estaban consagradas á Dios, y seguir las á porfia por los senderos de la virtud y de la santidad. Aldeas enteras hubo que abrazaron este método de vivir.

No debemos, sin embargo, confundir á los legos que se unian así á los monasterios con aquellos que eran llamados conversos, oblatos ó sagrados que tuvieron tambien principio en el siglo once (1). Tenian en los primeros tiempos el nombre de conversos, esto es, de convertidos, aquellos que en la edad de la razon se consagraban ellos mismos á la vida monástica y penitente; y de ofrecidos, á los que sus padres habian obligado á ello, dedicándolos á Dios desde la infancia. Llamáronse en el siglo once conversos ó hermanos legos, los que por carecer de instruccion y letras eran destinados tan solo al trabajo corporal y á los cuidados exteriores. Guillermo, abad de Hirsauge puede llamarse el fundador de estos legos en los monasterios de Alemania; porque los primeros monges que los tuvieron fueron los de Valleumbrosa en Italia. Habia además en los monasterios una tercera clase de individuos, llamados donados ó entregados, y que sin hacer profesion, llevando un vestido casi igual al del de los seculares, se daban ó entregaban con sus bienes al monasterio, principalmente en honor de los santos que eran patronos

(1) *Mab. præf. sæc. VI. part. 2.*

de ellos: obedecian en todo á los superiores, y guardaban el celibato, en lo que se diferenciaban de los siervos de nacimiento que se casaban: aquellos eran considerados como siervos de devocion.

16. Los cartujos, igualmente que los monges de Hirsauge y de Valle-umbrosa, tuvieron hermanos conversos á quienes daban el nombre de barbones, pero que hacian votos solemnes, y eran verdaderos religiosos. Servia este orden desde su nacimiento de modelo á las instituciones mas regulares y perfectas. Bruno, aquel piadoso canónigo de la Iglesia de Rems, que hemos visto ya levantarse contra los desarreglos del arzobispo Manasés, no habiendo podido lograr el ponerles fin, ni pudiendo tolerarlos, habia salido de la ciudad con algunos eclesiásticos de los mas virtuosos, con el objeto de abandonar el siglo para abrazar la vida solitaria. Buscando un lugar apto para la egecucion de sus designios, tuvieron conocimiento de las virtudes de Hugo, obispo de Grenoble. Estaba tambien tan disgustado este prelado de las cosas del siglo, y profesaba tanta inclinacion al retiro, que habia dejado su silla para encerrarse en el monasterio de la *Chaise-Dieu*; pero despues de haber pasado en él un año, el Papa le habia obligado á tomar otra vez el gobierno de su Iglesia. Bruno, lleno de confianza, corrió á buscarle con seis compañeros. Habia visto Hugo en sueños algunas noches antes siete estrellas que le conducian á las montañas llamadas Cartujas en las cercanías de Grenoble, en donde le pareció que Dios le edificaba una habita-

cion. Recibió á Bruno y sus compañeros como á los obreros destinados por el cielo para edificar aquel santuario misterioso. Estableciéronse por consejo suyo en el año de 1084 en medio de aquellas montañas salvages, cercadas de precipicios y de rocas que amenazaban caer y parecian impedir el subir á ellas. Hiciéronse con estas mismas rocas y precipicios una clausura natural, en donde bien pronto edificaron un oratorio y celdas para cada uno de ellos. Veneró San Hugo de tal suerte aquel piadoso asilo, que prohibió no solo á las mugeres poner los pies en las tierras de su término, sino á todos sin escepcion el distraerlos cazando ó pescando, ó llevando rebaños á pastar en ellas.

Su modo de vivir que se ha conservado hasta nuestros dias con una fidelidad de que no hallamos otro egemplar en las congregaciones de la antigüedad, era el siguiente. Distribuiales el dispensero su alimento que consistia las mas veces en pan y legumbres, y en ciertos dias en pescado y queso: el agua de un arroyuelo que corria por delante de todas las celditas era su bebida, aunque no les estaba prohibido el vino. Eran muy pobres sus vestidos, y debajo de ellos llevaban siempre el cilicio. No tenian para su gobierno mas que un prior, y el obispo hacia las veces de abad. Era tan exacto el silencio, que si necesitaban alguna cosa la pedian por señas. Congregábanse en la iglesia, como todos los demás religiosos, á horas señaladas, pero nunca fuera de éstas. No podian recibir de nadie ni oro ni plata, y

ponian en práctica esta pobreza hasta en el culto divino, en el que no hacian uso de la plata sino para el cáliz. Pero como estimaban en gran manera los tesoros incorruptibles de la santa doctrina y de la piedad, reunieron una riquísima biblioteca. Cultivaban pocas tierras, y conservaban muchos rebaños á fin de poder responder á sus necesidades con menos distraccion. Cuando se escribieron estas reglas eran solo trece monges, pero ya habia á las faldas de la montaña veinte legos bajo su conducta.

17. Habia sido el Papa Urbano discípulo de Bruno en la escuela de Rems, en donde este santo fundador, canceller entonces y maestro de estudios mayores, pasaba por uno de los mas célebres doctores de su tiempo (1). Seis años despues de la fundacion de la Cartuja, el Pontifice le obligó á pasar á Italia, y ayudarle con sus consejos en los negocios eclesiásticos. Sus religiosos, que le eran en extremo adictos, cruzaron los montes casi detrás de él; pero él les persuadió, aunque no sin trabajo, á que regresasen á su primera soledad; y él propio no pudo tolerar mucho tiempo el tumulto inseparable de una corte en que se trataban todos los grandes negocios del orbe cristiano.

18. Habiendo vacado en este tiempo el arzobispado de Regio, el Papa quiso elevarle á esta silla, pero él lo rehusó con tanta y tan convincente humildad, que no creyó Urbano que debia emplear la violencia; y aun le permitió que con algunos com-

(1) *Bibl. Labb. tom. 1. pag. 638.*

pañeros que se habia grangeado para Dios en Italia, se retirase á una tierra que Rogerio, conde de Calabria, les regaló en la diócesis de Suillace. Edificaron allí por el modelo de la Cartuja un monasterio llamado la Torre.

19. Escribió desde este á Rodolfo el Verde, preboste entonces de la iglesia de Rems, y despues arzobispo de la misma, declarándole la resolucion unánime que habian tomado de renunciar al mundo. Es fácil persuadirse por esta sola carta, de que el santo solitario no era reputado sin justicia por uno de los ingenios mejor cultivados de su tiempo, y que carecia de aquel humor salvage que los detractores de la piedad atribuyen con tanto gusto á sus mas sabios celadores. „¿Os describiré, le decia, la hermosura del sitio donde habitamos? Es una llanura amena y espaciosa, que se dilata entre dos montañas, y en donde se traslucen praderas siempre verdes y siempre esmaltadas de flores. No alcanzo á pintaros la perspectiva maravillosa de las colinas amontonadas como por magia unas sobre otras; y menos aun la sombría frescura de los valles en que se confunden las aguas de mil fuentes para dividirse en mil distintos arroyuelos. Pasan los ojos de aquí y se detienen sobre jardines deliciosos, sobre árboles infinitamente variados, sobre frutas magníficamente pintadas. ¿Pero á qué fin presentaros el cuadro de una soledad en que el sabio prueba placeres enteramente divinos? Porque el espíritu fatigado por la meditacion y los egercicios regulares, como un arco que ha es-

tado tirante largo tiempo, necesita de reposo y de un descanso inocente."

20. Vivió San Bruno pacíficamente en su monasterio de la Torre hasta su muerte, acaecida á 6 de Octubre de 1101, dia en que la Iglesia le venera con culto público desde que Leon X. le colocó con solemnidad en el número de los santos. Quiso dar á sus discípulos antes de espirar el egemplo que con tanta constancia han seguido, de odiar toda doctrina sospechosa, y principalmente los errores introducidos por los novadores de su tiempo. Haciendo su última profesion de fe con estas miras, declaró contra la impiedad de Berengario, aunque habia sido su maestro, que el pan y el vino, consagrados en el altar, son despues de la consagracion la verdadera carne y la verdadera sangre de Jesucristo. Este santo y sabio solitario, nos ha dejado muchos monumentos de su erudicion; pero á escepcion de sus comentarios sobre los salmos y las epístolas de San Pablo, y de sus dos cartas á Rodolfo y á los hermanos de la Cartuja, los demás escritos publicados en dos tomos pertenecen á Bruno de Aste.

21. Logró gran celebridad por este tiempo San Ulrico, monge de Cluny, por sus virtudes y por la coleccion de las reglas y prácticas de su monasterio. Habia visto la luz en Ratisbona de padres ilustres, quienes siendo jóven, aunque ya muy adelantado en las ciencias y en la piedad, le enviaron á la corte imperial. En ella corservó la pureza de sus costumbres, y consiguó la veneracion de las perso-

nas mas augustas, tanto por la prudencia de sus consejos, como por sus virtuosos egemplos. Habiéndole llamado á su palacio el obispo de Frisinga su tio, le ordenó de diácono, y le hizo preboste de su iglesia. Despues de algunos años de una virtud que se aumentaba á cada paso, tomó Ulrico la resolucion de abrazar la vida monástica, y desde aquel punto repartió sus bienes parte entre los pobres y parte entre sus parientes. Entró en Cluny á la edad de cerca de treinta años siendo abad San Hugo, que le ordenó de sacerdote. Empleáronle despues en diversas fundaciones de su orden en la Alemania su patria, en donde por la regularidad de la observancia adquirió en su instituto tanto aprecio como se habia grangeado en las demás provincias. Levantó entre otros el establecimiento de *La-Celle* situado como Hirsauge en la selva negra en el pais de Spira, circunstancia que le proporcionó particular amistad con el santo abad Guillermo.

Un dia que controvertian los dos sobre la manera de servir perfectamente al Señor: „vuestro monasterio, le dijo Guillermo, tiene grande reputacion entre nosotros; no se conoce aquí un modelo mas perfecto de la disciplina regular, dignaos pues de instruirnos en vuestras piadosas prácticas, y de darnos á lo menos motivo de que parezcamos todos unos, si no podemos conseguir el igualaros." Escusóse Ulrico por el pronto con que no habia pensado sino en las cosas del mundo hasta la edad de treinta años, y con que siendo extranjero, y casi bárbaro entre los

religiosos franceses , él no habia podido imponerse con tanta exactitud en las observancias de Cluny , como una persona criada desde la infancia en aquel monasterio. No obstante , añadió , os diré con gusto lo que he podido aprender en él , y le esplicó en efecto de palabra las diversas prácticas de su casa , á que difficilmente habrian llegado aquellos á quienes creía él mucho mas hábiles. Escribió despues estas conversaciones , y de ellas formó su coleccion de reglas y prácticas de Cluny , que buscaron como un monumento inestimable , no solo los monges de Hirsauge , sino tambien otros infinitos , principalmente de la alta Alemania.

22. Está dividida esta coleccion en tres libros precedidos de una carta al abad Guillermo (1). En ella se queja el autor de un abuso , que le parece ser la causa principal de la ruina de las observancias regulares ; éste era que las familias cargadas de hijos procuraban desprenderse de ellos , ofreciendo á los monasterios los que eran desgraciados por la naturaleza , de donde nacia que estos monges rara vez igualaban á aquellos que en una edad madura se habian entregado á Dios de su propio movimiento : esta especie de inválidos , no pudiendo sujetarse á muchos puntos de la regla , perjudicaban sumamente á la regularidad general.

Observaremos solo en el cuerpo de la obra , lleno de circunstancias poco interesantes para la mayor par-

(1) *Spicil. tom. 4. pag. 21.*

te de los lectores , algunos artículos por ser de mas edificacion ó mas particulares. Notamos desde luego en los usos concernientes al oficio y culto divino , que los benedictinos de Cluny habian aumentado mucho la salmodia prescrita por San Benito , principalmente la misa y el oficio de los difuntos con nueve lecciones que decian todo el año. Ocho dias despues de Pentecostes celebraban el oficio de la Trinidad , no recibido en la iglesia romana hasta cerca de doscientos años despues. Era tal por último la multitud y lo dilatado de los oficios , que no quedaba casi tiempo alguno para el trabajo de manos : así no era mirado éste sino como un egercicio de distraccion entre ocupaciones mas serias , y se reducía á arrancar las malas yerbas del jardin , y á mondar algunas legumbres , y aun esto no lo practicaban todos los dias. Trocaron en general de método , despues de una larga continuacion de años , y aun de las ideas en este punto , pues desde el tiempo de Luis , llamado el Hermoso , se acostumbraron á mirar el trabajo de manos como indigno de los religiosos consagrados por la unción sacerdotal.

No obstante , los religiosos de Cluny á pesar de lo distinguido de su nacimiento en la mayor parte , y de la opulencia de su casa , se conservaban todavía pobremente. Era su ordinario alimento las yerbas y legumbres mas comunes , al que añadian en los dias de domingo y jueves un poco de pescado. Si mezclaban alguna grasa con las legumbres , lo hacian solo por perpetuar la antigua observancia que estribaba en



el horror á las heregías, porque estas proscribian el uso de la carne; pero se abstenerian de ella durante el adviento, y desde la septuagésima hasta Pascua. Esta pobreza de vida que se estendió con el mismo rigor al vestido, les ponía en estado de poder hacer prodigiosas limosnas. En la distribución hecha entre otras al principio de cuaresma por una regla establecida, dice San Ulrico que ascendieron en el año en que él escribía hasta diez y siete mil pobres.

Era el silencio tan escrupulosamente guardado, que á escepcion de los cortísimos intervalos de prima á terciá, y de nona á visperas, en todo el resto del tiempo sin ninguna escepcion, en la iglesia, en el dormitorio, en el refectorio y en la cocina no se profería una sola palabra. Si era necesario darse á entender, se esplicaban por señas ya sabidas; de estas habian formado un arte y un método ordinario para ocasiones de encuentros ú otras semejantes. Estaban sometidas á penitencias proporcionadas á su gravedad todas las infracciones de la regla; y estas eran públicas cuando la falta habia sido cometida delante del pueblo, en cuyo caso el culpable era espuesto á la puerta de la iglesia entanto que los legos entraban á oír misa: las faltas de mas consideracion se castigaban con disciplina en medio de la plaza. Solía decir con este motivo el santo abad Hugo, que los monasterios no eran deshonorados por las faltas de los monjes, sino por su impunidad.

Es muy digno de notarse el respeto con que trataban todo lo perteneciente al santo sacrificio del al-

tar (1). Hacíase en ayunas el pan que debía servir de materia para él: se escogía el trigo por muy puro que fuese grano á grano, lavándole con mucho cuidado, y despues poniéndole en un saco destinado únicamente para este uso. Un criado de mucha confianza le llevaba al molino, lavaba las piedras y las rodeaba de cortinas: hecho esto se vestía él con un alba y un amito, molía el trigo, lavaba el tamiz, y preparaba la harina; tres sacerdotes ó diáconos con un novicio, vestidos igualmente de albas y de amitos, despues de haberse lavado las manos y el rostro se empleaban en hacer el pan: uno de ellos desataba la harina y hacia la masa en agua fria para que fuese mas blanca, formando en seguida las hostias; los otros dos hacíanlas cocer entre hierros grabados sobre fuego de madera seca escogida y preparada con el mayor cuidado; y durante todo este trabajo cantaban salmos. Disponían con la misma reverencia los corporales en que se pone la hostia en el tiempo del sacrificio: solos los sacerdotes ó diáconos los podían lavar, y esto lo verificaban por el pronto metiéndolos repetidas veces en vasos con agua, que no servían sino para esto. Despues les daban una legía ligera, y los metían por último en agua blanqueada con harina muy pura. Colgábanlos para secarlos en una cuerda que se conservaba en una bolsa preciosa, y que no se sacaba sino para este uso; y mientras estaban colgados al aire los guardaban con cuidado de que las moscas no se parasen en ellos.

(1) *Lib. 3. cap. 13.*

A fin de precaver los abusos ocasionados por los oblatos en los monasterios, de que Ulrico se queja en el principio de su coleccion, tiene éste cuidado de indicar en ella las precauciones extraordinarias con que educaban á estos niños. Desde el punto en que habian sido ofrecidos á Dios, segun las solemnidades prescritas por la regla, se les daba el hábito; pero se diferia su profesion hasta que hubiesen llegado á lo menos á la edad de quince ó diez y seis años. Con solos seis que hubiese se les ponian dos maestros para que tuviesen siempre un guarda de vista sin separarse de ellos jamás, y asi iban acompañados siempre á cualquiera parte que fuesen: tenian un sitio separado en el dormitorio, y en general nadie se acercaba á ellos en parte alguna sino sus maestros. El mismo cuidado tenian de su salud que de sus costumbres: eran mas bien alimentados que los monges: gastaban lienzo en lugar de sargas; y en una palabra, empleaban tanto cuidado en su educacion, que era difícil, como dice Ulrico, que los hijos de los Reyes fuesen tan bien educados en el centro de sus palacios.

Acabó sus dias este piadoso escritor en el monasterio de *La-Celle*, por los años 1093. Perdió el único ojo que le habia quedado dos años antes de su muerte: en este estado de enfermedad y de una vejez decrepita, San Hugo le llamó á Cluny, tanto para proporcionarle el alivio y consuelos necesarios, como para enriquecer la iglesia madre con las reliquias de un hombre tan santo. Pero San Ulrico, hallando su felicidad en las tribulaciones, quiso consumir su sa-

crificio en el sitio en que el Señor habia principiado á probarle.

23. Odon ú Odart, doctor famoso del mismo tiempo, no honró menos la vida religiosa. Habia nacido en Orleans, y egereció la enseñanza en Toul; pero la cátedra que ocupó con mas esplendor fue la de la escuela de Tournay en donde adquirió tanta fama, que corrian desde los extremos de Alemania á oír sus lecciones: manifestaba igual atencion en cultivar la piedad en el corazon de sus discípulos, que en formarlos para las ciencias (1). Sin embargo, se entregaba más á la lectura de Platon y otros filósofos mas modernos, que á la de los santos padres. Un dia que esplicaba un pasage de Boecio en que se trataba del libre albedrío, se acordó que habia un tratado de San Agustin sobre esta materia, y le hizo traer al punto. Apenas hubo leído algunas páginas cuando se penetró del todo de la santa uncion que respiraban, y exclamó: „¡ah, cuánto difiere esta santa elocuencia de nuestra verbosidad y de nuestros vanos pensamientos! Estimulados con el sonido de palabras sin objeto, y por el esplendor de una gloria precedera, no hacemos caso del alimento del alma, y nos consumimos en trabajos que nos hacen indignos de la gloria inmortal.”

Levantóse deshecho en lágrimas despues de estas palabras, y se fue á orar á la iglesia: siguiéronle sus discípulos con una admiracion que bien pronto cundió por toda la ciudad; y él sostuvo este pri-

(1) *Spicil. pag. 360. et seq.*

mer paso redoblando su piedad cada vez mas. Abandonó poco á poco sus lecciones; asistia frecuentemente á las iglesias, distribuia sus bienes entre los desgraciados siempre que los encontraba, con especialidad entre los pobres clérigos, y ayunaba con tanto rigor que generalmente su alimento consistia en dos onzas de pan por dia: habiendo por fin resuelto consagrarse del todo á Dios con cuatro compañeros, se retiraron fuera de la ciudad á una iglesita resto de una abadía antigua que demolieron los bárbaros. Tomaron allí por el pronto el hábito de canónigos regulares, y algunos años despues restablecieron en aquella casa la vida monástica. Elevaron á Odon con el tiempo á la silla de Cambray, en donde resplandecieron sus virtudes con tanto esplendor y perseverancia, que despues de su muerte le dieron el título de bienaventurado.

24. No consiguió Ivon de Chartres menos gloria por sus virtudes; y sus luces le grangearon la reputacion de ser el primer hombre de su tiempo. Era abad del monasterio de San Quintin de Bovés, su patria, fundado para canónigos regulares por el obispo Guido, antiguo dean de San Martin en el Vermandois, cuando le eligieron sucesor de Gofredo, obispo depuesto de Chartres. No obstante de ser difícil hallar un prelado mas digno que sucediese á un obispo tan disoluto, sufrió á pesar de esto tantas contradicciones cuanta repugnancia habia mostrado antes de consentir en que le eligiesen. Gofredo era sobrino del obispo de París del propio nombre; y

éste, gran canciller de Francia, hermano de Eustaquio conde de Boloña, y por consecuencia tio del famoso Godofredo de Bullon, hijo de Eustaquio: Ivon por el contrario, aunque de ilustre nacimiento, le recomendaban solamente su mérito y la justicia de su causa; débiles medios contra el peso del crédito y las intrigas de la política. Negóse á ordenarle Riche-rio, arzobispo de Sens, protestando algunas de aquellas formalidades judicia-rias tan al propósito para revestir las negativas con los colores de la justicia. Recurrió Ivon al Sumo Pontífice, y pasó á Italia, en donde le ordenó su Santidad mismo: á su regreso halló aun dificultades que combatir. Pero su paciencia y su mérito todo lo allanaron: no solo se grangeó todos los ánimos, sino tambien cautivó la admiracion pública por la pureza de sus costumbres, por su doctrina y por el fervor y prudencia de su celo.

25. Su grande obra, titulada el *Decreto*, que compone una coleccion perfecta de los cánones, le habia cautivado la estimacion universal que fue causa de su elevacion al episcopado; y se mostró aun mucho mas digno de él por el teson inflexible con que defendió contra el Rey Felipe I la autoridad de las leyes, para las cuales habia él dado las máximas.

26. Bertrada, hija del conde Simon de Monfort, y tercera muger de Fulco Rechino, conde de Anjou, con quien habia contraido matrimonio viviendo las dos primeras, quiso asimismo enlazarse con el Rey Felipe, casado largo tiempo habia con la Reina Berta, de la que habia tenido tres hijos. Poco atento á su

gloria, este Príncipe estaba frenéticamente enamorado de Bertrada, pero el brillo de la diadema halagaba principalmente á aquella muger artificiosa. Resolvió Felipe obcecado colocarla en sus sienes, y con este fin espulsó primero á la Reina á Montreuil junto al mar. Ansiando despues ganar á los obispos de su reino, como Ivon de Chartres era el mas sabio y el mas estimado, formó particular empeño en lograr su voto.

Mandóle venir á su corte, le acarició, le halagó con dulces promesas, despues se esforzó en convencerle de que su divorcio con Berta era fundado sobre causas legítimas reconocidas tales por los obispos; y por último le rogó que concurriese al matrimonio que se proponia contraer con Bertrada. Respondió Ivon que no tenia ningun conocimiento de la resolucion de los obispos sobre este punto, y que á menos de poseer toda la certidumbre conveniente, no aprobaria de manera alguna con su presencia una accion con tanta razon sospechosa. Escribió tambien á Raynaldo, arzobispo de Rems, que debia celebrar la ceremonia del matrimonio y de la consagracion de la nueva Reina, pidiéndole como tambien á sus sufragáneos, que no sometiese las leyes divinas al arbitrio de las potencias mundanas. En cuanto á mí, añadió, prefiero verme privado de las funciones y del título de pastor, que escandalizar con mi cobardía al rebaño que se me ha confiado.

Hallando el Rey mas firmeza en los obispos de la que presumia, abrazó el partido de evitar un rom-

pimiento público que hubiera declarado el modo de pensar del mayor número de prelados, y ocasionado una impresion peligrosa en el ánimo de los pueblos. En consecuencia de esto, mandó al obispo de Senlis que le casase en presencia de otros dos prelados solamente, á saber, el arzobispo de Ruan y el obispo de Bayeux, que no eran de sus estados. Levantaron altamente el grito contra este escándalo la mayor parte de los obispos franceses, y algunos señores descontentos tomaron de aquí ocasion para banderizar los pueblos. Escribió el Pontífice por otra parte á todos los obispos del reino para que examinasen canónicamente este negocio, anulasen el matrimonio si era contrario á las leyes de la Iglesia, lo que saltaba á los ojos, y obligasen al Príncipe á mirar por sí, empleando para todo si era preciso las censuras eclesiásticas.

Era Ivon en extremo ilustrado para persuadirse de que la excomunion del Rey autorizaba á sus súbditos á sublevarse contra él. Pero conocia el espíritu de la faccion, y toda la destreza de los revolucionarios para valerse de la Religion con el objeto de intrigar. Juzgó pues que debia representarse al Rey no solo el mal que hacia á su alma, sino tambien los riesgos á que esponia á su reino. Felipe, lejos de agradecerle su celo, principió desde entonces á causarle pesares en todas las ocasiones que podia. Mandóle por el pronto venir á encontrarle en Chaumon, ó en Pontoise con las tropas de su iglesia: el obispo rehusó obedecerle, alegando el respeto

mismo que profesaba á la magestad real, y el riesgo en que se hallaría de hacer públicas las debilidades y la venganza que el Príncipe debía procurar encubrir por lo menos con un velo aparente.

El Rey retó al obispo de Chartres, esto es, segun el lenguaje del tiempo, le declaró la guerra, y entregó al pillage los bienes del obispado. Hugo de Puiset, vizconde de Chartres, por hacer al Rey la corte, se apoderó de la persona de Ivon, y le encerró en un castillo. Indignado el pueblo corrió á las armas para libertar á su virtuoso pastor; pero éste reputando por gran dicha el sufrir por la justicia, les prohibió espresamente recurrir á semejantes medios.

El Pontifice Urbano, tomando vivamente la defensa de un prelado tan apreciable, obligó á los obispos del reino á dirigir al Rey y al vizconde representaciones urgentes por su libertad; y aun añadió que escomulgasen á Puiset, y pusiesen entredicho en sus posesiones si no cedia de modo alguno á sus instancias. Teniendo noticia de que el obispo de Senlis habia celebrado el matrimonio del Rey, escribió al arzobispo de Rems y á sus sufragáneos una carta llena de reconvenciones sobre la negligencia con que toleraban la prevaricacion de su colega. Fuese por causa de Religion, ó fuese por un manejo de política, el Rey Felipe mandó poner en libertad á Ivon; y despues negoció con el Papa el que aprobase su matrimonio, ó por lo menos suspendiese la sentencia de escomunion que ya habia dado.

Celebraron con este objeto en el año de 1094 un

concilio en Rems, en que por las intrigas concertadas á fin de cautivar los votos, parecieron los prelados bastante favorables al divorcio de Felipe y de Berta. Pero su Santidad, que aguardaba este resultado por lo que el obispo de Chartres le habia escrito acerca de este concilio, á que no quiso concurrir, habia ordenado celebrar otro en Autun fuera de los estados del Rey, para que los obispos gozasen en él mas libertad. Hugo de Leon, legado antiguo, célebre por otros diferentes respetos, fue encargado de presidir en él, despues de haber cumplido con honor las mas importantes legaciones en el pontificado de Gregorio VII, habia contaminado su reputacion con sus celos y sus cabalas cismáticas contra Víctor III. Acababa de ser reconciliado entonces perfectamente con la santa Silla, y en esta nueva legacion mostró un celo y un valor que hicieron el fin de su carrera tan glorioso como lo habian sido los principios (1).

El concilio de Autun escomulgó al Rey Felipe por haber celebrado nupcias con Bertrada en vida de Berta su esposa legitima, y porque habia amenazado abrazar el cisma de Guiberto; se renovó el anatéma contra este Antipapa, y contra su fautor el Emperador Enrique, sin tener el menor miramiento á sus partidarios infamados, cuya simonia é incontinencia fueron atacadas con nuevos decretos. Por mas adhesion que mostrase el Monarca á su pecado, se vió que sus amenazas no pasaban de palabras dictadas

(1) *Tom. 10. Concilior. pag. 416.*

por una pasión impía, mas en las conversaciones que en los efectos: así es que no careció de suficiente religión para no mirar con indiferencia las censuras de la Iglesia. Sufrió en su consecuencia con resignación el que cesase el oficio público en todos los lugares por donde pasaba: él mismo, después que publicaron su excomunión, se abstuvo de ponerse la corona, y por esta razón no se celebró ninguna de aquellas fiestas en que por costumbre debía presentarse con los ornamentos reales; y solo con dispensa de los respectivos obispos de los lugares por donde pasaba, mandaba celebrar una misa rezada en su oratorio.

27. Esta sumisión del Rey, unida á la muerte de la Reina Berta acaecida en estas circunstancias, dió esperanza de que el Papa ratificaría por último el matrimonio de Bertrada. Había convocado el Pontífice un concilio general en Plasencia en medio de la Lombardia y de los cismáticos, sobre quienes tomó tanto ascendiente, que se vieron en él hasta doscientos obispos de Alemania, Francia é Italia, con casi cuatro mil clérigos, y mas de treinta mil legos, de suerte que fue necesario tener las sesiones en el campo por no haber iglesia bastante capaz. Envió el Rey Felipe embajadores para decir que se había puesto en camino para asistir á él; pero que le detenían algunos negocios urgentes, y así esperaba que le aguardarían hasta Pentecostes. Concedieronle la petición con tanto mas gusto cuanto la dilación no era larga, en atención á que el concilio había principiado el jueves

de la semana que media la cuaresma, que en aquel año de 1095 era el primer día de Marzo.

28. Llegaron también embajadores del Emperador de oriente Alejo Comneno, que por estar en comunión con los latinos, les rogaba le enviasen socorros contra los turcos, quienes habían conseguido tal grado de poder, que ejercían su desolación hasta debajo los muros de Constantinopla. No tardaremos en observar los resultados producidos por estas demandas en el pontificado de Urbano II.

29. También la Emperatriz Adelaida vino á quejarse del Emperador Enrique su esposo. Habíase fugado de la prisión en que éste la sepultara, y se había refugiado al lado de la condesa Matilde que la condujo al concilio. Allí reveló las infamias con que su esposo quería profanar la santidad del matrimonio, cuya narración escitó la indignación pública, y separó de Enrique un gran número de sus partidarios. Mostró Matilde tanto interés por la suerte de esta esposa desgraciada, cuanto debía tomar en la circunstancia de considerarse ella propia abandonada por Guelfo su segundo esposo, no obstante de que según su declaración no había usado nunca del matrimonio con ella.

Confirmó el concilio todos los decretos anteriores contra la simonía, llegando á prohibir absolutamente el exigir nada por el santo crisma, por el bautismo y por la sepultura. Condenó la herejía de los nicolaitas, esto es, de aquellos que pretendían que los ordenados de mayores órdenes no estaban obliga-

dos á la continencia; y vedó á los culpados el ejercicio de sus funciones, y al pueblo concurrir á ellas. Renovaron tambien la condenacion de la heregía de Berengario, y declararon que el pan y el vino consagrados en el altar se convierten, no solamente en figura, sino real y esencialmente en el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Prohibieron igualmente á todo sacerdote recibir á la penitencia sin la delegacion del obispo. Fijaron asimismo el ayuno de los cuatro tiempos ó tómporas, en los dias en que hoy le observamos, y opinamos que en este concilio el Papa Urbano instituyó el décimo prefacio para la misa, que es el de la Virgen.

30. Habíase celebrado algunos años antes un concilio en la diócesis de Soissons contra los errores de Roscelino de Compiègne, así llamado porque era canónigo de San Cornelio de esta ciudad, aunque breton de nacimiento. Gozaba la opinion de uno de los doctores mas célebres de su siglo: pero estaba mucho mas versado en la dialéctica que en la teología. Era gran partidario, y segun algunos autores, gefe celoso de la secta de los nominales combatidos por los realistas con un calor extraordinario. San Anselmo, á pesar de su moderacion, decia, que eran menos filósofos que hereges en materia de filosofía; pero Roscelino, pretendiendo aplicar las sutilezas de su escuela á las materias sublimes de la Religion, incurria ciertamente en el error, ó por lo menos en aquella novedad profana de espresiones que produce los mismos escándalos. Llegó á decir que supuestas

tres personas en Dios, habia en él tres cosas separadas, tanto como lo son tres ángeles; y que si el uso lo permitiese, podria decirse que habia tres Dioses (1). Aunque falsos reformadores hayan pretendido en estos últimos tiempos justificar proposiciones tan temerarias, este modo inaudito de esplicarse despertó los mas vivos rumores al punto que Roscelino osó hacer uso de él. Obligáronle en consecuencia á presentarse ante el concilio, á reconocer la impiedad de sus espresiones, y á abjurar los detestables errores que ellas anunciaban. Mas justificando con su pertinacia la conducta del concilio, principió poco despues á dogmatizar, y publicó que habia abjurado solamente por temor. Deseaba retirarse á Chartres, y el obispo Ivon le dijo que no permanecería seguro en una ciudad que por su fe constante era contraria hasta del nombre de Roscelino, corriendo peligro de que le apedreasen en ella. No esperando el novador mejor acogida en ninguna de las otras ciudades del reino, él mismo se desterró de todas ellas, refugiándose á la Inglaterra, de donde tambien le espulsaron.

Para simular el horror de sus novedades, publicó que el docto Lanfranco, arzobispo de Cantorberi, habia profesado en otro tiempo las mismas opiniones, y que Anselmo, abad del Bec, opinaba todavía del mismo modo. Lanfranco, muerto algunos años antes, no podia desmentir al impostor; pero el santo abad del Bec le confundió, tanto en su nombre propio como en el de su maestro (2). A este efecto escribió

(1) Tom. 10 Concilior. pag. 484. (2) Lib. 1. Epist. 41.

á Fulco su discípulo, obispo de Boyés en la provincia de Roscelino, afirmando que Lanfranco nunca habia dicho cosa semejante. „En cuanto á mí, continuó, protesto á la faz del universo que creo de corazon y confieso con mis labios la fe contenida en los simbolos de los Apóstoles, de Nicea y de San Atanasio; y anatematizo en particular las blasfemias atribuidas á Roscelino.” Rogó despues á Fulco que hiciese ver su carta á cuantos hablasen de él, á fin de justificarle en el punto capital de la fe, en que ningun fiel debe consentir caiga la menor mancha contra su reputacion.

31. Vengando así el honor de la silla de Cantorberi en la persona de Lanfranco, no opinaba San Anselmo que él propio debia ocupar bien pronto aquel grande puesto. Habia muerto el arzobispo en el año de 1089, con la reputacion que se habia grangeado de uno de los mas piadosos y mas sabios prelados de su siglo. Entre las obras que justifican esta reputacion se cuentan su tratado de la Eucaristía contra Berengario, sus comentarios sobre las epístolas de San Pablo, muchas de sus cartas, sus estatutos monásticos, y su tratado sobre el sigilo de la confesion. Aun estaba vacante la silla de Cantorberi cuatro años despues de su muerte, porque Guillermo, Rey de Inglaterra, rehusaba darle sucesor por apoderarse de sus grandes rentas. Contentábase con dar una moderada subsistencia á los monges que componian el clero de aquella iglesia, y reservaba para sí todo lo demás: lo mismo hacia en las demás catedrales, y aun

en los monasterios, cuyos bienes usurpaba al punto que espiraba algun obispo ó abad, sin permitir que se les nombrase sucesor. Guillermo el Rojo, introdujo este abuso del todo desconocido en el reinado de su padre, y las apariencias declaraban que no pensaba en desistir de él.

Suplicó entretanto Hugo, conde de Chestre, á San Anselmo que pasase á la Inglaterra para el establecimiento de un monasterio que queria levantar <sup>(1)</sup>. Mas la voz esparcida contra toda verosimilitud, de que si el abad del Bec pasaba á aquel reino seria arzobispo de Cantorberi, fue bastante para sobresaltar su humildad y estorbarle el que condescendiese con las instancias del conde. No fue necesario menos que una enfermedad grave que acometió á este señor, para empeñar á Anselmo á acudir al auxilio de su amigo en una ocasion decisiva para su salvacion. La caridad cristiana unida á la amistad, le hizo superior á los recelos de la modestia. Halló Anselmo al conde Hugo convaleciente; pero fuele necesario detenerse cinco meses en Inglaterra, tanto para fundar la regla en el nuevo monasterio que el conde habia levantado, como para dar cima á algunos negocios de la abadía del Bec que tenia ricas posesiones en la Gran Bretaña. Muchos prelados defendidos por los señores, durante esta mansion, rogaron al Rey mandase celebrar en el reino rogativas públicas, con el objeto de conseguir un digno pastor para la iglesia de Cantorberi. Vino el Rey, como por juego, en permitir que

(1) *Edm. hist. novor. lib. 1.*



se rogase en público por una cosa que dependía de él, y que estaba bien resuelto á no conceder. Entonces justamente eran tan contrarias sus intenciones á los deseos públicos, que pronunció el juramento tenido por muy inviolable de no condescender con ellos.

Platicando uno de los señores como por casualidad con este Príncipe, le dijo, que no conocía á un hombre tan santo como el abad del Bec; no ama sino á Dios, y no aprecia ningun objeto terreno. No, contestó Guillermo riéndose, ni aun al arzobispado de Cantorberi. Sin duda, respondió el señor, esto es lo que menos desea: estoy plenamente convencido de ello, y todo el mundo le hace la misma justicia. Y yo, añadió el Príncipe, estoy persuadido á que si le ofreciese esta silla opulenta, correría á ella con todas sus fuerzas; pero por el santo rostro de Luca que ni él ni ningun otro se sentará allí viviendo yo. El santo rostro era un Crucifijo vestido que creían haber sido hecho en Judea por Nicodemo, y llevado despues con el tiempo á Luca, desde donde habian corrido muchas copias.

Apenas Guillermo el Rojo profirió estas palabras, cuando le acometió una enfermedad que en poco tiempo le puso en el extremo. Al punto mandaron llamar á Anselmo para que le ayudase á morir cristianamente: el santo abad le exhortó al arrepentimiento, á la confesion sincera de todas sus culpas, y á reparar los escándalos que habia dado con una larga continuacion de acciones poco dignas de un Príncipe cristiano. El Rey, de cuya vida se desesperaba del

todo, se sometió á cuanto le pedian por una promesa escrita en su nombre, que mandó depositar sobre el altar como para servir de testimonio contra él en caso de que la violase. Cuando le vieron tan bien preparado, le hablaron de dar pastores á las iglesias vacantes, y especialmente á la de Cantorberi: respondió que lo pensaría, y pocos momentos despues nombró á Anselmo, en quien causó esta eleccion una impresion tal, cual si le hubiera herido un rayo, de suerte que faltó poco para caer muerto de asombro.

Sacáronle los obispos á un sitio separado, y le dijeron: ¿dudais todavía viendo el estado deplorable en que se halla entre nosotros la Religion por el despotismo de este hombre? ¿Quereis oponeros tan claramente á Dios, que nos presenta un remedio á nuestras desgracias en vuestra persona? ¿Y preferís vuestro reposo personal á nuestra felicidad comun? Anselmo, que contaba sesenta años, se escusó alegando su edad avanzada y su poca destreza en los asuntos, á los que nunca habia tenido aficion. Añadió que se habia dedicado á Dios en un género de vida del todo distinto, que era uno de sus religiosos, y por último que siendo abad en otro pais estaba sometido á un obispo y á un Soberano, que formaban para él otros tantos lazos indisolubles. Respondieron los prelados á todas estas dificultades, y se empeñaron fuertemente en que prestase su consentimiento como lo exigian la necesidad y las circunstancias. Mas no consiguieron triunfar de la resistencia de Anselmo, que concluyó asegurando que no haría nada de cuanto pretendian.

Al punto y sin malgastar el tiempo en discursos inútiles le llevaron por fuerza al Rey enfermo, como un obstinado á quien no querian ya convencer sino obligar á la sumision. Alligido Guillermo hasta verter lágrimas, le habló así: ¿por qué quereis tenerme mas tiempo en el camino de la condenacion? Recordad la amistad generosa que os han profesado mis antecesores, lo propio que á vuestros religiosos, y no me dejéis perecer para siempre. Para mí no hay salvacion si muero reteniendo el arzobispado. Acercáronse todos los asistentes con empeño á Anselmo, y le dijeron en medio de un murmullo confuso: ¿habeis puesto en olvido toda razon y toda religion? ¿quereis dar el último golpe al Rey, llenando su alma de amargura y de desesperacion en el peligro en que se halla? ¿A quién sino á vos atribuiremos en adelante las turbulencias y los pecados que desolarán la Inglaterra? Instado Anselmo de este modo, se volvió hácia dos monges suyos que le acompañaban, y les dijo: hermanos míos, socorredme en este extremo: Balduino, uno de ellos, respondió: si esta es la voluntad de Dios, ¿quiénes somos nosotros para resistirla? ¡Ah, replicó Anselmo, cuán pronto os habeis rendido! Dijo el Rey á los que rodeaban al Santo, que se arrojasen á sus pies para ablandarle; pero sin concederles nada se postró él tambien: entonces todos los asistentes á una voz unánime se acusaron de debilidad, y gritaron tumultuosamente: venga el báculo pastoral, que se le dé el báculo. Asíéronle muchos al propio tiempo del brazo derecho, y le llevaron por fuer-

za al lecho del Príncipe. Presentóle el Rey el báculo pastoral, pero Anselmo tuvo la mano cerrada. Los obispos le abrieron algunos dedos con tal esfuerzo que le hicieron gritar de dolor, y le pusieron en la mano el báculo, manteniéndole en ella apretado mientras todos los concurrentes clamaban: viva el arzobispo. Al instante entonaron el *Te Deum*, y tomaron el camino de la iglesia á donde llevaron á Anselmo que hacia todos sus esfuerzos para fugarse, diciendo que nada se hacia con esto.

Hechas las ceremonias de costumbre, volvió á presentarse al Rey, á quien dijo: sabed, ó Príncipe, que no morireis de esta enfermedad, y así ved como poner remedio á lo que acaban de hacer, porque yo declaro que no he consentido ni consiento en ello. Habiendo salido de la habitacion del Rey dijo á los obispos y á los señores que le seguian: ¿sabeis lo que quereis? atar al mismo yugo un toro indómito y una oveja vieja. Pero la oveja que podia ser útil de otro modo, será hecha pedazos por el toro: considerad bien las consecuencias de esta union estraña. Y si mi suerte no os interesa, temed los infortunios que os aguardan despues que el Rey agoviándome á mí haya desalentado á todos aquellos que podian oponerse á sus violencias.

Ordenó el Rey para desvanecer los terrores de Anselmo que le pusiesen en posesion de todos los bienes del arzobispado, y que la ciudad de Cantorberi y la abadía de San Albano, que Lanfranco habia disfrutado tan solo en feudo, perteneciesen en adelante

en propiedad á aquella iglesia. Ofreció además mirar al arzobispo como á su padre, seguir todos sus consejos en los negocios eclesiásticos, y principalmente prestar obediencia como á Pontífice legítimo al Papa Urbano, á quien hasta entonces habia rehusado reconocer. Prometió, en una palabra, mas de lo que le pedian; y hasta que el abad aceptó el arzobispado, esto es, durante su enfermedad, mostró todas las disposiciones de un pecador arrepentido, y de un Rey cristiano. Para conformarse exactamente con las leyes y costumbres de la Iglesia, rogó al duque de Normandía, al arzobispo de Ruan y á la comunidad del Bec que viniesen á bien en la eleccion de Anselmo, lo que hicieron con muchísimo gusto á pesar del sentimiento que tenían viéndose privados de un hombre tan grande. Guillelmo, arzobispo de Ruan, envió además una orden formal al santo abad, mandándole aceptar el episcopado. Por último, fue consagrado en Cantorberi en 4 de Diciembre de 1093, por Tomás, arzobispo de York, con un aplauso y un concurso tan extraordinario, que solo por causa de enfermedad faltaron dos obispos de los de todo el reino. Fue sucesor suyo en la abadía del Bec Guillelmo, prior de Poissi, en latin *Pexejum*, que ciertos autores han traducido Pessé, nombre del todo desconocido.

32. En el año de la consagracion de San Anselmo murió Santa Margarita, Reina de Escocia, de la familia de los Reyes ingleses (1). Dió la Providencia

(1) *Bolland. ad 10. Jun.*

á la Escocia, todavía bárbara, esta santa Reina, que pasó cerca de veinticuatro años en ella para aniquilar los restos de la barbarie que contaminaban la pureza del cristianismo. En union con el Rey Malcolm su esposo reunió muchos concilios, á los que concurrió ella misma, señalándose no menos por su espíritu y sus conocimientos que por su celo y piedad. Contribuyó entre otras cosas á que resolviesen que nadie pudiese contraer matrimonio con la viuda de su padre ni de su hermano; que santificasen el domingo absteniéndose del trabajo; que todos los fieles, hasta los pecadores, se pusiesen en estado de comulgar por Pascua, confesando y haciendo obras de penitencia; y que el ayuno de cuaresma principiase el miércoles de ceniza en vez del lunes siguiente. Era en extremo celosa de la magestad del culto divino, y se dedicaba con gusto al adorno de las iglesias, al propio tiempo que procuraba con todo su poder el esplendor de la casa real, poniendo el mayor cuidado en la educacion de sus hijos. Celebraba dos cuaresmas, una antes de Pascua y otra antes de Navidad: rezaba cada día el salterio y distintos officios; y por último servia la comida con el Rey su esposo todos los dias á mas de trescientos pobres, prodigando limosnas inmensas. Sintiéndose enferma de muerte, hizo una confesion general: el último día quiso recibir el Viático en su oratorio, y en él oyó misa, volviendo despues á su lecho. Estaba con grande inquietud por saber del Rey su esposo, que se hallaba en la guerra con sus dos hijos, cuando el mas jóven

entró en la cámara: pidióle noticias de su padre y de su hermano, y él respondió que estaban buenos, pero tan cortado que la Reina no quedó satisfecha. Instóle esta con tanta fuerza, que él no pudo conservar por mas tiempo el disimulo, y confesó que habian sido muertos uno y otro tres dias antes. Alzando la Santa los ojos al cielo dió gracias á Dios porque la enviaba aquella afliccion para espiar sus culpas, y murió al momento siguiente de este sacrificio. Honra la Iglesia su memoria el 10 de Junio, aunque murió el 16 de Noviembre.

33. San Nicolás por sobrenombre Peregrino, se hizo igualmente venerable en la Pulla al año siguiente, por medio de virtudes que en la flor de su edad llegaron á la mayor perfeccion (1). Vió la luz en Grecia en una villa de la Ática, de padres pobres, que no pudieron darle la menor tintura de las letras, ni aun hacerle aprender un oficio; y esta fue la razon porque á la edad de ocho años se vió en la necesidad de guardar ovejas. Esta alma dirigida por el Espíritu Santo, supliendo con el fervor de los afectos la instruccion exterior y la diversidad de oraciones, principió desde entonces á repetir de continuo y en voz alta esta pequeña súplica: Señor, tened piedad de nosotros. Pronunciábala sin cesar noche y dia, y esta devocion la conservó toda su vida por mas esfuerzos que hicieron para apartarle de una singularidad reputada comunmente por un acto de demencia. Retirado á la montaña de Esterion, cons-

(1) *Ibid.* 2. Jun.

truyó en ella una cabaña con palos, y vivió algun tiempo solo, trabajando y repitiendo sin cesar la misma plegaria.

Pasó despues á Lepanto en donde se unió con un monge llamado Bartolomé, de quien no se volvió á separar, y con quien se embarcó para Italia. Ayunaba aquí todos los dias permaneciendo sin comer nada hasta el anochecer, en que tomaba un poco de pan y agua, y despues gastaba toda la noche en orar en pie. Todo su vestido consistia en una túnica ligera que no le llegaba mas que hasta las rodillas; llevaba la cabeza, las piernas y los pies desnudos, una cruz en la mano, y colgado del hombro un saco donde ponía las limosnas que le daban, y que él distribuía despues á los pobres y á los niños que le rodeaban en tropel por todas partes. Exhortaba á todo el mundo á la penitencia, y apoyaba sus discursos con milagros. No obstante, en muchas partes sus extraordinarios modales le ocasionaron burlas ó malos tratamientos; pero en Trany, donde espiró todavía jóven, corrió la gente en tropel á honrarle y á pedirle su bendicion. Fue aun mayor el concurso en sus funerales, celebrados con pompa en la iglesia catedral, donde adquirió su sepulcro mucha fama por una multitud de milagros: le invocaban principalmente en los naufragios como al santo obispo de Mira, cuyo nombre tenia.

34. Principiaban á fortalecerse el orden y la disciplina en aquellas provincias meridionales de Italia, y aun mas allá de los mares en la Sicilia, ocupada

despues de mas de dos siglos por los musulmanes. Despues de haber conquistado casi toda aquella isla opulenta el conde Rogerio, mostró su reconocimiento á Dios como político verdaderamente cristiano, esto es, poniendo freno á los desórdenes introducidos por la dominacion prolongada de los infieles. Restableció la justicia y la tranquilidad pública, y dispensó su proteccion á los débiles, distinguiendo su beneficencia con todos los desgraciados. Fue exacto en los divinos oficios; reedificó las iglesias, y mandó que las pagaran los diezmos aumentando además sus rentas con grandes liberalidades (1). Pero á lo que principalmente se consagró fue al restablecimiento de los obispados: en solo el año de 1093 fundó los de Mesina, Catana, Girgento y Masara. Fundó despues el de Siracusa: teniendo en todos cuidado de poner buenos pastores que traía de lejos, especialmente de Normandía de donde era originario. Restableció gran número de monasterios además de los obispados, y levantó otros nuevos, tomando para todas estas buenas obras consejos del Papa Urbano con reglamentos á los que recurrió despues por largo tiempo, lo que hizo mirar á este Pontífice como restaurador de la iglesia de Sicilia.

35. No tomaron los negocios un curso menos favorable á los intereses del Pontífice legítimo en la Lombardia. Los indignos procederes del Emperador Enrique contra su esposa Adelaida, obligaron á rebelarse á Conrado su hijo, aunque de otra muger (2).

(1) *Gaufr. Maláter. lib. 4. c. 7.* (2) *Dodech. ad ann. 1093.*

Dicen que despues de haber puesto en una cárcel á esta Princesa desgraciada, permitió á muchos disolutos á que la violasen, y que instó al mismo Conrado á que abusase de su madrastra. No contestando el Principe sino con señales de horror y de indignacion, dijo el Emperador que no era hijo suyo sino de un señor de Suabia, á quien en efecto era muy parecido. Arrebatado Conrado de despecho abandonó á su padre, y se alió al partido de la condesa Matilde y de otros católicos. Las ciudades de Milan, Cremona, Lodi y Plasencia se declararon en su favor, y formaron una liga de veinte años contra Enrique, reduciéndole con este golpe á tal estado de debilidad y desesperacion, que se habria suicidado si sus gentes no se lo hubieran impedido. Fue Conrado reconocido en su lugar por Rey de Italia, y coronado con solemnidad en Milan por el arzobispo Anselmo tercero de este nombre.

Corrió desde luego á buscar al Papa Urbano á Cremona en donde le juró fidelidad, ofreciendo defender con todo su poder los derechos del Pontífice legítimo. Por su parte ofreció Urbano su socorro para conservarle en el reino de Italia, y alcanzarle la corona imperial. Fue tan vivo y tan general el júbilo que este acontecimiento causó á los católicos, que el sabio obispo de Chartres escribió al Papa felicitándole por la reduccion del reino de Italia á su obediencia, y por la religion del nuevo Rey que renunciaba á las investiduras.

36. Fue tambien reconocido el Papa Urbano por

Guillermo el Rojo, Rey de Inglaterra, que hasta entonces no se habia decidido entre los dos pretendientes que se titulaban Soberanos Pontífices. Habia enviado á Roma dos capellanes suyos á fin de aclarar este grande negocio, menos por celo del orden gerárquico que por odio contra el santo obispo de Cantorberi, á quien pretendia deponer. No habian durado mas tiempo la penitencia y las buenas disposiciones de Guillermo que el que estuvo próximo á la muerte: cuando recobró la salud, puso en olvido todas sus promesas. Un dia que Gandulfo, obispo de Rochester, le patentizó que esta conducta le atraeria algun nuevo azote de la cólera de Dios, el Príncipe usando del juramento que le era familiar por el Santo Cristo de Luca, dijo con enfado: jamás Dios me hará bueno haciéndome mal. Abrumó bien pronto á este Príncipe intratable, y por otra parte muy indiferente en orden á la conservacion de la disciplina eclesiástica, el celo de un prelado santo que utilizaba todas las ocasiones de pedir el restablecimiento del orden antiguo. Pero la pasion sola del dinero fue la que ocasionó el rompimiento de Guillermo.

Procurando por todos los medios despojar de la Normandía al duque Roberto su hermano, subió á dos mil libras de peso de plata, las que pretendió sacar por contribucion del arzobispo de Cantorberi. San Anselmo, que con el designio de grangearse para la Iglesia la proteccion del Rey habia ofrecido desde luego quinientas, que no admitió, opinó despues que este donativo, aunque gratuito, podria tomarse por

un obsequio al Soberano con la mira de obtener el arzobispado; y en consecuencia de esto cerró los oidos á cuanto se le representaba de parte de este Príncipe. Sobre estos principios Guillermo, obispo de Duran, uno de aquellos infelices hombres cuyos méritos consisten en la intriga y la verbosidad de la corte, puso en movimiento esta habilidad para saciar su ambicion. Persuadió al Rey Guillermo con la esperanza de sentarse en la silla de Cantorberi que hiciese renunciar á Anselmo ó al arzobispado, ó á la obediencia del Papa Urbano. El santo prelado, que habia reconocido á este Pontífice en Normandía por Gefe de la Iglesia, estaba preparado á perderlo todo antes que faltar á su conciencia. Tuvo el Rey por el contrario por un atentado hecho á su corona el que se reconociese en Inglaterra un Papa sin su permiso, y en consecuencia declaró, que no juzgaba ya á Anselmo arzobispo; mandó á los obispos no solo que le negasen toda obediencia, sino tambien que no tuviesen en adelante mas comunicacion con él. Acataron estos semejante orden por un espíritu de bajeza, seducidos unos por su propia ambicion, y otros por las intrigas de los ambiciosos. Trataron despues de arrastrar tras sí á los señores, pero mas libres que los prelados de este género de interés, y mostrando mas rectitud, contestaron que Anselmo era su pastor legitimo encargado de gobernar la Religion, y que siendo cristianos no podian dejar de seguir su conducta. El pueblo, estimulado con este egemplo, miró con indignacion á los obispos prevaricadores lla-

mándolos á este Judas, á aquel Pilato, á otros Caifás, Herodes, y dándoles todos los nombres mas ofensivos á los oídos cristianos. En una palabra, el Rey á pesar de su genio imperioso, temió llevar mas adelante su empeño, y para salir del apuro asignó cierto tiempo al arzobispo para que meditase y tomase por último su resolución.

Volviéron en este estado los dos capellanes enviados á Roma por el Rey, trayendo consigo al legado Gautier, obispo de Albano (1). Habíanse convencido de que el Papa Urbano era el Pontífice legítimo, y Gautier traía el palio para el arzobispo de Cantorberi. Habia exigido Guillelmo que se le entregasen para darle á quien mejor le pareciese, y disponer así la deposición de Anselmo. Al pasar el legado por Cantorberi no vió al arzobispo, ni dijo palabra alguna del palio que consigo llevaba, y quiso tener siempre á los dos capellanes por testigos de todas sus conversaciones y de todos sus pasos. Cuando se avistó con el Príncipe, habló solamente de aquello que sabia le habia de lisongear, y no dijo una palabra siquiera á favor de Anselmo. Hizo en suma tan perfectamente su papel, que las gentes de bien temieron que Roma hubiese preferido el dinero ó el poder á la defensa de la justicia. Ganó con esta conducta tan bien el corazón del Rey, que publicó en todo el reino una orden absoluta de reconocer á Urbano II por Papa legítimo.

(1) *Edmer. hist. Novor.* lib. 2.

Quiso persuadir al legado que usase de la autoridad pontifical para deponer á Anselmo; pero aunque prometió enviar á Roma todos los años una gran suma de dinero, el legado fue incorruptible. Así todas las baterías que el Rey Guillelmo habia levantado contra el santo arzobispo de Cantorberi con tanto riesgo para el orden gerárquico de la Gran Bretaña, no sirvieron sino para arrancar las últimas semillas. No pudiendo ya volverse atrás, quiso por lo menos salvar su dignidad, y tener el mérito de congraciarse con aquel á quien no habia podido destruir. Solicitó del arzobispo que le hiciese un regalo por lo menos con la ocasion del palio, el cual hubiera tenido que ir á buscar á Roma con grandes gastos á no mediar la embajada del Rey que le habia proporcionado este honor sin ninguno. Respondió el Santo, que esto seria dar una apariencia de venalidad á la benevolencia de su Soberano, y hacerle injuria. Vióse reducido por último el Príncipe á captarse gratuitamente la voluntad del arzobispo; y conviniéndose en una reconciliación en forma, dijeron de una parte y de otra que olvidarian todo lo pasado. Propusieron á Anselmo algunos mediadores que recibiese por lo menos el palio de la mano del Rey, pero él representó que esta era una gracia de la santa Silla, y no una merced del Monarca, por lo que acordaron que el legado llevaria el palio á Cantorberi, le depositaria sobre el altar, y Anselmo le tomaria en él. Egecutáronlo así con mucho aparato en medio de las aclamaciones de un pueblo innumerable. Despues

de esta reconciliacion forzada, el Rey Guillelmo dejó por algun tiempo al Santo en paz.

37. Cuando Anselmo se vió establecido en la silla arzobispal, escribió de nuevo y con mas estension que siendo abad contra los errores de Roscelino, porque juzgó que un obispo tan eminente, en nada debía pensar mas que en desvanecer hasta las menores nubes que pudiesen eclipsar su fe. Convencido al propio tiempo de que el mejor modo de justificarse de una heregia, es establecer los principios contrarios sobre la unanimidad de sentir entre los gefes y miembros del cuerpo episcopal, sometió al juicio del Papa Urbano el tratado que compuso por esta causa sobre la fe de la Trinidad y de la Encarnacion. Así todo el mundo cristiano se convenció plenamente de la falsedad de las imposturas de Roscelino.

38. Una refutacion tan satisfactoria enseñó generalmente á todos á desconfiar de las calumnias de un impostor que denigraba con preferencia á los personajes mas virtuosos. La carta envenenada que publicó contra el bienaventurado Roberto de Arbrisel, no mereció mas que el desprecio de los hombres de bien. Si la reputacion de Roberto se eclipsó por algun tiempo para una porcion de espíritus ligeros, la verdad penetró por fin la nube, y la inocencia reconocida sacó un nuevo rayo de luz de la malignidad de los calumniadores. Este santo varon, breton de nacimiento, llevaba su apellido ó sobrenombre de la aldea de Arbrisel, hoy Arbresac, en la diócesis de Rennes (1).

(1) *Bolland. ad 25. Febr.*

No habia en su patria maestros hábiles, y pasó todavía niño á cultivar sus felices disposiciones á la escuela de Paris, donde sobresalió muy pronto. Movió su crédito á su obispo Silvestre de la Guerche á llamarle cerca de sí, y le nombró su arcipreste. Correspondió Roberto á las esperanzas del prelado, combatiendo con fruto la simonia y la incontinencia de los clérigos, y acarreóse así el odio de los culpados, quienes despues de la eleccion de Marbodio, sucesor de Silvestre, no encontraron ya límites á su rencor, y quitaron al santo arcipreste la esperanza de hacer eficaces las empresas de su celo, con el consuelo de ser apoyadas y sostenidas. Hizo en consecuencia dimision del arciprestazgo, y se retiró á la selva de Craon en los confines de la Bretaña y del Maine; pero la reputacion de su virtud convirtió pronto este desierto en un punto de reunion de todas las almas deseosas de su salud y de su perfeccion. Roberto, que tenia una gracia particular para anunciar la palabra de Dios, contó un gran número de discípulos continuos que sometió á la regla canónica despues de haber edificado, con las liberalidades de Renaud de Craon, la abadía de nuestra Señora en los Bosques, ó nuestra Señora de la Rueda. Fue abad de ella, pero no pudo este campo demasiado estrecho contener en su recinto la estension de su celo. Corrió todos los paises vecinos predicando penitencia, tanto con su ejemplo como con sus palabras, y esto con un fruto que correspondia al concurso prodigioso de sus oyentes. Llegó en este tiempo



el Pontífice á Francia, y habiendo oido á aquel hombre apostólico, le mandó ir á sembrar por todas partes las semillas del Evangelio, lo que verificó con una edificacion tal, que causó una santa revolucion en las costumbres de todos los estados, é infundió, hasta en el sexo mas débil, toda la fuerza y elevacion del heroismo. Entre los motivos que conducian á Urbano II á Francia, donde habia nacido, contábase la expedicion tantas veces proyectada, aunque sin efecto, y pronta por fin á egecutarse contra los infieles opresores de la tierra consagrada por la sangre de nuestro Redentor. Habíase ya tratado de ella en el concilio de Plasencia, donde sola la esperanza de una cosa tan deseada habia reunido millares de asistentes; y el Papa no dudó de que esta obra quedaria consumada en otro concilio que celebró en el pais mas á propósito para favorecer este proyecto magnánimo.

39. El primer móvil de tan grande obra era un simple sacerdote de la diócesi de Amiens, llamado Pedro, y apellidado el Ermitaño, á causa de la vida solitaria con que edificaba á todos (1). Era pequeño de cuerpo, y de una fisonomía poco agradable; pero tenia un valor heróico, un espíritu elevado, una viveza y una energía en sus afectos tal, que los hacia pasar de un modo irresistible al alma de aquellos á quienes hablaba. Dábale su vida pobre y austera mayor grado de autoridad: llevaba una túnica de lana con una mala capucha: iba por lo comun

(1) *Mus. Ital. pag. 131.*

con los pies descalzos, ó montado sobre un jumento cuando sus fuerzas se debilitaban: distribuía todo lo mejor que se le daba: no comia mas que pan, ni bebia mas que agua; y todo lo hacia sin afectacion, y con la piedad juiciosa que correspondia á un genio de aquel órden: Pedro sabia oportunamente hacer que cediese la mortificacion á la condescendencia.

Habia formado este hombre el proyecto de liberar los lugares santos en el seno mismo de la dominacion tiránica de los turcos y de los árabes (1). Concibió el mayor sentimiento en la peregrinacion que hizo á Jerusalem al ver una mezquita edificada sobre los cimientos del templo, las caballerizas contiguas á la iglesia del santo sepulcro, y la mayor parte de los lugares en que se habian obrado nuestros primeros misterios profanados de mil modos distintos. Tenia ya su plan formado, é inquirió y se informó de su patron que era cristiano, y de algunos otros fieles, tanto de su miseria presente, quanto de los males que habian sufrido despues de muchos años. Pasó despues á conferenciar sobre esto con Simeon, patriarca virtuoso de Jerusalem, le pintó en presencia de algunos otros prelados y de muchos cristianos del pais, el valor y poder de los Príncipes de Europa, el celo y la grande autoridad del Papa, y por último añadió: „no dudeis, ó santo padre, que si la Iglesia y los Soberanos del occidente estuviesen instruidos, y fuesen implorados por una persona tan digna como vos de su veneracion y confian-

(1) *Guill. Tyr. lib. 1. cap. 2.*

za, correrían con empeño y prontitud á romper el yugo opresor bajo del cual gemís. Escribid al Papa y á los Príncipes cartas circunstanciadas y selladas con vuestro sello; yo me ofrezco á ser el portador, y á hacer por todas partes con la ayuda del Señor eficaces instancias por vuestra libertad." Los obispos, y cada uno de los fieles que estaban presentes dieron á Pedro muchas gracias, y escribieron las cartas que pedia.

Orando despues por el buen éxito de su empresa en la iglesia del santo sepulcro se quedó dormido, y vió en sueños á nuestro Señor que le dijo: „levántate, Pedro, y apresúrate á egecutar tu comision: ya es tiempo de ausiliar á mis siervos, y de vengar la santidad de mi casa: no temas nada; yo estoy contigo." Sea lo que se quiera de la naturaleza de este sueño, el patriarca Simeon, á quien Pedro le contó al punto, y que segun todos los monumentos era un hombre de mucho juicio y de una grande virtud, le tuvo despues de examinarlo con detencion por una revelacion divina. Pedro el Ermitaño se sintió tan prodigiosamente alentado con esta vision, que se hizo á la vela apresuradamente para Italia.

Entregó la carta del patriarca de Jerusalem al Papa Urbano, muy inclinado ya á la espedicion que en ella se solicitaba; y no perdonó medio alguno, tanto para abreviar la egecucion, como para proporcionar medios formidables. Corrió, no solo la Italia, sino tambien cruzó los Alpes, preparando así el camino al soberano Pontífice, y buscó uno tras otro

á todos los Príncipes de este lado de los montes. Cuando el espíritu de los grandes y de los pueblos se hubo enardecido principalmente en la nacion generosa de los franceses, el Papa pasó á ella con diligencia por mar: atravesó el pais del Rodano, dirigióse á Pui en Velay, y convocó desde allí con dos ó tres meses de anticipacion, el concilio que se debia celebrar en Clermont en el mes de Noviembre de 1095. Ocupó este intervalo en visitar los monasterios de la *Chaise-Dieu*, de Souvigni y de Cluny, en donde habia sido monge y prior, á fin de escitar á los santos que los habitaban en gran número, á que rogasen al Señor por el buen éxito del concilio. En ninguna parte parecia estar tan complacido como en Cluny, en donde tuvo la satisfaccion de hallar con perfecta salud, aunque en una edad muy avanzada, á San Hugo, que le habia dado el hábito monástico: allí consagró el altar mayor de la grande y magnífica iglesia que este santo abad acababa de edificar.

40. Poníanse en movimiento entre tanto los prelados y señores en todo el mundo cristiano (1). Doce arzobispos, ochenta obispos y mucho mayor número de abades, sin contar una infinidad de otros eclesiásticos y sabios de todos estados llegaron á Clermont de todas las provincias de la Francia, y de los reinos vecinos. Adoptaron todos los decretos de los concilios que el Papa Urbano habia tenido en Melfi, Benevento, Troyes, en la Pulla y Plasencia:

(1) *Tom. 10. Concilior. pag. 306.*

formaron algunos cánones nuevos para la seguridad de los primeros, y para estirpar los restos de algunos abusos que se perpetuaban á la sombra de un disfraz, y de vanas interpretaciones. No solo prohibieron á los clérigos tener concubinas, sino tambien que durmiesen en su casa otras mugeres que las señaladas por los cánones antiguos como libres de toda sospecha; y escluyeron de los sagrados órdenes á los hijos de estos clérigos, y en general á todos los hijos ilegítimos, á menos que no hubiesen profesado la regla canonical ó monacal.

En cuanto á la adquisicion de los beneficios, además de las convenciones simoníacas, prohibieron poseer dos prebendas en distintos pueblos, ó dos dignidades eclesiásticas, y aun el hacer de ellas pleito homenaje en sus manos; proscribieron como simoníaco lo que se llamaba rescate de los altares, práctica establecida á imitacion del rescate que se hacia de los feudos en las mudanzas de los señores, y que consistia en dar al obispo una suma de dinero á cada mudanza de los titulares que servian aquellos altares ó capillas. Perteneciendo muchos de estos beneficios á monasterios, el concilio les confirmó la propiedad de aquellos que poseían mas de treinta años antes. Quitó á los monges el gobierno de las almas anexo á estos títulos, y resolvió que hubiese un capellan nombrado por el obispo, y presentado por ellos para gobernar al pueblo, esto es, para ser cura, y cuya institucion ó deposicion perteneceria al obispo diocesano. Estendieron algunos prelados este

reglamento á los canónigos regulares; pero el sabio Ivon de Chartres desaprobó con energia que se les escluyese de este modo del gobierno de las parroquias.

41. El proyecto de llevar la guerra al pais de los musulmanes hacia mas necesaria que nunca la paz y la concordia, y confirmaron cuidadosamente la tregua de Dios, y el derecho de asilo que se estendia á las cruces puestas en gran número en los caminos. Prohibieron tambien tomar separadamente en la comunion el cuerpo y la sangre de Jesucristo, exceptuando solo un caso de necesidad, como el de una enfermedad en que el enfermo no pudiese tragar el pan seco. El concilio resolvió esta prohibicion porque ciertos occidentales imitaban á los griegos que daban la Eucaristía en una cuchara en que se tomaban juntos el pan y el vino consagrados; práctica reprobada por la Iglesia latina como contraria á la institucion del Sacramento. Observamos por esto que subsistia aun el uso comun de comulgar bajo las dos especies, que siguió hasta despues de la conquista de Jerusalem en las iglesias occidentales, en que insensiblemente se fue estableciendo el uso en que estaba la Iglesia latina de no dar mas que la especie de pan en la comunion. Entre los asuntos particulares discutidos en el concilio de Clermont, el principal fue asegurar á la iglesia de Leon los derechos de primacia que la habian ya concedido: fundáronse como lo habia hecho Gregorio VII al dar su bula en favor del arzobispo Gebuino, en la noticia

de las provincias de la Galia inserta en la coleccion de Isidoro. Concluyó tambien el Papa Urbano en este concilio, aunque sobre un fundamento mucho mas sólido, la larga contienda del arzobispo de Tours con el que se llamaba arzobispo de Dol, á quien condenó á estar sometido al primero, y á darle satisfaccion por la desobediencia pasada.

Vinieron por último á tratar del objeto capital del concilio; esto es, de la liga proyectada contra los musulmanes. Alzando el Papa los ojos al cielo, é imponiendo silencio con una seña hecha á este fin, habló así (1): „bien sabeis, hermanos míos, que el Salvador del mundo ha honrado con su presencia la tierra prometida en la antigüedad mas remota al pueblo de Dios: aquella es su eterna herencia y el lugar fijo de su habitacion; y aunque es verdad que le ha abandonado por algun tiempo á la tiranía de los infieles, no por esto ha de creerse que le ha dejado para siempre. Hace mucho tiempo que el árabe sacrilego egerce su bárbara impiedad en los santos lugares: él ha reducido á los fieles á la esclavitud, y los agobia con tributos, exacciones y tratamientos indignos: roba á sus hijos obligándolos á renunciar el bautismo, y si hacen resistencia los borran del número de los vivientes. El templo del Señor se ha hecho el asiento de los demonios, el santo sepulcro está transformado en establo, todos los parages consagrados por la sangre y los vestigios del Hijo de Dios no son mas que lugares de carnicería y de prostitucion:

(1) *Guill. Tyr. lib. 1. pag. 32.*

allí se degüella á los sacerdotes y á los diáconos, y se quita á las mugeres y á las vírgenes la vida despues de violentarlas.”

„Armaos pues de celo todos vosotros, queridos hijos míos, y marchad sin dilacion al socorro de vuestros hermanos casi desesperados de la Palestina: la fe está cerca de espirar en el lugar mismo en que ha nacido. ¿Qué digo? Los tiranos furiosos no ponen ya mas límites á su rabia: como un torrente que no conoce diques, no contentos con las inmensas posesiones que han usurpado en el imperio de los griegos, quieren invadir los últimos restos, y estenderse despues por nuestro imperio, y por todos nuestros reinos: su ambicion sacrilega no se propone menos que extinguir hasta el nombre cristiano. Muchos de entre vosotros han sido testigos oculares de sus excesos, y ninguno puede dudar de ellos á la vista de estas cartas de nuestros hermanos de Palestina, traídas por el venerable Pedro que está aquí presente. Por lo que hace á Nos, confiando enteramente en la misericordia del Todopoderoso, por nuestra autoridad apostólica remitimos á los que marchen contra los infieles las penitencias que merecen por sus pecados: aquellos que mueran con un verdadero arrepentimiento en los lugares en que Jesucristo murió por nosotros, no deben dudar de obtener la remision de sus culpas y la vida eterna; y no será menor la recompensa muriendo en el camino.”

Esta promesa mal entendida por una infinidad de ignorantes, perversos de mala fe, que limitaron las

condiciones de ella á solo los trabajos de la guerra, fue la época principal de la decadencia de las penitencias canónicas, que hasta entonces se habian sostenido muy bien. No hubo pecador que no prefiriese á los rigores humillantes de la penitencia pública, los ejercicios militares que creyó equivaler á toda buena obra, y aun á la conversion del corazon.

A fin de separar mas y mas los obstáculos, prohibieron con rigor las guerras particulares que se hacian los señores unos á otros; y acordaron que los bienes, igualmente que las personas de los guerreros peregrinos, quedasen especialmente bajo la proteccion de la Iglesia. Para atraer despues las bendiciones del cielo obligaron á los clérigos á rezar el oficio parvo de la Virgen, que San Pedro Damiano habia puesto en uso entre los monges; y dicen que Urbano II ordenó que el sábado fuese especialmente consagrado á la Virgen nuestra Señora, y que en este dia se hiciese su oficio (1).

Movieron fuertemente los ánimos preparados ya con habilidad las exhortaciones del Papa: un entusiasmo que pareció divino se apoderó de todo el concurso, y en un instante como por inspiracion se oyó en todas partes clamar: *Dios lo quiere, Dios lo quiere*. Entonces el Sumo Pontífice volviendo á tomar la palabra: „hermanos míos, dijo, veis claramente que el Señor se encuentra en medio de los que se reúnen en su nombre. ¿Hubierais proferido á una voz el mismo clamor si él mismo no le hubiese puesto en vues-

(1) *Gaufrid. Prior. Voicus.*

tra boca? Esta, pues, será la voz de guerra y de reunion.” Apresurándose por todas partes las gentes á alistarse, presentándose en tropel y confusamente, se convino en una señal de alistamiento, que fue una cruz de tela encarnada que cada uno podria ponerse por sí mismo en el hombro derecho; y de aquí provino el nombre de cruzados y de cruzada. Cualquiera que tomaba la cruz, estaba obligado bajo pena de excomunion á cumplir el voto que hacia de un modo implícito al cruzarse.

El Papa, procurando evitar en cuanto fuese posible todos los desórdenes, añadió, que los viejos, los enfermos y generalmente todos aquellos que no fuesen aptos para las armas, no emprenderian de modo alguno aquel viage. Que tampoco le harian las mugeres casadas sin sus maridos, ni las solteras sin un hermano ú otro hombre igualmente seguro, que pudiese responder de ellas, y que los eclesiásticos no irian sin el permiso de su obispo, de quien hasta los mismos legos deberian tomar la bendicion. El primero que se cruzó fue Aimár ó Ademaro de Monteil, obispo de Pui en Velai, quien por su grande reputacion de prudencia, virtud y doctrina fue nombrado, aunque á su pesar, legado para el ejército de los cruzados.

Termináronse tantos asuntos importantes en Clermont en menos de quince dias. Salió el Papa de allí en 2 de Diciembre, y recorrió, sin embargo de las incomodidades de la estacion, una multitud de provincias, haciendo en todas partes publicar y predi-

car la Cruzada, distribuyendo por sí mismo las cruces. Penetró las montañas salvages de la Auvernia, pasó á San Flor, priorato de Cluny, cuya Iglesia dedicó; despues á Aurillac y al monasterio de Userche, de donde Bernardo primer arzobispo de Toledo, que iba en su comitiva, sacó un monge llamado Burdino, distinguido por unos fatales talentos, que en lo sucesivo se hicieron famosos por el cisma de que fue gefe. Bernardo, nacido tambien en Francia, en donde habia sido monge de Cluny, y de donde sus cualidades superiores le hicieron pasar á la primera silla de España, hizo otras elecciones mas acertadas que la de Burdino, dando otros muchos franceses por pastores á las principales iglesias de que era primado.

42. El Papa siguiendo las correrías de su celo llegó á Limoges dos dias antes de Navidad, y celebró allí esta fiesta: el día despues de los Inocentes consagró la iglesia catedral, y el día de San Silvestre la de San Marcial. De aquí pasó á Poitiers á la fiesta de San Hilario en 14 de Enero; y en el principio de Febrero á Angers, donde fijó la salida de los cruzados para la Asuncion de nuestra Señora del mismo año de 1096. Desde Angers fue á Mans, y despues al monasterio del generoso abad Gofredo, esto es, al de la Trinidad de Vandoma, y de aquí á Tours, en donde la prodigiosa concurrencia de fieles de toda condicion que en ninguna iglesia cabian, le redujo á predicar en las orillas del Loira. El cuarto domingo de cuaresma, que en aquel año era el 23 de Marzo,

hizo la bendicion de la rosa de oro como está señalada en el órden romano. Coronóse tambien de palmas segun el uso de Roma, nacido probablemente de que haciéndose la estacion de este dia en la iglesia de santa Cruz de Jerusalem, se llevaba en ella la palma como símbolo de los peregrinos de Palestina. Dió el Papa por honor la rosa á Fulco, conde de Anjou, que se obligó á sí y á sus sucesores á llevarla todos los años en la procesion del domingo de Ramos, de donde provino la costumbre de llevar en ella flores con los ramos, que segun algunos escritores han hecho dar á este dia el nombre de Pascua florida.

Volvió Urbano II á pasar por Poitiers, y fue á celebrar la fiesta de Pascua en Saintes; despues fue á Burdeos, y de allí á Tolosa, en donde el día 24 de Mayo dedicó la iglesia de San Sernin. Pasó desde Tolosa á Montpellier, y al punto se trasladó á Magüelona, en donde estaba la silla episcopal de aquella diócesi, que permaneció allí hasta el año de 1536. El autor de la historia de los obispos de esta silla, que ocupó él mismo, dice, que este Pontifice consagró toda la isla de Magüelona, y que concedió la remision de los pecados á los que estaban y estuviesen en lo sucesivo enterrados en ella. Pero este historiador, que escribia cerca de doscientos años despues, no es de bastante autoridad para persuadir que un Papa tan grande como Urbano II haya podido dar una absolucion tan inútil á los muertos como contraria á los cánones.



43. Antes de dejar el reino de Francia, Urbano que en su largo y laborioso viage habia arreglado una multitud de negocios concernientes á los particulares, tuvo por último la satisfaccion de ver al Rey Felipe sometido á la autoridad apostólica (1). No pudo este Príncipe, á pesar de la pasion violenta que le unia á Bertrada, sostener por mas tiempo el peso de su vergonzosa cadena, y del justo anatéma en que ella le habia hecho incurrir. Hizo esfuerzos que debieron parecer sinceros para libertarse de él, y de los cuales pudo esperarse mayor perseverancia. Presentóse él mismo en el concilio que el Papa tenia en Nimes despues de haberse separado de su concubina, y prometió no tener mas trato en adelante con ella: el Papa lleno de júbilo le levantó la excomunion; mas este júbilo se disipó bien pronto por la ligereza de Felipe, que no renunció para siempre al objeto de su pasion, sino cuando esta diestra seductora movida ella misma del escándalo y de las turbulencias del reino, consintió voluntariamente en la separacion, que era lo único que podia poner fin á ellas.

Despues del asunto de Felipe y de Bertrada, el objeto mas notable del concilio de Nimes es el que se encuentra decidido en el cánón segundo. Algunos ignorantes llevados de un celo amargo, segun las expresiones propias de los padres de este concilio, tenían á los monges como hombres muertos ya para el mundo, por indignos de las funciones sacerdotales, é incapaces de administrar el bautismo, la pe-

(1) *Tom. 10. Concilior. = Bertold. ann. 1099.*

nitencia y la absolucion. El concilio combate esta preocupacion como un error incapaz de sostenerse, oponiendo á él los egemplos de San Gregorio Papa, de San Agustin el apóstol de los ingleses, y del grande Martin, que tan felizmente pasaron del estado monástico al episcopado. Es verdad que dejaban sus solitudes y volvian á entrar en el trato ordinario con los fieles para egercer el ministerio sacerdotal: á los monges que quedaban en los monasterios, se les daba libertad para egercer las funciones eclesiásticas aun con los seculares, pero esta objecion estaba reservada á los censores modernos: la sencillez de los tiempos antiguos no pensó jamás en hacer problemática la autoridad ni la sabiduría de la Iglesia relativamente á las mudanzas que tiene por conveniente hacer en los puntos arbitrarios de disciplina.

44. Queriendo en fin el Papa volver á entrar en Italia, fue de Nimes á San Gil, de aquí á Aviñon, y despues á Viena, en donde continuando con un celo infatigable las funciones de la solitud pontifical, hizo dar al cuerpo de San Antonio los honores que merecian tan preciosas reliquias. Habian sido estas llevadas allí desde Constantinopla cerca de un siglo antes por un señor del pais llamado Goselino, que las colocó en una posesion suya llamada de la Mota, inmediata á Viena, en donde tenia desigño de edificar una iglesia (1). Habiendo muerto de repente, pasaron á sus herederos, y estos á su egemplo las llevaban á todas partes consigo, como su mas segura

(1) *Bolland. tom. 3. pag. 151. = Baill. 17. Jan. pag. 13.*

defensa. Urbano II tuvo por cosa indecente que anduviesen perpetuamente errantes por lo comun en medio de los peligros de la guerra, y entre las manos sangrientas de hombres entregados á las armas; é inmediatamente las hizo depositar en un oratorio que se construyó de prisa en el lugar en que debia estar la iglesia que se edificó despues en la Mota, y que por el pronto fue priorato de benedictinos, sacados del monasterio de Monte-Mayor de la diócesis de Arlés.

45. Hubo tambien desde entonces en el mismo sitio un hospital y una hermandad secular de hospitalarios para alivio de las personas acometidas de una enfermedad pestilente que hizo estragos espantosos en muchas de aquellas provincias: esta era una especie de fuego devorante que consumia con dolores inesplicables las partes del cuerpo en que se cebaba: con este fuego, ó mas bien con el remedio que habia preparado allí para él en las reliquias de San Antonio, queria Dios honrar á su siervo tanto en las Galias como en el oriente. Los enfermos encontraron pues en la iglesia de la Mota el alivio que inútilmente habian buscado en las oraciones y procesiones hechas en otros muchos parages. Algunos impíos que profirieron en esta ocasion ironias sacrílegas, fueron tocados de aquel contagio abrasador, que se llamó por esto fuego sagrado ó fuego de San Antonio; prodigio bastantemente comprobado por haber hecho impresion en el ilustre y sabio Pico de la Mirándula que le celebró en verso.

46. El concurso de los que venian á buscar re-

medio en las santas reliquias era tan continuo, que movió la conmiseracion y piedad de Gaston y su hijo Gironda, señores de aquella provincia, á consagrar tanto sus personas como sus bienes al alivio de los enfermos; y habiéndoseles unido algunos compañeros, formaron una hermandad que dió origen á la congregacion de canónigos regulares de San Antonio. En lo sucesivo se les trasladó al priorato de la Mota que el Papa Bonifacio VIII hizo abadía, cuyo superior general fue abad.

47. En medio de tantos y tan diferentes negocios, Urbano II se aplicaba con particularidad al objeto principal de su viage; esto es, al feliz éxito de la cruzada. La publicaba principalmente en los concilios que celebraba en el camino, y los obispos la predicaban despues en sus diócesis, á cuyo efecto recorrian todos los pueblos que en ellas se comprendian. Por otra parte, el celo y actividad infatigable de Pedro el ermitaño, parecia que multiplicaban su persona. La vehemencia de sus discursos y la reputacion de sus virtudes transportaban igualmente á los habitantes del campo que á los de las ciudades y de las cortes; y los pueblos le seguian en tropas. Le tenian tanta veneracion que se estendia hasta sus vestidos, á cuanto habia tocado, y aun al animal sobre que iba montado, del cual arrancaban pelos para conservarlos como reliquias.

Bien pronto se vió todo en movimiento en toda la estension de las Galias, en la Italia, en la Alemania, y hasta en las playas heladas de Dinamarca y



de la Noruega. En todas las clases había igual empeño en ponerse la cruz: los labradores abandonaban sus empezadas labores, y los artesanos sus talleres para alistarse bajo el estandarte santo: hasta los ladrones y los malhechores públicos confesaban sus pecados, y se ofrecían á espiarlos por medio de la guerra santa. Las mugeres, los viejos, los niños y tropas de clérigos, de monges y aun de reclusos, seguían con intrepidez, si no para combatir, por lo menos para dar su sangre en testimonio de la fe. Para proveer á los gastos del viage vendían sus posesiones al precio que quería dar el comprador, y aun las abandonaban como un simple donativo á las comunidades religiosas, con sola la carga de orar; por lo que adquirieron éstas bienes inmensos. Pero lo que mas edificó fue el ver que las enemistades y guerras particulares que había en la mayor parte de las proyincias cesaron de repente, igualmente que las violencias y robos. La justicia y la concordia parecia haber tomado las riendas del gobierno en todos los estados cristianos, para dejar á los fieles la libertad de llevar la guerra entre los enemigos de la Religion y de la virtud.

48. Entre los señores franceses que se dispusieron á marchar, los mas distinguidos fueron Hugo el Grande, hermano del Rey Felipe y conde de Vermandois, Roberto, duque de Normandía y hermano del Rey de Inglaterra, Raimundo de San Gil, conde de Tolosa y de Provenza, Roberto, conde de Flandes, Estévan, conde de Chartres y de Blois, y el famo-

so duque de Lorena Gofredo de Bullon, con sus dos hermanos Eustaquio y Balduino. Además de estos había un gran número de señores de menos consideracion, y una infinidad de caballeros. El primero que se puso en camino fue Gautier, mas valiente que opulento, llamado por esta razon el Pobre: salió el dia 8 de Marzo de 1096.

Fue seguido de Pedro el ermitaño, que de predicador de la cruzada pretendió ser general, pues se puso á la frente de un grueso cuerpo de egército, compuesto por lo menos de cuarenta mil hombres que había juntado en Francia y Alemania, la mayor parte sin disciplina ni esperiencia, y en fin, tan malos soldados como el capitan. No tardó en conocer que el talento de reclutar tropas no bastaba para conducir las y formarlas para la guerra, y así bien pronto se vió obligado á dividir su egército en dos cuerpos, de los cuales dió el mando de uno á Gautier el pobre, y se reservó el otro; pero si Pedro carecia de capacidad, la indigencia de Gautier privaba á este, sin embargo de su valor, de la autoridad necesaria á un general. A egemplo de Pedro el ermitaño, un sacerdote aleman llamado Godescalco, se puso á la frente de quince mil hombres, pero tan mal disciplinados que no pasaron de la Hungria, donde fueron hechos pedazos en castigo de sus escesos y robos. Otras muchas tropas salieron con el mismo desorden en esta primera campaña desde el mes de Marzo hasta el de Octubre.

49. Los mayores escesos que se cometieron fue-

ron efecto del celo mal entendido de una multitud confusa de cerca de doscientos mil hombres de á pie sin gefe y sin ninguna disciplina, los cuales creyeron que yendo á combatir contra infieles debian empezar esterminando los judíos que encontraban al paso. Subiendo por el Rhin y las provincias inmediatas desde Colonia hasta Worms, mataron sin piedad á todos los que pudieron descubrir de esta nacion. Los obispos tomaron su defensa, y Juan de Spira llegó hasta castigar con la muerte á algunos cristianos en esta ocasion; pero otros celadores sanguinarios se obstinaron por todas partes en no dar cuartel sino á los que recibiesen el bautismo, y la mayor parte de estos desgraciados querian mas perecer y matarse á sí mismos despues de haber degollado á sus hijos, para que fuesen delante y los esperasen, segun decian, en el seno de Abraham; las mugeres que no tenian resolucion para clavar el puñal en su seno, se precipitaban en los rios. Hubo sin embargo un gran número de judíos, hombres y mugeres, que se bautizaron en Tréveris; pero á escepcion del rabino Miqueo, que estaba á su frente y que se convirtió sinceramente, todos los demás apostataron el año siguiente.

Pedro el ermitaño que salió de los primeros para la tierra santa, se dirigió á Constantinopla, donde le esperaba un ejército de cruzados italianos: fue bien recibido del Emperador Alejo, el cual le aconsejó que esperase á los Príncipes cruzados para pasar al otro lado del Bósforo á las tierras ocupadas por los turcos. Bien pronto los robos y escesos de aquella

multitud indisciplinada hicieron mudar de disposiciones al Emperador, por lo que les hizo pasar inmediatamente el estrecho. Luego que llegaron á Nicomedia, los italianos y los alemanes se separaron de los franceses, cuya altivez, decian, no podian sufrir, y nombraron por su gefe á Reinaldo, que á la incapacidad juntó la perfidia y la bajeza. Este se dejó bloquear en un fuerte, donde careciendo todas sus tropas de agua, y reducidos por la sed á sangrar los caballos para beber la sangre, murió el mayor número, quedando los demás tan lánguidos, que apenas podian llevar sus armas. Reinaldo entonces fingió querer pelear, pero habiendo ordenado á aquellos infelices en batalla, él fue el primero que se entregó al enemigo, dejándolos á la merced de los infieles, que con el sable en la mano se empeñaron en hacerlos renegar de Jesucristo; pero los sentimientos de la Religion y de la penitencia renacieron en su corazon en momento tan decisivo, y el mayor número confesando generosamente se dejó cortar la cabeza. Por otra parte la gente de Gautier el pobre, batida muchas veces, se vió precisada á encerrarse en un castillo cerca de Nicea, donde casi todos fueron reducidos á la esclavitud. Pedro el ermitaño, viendo por fin lo que debia esperar de aquellos á quienes no podia conducir, tomó el partido de volverse á Constantinopla, adonde acababan de llegar los Príncipes franceses en diversas tropas por mar y tierra.

50. Gofredo de Bullon, que fue el primero que llegó, habia venido por la Hungría, donde habia

hecho observar la mas exacta disciplina : aunque no era ni con mucho el mas poderoso de aquellos Príncipes , su egército era sin embargo de los mas florecientes , porque la reputacion de su valor y de su capacidad habia atraído bajo sus banderas un tropel de jóvenes nobles , ansiosos de aprender á su mando el arte de la guerra , y á quienes supo contener en el órden y en la dependencia. Por otra parte, sus virtudes cristianas y la dignidad con que sabia acompañar las prácticas de la Religion con los ejercicios militares , su probidad generalmente reconocida , su rectitud y su desinterés le hacian respetar hasta de los griegos , y disipaban las sospechas de su receloso Emperador.

Pero las primeras disposiciones de Alejo no fueron bastantes para libertarle del sobresalto que le causaba la llegada diaria de tantos Príncipes á las inmediaciones de su capital con egércitos tan formidables , que todo el occidente , segun la espresion de la Princesa Ana Comneno , parecia haber pasado al oriente. Lo que pareció darle mas inquietud fue la llegada de Boemundo , Príncipe de Tarento y de la Pulla , hijo del famoso Roberto Guiscard , cuyo solo nombre era el terror de los griegos. Boemundo tenia puesto el sitio á Amalphi con su hermano Rogero , cuando los señores franceses llegaron á embarcarse en Italia para la tierra santa. Una virtuosa emulacion le hizo convertir inmediatamente sus fuerzas contra los infieles , y partió con su sobrino Tancredo , héroe distinguido entre los mismos héroes. El

Emperador exigió que los Príncipes cruzados le hiciesen juramento espreso de entregarle las plazas del imperio que tomasen á los musulmanes , ó de mantenerlas como vasallos suyos ; hizo su amigo á Boemundo , prometiéndole mas acá de Antioquia un estado que tuviese quince jornadas de largo y ocho de ancho. Los otros gefes clamaron llenos de indignacion , teniendo por cosa vergonzosa á los franceses el rendir especie alguna de homenaje á un Príncipe extranjero ; y aun el viejo conde de Tolosa opinó que debia declararse la guerra á los griegos ; pero Hugo el grande , Roberto , conde de Flandes , y con especialidad el virtuoso Gofredo , respondieron que ellos no habian tomado la cruz para hacer guerra á los cristianos. En consecuencia se hizo el juramento , y se creyó deber disimular acerca de la política injuriosa y carácter falso de Alejo , que habian llegado ya á comprender. A éste tambien se le obligó á jurar que seguiria con su egército á los occidentales , y que les ayudaria á apoderarse de Jerusalem.

Poco despues pasaron el Helesponto , y marcharon á Nicea , á la cual pusieron sitio el dia de la Ascension 14 de Mayo de 1097. Esta plaza , ilustre por la celebracion del primer concilio general , estaba en poder de Soliman , nieto de Selyouc y fundador del imperio de los turcos en Natolia , y era de grande importancia , aunque de menos consideracion que Coni ó Iconio , de la que habia hecho su capital. No pudo resistirse contra cien mil hombres de á caballo que servian en el egército de los cruzados,

ni contra los de á pie que con las mugerés subian á seicientos mil; y así fue tomada por capitulacion en 20 de Junio, y entregada por consentimiento de los franceses al Emperador Alejo, que habia tratado secretamente con los sitiados.

Continuando los vencedores su camino, tomaron en la Natolia ó Asia menor otras muchas plazas, en que pusieron guarniciones y comandantes que las guardasen en su nombre, creyéndose dispensados de sus obligaciones contraidas con Alejo Comneno, porque éste contra la fe de los tratados habia faltado á darles tropas y víveres. Habian tomado ya á Tarso y todo el resto de la Cilicia, cuando Balduino, hermano del duque Gofredo, se separó de todo el ejército, y dirigiéndose por la izquierda hácia el norte penetró hasta el país del Eufrates, poblado casi únicamente de cristianos. En todas partes se le iban entregando, y se le convidó á ocupar á Edesa, en que fundó un principado considerable, que atraía la principal atencion de los enemigos; fue atacado en su marcha por una multitud de infieles compuesta, segun dice un historiador que estaba presente, de trescientos y setenta mil hombres, sin contar los árabes, cuyo número solo Dios podia conocer (1). Los cristianos largo tiempo incomodados y fatigados con continuas escaramuzas, arrebatados por fin de furor, cayeron sobre aquellos agresores importunos, á quienes derrotaron, haciendo una horrible carnicería durante un dia entero.

(1) *Tudeb. ap. Duchesn. tom. 4.*

51. Adelantándose despues por la Siria fueron á poner sitio á Antioquía el 21 de Octubre: era esta todavía una ciudad muy grande y muy fuerte, casi toda llena de cristianos, y asiento del patriarca de oriente, que tenia veinte provincias bajo su jurisdiccion, seis de ellas hereges, tres al norte hácia el origen del Eufrates llenas de eutiquianos, y tres de nestorianos bajando aquel rio hácia el mediodía. El año de 1084, Soliman por orden de Melic, sultan del Iran, la habia conquistado de los griegos; Melic la habia dado despues á otro Príncipe de su sangre llamado Acsian, para defender aquella frontera contra el califa Fatimíta de Egipto, cuyo imperio se estendia por la Siria hasta Laodicea, pero con motivo de la muerte prematura de Melic, que ocasionó grandes turbulencias en la Persia, donde estaba el asiento de su imperio y de los principales negocios, se pensó muy poco en las empresas de los cruzados.

Sin embargo, el sitio duró ocho meses enteros; y apenas habia sido puesto cuando los cristianos se vieron sitiados ellos mismos en su campo por un ejército turco mucho mas numeroso que el suyo: pocos dias pasaban sin que tuviesen que sostener algun ataque: en ellos, es verdad, tenian casi siempre la ventaja; pero se consumian insensiblemente por sus propias victorias, y mas aun por la escasez de víveres que no podia dejar de arruinarlos en aquella posicion, y que les causó efectivamente grandes deserciones. Los generales se resolvieron por fin á vencer,

ó á ser derrotados sin recurso, dando una batalla general; pero en ella ganaron una completa victoria en que perecieron mil y quinientos señores turcos, y entre ellos doce oficiales principales de los que llamaban emíres.

El gobernador de Antioquía se vengó de esto en algunos cruzados que habia hecho prisioneros, con cuya ocasion un caballero llamado Renaldo Porchet, acabó sus dias en un glorioso martirio. Habiéndosele puesto sobre las murallas con el pretesto de tratar de su rescate, y suspender los esfuerzos de los sitiadores, les dijo así: „señores y hermanos míos, yo no he muerto todavía, pero falta poco; olvidadme, y no consulteis mas que al ardor celestial que os inspira el recuerdo del santo sepulcro: Jesucristo ha combatido y combatirá siempre por vosotros. Sabed ahora vuestras ventajas: habeis muerto á doce emíres, y mil y quinientos guerreros de los mas valientes, y nadie hay aquí que pueda resistiros.” Furioso el gobernador con este discurso, quiso hacer que Porchet renegase de la Religion que se le dictaba: Porchet pidió algunos momentos como para deliberar, y lo que hizo fue arrodillarse hácia el oriente, y elevadas las manos rendir en voz alta sus adoraciones al Salvador de los hombres, y suplicarle con fervor que recibiese su alma. A vista de esto, no pudiendo ya contenerse mas el bárbaro comandante, le hizo cortar la cabeza. Al mismo tiempo mandó traer á todos los prisioneros cristianos, atarlos en círculo con una gran cuerda las manos á la espalda; y habien-

do hecho encender paja y leña en medio del círculo que formaban, los dejó abrasar á fuego lento.

La ciudad fue tomada por fin por inteligencias privadas: un apóstata arrepentido, llamado Pirro, entregó una torre á Boemundo, que fue reconocido Príncipe de Antioquía por los demás señores: los momentos urgían, se habia llegado á entender que un ejército nuevo de mas de trescientos mil hombres venia al socorro de los sitiados bajo el mando de Curbalan, general del soldán de Persia. Los turcos conservaban aun el castillo de Antioquía, donde se habian retirado con la mayor parte de la guarnicion. Estándose disponiendo para este nuevo sitio tres dias despues de la toma de la ciudad, se vieron los cruzados repentinamente invadidos por el soberbio Curbalan, que se lisongeó con arrogancia de sacar buen partido. Se dice, no obstante, que su madre vino de Alepo con el fin de hacerle desistir del combate, anunciándole la suerte funesta de sus armas si las convertia contra los servidores queridos del Todopoderoso. Él no hizo caso alguno de este aviso, y cercando la ciudad donde se habian retirado, los redujo en veintiseis dias á las estremidades mas horribles del hambre. Un gran número de cruzados desmayó enteramente, y escapó como pudo; y el mas rico de todos los gefes, Estévan, conde de Blois, volvió á tomar el camino de Constantinopla.

Habian comido hasta los camellos y los asnos, cuando el sacerdote Estévan, segun dice el historiador Tudebod que estaba presente, fue á buscar á los

Príncipes, y les aseguró de una vision que habia tenido la noche precedente, reducida á que los Santos Jorge, Demetrio y Teodoro combatirian por ellos si comulgaban despues de haber borrado sus culpas con la penitencia y la confesion (1). Otro sacerdote de nacimiento provenzal llamado Pedro Bartolomé, dió nueva fuerza á su ánimo declarándoles que el Apóstol San Andrés se le habia aparecido, señalándole en la grande iglesia de Antioquía el sitio donde estaba enterrada la lanza con que habia sido abierto el costado de nuestro Señor. Con esta noticia se estuvo cabando un dia entero, hasta que por fin pareció la reliquia, y no se volvió á dudar de la proteccion divina.

En consecuencia se resolvió dar una batalla, y para ella se prepararon con tres dias de ayuno, durante los cuales todos los soldados se confesaron y recibieron la comunión. En el combate el legado Ecardo llevaba la santa lanza para animar á los combatientes. Los demás obispos y sacerdotes con hábitos sacerdotales seguian el ejército con cruces en la mano y cantando salmos. Nada pudo resistir al valor animado por la Religion. En pocos momentos toda aquella multitud de infieles fue derrotada por todas partes, y se hizo en ella una matanza espantosa. Lo que sostuvo admirablemente el valor de los cruzados en aquella ocasion fue el rumor que en confirmacion de las promesas del sacerdote Estévan corrió por todas las filas de haberse visto caballeros montados en

(1) *Id. ibid. tom. 4. pag. 707.*

caballos de una blancura resplandeciente, caer desde la montaña sobre los batallones infieles. El gobernador de Antioquía quedó tan sorprendido de esta inesperada victoria, que inmediatamente no solo se entregó sino que abrazó la fe de Jesucristo con muchos de sus súbditos.

Los vencedores miraron como una obligacion la mas urgente el dar todo el honor correspondiente al culto divino; y para esto purificaron las iglesias profanadas por los infieles, escogieron en el botin inmenso que habian hecho el oro, la plata, las piedras y las telas mas preciosas para los ornamentos sagrados; restablecieron al clero en sus funciones, y le asignaron rentas convenientes. El patriarca, á la primera hostilidad de los cruzados, habia sido puesto en una prision por los musulmanes, y fue inmediatamente restablecido en su silla, donde permaneció tratado con el mayor respeto todo el tiempo que quiso subsistir en ella. Si se retiró despues á Constantinopla fue por su propia voluntad, y porque conoció que siendo griego nunca podria gobernar á los latinos con fruto. Se le dió por sucesor á Bernardo, obispo de Arta en el Epiro, que habia seguido al legado Ecardo en calidad de capellan suyo. Se instituyeron igualmente obispos en las ciudades inmediatas en que habia catedrales. El legado murió despues de una enfermedad contagiosa, que en consecuencia de la miseria y de los trabajos escesivos desoló á los cruzados, lo que les obligó á diferir la expedicion de Jerusalem hasta el año siguiente. Tenia aquel una gran-

de devoción á la Virgen nuestra Señora , y se le cree autor de la *Salve Regina* , llamada por esto la antifona de Pui.

52.º Cuando las armas cristianas habian conseguido estas ventajas primeras en el oriente , la Europa sufría turbulencias y desórdenes causados por la ausencia de tantos Principes. Roberto , duque de Normandía , al tomar la cruz habia cedido el usufructo de su ducado al Rey Guillelmo su hermano , en recompensa de las grandes sumas que habia necesitado para esta expedición. Para tener este dinero , que le habia sido preciso anticipar , el Rey Guillelmo robó las iglesias de su reino , sacando de ellas toda la plata , y hasta las cajas de reliquias y las guarniciones de los santos Evangelios. San Anselmo fue obligado á dar el valor de doscientos marcos de plata , y poco satisfecho todavía el Rey con esto , procuró disgustarle en adelante en cuantas ocasiones se le presentaban (1). El santo obispo no habria pensado mas que en perfeccionar su virtud con estas tribulaciones , si no hubiesen sido el escándalo de todo un reino , en donde se minaban los fundamentos de la equidad igualmente que los de la Religión ; por esto se resolvió ir á consultar al Sumo Pontífice , tanto para poner remedio á un mal tan grande si era posible , como para dejar el arzobispado sino podia restablecer entre las dos potencias la armonía necesaria al gobierno de la Iglesia. Obtuvo para este viage con grandísimo trabajo el consentimiento de su Soberano , é inmediata-

(1) *Vit. per. Edmer. num. 41. et 42.*

mente que el Papa Urbano supo que habia llegado á Roma , le señaló su habitacion en el palacio pontificio , donde le hizo descansar aquel día. Al siguiente por la mañana le admitió con honor á su audiencia , para la cual se le habia preparado una silla delante del Papa. La nobleza romana concurrió de su propio movimiento á esta ceremonia : Anselmo se postró segun costumbre á los pies del Vicario de Jesucristo , pero Urbano le levantó inmediatamente , le abrazó con afecto , y se esplicó con él en los términos mas honrosos. Ensalzó principalmente su humildad , que le hacia buscar los consejos de aquellos de quienes era maestro por su sabiduría , y que le llevaba desde tan lejos y por entre tantos peligros á honrar á San Pedro en una persona de quien era casi igual en calidad de patriarca de otro reino. Urbano trató inmediatamente de que se le hiciese justicia , y á este fin escribió al Rey de Inglaterra , diciendo al santo arzobispo que esperase á su lado la respuesta ; pero Anselmo quiso mas retirarse al monasterio de Sclavia , cuyo abad Juan habia sido monge en la abadía del Bec. Contento en las dulzuras de aquella soledad agradable y sana de la tierra de labor , Anselmo volvió á tomar sus antiguos ejercicios con la misma tranquilidad que podria tener si fuese todavía simple religioso. Entonces fue cuando acabó el tratado que habia empezado en Inglaterra en lo mas fuerte de su persecucion , sobre las causas de la Encarnacion del Verbo. Este tratado consiste en dos libros , de los cuales el primero trata á fondo del misterio de la satisfac-

cion de Jesucristo. Con respecto al segundo debe advertirse, que todo lo que se dice en él contra la inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, es solo una objecion, y no una asercion del autor.

La reputacion de Anselmo le siguió á su soledad: á ella corrian de todas partes á pedir consejos y recibir instrucciones. Rogero, duque de la Pulla, le suplicó que pasase á Cápua que tenia sitiada, y le dió las pruebas mas lisongeras de amistad y de veneracion. Habiendo pasado á ella tambien el Papa Urbano con la esperanza de conseguir la paz, entre el numeroso concurso que atrajo la presencia del Sumo Pontífice, Anselmo no fue menos honrado por su virtud que Urbano por su dignidad. Era venerado hasta de los mismos sarracenos, que el conde Rogero, tio del duque, habia llevado de Sicilia. Sin embargo, se retiró lo mas pronto que pudo á la santa soledad de Sclavia, y á fin de practicar la obediencia hasta en la prelatura, hizo que el Papa nombrase superior suyo al monge Edmero que le acompañaba.

53. Urbano II tenia una estrecha amistad con el conde de Sicilia; el cual la merecia por su adhesion á los intereses de la Iglesia; pero el Papa le dió, segun los sicilianos, un testimonio bien extraordinario de su afecto. Pretenden estos que despues del sitio de Cápua que él no pudo estorbar, le confirió la legacion hereditaria de Sicilia con unos derechos casi ilimitados. La bula de concesion nos la refiere en estos términos el monge Gofredo de Malaterra (1):

(1) *Lib. 4. cap. ult.*

„como por vuestro valor habeis estendido mucho la Iglesia de Dios en las tierras de los sarracenos, y porque siempre habeis tenido un grande afecto á la santa Silla, os prometemos que durante vuestro reinado y el de vuestros herederos legitimos, no estableceremos legado alguno en las tierras de vuestra obediencia sin vuestro consentimiento. Queremos por el contrario que hagais lo que nosotros haríamos por medio de nuestros legados aun cuando os enviásemos alguno de vuestra iglesia para la salud de los que están en vuestros estados, y en honor de la Silla apostólica: que si se celebrase un concilio y yo os pido que me enviéis los obispos y abades de vuestros dominios, podais enviarlos, y retener para servir las iglesias aquellos que os parezca.” Esta bula tiene la fecha en Salerno á 5 de Julio del año 1098, undécimo del pontificado de Urbano II. En virtud de este privilegio, llamado por los sicilianos monarquía de Sicilia, quieren estos que su Rey sea legado nato de la santa Silla; pero los romanos sostienen que si esta bula no es supuesta, por lo menos ha debido ser revocada en lo sucesivo. Como los sicilianos pretenden fundar sobre ella el derecho de monarquía ó de reino, aunque en ella no se vé nada en que pueda fundarse esta pretension, algunos críticos juiciosos se han persuadido á que debia atribuirse al Antipapa Anacleto, que dió origen al reino de Sicilia cerca de treinta y dos años despues.

El Papa Urbano habia prometido hacer justicia á San Anselmo en el concilio de Bari convocado pa-



instituciones piadosas, niuguna produjo frutos de salud mas abundantes, ó por lo menos mas durables, que la del Cister desde el tiempo de San Bernardo de quien tomó el nombre (1). Sin embargo, á los quince años de su establecimiento estaba reducida al pequeño número de aquellos primeros celosos varones con que empezó. Los que veían un modo de vivir tan extraordinario, y aun los que oían hablar de él, la miraban como una empresa superior á las fuerzas humanas en que el fervor mismo de sus fundadores no dejaria de desfallecer. San Roberto, primer abad de Molemo en la diócesis de Langres, no habia preferido á este establecimiento ventajoso los pantanos incultos del Cister, de donde fue instituido abad por el obispo de Chalons, sino para hacer florecer aquí sin ninguma alteracion la regla de San Benito y toda la perfeccion de los primeros cenobítas; pero llamado de nuevo á Molemo por aquellos mismos monges que le habian reducido á abandonarlos por no querer admitir la reforma, y obligado á volver por el Sumo Pontífice, dejó en el Cister veinte religiosos que habian hecho voto de estabilidad, y que eligieron por abad al bienaventurado Alberico.

El espíritu de Roberto se quedó entre ellos, á pesar de su ausencia, y así proscribieron todas las relajaciones que el regalo ó la vanidad habian substituido á los puntos de la regla. Las pellicas, las capillas, las cogullas y toda superfluidad en los vestidos; las telas finas en las camas y en las demás ropas,

(1) *Exor. l. Cist. cap. 10. et seq.*

el guisado de los manjares hecho con manteca, se contemplaron prácticas contrarias á la regla antigua, y aun se desterró del culto divino todo lo que tenia visos de opulencia, como los vasos magníficos de oro ó de plata, la seda y los bordados. Considerando tambien que en la antigua distribucion de los bienes eclesiásticos en cuatro partes, no habian sido comprendidos los monges que podian vivir con su trabajo cultivando algunas tierras y manteniendo en ellas rebaños, no quisieron recibir diezmos, ni altares dotados, ni aldeas, ni siervos, ni molinos feudales, esceptuando solo las tierras lejanas de la habitacion de los hombres para poner en aquella especie de cortijos ó granjas hermanos conversos, y no monges, los cuales no debian respirar sino el aire del claustro; de donde se infiere, que estos hermanos no eran propiamente monges; y así llevaban la barba larga, como señal de no ser destinados á la clericatura, de lo cual les vino el nombre de hermanos barbones. La separacion del mundo y de la disipacion fue en el Cister, del mismo modo que entre los primeros discípulos de San Benito, el artículo mas esencial, de modo que se resolvió no fundar monasterios sino lejos de las ciudades y de las aldeas, no tener en cada casa mas que doce monges con el abad, y no permitir que las mugeres pusiesen los pies en sus iglesias. No obstante, se hizo una variedad en una de las prácticas de San Benito que fue la de llevar hábito blanco, pero se hizo por mandato de la Madre de Dios, segun es tradicion en la órden, y como sím-

bolo de un ofrecimiento especial á esta Reina de las Vírgenes. Las murmuraciones que por tan pequeña causa se escitaron entre los demás monges, dieron á la austeridad del nuevo instituto un aspecto aun mas desagradable en la estimacion general.

34. Para triunfar de esta equivocada opinion, era necesario un hombre dotado de aquel ascendiente de ingenio, á cuyo imperio todos los demás hombres se sometían de un modo como irresistible. En tanto que en el Cister lloraban delante de Dios por causa del corto número de sus hijos, pidiéndole una santa fecundidad, la Providencia preparaba á esta casa en el jóven Bernardo, nacido cerca de Dijón en el barrio de Fontaine, aquel niño extraordinario que debía ser padre de tantos monges. Era hijo de Tescelino, señor del lugar, y de Aletha, de la casa de Montbar, uno y otro tan distinguidos por sus virtudes como por su clase y familia, que era de las mas ilustres de la Borgoña. Aletha en especial miraba con una fe tan viva todas las obligaciones de una madre cristiana, que habiéndola dado el cielo siete hijos, seis de ellos varones, quiso criarlos por sí misma temiendo que tomasen con una leche estraña algunas semillas de corrupcion capaces de infestar el tierno depósito que la confiaba el Criador. Advertida por un hombre piadoso que pareció tener espíritu de profecía, de que Bernardo, el tercero de sus hijos, estaba destinado á servir con mucha utilidad á la Iglesia, puso un cuidado muy particular en su educacion, y sin perder tiempo alguno le dió estudios, en los que no

tardó en anunciar toda la estension y claridad de sus talentos. Sus costumbres y modales le hacían todavía mas apreciable. Tenía estremado horror á los placeres peligrosos de su edad, daba á los pobres todo el dinero que podía haber, amaba el retiro y la oracion, hablaba poco y reflexionaba mucho, sin que su reserva tuviese nada de incivil, pues al contrario, se manifestaba en todas las ocasiones forzosas dulce, cortés, afable y modesto en sumo grado. Su madre veía con el mayor gusto aumentarse tantas felices disposiciones en el corazón de este niño precioso, cuando la muerte la arrebató, dejándole de cerca de catorce años de edad.

Poco despues entró en el mundo que no podía dejar de alhagarle y poner á su inocencia lazos tanto mas peligrosos, quanto á las buenas cualidades del alma unía los atractivos de la buena figura (1). Una dama en cuya casa se alojó un día, le cobró una passion tan viva, que ella misma le puso llanos todos los estorbos del crimen; pero no hizo mas que escitar su execracion, pues Bernardo dió tan grande grito de sobresalto como si se hubiese encontrado con un ladron dispuesto á robarle el tesoro mas precioso de su vida. Hacia tanto aprecio de esta virtud angelica, que habiendo otro día mirado con demasiada atencion á una muger, fue inmediatamente á meterse en un estanque helado, donde permaneció hasta que hubo estinguido la última chispa de la llama encendida por su imprudencia; y conociendo que su corazón

(1) *Guill. Vit. S. Bernard. lib. 1. cap. 2. et 3.*

era naturalmente afectuoso , hizo desde entonces un pacto irrevocable con sus ojos de no mirar de frente á ninguna muger.

Los escollos de que veía lleno el mundo , le inspiraron el designio de ocultarse de él , y no encontró asilo mas seguro que el Cister. La regularidad y la austeridad de aquella nueva observancia que eran para todos una causa de desvío , fueron para él un atractivo irresistible. Habiendo tomado decididamente, aunque en secreto , la resolucion de abrazarla , sus hermanos y los amigos que lo llegaron á entender , no omitieron cosa alguna para desviarle de este pensamiento , y consiguieron por el pronto trastornarle; pero el recuerdo de su santa madre reanimó su flaqueza : se la representaba como indignada de su vileza , y reconviniéndole con los cuidados de una educacion que no habia tenido otro objeto que el servicio del Señor ; y lleno de esta idea entró en una iglesia y se puso á orar deshecho en lágrimas. En algunos momentos se sintió de tal modo fortificado en su primer designio , que trabajó inmediatamente en inspirarle á los demás , empezando por las personas que se habian manifestado mas opuestas á él.

La elocuencia patética y persuasiva que le era natural , con la unción de gracia que destilaba de sus labios , triunfó muy pronto de los mayores obstáculos. Todos sus hermanos , á escepcion del mas jóven que dejó para consuelo de su padre en su vejez , y aun su tio Gualderico de Tuillon , señor poderoso y no menos celebrado por su madurez en la conducta

que por su valor , fueron casi tan pronto vencidos como convidados. Las riquezas y las grandezas fantásticas del siglo , la quimera mas faláz todavía de los temores y de las esperanzas humanas , fue hollada valerosamente ; y no sirvieron de obstáculo los lazos mas tiernos á que algunos se hallaban sujetos. La afligida esposa del hermano mayor convirtió bien pronto su desconsuelo y sus lágrimas en emulacion , y se consagró tambien al Señor. Además de sus parientes , ganó Bernardo multitud de amigos ilustrés , entre los cuales , Hugo , de la casa de Macon , fue el que desde luego dió mas egercicio á su celo , y en lo sucesivo manifestó mas ánimo en la perseverancia de su vocacion : hizo este tan rápidos progresos en la carrera de todas las virtudes , que fue instituido primer abad de Pontigni , de donde mereció ser elevado á la silla episcopal de Auxerre. En fin , las conquistas religiosas de Bernardo fueron tan brillantes y en tan grande número , que las madres ocultaban á sus hijos por temor de que le siguiesen , y las mugeres impedían á sus maridos que le hablasen ; y de este modo reunió aun antes de entrar en el Cister mas de treinta prosélitos , la mayor parte de ilustre nacimiento.

Como muchos de ellos tenian negocios que terminar antes de dejar el mundo , su prudente gefe , temiendo que se resfriase su fervor , les persuadió á vivir entretanto juntos en Chatillon del Sena , en una misma casa , que fue como el primer noviciado bajo el hábito secular. Despues de pasados seis meses de

este modo, rotos ya todos los lazos, y llegado el momento de consumir su sacrificio, marcharon todos juntos al Cister. Antes de esto pasaron los cinco hermanos á la casa paterna á pedir la bendicion de su padre, y Gui, el mayor de la familia, viendo al salir al mas jóven llamado Nivard jugando en la calle con otros niños de su tiempo: „hermanito mio, le dijo, tú quedas único heredero, porque nosotros te dejamos todos nuestros bienes. Bien sabeis lo que haceis, respondió el niño; los bienes del cielo para vosotros, y los de la tierra para mí: ¡buena igualdad por cierto en la particion!“ Nivard quedó no obstante con su padre hasta que estuvo en edad de consagrarse al Señor; pero entonces ni parientes ni amigos pudieron impedirle que fuese á reunirse con sus hermanos. Tescelino su padre, y Humbelina su hermana, abrazaron tambien en lo sucesivo el estado monástico.

El bienaventurado Alberico, abad del Cister, habia muerto ya hacia cuatro años, y habiéndole sobrevivido poco tiempo San Roberto en el gobierno de Molemo, que le habian obligado á tomar de nuevo, Estévan, sucesor de Alberico, se hallaba abandonado á sus propios consejos en la escaséz de individuos que continuaba sufriendo el nuevo instituto, cuando Bernardo á la frente de su numerosa y floreciente recluta, llegó en el año de 1113 á los veintidos de su edad, á pedirle la gracia de hacer bajo su mando la guerra á los vicios y á las vanidades del mundo; y fue recibido como un ángel del cielo, enviado para la prosperidad de aquel establecimiento.

El aprendiz de la vida religiosa fue bien pronto el modelo de todos; pero aunque fueron grandes sus progresos en los primeros pasos, jamás aflojó en su marcha. Si el peso de una carne corruptible cargaba alguna vez al espíritu, para hacer á este recobrar su fuerza, le bastaba traer á la memoria los motivos de su retiro por medio de estas pocas palabras: *¿Bernardo, á qué has venido aquí?* Nada le era gravoso á escepcion del cuidado que se le hacia tomar de su cuerpo; y en especial la mesa le parecia el mas penoso de todos los egercicios. La guarda de los sentidos, los ojos en particular, era tal en él, que al cabo de un año de noviciado ignoraba si el cuarto donde le habia tenido estaba embovedado ó á cielo raso, ó si era un simple techo de tablas. Ni la delicadeza de su complexion, ni las grandes incomodidades causadas por la abstinencia le hicieron jamás aflojar en la observancia regular; y si alguna vez sus fuerzas no le permitian entregarse á los trabajos mas pesados, compensaba con la humildad el mérito de la mortificacion, reservando para sí los egercicios mas viles y despreciables. Sus devotas conversaciones, y aun mas sus egejemplos, inspiraron el mismo espíritu á todos sus compañeros.

34. El Cister tan largo tiempo estéril, debía sin duda adquirir una dichosa fecundidad por frutos de tanta edificacion. En menos de tres años se hizo madre de cuatro hijas, que lo fueron despues de otras muchas. En el mismo año del retiro de San Bernardo, para dar asilo á los pretendientes que seguian en

tropel sus huellas, fue establecida la abadía de la Ferté en la diócesi de Chalons del Saona, por las liberalidades de dos señores del pais, llamados Goderico y Guillelmo. Hildeberto, canónigo de Auxerre, fundó en el año siguiente otra abadía llamada de Pontigni, en una tierra de este nombre que le pertenecía en Champaña junto á los confines de la Borgoña; y en fin al tercer año de la feliz llegada de Bernardo se vió fundar en Langres casi á un mismo tiempo las dos abadías de Claraval y de Morimon.

35. La tierra dada por Hugo, conde de Champaña, para edificar en ella la abadía de Claraval, se llamaba antes el valle de Asinto, y tomó el nombre de valle illustre; pero este esplendor fue todo evangélico, porque en los principios no tuvo el brillo arrogante del siglo, ni el regalo de los sentidos. Bernardo, que no tenía mas que veinticuatro años de edad y uno de profesion, fue elegido primer abad, y bajo un gefe jóven que habia concebido tanto horror al mundo, y que respiraba todavía todo el heroismo de su primer sacrificio, los edificios, vestidos, la mesa, todo tomó el gusto y semblante de la pobreza y de la abnegacion. Él mismo estaba tan pobremente vestido, y además tan desfigurado por las austeridades, que habiendo ido á Chalons á recibir la bendicion abacial del obispo de aquella silla por estar enfermo el de Langres, todos le estaban viendo y preguntaban dónde estaba el abad.

De Claraval, que era al principio pobre en estremo, hizo una perfecta imágen de la Tebaida; los

nuevos solitarios se mantenian con pan mezclado de cebada, algarroba y mijo, y comunmente se veían reducidos á cocer hojas de haya para hacer su potage. Un monge estrangero que pasó por allí, fue conmovido hasta derramar lágrimas, y se llevó un pedazo de su pan para manifestarle á todo el mundo, y comunicar así á los mas indiferentes la admiracion que le habia causado el espectáculo de una austeridad tan extraordinaria en sugetos de un mérito tan singular. Tenian repartido todo el dia entre la oracion y el trabajo de manos, el que desempeñaban con el mas profundo silencio; y cuando la calma de la noche habia sucedido por todas partes al ruido y al tumulto, entonces era cuando ellos hacian resonar con mas aparato los lamentos de su compuncion y las alabanzas divinas. La mayor parte de la noche se pasaba en este egercicio angélico, y no concedian algunas horas al sueño, sino llorando por la miseria humana que los precisaba á tan penosa condescendencia. El santo abad especialmente casi no tomaba reposo alguno, mirando como un tiempo perdido todo aquel que se veía precisado á conceder al sueño, y de este modo pudo proporcionarse tiempo para adquirir aquella profunda doctrina, aquella elocuencia imperiosa, y aquella hermosura de diction que en un tiempo todavía bárbaro le igualaron á los doctores de la edad mas floreciente. En todos los momentos que tenia libres, estaba continuamente aplicado á orar, ó á leer y meditar; pero aunque leyese con humildad los escritos de los padres y de los

intérpretes, lo que él estudiaba principalmente era la sagrada Escritura en su mismo testo, leyendo y releýndola muchas veces de seguida; y penetrado enteramente de aquellas nociones celestiales, las meditaba despues durante el trabajo, en medio del campo y de los bosques, por lo que solia decir que sus maestros habian sido las hayas y las encinas.

36. Guillelmo de Champeaux, obispo entonces de Chalons, fue el primero que supo apreciar, ó por lo menos hacer recomendable al ilustre abad de Clavaival; pues desde el primer instante que le vió para darle la consagracion abacial, se sintió penetrado de veneracion hácia él, y desde entonces permanecieron siempre los dos unidos en estrecha amistad (1). La estimacion de tan gran prelado atrajo bien pronto al nuevo abad la de toda la provincia de Rems, y despues la de toda la Francia. Guillelmo nacido en Brie en el lugar de Champeaux, cuyo nombre tomó segun la costumbre de aquel tiempo, no ilustró menos su patria por su eminente piedad que por su habilidad en las ciencias: enseñó largo tiempo la retórica, la dialéctica y la teología á gran número de discípulos atraídos á París de todas las regiones. Los celos y la presuncion de uno de ellos, llamado Pedro Abelardo, y las ventajas que éste alcanzó contra el sistema de tanta importancia entonces de la existencia metafísica de una naturaleza universal, no disminuyó en nada la celebridad de Guillelmo en cuanto á la ciencia de la Religion; y aun dió éste una

(1) *Hist. part. 2. cap. 7. et 9.*

coleccion de sentencias teológicas que fue tan estimada, que empenó en esta carrera á Pedro Lombardo, llamado en lo sucesivo el maestro de las sentencias.

No obstante, despues de su célebre disputa con Abelardo sobre los universales, dejó su cátedra, y se retiró seguido de alguno de sus discípulos á la celda ó priorato de San Víctor, á alguna distancia de París, que no era mas que lo que hoy se llama la ciudad, y tomando el hábito de canónigo regular, dió origen á la congregacion de San Víctor. Algunos autores modernos, citando vagamente á los antiguos, han hecho sospechar que no habia abrazado la profesion religiosa, sino con el fin de llegar mas fácilmente al episcopado (1); pero todos estos supuestos testimonios se reducen al de Abelardo, cuya envidiosa vanidad le quita toda la fuerza. Guillelmo, á petición de sus discípulos y á solicitud de los prelados mas estimados, volvió á emprender el curso de sus lecciones en San Víctor, de que hizo al mismo tiempo una escuela célebre de ciencias eclesiásticas y de virtudes religiosas. La justa estimacion que se llegó á formar de su piedad, igualmente que de su capacidad, fue lo que despues de largas pruebas le elevó á la silla de Chalons. Su intimidad constante con San Bernardo, era bastante para responder de sus cualidades episcopales y religiosas.

37. El retiro de San Gofredo, obispo de Amiens, aunque no pudo al cabo verificarse, no causó me-

(1) *Du-Pin. Bibl. Eccles. sæc. XII. part. 1.*

nos edificacion (1). Habia sido necesario hacerle violencia para sacarle de la abadía del monte de San Quintin, y hacerle tomar la de Nogent debajo de Cuci; y todavía fueron necesarios mayores esfuerzos, cuando se trató de colocarle en la silla de Amiens, sin embargo de que para ella habia sido elegido de unánime consentimiento y con aplauso del Rey. Cuando supo esto, se resolvió á huir; pero se le detuvo por orden de los obispos, quienes por fin le obligaron á aceptar el de Amiens. Mas permaneciendo su corazon y sus afectos enteramente en la soledad, no esperó mas que un pretesto plausible para satisfacerlos. Los canónigos ó comunidades que se establecieron en su tiempo en Amiens, como en otras muchas ciudades del reino, no tardaron mucho en dársele. Estas eran una confederacion de ciudadanos autorizados para hacerse justicia en ciertas ocasiones, y aun para tomar las armas en caso de necesidad, bajo la proteccion del Rey, que queria de este modo poner freno á las violencias de los grandes. Engelran de Bovés, conde de Amiens, intentó destruir con la fuerza la comunidad de esta ciudad; pero los vecinos resistieron vigorosamente á su tiranía, y para ello imploraron el poder del Rey Luis, llamado el Grueso, que acudió inmediatamente á su socorro; y toda la diócesis de Amiens igualmente que la ciudad, se hizo el teatro de una guerra intestina, donde se cometieron escesos y horrores de todas clases.

El santo obispo en el abatimiento que le causa-

(1) *Vit. ap. Sur. 4. Novembr.*

ba su pena, se persuadió á que el no haber podido impedir tantos desórdenes entre las ovejas divididas, consistia en que no estaba dotado de las cualidades necesarias para gobernarlas; y despertándose entonces toda la aficion á la soledad, y habiendo oido hablar de la santa vida que se hacia en la cartuja de Grenoble, cuya reputacion se habia extendido ya por toda la Francia, salió de su diócesis, y fue á encerrarse en aquel santo desierto. Guido, tan distinguido por su prudencia como por las virtudes de la soledad, y que desempeñaba entonces el cargo de prior, recibió con júbilo al santo obispo, y le señaló una celda, pero no se atrevió á admitirle en el número de sus religiosos, temeroso de que un paso contrario á las reglas comunes fuese reprobado por el Papa y por el cuerpo de los obispos. En efecto, Conon, legado de la santa Silla, convocó un concilio en Bovés, del cual salieron diputados el abad del monte de San Quintin que habia sido superior de Gofredo, y Huberto, monge célebre de Cluny, con orden á los monges de la cartuja de que inmediatamente enviasen al obispo de Amiens á su silla. En el primer sentimiento de su afliccion se arrojó á los pies de los cartujos, suplicándoles con lágrimas, que no permitiesen que se le arrancase de su compañía: ellos mezclaron tambien sus lágrimas con las del obispo, pero respondieron que no podian resistir á la autoridad de la Iglesia apoyada por el Rey; y así fue necesario que se resolviese á volver al cabo de tres meses de mansion en aquel lugar tan de su

gusto; al cual no dejaba de volver continuamente, mientras caminaba, sus ojos inundados en lágrimas, con el sentimiento de no haber podido acabar en él sus días. Se había estenuado tanto con las maceraciones, que cuando le volvieron á ver en su diócesis se enternecieron hasta derramar lágrimas. Vivió poco, despues de su vuelta. Yendo á Rems á tratar algunos asuntos con su metropolitano, murió en Soissons en 8 de Noviembre de 1115, en el año once de su obispado y cincuenta de su edad.

38. Al fin de este mismo año hubo en Colonia una junta de obispos y señores, con motivo de las turbulencias que continuaban en Alemania, y en ella se publicó un decreto de excomunion contra el Emperador que tenia su corte en Spira con una corta comitiva. De su orden llegó al concilio el obispo de Wirsburgo, con cuyo afecto contaba; pero este prelado tambien fue tratado como excomulgado, por lo que se reconcilió tan sinceramente con la Iglesia, que en lo sucesivo se negó hasta á comunicar con el Emperador, de quien esperiméntó la mas inexorable venganza. Sin embargo, este Príncipe temiendo los efectos del descontento de los señores, aceleró su partida á Italia, en donde queria recoger la herencia de la Princesa Matilde, muerta en el mes de Julio anterior. No obstante las donaciones reiteradas que esta Princesa hizo de sus estados á la Iglesia, no se vé que el Papa Pascual intentase siquiera tomar posesion de ellas.

La tercera semana de cuaresma de 1116 tuvo es-

te Pontífice en la iglesia de Letran un concilio calificado por universal, aun cuando no es tenido por ecuménico; pero se hallaron en él prelados, señores y diputados de casi todos los estados cristianos. Tratóbase en él de dar toda la autenticidad posible á la condenacion del tratado hecho por el Papa con el Emperador con motivo de las investiduras, anulado ya en otro concilio de Roma menos solemne que este. Pascual confesó de nuevo que habia pecado por un efecto de la debilidad humana, y pidió humildemente á los obispos el socorro de sus oraciones, para obtener el perdon de Dios. „Sea, dijo, la memoria de este maldito escrito para siempre odiosa. Yo le condeno de todo corazon con un perpetuo anatéma, y os convido á hacer otro tanto.” Todos respondieron: *asi sea.*

El celo pasó á mas en el santo obispo Bruno de Segni, que llegó á decir, que el privilegio concedido al Emperador contenia una heregia. Si este privilegio contenia heregia, respondió otro padre, el que le ha dado era herege. Al oir estas palabras odiosas de herege y heregia, el Papa herido hasta el fondo de su alma, alargó sus manos y dijo (1): „reflexionad, señores y hermanos míos, que la iglesia romana jamás ha sostenido heregias, y que antes bien siempre las ha perseguido y aterrado. La heregia de Arrio halló su ruina en Roma: Sabelio, Fotino, Eutiques y todos los heresiarcas han sido anatematizados aquí y por esta Silla, que es por la que el Hijo de

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 806.



Dios dijo á Pedro : *he orado para que no perezca tu fe.*" Varios obispos al oir esto tomaron la defensa del Pontífice , manifestándose indignados y escandalizados en cierto modo de las reconvenciones injuriosas dirigidas contra él en tan augusta asamblea. Por fin todos se sosegaron , y despues del arreglo de algunos negocios particulares no se trató mas que de la egecucion de lo que se acababa de acordar de unánime consentimiento.

39. Apenas habian pasado quince dias despues de la conclusion de este concilio , cuando se levantó una violenta sedicion contra el Papa , con motivo de haberse resistido á confirmar la eleccion de un prefecto de Roma , hecha en un niño por un tropel de revoltosos. Previendo Pascual que seria difícil reprimir los sediciosos sin derramar mucha sangre , quiso mas salir de Roma , y tomó el partido de retirarse á Albano. Supo el Emperador estas noticias en Liguria con un júbilo que no pudo tener oculto , pues inmediatamente envió regalos imperiales al nuevo prefecto , asegurando á los revoltosos su proteccion , y prometiéndoles llevar en persona un socorro poderoso.

Llegó en efecto á Roma en el año siguiente de 4117 con un numeroso egército , y el Papa que habia vuelto á entrar en la misma ciudad , tuvo que salir de nuevo , y se retiró á Monte-Casino. El motivo que alegó el Emperador fue el de recibir la corona de la mano del Sumo Pontífice , lo cual no dejaba de tener un colorido plausible ; porque como su primera coronacion no se habia hecho sino despues de

haber sacado con violencia las investiduras , de un modo que habia sublevado á todo el mundo cristiano , siendo por lo mismo condenado generalmente , temió acaso que se sacasen de aquí consecuencias contra la legitimidad de su título. Por lo mismo manifestó gran deseo de restablecer la union entre las dos potestades , y se quejó de la desconfianza que habia hecho tomar á Pascual el partido de huir , llegando hasta asegurar que miraba como una desgracia para sí mismo la ausencia del Papa. Despues de este solapado preámbulo , pidió que el clero de Roma le diese la corona en ausencia del Pontífice ; pero el clero se negó abiertamente , y fundó su negativa con intrepidez , demostrando la contradiccion entre las palabras y la conducta de un Príncipe , que habiendo llegado con las armas en la mano se manifestaba mucho menos Emperador que enemigo de Roma , y tomaba la proteccion de los escomulgados , de los revoltosos , de unos tiranos insoportables , y egercia toda clase de hostilidades á un mismo tiempo contra la patria.

Al oir tal respuesta se dirigió Enrique á Mauricio Burdino , aquel monge francés que habia seguido á Bernardo de Toledo á España (\*), que habia llega-

(\*) Burdino fue otro de los monges franceses que el arzobispo de Toledo llevó consigo á España y reunió al clero de su iglesia. El motivo y circunstancias de este llamamiento fue el siguiente. Habia tomado el arzobispo D. Bernardo la cruz , y deseaba pasar con un buen número de tropas á la conquista de Jerusalem ; pero antes quiso ver y recibir la autorizacion del Su-

do á ser arzobispo de Braga, y ganado de tal modo la confianza del Papa Pascual, que habia conseguido ser elegido legado para tratar la paz con el Emperador; y este ministro pérfido y sin pudor no tuvo dificultad en poner la corona á un Príncipe escomulgado delante el cuerpo de San Gregorio en la iglesia de San Pedro. Inmediatamente despues el Emperador que temia los calores del estío, salió de la ciudad de Roma, dejando en ella tropas alemanas, y ofreciendo volver bien pronto.

Habiendo sabido el Papa la traicion de su legado, tuvo en Benevento en el mes de Abril un concilio, en que pronunció contra él sentencia de escomunion, y luego al punto se acercó á Roma sin pensar siquie-

mo Pontífice. Ordenó las cosas de su iglesia, y emprendió el viage de Roma; mas sus canónigos, juzgando que no regresaria de su espedicion, se conmovieron y trataron de darle sucesor. Llegó esta noticia á Roma estando aun en ella Bernardo, y el Papa conmutándole su voto de la cruzada, le mandó volver á España á remediar los males de su diócesi. Entonces Bernardo eligió en Francia algunos hombres virtuosos y doctos para renovar con ellos y con los monges de Sahagun el clero de su iglesia. Los franceses fueron: San Pedro de Bourges, á quien Bernardo hizo arcediano, y que fue despues primer obispo de Osmá; San Giraldo, que del monasterio de Mosaico pasó á ser chantre de Toledo y despues arzobispo de Braga; Bernardo y Pedro de Agen, aquel primer obispo de Sigüenza y este de Segovia; Raimundo de Salviat, segundo obispo de Osmá, y despues sucesor de Bernardo en la silla de Toledo; Gerónimo de Perigord, obispo de Valencia y despues de Salamanca y administrador del obispado de Zamora; Bernardo de Perigord, primer obispo propio de Zamora, y Mauricio Burdino de Limoges, que fue obispo de Coimbra, arzobispo de Braga y Antipapa. *Ferreras tom. 5 pag. 155.*

ra en lo que tenia que temer. En el camino fue acometido de una enfermedad que hizo desesperar de su vida; pero habiendo curado contra todos los pronósticos de la medicina, apenas se creyó convaliente prosiguió su camino con toda celeridad. Su presencia y su intrepidez impusieron temor á sus enemigos; y habiendo celebrado las fiestas de Navidad y de la Epifanía, los sediciosos le pidieron la paz, y los gefes de la faccion, temiendo ser sacrificados, anduvieron errantes de una parte á otra sin atreverse á presentarse en público. El Pontífice hacia todas las diligencias necesarias para restablecer una tranquilidad durable, cuando por el exceso de la fatiga volvió á caer enfermo, y reducido bien pronto al extremo, murió, cuando mas tarde, en 21 de Febrero de 1118, despues de haber satisfecho á todas las obligaciones de la Religion, y recomendado con especialidad á los cardenales la concordia fraternal, como un baluarte seguro ya contra los artificios del espíritu del cisma, y ya contra el furor de la ferocidad germánica.

40. La santa Silla estuvo pocos dias vacante. El 25 de Febrero, los cardenales en número de cuarenta y cinco, muchos obispos, un gran número de clérigos y algunos senadores y consulares romanos, despues de haber deliberado maduramente, se convinieron en elegir á Juan, apellidado de Gaeta, lugar de su nacimiento, cardenal diácono y canciller de la iglesia romana, y le proclamaron sin dilacion bajo el nombre de Gelasio II, por mas que lo resistió su sincera humildad. Era Juan de ilustre nacimiento y de

esclarecida piedad, ofrecido desde la infancia á Monte-Casino, donde su memoria era venerada por su fidelidad en las observancias de la vida regular. No adquirió menos reputacion en la carrera de sus talentos, con particularidad en las artes liberales, de suerte que un autor de su tiempo decia, que el designio del Papa Urbano II en hacerle canceller habia sido el de restablecer en la iglesia romana el gusto casi aniquilado de la bella antigüedad (1). Durante todas las turbulencias del Pontificado de Urbano, Gaeta le fue siempre adicto y su mayor consuelo en las penas que le alligieron.

Un Papa de este carácter no podia ser del gusto de los partidarios del Emperador Enrique, especialmente cuando por la desgracia del tiempo y el temor de las divisiones habia sido preciso hacer la eleccion en un lugar secreto y con cierto aire de misterio. Luego que Cencio Frangipan, vendido al Emperador, lo supo desde su palacio que estaba inmediato, corrió á las armas con un tropel de furiosos: en un momento las puertas de la iglesia fueron forzadas. Cencio se arrojó al Papa, le asió por el cuello, le dió de patadas hasta ensangrentarle con sus espuelas, y arrastrándole por los cabellos á su palacio le cargó de cadenas. Los cardenales y todas las personas del congreso que no pudieron ocultarse por una pronta fuga, fueron del mismo modo arrestados y encerrados cubiertos de sangre.

Al ruido de este sacrilegio audáz, el pueblo en

(1) *Pandof. Alatr.*

todos los barrios, un gran número de señores seguidos de sus gentes, y hasta el prefecto, sin embargo de lo descontento que estaba con el clero, se armaron con indignacion, y corrieron al capitolio dando alaridos espantosos. Se enviaron diputados sobre diputados á los Frangipanes, pidiéndoles con amenazas el Vicario de Jesucristo; y á la primera vista del peligro el susto sucedió á la ferocidad en todos aquellos viles asesinos de los ungidos del Señor. Leon, uno de los Frangipanes, se arrojó á los pies del Papa, y le pidió la vida con el perdon de su crimen.

Libertado así Gelasio, no estuvo mucho tiempo tranquilo. El Emperador que no estaba muy distante, marchó prontamente á Roma para apoderarse segunda vez del Sumo Pontífice. Gelasio no tuvo mas tiempo que para ausentarse; y por medio de toda clase de incomodidades y peligros se fue á Gaeta su patria, donde bien pronto tuvo un numeroso cortejo de prelados y personas de la mayor consideracion, que de todas partes llegaron á juntársele. El artificioso Emperador envió tambien á manifestar al Papa el júbilo que habria tenido en asistir á su consagracion, y autorizarla con su presencia, y le convidó á volver sin temor á Roma, tanto para hacer en ella esta ceremonia, como para acabar de desterrar la discordia. Para caer en este lazo, tendido con tan poco disimulo, tenia Gelasio demasiado presente el modo con que Pascual II, y él mismo que le acompañaba, habian sido arrestados y tratados por aquel Príncipe que tomaba el tono de la benevolencia y de la cordialidad. Por

lo mismo respondió, que iba á hacerse consagrar inmediatamente, y que despues se le hallaria pronto á tratar de la paz y de la concordia en cualquier parte donde el Emperador quisiese. En efecto, sin salir de Gaeta, fue desde luego ordenado de sacerdote, y despues consagrado Papa en los primeros dias de Marzo, en presencia de una multitud de prelados y de señores, entre ellos el duque de Pulla y el Príncipe de Cápua; y todos le aseguraron de su fidelidad con el mayor celo y con juramento.

41. El Emperador irritado de no haber salido bien con su engaño, hizo inmediatamente elegir y consagrar como Papa á Mauricio Burdino, á quien llamó Gregorio VIII; pero la intrusion era tan notoria, que ninguno del clero ni del pueblo católico abrazó su partido: solos los guibertinos se declararon en favor de este nuevo Antipapa. El Pontífice legítimo se apresuró á escribir al pueblo y clero romano, á Francia y aun á España, á fin de preparar á los fieles contra estos nuevos peligros, y despues fue á celebrar un concilio en Cápua, donde escomulgó al Emperador y á su Antipapa. Burdino por su parte, despues de haber dado la corona imperial á Enrique, envió por todas partes bulas que no consiguieron casi en ninguna mas que el desprecio y la indignacion: él estaba entretanto en Roma como electo, y el Pontífice legítimo no se atrevió á entrar en ella ni aun secretamente hasta que los Príncipes normandos de Italia, que vinieron á su socorro, obligaron al Emperador á volverse á Alemania.

42. Habiendo creído entonces Gelasio que podia celebrar en la iglesia de Santa Prajedes, los Frangipanes que el temor habia reducido á sumisiones tan bajas, volvieron de nuevo á acometerle con las armas en la mano; hubo un obstinado combate á la puerta de la iglesia, durante el cual el Papa pudo escaparse, y montando precipitadamente en un caballo huyó á rienda suelta medio vestido con sus ornamentos pontificales. Las gentes del campo y especialmente las mugeres que le vieron correr á la ventura seguido solo de su cruciferario, daban gritos lamentables. Sus partidarios lo hallaron por fin agoviado y suspirando muy lejos de la ciudad, cerca de la iglesia de San Pablo, y le volvieron á llevar contra su voluntad, prometiéndole sacrificarse por su seguridad; pero á la mañana siguiente habiendo tenido consejo, les dijo: „hermanos míos, sigamos el egemplo de nuestros padres y lo que nos enseña la Escritura; pues que no podemos vivir en este Egipto, huyamos á lugares menos peligrosos: lo digo delante de Dios, quisiera mas no tener sino un Emperador por malo que fuese, que estar esclavizado por tantos tiranos subalternos. Un malvado en la independencia perderia á lo menos á los que fuesen mas malos que él, hasta que llegase el tiempo en que la justicia del Señor Supremo le juzgase á él.“ Todos aprobaron el parecer del Papa, y este inmediatamente arregló todas las cosas necesarias para el gobierno de la Iglesia durante su ausencia.

Entonces fue cuando dió su bula con fecha de

primero de Setiembre en favor de Gautier, sacado á su pesar del claustro para la silla de Ravena (1). Desde el arzobispo Guiberto que fue Antipapa, esta iglesia habia estado en el cisma, y privada por los Papas de su jurisdiccion sobre las sillas de Plasencia, Parma, Reggio y Bolonia. Habiendo el último arzobispo reunido su pueblo á la iglesia romana, logró que Gelasio restituyese por su bula á la silla de Ravena todos sus derechos de metrópoli, concediendo á Gautier el palio.

El Papa escogió por asilo la Francia tan generosamente consagrada en todos tiempos á la iglesia romana, y se embarcó el segundo dia de Setiembre acompañado de seis cardenales y de algunos señores romanos con su comitiva. Descansó en Pisa, donde fue recibido con grandes honores, y predicó con una elocuencia que justificó la opinion que el Papa Urbano habia formado de sus talentos. Algunos dias despues se volvió á embarcar, y llegó felizmente á la Provenza y al puerto de San Gil, donde el abad Hugo llegó á recibirle con su comunidad, pagándole con liberalidad todos los gastos que tuvo que hacer en la larga mansion para descansar de las fatigas del mar. Allí concurrieron todos los obispos del país, mucha nobleza y gente sin número de los pueblos á ofrecerle sus obsequios. El Papa habia escrito al abad de Cluny que elegia su monasterio para residir mientras permaneciese en aquel reino, y Ponce que no era menos generoso que el abad de San Gil, y que

(1) *Gelas. II. Epist. 4.*

por otra parte gustaba mucho de lucir, fue apresuradamente á presentarse al Pontífice. El abad Hugo regaló al Papa diez caballos, y Ponce treinta; le proveyó de los carruages necesarios para el viage desde San Gil á Cluny, y quiso correr con todos los gastos de aquel largo camino, no solo del Papa, sino tambien de los cardenales de su comitiva.

43. Pero nada dió mas consuelo á Gelasio que la llegada de un señor aleman jóven, que habia renunciado las grandezas del siglo para entregarse á la humildad y á todos los rigores de la cruz de Jesucristo (1). Lanábase Norberto, era natural de Santen en el ducado de Cleves, se habia agregado á Federico, arzobispo de Colonia, con el fin de recibir el diaconado, y estaba en la corte del Emperador. La naturaleza y la fortuna le habian dado todas las ventajas necesarias para agradar en el mundo; una sangre ilustre, muchos bienes, gusto á la magnificencia, y todas las gracias del talento y del genio juntas á las de la figura; pero si tuvo tantas cualidades para agradar en el mundo, el mundo no dejó de agradecerle á él mas de lo que debia. Constituido en el clericato, hecho canónigo y disfrutando de muchos beneficios, toda su renta la empleaba en el lujo y en las diversiones: los empeños sagrados de su estado se ofrecian siempre á su imaginacion como el medio mas grato de satisfacer su ambicion, elevándose por medio de las dignidades pacíficas de la Iglesia á las primeras clases del imperio.

(1) *Bolland. die 6. Jun.*

Un dia yendo á caballo, vestido con su acostumbrada elegancia, á divertirse al campo en una concurrencia festiva, fue sorprendido por una tempestad espantosa, que le pareció tener algo de extraordinaria; un criado fiel que le seguia, y que no separaba los ojos de la nube, le avisó repentinamente que se volviese atras; al mismo instante el rayo cayó á sus pies, derribó al caballo y al caballero, é hizo un hoyo profundo en la tierra. Norberto quedó tendido sin conocimiento por mas de una hora, despues de lo cual, volviendo como de un letargo, á ejemplo de Saulo arrepentido exclamó: *Señor ¿qué queris que haga?* Y una voz penetrante le hizo oir interiormente estas palabras del salmo: *sepárate del mal, haz lo que es bueno, y busca infatigablemente la paz.* En el instante formó el designio de fijar todos sus afectos en Dios, y se volvió á su casa resuelto á una conversion perfecta.

Retiróse por el pronto al monasterio de Sigeberg cerca de Colonia, para hacer allí el aprendizaje de una vida nueva, y disponerse á reparar el escándalo de su vida mundana. Persuadiéndose bien pronto despues que haria mas fruto recibiendo el sacerdocio, fue á buscar al arzobispo Federico, y le suplicó que le ordenase de diácono y de sacerdote en un mismo dia. El arzobispo sorprendido de este empeño en un hombre que tan constantemente se habia resistido á recibir estas órdenes en ocasion de habérselas ofrecido, le preguntó la causa de tan repentina mudanza. Norberto se arrojó á sus pies, confesó con lá-

grimas todas sus culpas, y le declaró la resolucion que la divina clemencia le habia inspirado. Federico, quizás llevado algun tanto de la amistad que profesaba á Norberto, creyó que en efecto habia inspiracion en una conducta tan particular, y que casi podia dispensarse de las reglas comunes. En el momento de la ordenacion, cuando el sacristan entregó á Norberto como á los demás ordenandos los ornamentos con que habia de revestirse, tomó de uno de sus criados una pellica de pieles de cordero, que habia hecho llevar secretamente, y dejando entonces el rico vestido que llevaba, se vistió con aquella pellica tenida por muy despreciable, segun las ideas de aquel tiempo y de aquel pais. Hecho esto, recibió del sacristan los ornamentos eclesiásticos, y despues de la ceremonia, se volvió al monasterio de Sigeberg, donde durante un retiro de cuarenta dias, se ejercitó en las funciones de las órdenes que acababa de recibir, y mucho mas aun en la oracion y en todas las prácticas mas á propósito para poder cumplir con todas sus obligaciones.

Inmediatamente despues pasó á su patria á servir en la Iglesia de Santen, de donde era canónigo. El dean y todo el capítulo suplicaron al nuevo sacerdote que celebrase la misa mayor, y él aparentó recibir con mucho gusto aquel honor; pero despues del Evangelio hizo un discurso patético en que, sin señalar á ninguno en particular, insistió principalmente sobre los vicios y defectos habituales de sus compañeros. Al dia siguiente, hallándose en el ca-

pítulo, dirigió la palabra al dean, y recordándole los principales artículos de la regla canonical, le representó la obligacion en que estaba de conducir á los demás por el camino recto. Algunos canónigos juiciosos y amigos de la virtud, aplaudieron la fuerza de sus razones, ó por lo menos el principio de su celo; pero muchos, especialmente los jóvenes, se mofaron, guardando sin embargo alguna atencion en su presencia; bien que esta moderacion forzada no duró mucho tiempo. En los capítulos siguientes habiendo vuelto el santo á reprender las faltas y escándales que no se podian desconocer ni disimular, quedó notado para lo sucesivo de censor incómodo, y la acrimonia llegó á tal punto, que un simple clérigo le llenó públicamente de injurias y le escupió en la cara. El santo se limpió sin proferir una palabra, aunque el que le habia ofendido, dice un historiador del tiempo, era de tan baja condicion, que si Norberto le hubiese hecho arrojar al lodo por sus criados de cocina, todo el mundo lo hubiera aplaudido. El piadoso canónigo fue insultado en otras muchas ocasiones por personas de todos estados á quienes sus egemplos y sus predicaciones eran insostenibles; pero él siempre hizo consistir sus delicias en sufrir por el nombre de Jesucristo y por la salud de sus hermanos. La pobreza de sus vestidos tanto como la impunidad, animaba la osadía y la insolencia; pero él no esperaba los progresos del Evangelio sino de los medios con que se habia establecido, y no buscaba su consuelo sino en Dios ó en sus siervos fieles,

que el Señor reservaba en algunos monasterios y ermitas de la comarca.

En el año de 1118 se celebró un concilio en Frisar, en el cual hicieron los padres comparecer á Norberto, y le reprendieron porque predicaba sin mision, y afectaba una singularidad chocante, dando á entender en esto la pellica de piel de cordero, y hacia la vida de un religioso. Despues de una corta justificacion que no se le aprobó, se disculpó de todos estos cargos con la docilidad mas humilde y mas puntual, y entonces hizo dimision de sus beneficios, vendió sus tierras y sus muebles, y distribuyó el precio entre los pobres: en lugar de la pellica tomó una túnica tosca de lana blanca y un manto del mismo color; y en cuanto á sus trabajos apostólicos, partió inmediatamente con este trage grosero y con los pies descalzos á pedir que autorizase su mision el Papa que estaba en la Provenza.

Lo primero que pidió al Pontífice fue la absolucion de la culpa que habia cometido en recibir sin la instruccion necesaria el diaconado y sacerdocio en un mismo dia. Despues le propuso la vocacion que creía haber recibido del cielo para santificarse á sí mismo, trabajando en santificar á los demás. Gelasio no solo se enterneció al ver tan maravillosa piedad, sino tambien descubrió tanto juicio y tanta prudencia en medio de aquel santo entusiasmo, que quiso agregarle á su corte como un genio superior muy á propósito para servirle en los negocios difíciles en que se veía empeñado; pero Norberto le suplicó deshe-

cho en lágrimas, que no espuesiese su obediencia á esta prueba. „En la corte de los prelados, igualmente que en la de los Príncipes, añadió, es donde he encontrado escollos, ¡ah, demasiado funestos á mi inocencia! Conviene mal á mi edad, aun mas frágil que corta, y á la penitencia á que tan justamente me he condenado, el volverme á sumergir en las distracciones y en los peligros de que apenas acabo de salir. Ordenadme cualquiera otra cosa, ó santo Padre; sea la vida canonical, sea la monástica ó eremitica, ó sea hasta andar errante en peregrinacion todo el resto de mi vida: nada hay que yo no acepte con mas gusto que la proximidad contagiosa de la grandeza.” El Papa respetó la circunspeccion de tan heroica virtud, y le dió un amplio poder para predicar la palabra de Dios, prohibiendo á los que habian querido oponerse á ello que le inquietasen en lo sucesivo en tan digno ministerio; y para que ninguno pretestase en ello ignorancia alguna, hizo espedir una bula espresamente á este efecto. Con estos poderes se volvió Norberto colmado de satisfaccion caminando con los pies descalzos, como habia venido, á pesar de los grandes rigores del invierno, y de llegarle muchas veces la nieve á las rodillas, comiendo solo por la noche, á escepcion del domingo, y no usando otros alimentos que los mas insípidos de cuaresma.

El Papa salió tambien de San Gil, y pasó á Maguelona, donde recibió nuevos homenajes de un eclesiástico y de un religioso, aunque de un genio muy diferente de los de Norberto. El célebre Sugeró, des-

pues abad de San Dionisio, y desde entonces representante de los Reyes, llegó en nombre de Luis el Grueso á dar prueba de un afecto y de una piedad filial hácia el Padre comun de los fieles. El Papa, no pudiendo ya dudar de las felices disposiciones del Monarca, le hizo suplicar que pasase á Vecelai, frontera de su dominacion por el lado de Cluny, para tratar de comun acuerdo de hacer que triunfase la Iglesia. Tambien envió un diputado al Rey de Inglaterra que se hallaba en Normandía, á fin de proporcionar sus ausilios.

44. En estas circunstancias, Pedro Librano, nombrado arzobispo de Zaragoza, llegó tambien buscando al Papa Gelasio para obtener su autorizacion y hacerse consagrar por su mano. Esta ciudad se hallaba todavia en poder de los infieles; pero Alfonso I, Rey de Navarra y de Aragon, llamado el Batallador por el gran número de victorias que habia ganado á los moros, la estrechaba vivamente y contaba con reducirla en breve. En efecto, habiendo ganado otra nueva victoria contra una multitud de Reyes mahometanos, reunidos con el de Marruecos á fin de salvar una plaza de tanta importancia para toda su nacion; cuatro dias despues, esto es, en 10 de Diciembre de 1118, la libertó de la tiranía musulmana, bajo la cual gemia despues de cuatrocientos años, y estableció en ella su corte al año siguiente. Otras ocho ciudades y muchos castillos siguieron la suerte de este poderoso baluarte (\*).

(\*) El principio del reino de Aragon se debe tomar desde



cedida á Librano por el Papa Gelasio con fecha de 9 de Diciembre, víspera de la rendicion de Zaragoza, concede la remision de sus pecados á los que muriesen en aquella expedicion despues de haber recibido

que el caballero Adnar, hijo de Eudon, llamado duque de Aquitania, pasó á España en tiempo de García Iñiguez, Rey de Navarra, y conquistando de los moros algunos lugares en la ribera del rio Arga ó Aragon, se intituló conde de Aragon, pero con reconocimiento y sujecion á Navarra. Por los años 388 se incorporó este condado con el reino de Navarra, y permaneció unido por espacio de ciento cuarenta años, hasta que D. Sancho el Mayor, dividiendo los estados de su corona en sus hijos, dió á Ramiro el de Aragon con el título de Rey en 1035, y desde entonces comenzó á estenderse y florecer este nuevo reino. Ramiro I añadió á su corona, por muerte de su hermano Gonzalo, los estados de Sobrarve y Ribagorza, y reinó hasta el 1063. Sancho I su hijo, despues de algunas campañas que tuvo con los sarracenos, en las que se apoderó de Bolea, Loharre, Tudela, Monzon y otras plazas y fortalezas, murió en el sitio de Huesca de un saetazo, en 1094. Sucedióle su hijo Pedro I, el cual vengó la muerte de su padre, tomó á Huesca y á Balbastro, y causó infinitos daños á los moros reportando de ellos las mas cumplidas victorias hasta el 1104 en que murió, con luto general del reino por su raro valor y virtudes, y tambien por haber fallecido pocos dias antes su hijo el infante D. Pedro. Por lo que su hermano D. Alfonso I, llamado el Batallador, Rey de Navarra, subió entonces al trono de Aragon.

Principió este á reinar manifestando un valor extraordinario y no menos ambicion. Habiendo quedado única Señora de Castilla y Leon la Reina Doña Urraca, por muerte de su padre Alfonso VI, entró el Rey de Aragon con grandes fuerzas por tierras de Castilla con designio de apoderarse de su corona. Dábale atrevimiento para invadirla, verla en las sienas de una muger, y pretestaba el derecho de sangre, que por ser varon, trataba de indisputable. Empero termináronse estas luchas con el enlace de Alfonso con Urraca, bien que duró muy poco la paz,

el sacramento de la penitencia; y tambien indulgencia á discrecion de sus obispos, aunque á proporcion de sus buenas obras, á los que trabajasen en el restablecimiento de las iglesias substraidas del yugo infiel, y proveyesen á la subsistencia del clero.

El matrimonio era incestuoso, por ser los contrayentes primos segundos, y no acostumbrarse en aquel tiempo las dispensas de parentesco; se habia tambien efectuado contra la voluntad de la Reina, la cual por lo mismo regresó á Castilla en la primera ocasion oportuna, y principiaron de nuevo las hostilidades, acompañadas de grandes disturbios y ruinas. Vencieron repetidas veces los egércitos de Alfonso, pero la insolencia que les daban sus victorias y la ferocidad con que trataron á los vencidos, les acarrearón un odio general. Castilla y Leon unidas á Galicia proclamaron por Rey junto con su madre al jóven Alfonso, hijo de Urraca y del conde Ramon de Galicia, juntaron de nuevo sus egércitos y derrotaron mas de una vez á los aragoneses, en 1113 y 1114. Trató entonces el arzobispo de Toledo de poner remedio á tantos males; congregó un concilio en Palencia en Octubre de 1113, en el que los padres procuraron concordar las amistades entre el Rey de Aragon y Doña Urraca, despues de haber declarado nulo su matrimonio. En el año siguiente tuvo el arzobispo D. Bernardo otro concilio en Leon, en el que se formaron diez cánones acerca de varios puntos de disciplina y dogma, y se confirmaron las resoluciones de Palencia. Pero como por ellas quedaba el aragonés escluido del gobierno de Castilla y Leon, no pudo con tantos trabajos ponerse fin á la discordia. Mas en 1115, por las reiteradas amonestaciones de los concilios, por la excomunion con que le amenazó el Sumo Pontífice, por las solicitudes de los prelados, ó porque no pudo sostener ya sus fuerzas, vino á confesar el Rey de Aragon que su matrimonio con Doña Urraca habia sido nulo; renunció á los derechos que pretendia tener sobre sus reinos, y volvió sus armas contra los moros que hostilizaban los dominios de Aragon por todas sus fronteras.

45. Gelasio, caminando á Viena, no dejó de conferenciar sobre los intereses de la santa Silla con el arzobispo Guido, prelado de los más ilustres de su siglo; y al partir le convidó con el mayor empeño á que le siguiese de cerca á Cluny. Pero tan sabias medidas no debian tener el efecto que se proponia. Llegado á Macon despues de fatigas escesivas para un viejo enfermo y atormentado de una gota obstinada, fue acometido de una pleuresía que dió muchísimo que temer: sin embargo, se hizo llevar á Cluny, para tener á lo menos el consuelo de morir en una casa célebre tanto tiempo habia por su piedad; y en ella, despues de haber manifestado todas las disposiciones mas capaces de edificar á los religiosos de mas fervor, espiró en 29 de Enero de 1119, estando el Rey Luis en camino para la conferencia de Vecelai.

Con este motivo concurrió un gran número de se-

En esta guerra comenzaron las grandes y verdaderas glorias del Rey Alfonso I. Dió veintinueve batallas á los moros, en las que vino á destruir todo su poder por esta parte de España. Apoderóse desde luego de Tudela, Tahuste, Borja, Magalona y otras plazas, de las que algunas ya habian sido de los cristianos. Fueles despues tomando en varias jornadas á Tarazona, Calatayud, Albarracin, Épila y otras muchas muy importantes. Acercóse finalmente y puso sitio á Zaragoza, la dió repetidos asaltos sin ningun efecto, derrotó cerca de sus muros un poderosísimo ejército que venia á auxiliarla, y por último en 10 de Diciembre de 1118 se apoderó de la ciudad. Ganada Zaragoza, crecieron en D. Alfonso los deseos de esterminar de todo punto á los mahometanos de Aragon, y lo consiguió en pocos años, haciéndolos retirar hasta los confines de Valencia, quedando así todo Aragon libre de ellos, y poblando lo conquistado con cristianos de las cercanías de Navarra, Cataluña y aun de Francia.

ñores y prelados á Cluny á honrar los funerales del Sumo Pontífice; y como las necesidades de la Iglesia en las circunstancias de un cisma eran tan urgentes, y la mayor parte de los cardenales se habian reunido á Gelasio en Francia, se resolvió elegir allí inmediatamente un nuevo Papa (1). La nave de San Pedro tenia necesidad de un piloto que no tuviese menos ánimo y fuerza que virtud y luces. El arzobispo de Viena, que habia llegado pocos dias antes á Cluny, tuvo al momento los votos de todo el congreso por reunir en si todas las cualidades. Era hijo de Guillermo el grande, conde de Borgoña, pariente del Emperador, del Rey de Inglaterra, y de la mayor parte de los Soberanos; tio de Adelaida, Reina de Francia, venerado por sus costumbres y su sabiduría, largo tiempo experimentado en el gobierno de su diócesi, y en fin, tanto mas á propósito para el pontificado, cuánto mas conocia el cargo y menos deseos manifestaba de verse elevado á él. Esta eleccion hecha en Francia, y no en un cardenal, causó á un tiempo sorpresa y júbilo estremado á la nacion francesa. Guido, mas sorprendido que ninguno, se negó á consentir en su eleccion, á menos que nó fuese ratificada en Roma, y á este fin envió diputados en el momento; pero cuando vió el consentimiento de los prelados de Alemania y el de los franceses, no dudó tampoco del de los romanos, y no esperó hasta la vuelta de sus enviados. Poco despues de su eleccion pasó á

(1) *Vit. Gelas. II. per Pandulf.*

Viena, donde fue coronado en 9 de Febrero, y llamado Calisto II.

46. Su primer cuidado fue procurar la reunion de la Iglesia, y ahogar hasta los principios del cisma en Alemania. A este efecto convocó un gran concilio en Rems para el mes de Octubre de aquel año de 1129 (1). Esperando este término, celebró otro en Tolosa en 8 de Julio para reprimir los sectarios de Pedro de Bruis y Enrique su discípulo, que restablecian los dogmas y prácticas detestables de los maniqueos bajo nuevas formas. Concurrieron á Rems preladados de todas las regiones del occidente, y entre ellos quince arzobispos, mas de doscientos obispos, y una infinidad de abades y otros eclesiásticos constituidos en dignidad. Alberto, arzobispo de Maguncia, en otro tiempo canciller de Enrique V y cómplice de sus violencias contra el Papa Pascual, pero convertido ya con una magnanimidad que le hizo despreciar los hierros y todas las violencias de la tiranía, llegó al concilio acompañado de siete obispos y de quinientos caballeros. El Rey de Inglaterra envió tambien sus obispos, de los cuales la mayor parte reconocian con él al Papa Calisto, y otros continuaban reconociendo á Burdino ó permaneciendo neutrales; pero les prohibió hacer ni sufrir nada contrario á los privilegios de su reino (2). „Escuchad con respeto, les dijo, pero no vengais con novedades algunas que puedan turbar mis estados.” El Rey Luis no dejó de concurrir tambien á él en persona, acompañado de

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 856. (2) Edmer. lib. 5. hist. Novor.

un gran número de señores, y fue colocado en el estrado mismo en que estaba la silla del Papa.

Despues de las letanías y las oraciones comunes, propuso el Pontífice el objeto principal del concilio; á saber, la estirpacion de las heregias, y por una consecuencia necesaria, la abolicion de las investiduras, lo cual concernia principalmente á la Alemania. Habia antes tomado la precaucion de diputar cerca del Emperador á Ponce, abad de Cluny, y á Guillelmo de Champeaux, que supo manejar tan bien al Príncipe, que le habia persuadido á renunciar las injustas pretensiones que tenia, y hacer la promesa con juramento. En consecuencia Enrique se adelantó desde Strasburgo, donde se habia hecho el convenio, hácia Muson en el pais de Meusa. El Papa pasó en persona á Muson á fin de egecutar lo que estaba convenido; pero el Emperador no estaba dispuesto á ceder con tanta facilidad. Por el pronto quiso negar todo lo que habia prometido; pero reducido á una retractacion vergonzosa por el testimonio de los diputados y de las gentes de su comitiva, se quejó de que se le habia inducido por sorpresa á prometer lo que no podia cumplir sin perjuicio de los intereses de la corona; y pidió de término hasta el dia siguiente para conferenciar durante la noche sobre el particular con su consejo, lo cual se le concedió no sin inquietud. Despues de esto dijo, que la importancia y la naturaleza misma del asunto exigian una asamblea general de la nacion.

Tenia consigo tropas numerosas, por lo que al

ver tantas tergiversaciones é indicios de mala fe, se debía temer algo mas de aquellas que de la intriga (1). Las gentes de la comitiva del Papa además de parecerlas que la dignidad Pontificia estaba comprometida, se acordaron de repente con susto de la perfidia y violencias que Enrique en igual ocasion habia usado con el Papa Pascual. Así que, creyendo que Calisto no estaba seguro en el castillo de Muson, bajo la guardia poco respetable del arzobispo de Rems á quien pertenecia esta fortaleza, le hicieron pasar precipitadamente á una fortaleza inmediata perteneciente al conde de Troyes. Continuando todavía la inquietud y susto, al dia siguiente que era Domingo, salió Calisto antes de amanecer, y caminó con tanta diligencia que en el mismo dia celebró misa en Rems, distante veinte leguas, despues de lo cual se halló tan incomodado que por dos dias tuvo que suspender los asuntos del concilio.

Por fin el miércoles 29 de Octubre hizo leer los cinco cánones que habia formado contra la simonía, las investiduras, las usurpaciones de los bienes eclesiásticos, la incontinencia de los clérigos, y contra los que dejaban sus beneficios por derecho de herencia, ó exigian retribuciones tanto por la administracion de sacramentos como por la sepultura. Estos decretos fueron recibidos con un aplauso general en la mayor parte; pero el de las investiduras por el contrario, escitó disputas tan vivas, que la sesion duró hasta la noche sin poderlas conciliar.

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 880.

El decreto estaba concebido en estos términos: „prohibimos absolutamente recibir de una mano legítima la investidura de ninguna iglesia, ni de bien eclesiástico alguno.“ Los señores creyeron que se pretendia quitarles de este modo los derechos de patronato, los feudos eclesiásticos y los diezmos que poseían desde largo tiempo, y esta fue la razon porque el Papa modificó este artículo, limitando el cánón, que fue leído y recibido al dia siguiente, á la prohibicion de las investiduras de los obispados y abadías. Luego que todo el mundo pareció estar satisfecho, se trajeron cuatrocientas veintisiete velas de cera para otros tantos obispos y abades que estaban presentes: despues Oldegario de Barcelona, prelado dotado de virtudes que le han hecho merecer el título de Beato, trató con tanta sabiduría como elocuencia de la distincion entre el poder real y el sacerdocio; y así que concluyó, el Papa fulminó el anatéma contra el Antipapa Burdino y Enrique su sectario: en el mismo instante, estremeciéndose todos los espectadores de un religioso espanto, cada prelado apagó su vela segun la costumbre antigua. Los obispos que en este concilio se distinguieron mas por su capacidad, y que eran seguramente los hombres mas sabios de su tiempo fueron, Guillelmo de Chalons ó de Champagneux, Gerardo de Angulema, Atton de Viviers y Gofredo de Chartres.

47. Durante la celebracion del concilio de Rems se presentó San Norberto en esta ciudad á pedir al Papa Calisto la confirmacion de las letras obtenidas

de Gelasio. Los frutos de su predicacion desde que habia sido autorizada con el sello de la bendicion apostólica, eran prodigiosos. Al volver á su pais habia tomado tres compañeros para recoger con mas abundancia la feliz cosecha que se presentaba por todas partes á su celo, pero cayeron enfermos, y murieron todos tres en Valencienes (1). Estando él detenido aquí por este contratiempo, llegó á la misma ciudad Buchard, obispo de Cambray, tan conocido y amigo de Norberto en el mundo, que este no pudo dispensarse de ir á visitarle. Presentósele como se hallaba, esto es, con su mal vestido de lana blanca y los pies descalzos, aunque era insoportable el frio: despues de algunos discursos el obispo le conoció, y no pudiendo contener sus lágrimas se le arrojó al cuello, exclamando: *¡ah Norberto, quien hubiera esperado jamás esto de ti!* Hallábase presente un hombre de bien, llamado Hugo de Foses, que tenia deseos de dejar el mundo, aunque todavía no se habia declarado á nadie; y viendo al prelado tan conmovido con la presencia de aquel pobre, se acercó poco á poco al obispo y le preguntó: ¿qué significaba aquello? „El hombre que veis en este estado, respondió Buchard, ha sido criado conmigo en la corte del Emperador: es de ilustre nacimiento, y gozaba de tan alto favor que, porque él no le ha querido, tengo yo el obispado que poseo.” Hugo se volvió inmediatamente, y poco despues fue á buscar al santo, á quien se unió para siempre.

(1) *Vit. S. Norbert. ap. Bolland.*

Luego al punto salieron á recorrer los campos, los castillos y las ciudades, predicando con un fruto prodigioso principalmente contra los odios mortales que asolaban aquellas provincias: eran tan venerados que los pastores y trabajadores del campo, así que los veían, lo dejaban todo para ir á anunciar su llegada: se tocaban las campanas, concurrían en tropel á la iglesia, asistian con compuncion á la misa, ó á las dos misas que Norberto decia por lo comun segun el uso antiguo, y despues escuchaban como si Dios mismo hablara, tanto el sermón como la conferencia que acostumbraba á tener despues sobre las obligaciones prácticas de los diversos estados. Al anochecer llevaban á los dos apóstoles á su alojamiento, teniéndose por muy feliz el que conseguia recibirlos en su casa: unos tomaban la rienda del asno que traía el equipage reducido á lo necesario para la misa, con el salterio y algunos libros instructivos; otro se llevaba el conductor de la bestia, y todos á porfía buscaban lo mejor que tenían para regalar á sus santos huéspedes. Pero Norberto, sentándose en la tierra como si se hubiese criado con aquellas buenas gentes, comia sobre sus rodillas las cosas mas comunes, no usando de otro ingrediente para sazonarlas que la sal, y no bebiendo mas que agua. No recibia ningun regalo, temiendo, como un escándalo y un verdadero oprobio, parecer capaz de moverse por un pequeño interés despues de haber renunciado todas las riquezas de su primera fortuna, de que no se acordaba sino en tales ocasiones.

No obstante, cuando algún obispo ó abad le obligaban á comer con ellos, tenia mucho cuidado de evitar la singularidad, y no se distinguia de los demás convidados sino en la sobriedad. Estos prelados lo llenaban de honores, y le convidaban á predicar en sus iglesias y en sus capitulos, donde despues se le proponian muchas cuestiones, por lo comun delicadas, empenándose algunos en verle como cortado fingiendo instruirse. Norberto, acostumbrado á vivir en la corte, y superior á la mayor parte de aquellos antagonistas, tanto en la ciencia del mundo, como en el conocimiento de los caminos de Dios, penetraba sin trabajo su malignidad. Pero teniendo oculta la prudencia de la serpiente, y no manifestando mas que la sencillez de la paloma, sin equivocarse continuaba combatiendo los vicios, y haciendo muy comunmente de sus propios mofadores penitentes egemplares.

48. Llegó á Rems al principio del concilio, pero el Papa estaba ya tan agoviado de negocios y de cuidados, que el humilde penitente despues de tres dias de diligencias desesperó de poder conseguir audiencia y tomó el partido de volverse. A poca distancia de la ciudad encontró á Bartolomé, obispo de Laon, que llegaba á ella; y este prelado distinguiendo la calidad de aquel hombre bajo un vestido menos que popular, le saludó con cierto aire de interés, y quiso saber quien era. Lleno de gozo por haberse encontrado con el hombre apostólico de quien tanto habia oido hablar, le prometió proporcionarle

la audiencia que él deseaba, y le volvió consigo á Rems. Calisto le vió en efecto, le trató con bondad, le aseguró que despues del concilio pasaria á Laon donde le oiria despacio, y le recomendó á Bartolomé quien le tuvo en su compañía todo el tiempo que duró el concilio, llevándolo despues á su diócesi en tanto que llegaba el Papa. No tardó mucho en verificarse, pero en el corto intervalo que medió, supo el obispo Bartolomé el aprecio que merecia su huésped; y así cuando llegó el Papa, no se trató mas que de fijar á Norberto en la diócesi de Laon por la autoridad del Sumo Pontífice. Se le ofreció una iglesia de San Martin situada en el arrabal, y servida por algunos canónigos; pero costó mucho trabajo el hacérsela aceptar, de suerte que solo la obediencia pudo vencer el atractivo que para él tenia la soledad; mas en medio de esta obediencia puso por condicion que aquellos canónigos habian de seguir su modo de vivir, lo cual ellos ni aun se atrevieron á intentar, atemorizados del cuadro que les diseñó, y de la sola vista de su persona.

El obispo de Laon queriendo absolutamente retener una persona santa, y viendo por otra parte su aficion á los lugares solitarios aptos al recogimiento, le condujo inmediatamente despues que partió el Papa á diferentes parages de su diócesi para que eligiese una habitacion conforme á su gusto en que pudiese fijarse perpetuamente. Despues de haber corrido muchos sitios desiertos, cuando llegaron al mas áspero de todos llamado Premostre, á la primera vis-

ta exclamó el Santo usando de las palabras del Salmista: *este es el lugar de mi reposo*. Luego añadió: *un pueblo de religiosos encontrará aquí su salud*. En muy poco tiempo vió trece discípulos del estado eclesiástico con muchos legos; y tales fueron las primeras colonias del orden premostratense. Queriendo conciliar las funciones del apostolado con el recogimiento de la soledad, escogieron la regla de San Agustín y el hábito blanco, que era el de los antiguos canónigos; pero le hicieron todo de lana tosca, sin mas lienzo que el de la sobrepelliz ó roquete, á fin de celebrar el oficio divino con la decencia que este orden ha observado siempre con esmero. Aquellos primeros fundadores no se desdeñaban de ningún trabajo por mas vil que fuese: guardaban un silencio continuo, no hacian en tiempo alguno mas que una sola comida, y sin embargo egercian la hospitalidad con una santa profusion. Despues de haberse probado algun tiempo para este género de vida, hicieron su profesion solemne, con promesa de estabilidad, en el dia de Navidad de 1121.

Dios echó tantas bendiciones á este orden naciente, que treinta años despues contó cerca de cien abades en el capítulo general (1). En lo sucesivo llegó á haber hasta mil abadías de hombres, sin contar trescientos prebostazgos, quinientas abadías de mugeres y muchos prioratos. Los Principes, los señores y los obispos se empeñaban en dar tierras para establecer en ellas tan santos religiosos: solo el obispo

(1) *Bolland. tom. 1. Jun. pag. 819.*

de Laon les fundó cinco abadías en la estension de su diócesi. Gofredo, conde de Capenverg en Westphalia, á la edad de veinticinco años abrazó este instituto, le dió todos sus bienes, y fundó en Capenverg un monasterio famoso, que fue despues cabeza de otros muchos: murió quince años despues en 1127, y la Iglesia le honra como bienaventurado. Tibaldo IV, conde de Champaña, estremadamente movido por este egeemplo se determinó á imitarle, y á dar á Norberto los condados de Chartres y de Blois que le pertenecian; pero el Santo, considerando delante de Dios que un señor tan poderoso y cristiano haria todavía mas bien en el mundo que en la religion, obligó al conde á conservar su poder para proteger constantemente la causa y los individuos de la Religion de Jesucristo.

Las mugeres que se alistaron en este nuevo instituto fueron por el pronto colocadas en edificios anexos á los monasterios de los hombres, pero exactamente cerrados. No se las hablaba sino por una ventana cerrada en presencia de testigos de confianza y sobre cosas de su oficio, todas relativas á las necesidades de los hermanos; porque despues de rezar el oficio de la Virgen y algunas otras oraciones, se ocupaban en hacer ó componer los vestidos de los religiosos, y en lavar la ropa de la sacristía; mas bien pronto se conoció que no hay precauciones que sean bastantes contra las menores ocasiones cuando son frecuentes. Para evitar las consecuencias de la relajacion que se introdujo á poco tiempo en la clau-

sura, se mandó en un capítulo general no recibir religiosas en el recinto de las abadías de los hombres; y en consecuencia se asignaron á todas las hermanas sin escepcion monasterios particulares en que se las puso el coro que antes no tenían.

49. El Papa Calisto, antes de dejar la Francia, se abocó en Gisors con el Rey de Inglaterra su pariente, para tratar de lo que importaba al bien de aquella iglesia: volvió á pasar por Paris, desde donde el Rey Luis el Grueso y la Reina Adelaida, sobrina del Pontífice, con la mayor parte de los señores franceses le acompañaron por honor hasta Corbeil: tomó el camino por la Borgoña, y queriendo hacer brillar algun rayo de su nueva gloria sobre la silla de donde habia pasado á la Cátedra de San Pedro, concedió á aquella antigua capital del reino de Borgoña la primacia no solo sobre el Delfinado y la Provenza, sino tambien sobre las provincias de Bourges, Burdeos, Auch y Narbona; y como los arzobispos de Narbona y Bourges tenían título de primados, el de Viena á quien se les sometió tomó el de primado de los primados. Pero esta concesion, que no tenia otro fundamento que la predileccion, tampoco tuvo mas efecto que este título pomposo; solo los obispos de Dié y de Viviers permanecieron sometidos á la metrópoli de Viena, la que de este modo los adquirió de la de Arlés (1).

50. Desde que Calisto entró en Italia, los pueblos corrieron en tropel á rendirle los homenajes como á

(1) *Marc. de primat. Lugd. num. 132. et 133.*

Pontífice legítimo, y á ofrecerle sus servicios. Las tropas toscanas se juntaron á las procesiones que fueron á recibirle en esta provincia. Las de Roma se adelantaron á su encuentro hasta tres jornadas de distancia, dándole pruebas del deseo que tenían de vengar su agravio que no distinguian del de la Iglesia. Entró por fin en la ciudad en 3 de Junio de 1120. El Antipapa se habia retirado á Sutri, resuelto á defenderse bien en aquella fortaleza, esperando socorros del Emperador. Calisto, despues de haberse detenido cerca de un mes en Roma ganando todos los corazones con aquellas nobles gracias y los demás medios que cuestan tan poco á las gentes de ilustre nacimiento, pasó á ver á Guillelmo, duque de Pulla y de Calabria, á fin de obtener de él un socorro mas pronto, y abatir de un golpe el orgullo del intruso. Volvió á Roma á celebrar las fiestas de Pascua, é inmediatamente despues envió un ejército numeroso á Sutri con el cardenal Juan de Crema, á quien no tardó en seguir.

51. Asi que los habitantes de la plaza vieron batir sus murallas, se apoderaron de la persona de Burdino, que hacia tres años llevaba el nombre de Papa, y le entregaron á los sitiadores. Los soldados, despues de haberle llenado de injurias, le hicieron montar al revés en un camello, y le pusieron sobre los hombros una piel ensangrentada de carnero para representar burlescamente la cabalgata en que el Papa se presenta vestido con la gran capa de escarlata. De este modo entró el Antipapa en Roma: y á un es-



pectáculo tan digno de conmiseracion, el pueblo no solo no se enterneció, sino que le hubiera sacrificado á su furor si el Papa Calisto no le hubiese hecho sacar prontamente de sus manos. Inmediatamente le envió al monasterio de Cava para que hiciese penitencia. Este desdichado sobrevivió á Calisto, y murió aprisionado en Fumon cerca de Alati en el pontificado siguiente.

El Papa restableció el buen orden y la seguridad pública; demolió las fortalezas tanto de los Frangipanes como de otros pequeños tiranos, y puso en razon á todos los grandes de Roma, ante quienes sus predecesores apenas se habian atrevido, por decirlo así, á respirar (1). Las ofrendas de San Pedro, que estaban en posesion de ser impunemente robadas, las hizo poner á su disposicion para emplearlas en utilidad de la Iglesia. El espíritu de interés tan extraño á su carácter como á su alto nacimiento influía en él tan poco, que persuadió á los ingleses á que hiciesen la peregrinacion de Compostela mas bien que la de Roma, á causa de lo largo del camino, y esta es la razon porque aplicó las mismas prerogativas á la iglesia de Santiago que á la de San Pedro. Tambien concedió á los cruzados que fuesen á pelear contra los sarracenos de España, la misma indulgencia que á los que combatiesen por la iglesia del oriente (2). Causa mucha admiracion que con unos rasgos tales del desinterés de Calisto, el autor mismo que los presenta como nosotros, añada hablando de las órdenes dadas

(1) *Malmesb. V. reg. pag. 169.* (2) *Bolland. tom. 6. p. 488.*

por este Papa para el restablecimiento de Tourstain de York, que este arzobispo *las obtuvo por aquellos medios con que en Roma se obtiene todo*: esto es, con el dinero; porque la solucion del enigma es mas fácil de adivinar sin duda en la boca de un protestante que en la de un ortodoxo.

52. La caída del Antipapa, animando por todas partes á un tiempo el valor de los católicos y el despecho de sus adversarios, causó una fermentacion universal, y puso sobre las armas á toda la Alemania. El Emperador emprendió reducir á Maguncia, cuyo arzobispo Alberto ó Aldeberto se habia hecho un contrario de este Príncipe tanto mas temible, quanto mas parte habia tenido en su confianza; y para poner el sitio á la ciudad reunió tropas de todas partes (1). El arzobispo por su parte conmovió toda la Sajonia, adonde juzgó oportuno retirarse menos para combatir al gefe del imperio que para impedir sus escesos infundiéndole terror. No se engañó en sus miras. Viendo Enrique levantada toda la Germania, se acordó vivamente de que estaba herido con las mismas censuras, y hacia el mismo papel que habia servido de pretesto para destronar á su padre. Así que, hácia el medio de la campaña de 1121, habiéndose avisado los dos egércitos, deseando uno la paz, y temiendo el otro el éxito de la guerra, se enviaron de una parte y otra parlamentarios para tratar de convenio. El Emperador convino en remitirse á los señores, por lo cual se nombraron doce de cada parte,

(1) *Usperg. ann. 1121.*

y se convocó una asamblea general en Wirsburgo para el 30 de Setiembre al otro día de San Miguel. En ella fue determinado que pasaria á Roma Bruno, obispo de Spira, y Arnulfo, abad de Fulda, á suplicar al Papa que convocase un concilio general en que este grande negocio quedase terminado.

53. Se prepararon para este concilio los sabios, egercitando sus plumas sobre las materias obscuras y delicadas que debian tratarse en él. El cardenal Pedro de Leon entre otros consultó á Gofredo de Vandoma tambien cardenal, quien con esta ocasion compuso su tratado de las investiduras (1). En él estableció los mismos principios que Ivon de Chartres; á saber, que el orden hace al obispo, como el bautismo hace al cristiano; pero que no confiere ningun derecho, si no es precedido de una eleccion canónica. Despues sostiene, que la investidura es una heregía como la de la simonía; esto es, que es herético decir que los legos pueden dar jurisdiccion espiritual ó la investidura por medio del báculo y el anillo, que son las señales visibles del poder pastoral, y que por consiguiente pertenecen al orden: „usurpación tanto mas considerable, añade, quanto los Príncipes no se manifiestan celosos de esta prerogativa sino por el dinero ú otras ventajas temporales que sacan por su medio.” El resto del tratado, poco conforme á la exactitud de estas primeras decisiones, prueba bien cuánta necesidad tenia aun la materia de ilustracion.

(1) *Opusc. 2.*

En cuanto á los abusos de la dispensa, racionó mucho mejor. El autor, cardenal de la iglesia romana, escribiendo á otro cardenal, clama fuertemente contra aquellos que decian, que en materia de dispensa le era todo permitido al Papa. „Puesto que es sucesor de Pedro, dice, no tiene mas poder que Pedro mismo, ni ciertamente mas que Jesucristo que vino á cumplir la ley, y no á abolirla; debe pues usar del poder que le es confiado, no segun su voluntad sino segun la tradicion. Si alguno, aun de sus inferiores, le hiciese conocer los justos límites de que se ha propasado, debe recibir este aviso como Pedro recibió el de Pablo (1).” Este escritor es notable tambien por haber sido el primero que empleó la alegoría de las dos espadas, tan famosa en lo sucesivo en las largas divisiones del sacerdocio y del imperio.

El obispo de Spira y el abad de Fulda, diputados á Roma, habiendo preparado la materia y allanado las principales dificultades, se volvieron á Alemania con dos cardenales que el Papa enviaba al Emperador; y en consecuencia se tuvo una dieta imperial en Worms, donde despues de muchas conferencias se arregló por fin la paz felizmente (2). El Emperador renunció las investiduras por el báculo y el anillo, restableció la libertad de las elecciones, y dió por escrito la declaracion siguiente: „devuelvo á Dios y á los Santos Apóstoles toda investidura por el báculo y el anillo, y concedo á todas las iglesias

(1) *Opusc. 4.* (2) *Tom. 10. Concilior. pag. 339.*

de mi imperio la libertad de elegir y consagrar sus prelados. Restituyo tanto á la Iglesia como á los clérigos y á los legos los bienes que les he usurpado, y procuraré con todo mi poder la restitucion de los que les han sido invadidos por otros. Doy una paz verdadera al señor Papa Calisto, á la santa iglesia romana, y á todos los que sostienen ó han sostenido sus intereses. Socorreré fielmente á la Silla apostólica siempre que recurra á mí, y haré una exacta justicia cuando se me pase alguna queja."

Los legados del Papa por su parte firmaron un escrito en que el Gefe de la Iglesia habla así al del imperio: „consiento en que las elecciones de los obispos y de los abades del reino teutónico se hagan en vuestra presencia, pero sin restriccion de libertad y sin simonia, á fin de que si hay division, protejais el partido mas justo segun el juicio del metropolitano y de los comprovinciales. El elegido recibirá de vos por el cetro los derechos de regalía, á escepcion no obstante de lo que pertenece á la iglesia romana, y él os corresponderá con las obligaciones de derecho. Cuando me pidais socorro, os le prestaré segun las obligaciones de mi cargo: concedo una paz sólida á vos y á todos los que son y han sido de vuestro partido en el curso de la discordia á que damos fin."

Estos empeños recíprocos fueron firmados y entregados con grande aparato en una llanura de las orillas del Rhin, á causa de la multitud prodigiosa que componia la asamblea. Se rindieron vivas acciones de gracias á Dios, y despues el legado Lamberto,

cardenal y obispo de Ostia, que sucedió al Papa Calisto bajo el nombre de Honorio II, celebró la misa, en la cual dió el beso de paz y la comunión al Emperador. Los legados dieron tambien la absolucion á las tropas de Enrique y á todos los que habian tenido parte en el cisma, despues de lo cual se separaron con una entera satisfaccion de una parte y otra.

54. Para dar toda la estabilidad y autenticidad conveniente á un asunto de tanta consecuencia, se tuvo en Roma durante la cuaresma del año siguiente de 1123 un concilio reputado por el primero ecuménico de Letran, y el nono de los generales. Halláronse en él mas de trescientos obispos, cerca de seiscientos abades, y al todo cerca de mil prelados. Nada nos ha quedado de este concilio de lo respectivo á su objeto directo, que era la confirmacion de la paz entre la Iglesia y el imperio; pero se sabe con toda certidumbre por otra parte, que fue tan felizmente ratificada como habia sido concertada. Nada de este concilio se ha libertado de la desgracia de los tiempos mas que los cánones que estableció en número de veintidos, y son en gran parte repetidos de los concilios precedentes.

Pero aunque el cisma y la discordia hubiesen sido abjuradas sinceramente, la cizaña estaba demasiado arraigada para que se pudiesen estirpar tan prontamente las raices mas profundas. Despues de tan largo tiempo en que la desconfianza y la rivalidad reinaban entre las dos potestades con escándalo de todo el orbe cristiano, los principios de la sumision

debida á una y á otra, se habian debilitado en estremo. Ambas habian aprendido por una triste esperiencia lo que debian temer de sus respectivas empresas; y la primera ocasion podia hacer revivir el incendio, apenas apagado, con la contienda de las investiduras. De esta terrible leccion nos queda por lo menos la esperiencia y memoria de que cuando se trata de hacer una innovacion contra las máximas recibidas y el órden establecido, si es fácil precaver el escándalo, es casi imposible el repararle. Todavía veremos renovarse estos violentos conflictos de las dos jurisdicciones con todas sus trágicas escenas. Por fortuna la calma restablecida en el último concilio romano, fue de bastante duracion para ahogar en este intervalo los nuevos mónstruos, que vomitaron poco despues las puertas infernales.

## RESUMEN

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

#### EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-SESTO.

N.º 1. *Secta de Tanquelino.* 2. *Escritos de Guiberto, abad de Nogent.* 3. *Muerte y grandes obras de Calisto II.* 4. *Muerte del Emperador Enrique V.* 5. *Mision de San Oton de Bamberg á Pomerania.* 6. *Hildeberto de Mans.* 7. *Confirmacion del instituto de los premostratenses.* 8. *San Norberto elegido arzobispo de Magdeburgo.* 9. *Escesos del abul Ponce en Cluny.* 10. *Cisma de Monte-Casino.* 11. *Contiendas entre San Bernardo y Pedro el Venerable.* 12. *San Bernardo llamado al concilio de Troyes.* 13. *Estiende la regla de los templarios.* 14. *Orden de los hospitalarios de San Juan de Jerusalem.* 15. *Principio de los caballeros teutónicos.* 16. *Asuntos del reino de Jerusalem.* 17. *Cisma de Anacleto.* 18. *San Hugo de Grenoble se declara por Inocencio II.* 19. *San Bernardo elegido por árbitro entre los dos Papas.* 20. *Santa Genoveva de los Ardenes.* 21. *Concilio de Rems para la confirmacion del Papa Inocencio.* 22. *Pares de Francia.* 23. *Trabajos de San Norberto.* 24. *El Papa visita á Claraval.* 25. *San Norberto y San Bernardo en Italia.* 26. *Muerte de San Norberto.* 27. *Negociaciones de San Bernardo.* 28. *Saca del cisma al duque de Aquitania.* 29. *Ramiro, sacerdote y Rey de Aragon.* 30. *Conversion de Ponce de Lavaza.* 31. *Obstinacion de Gerardo de Angulema en el cisma.* 32. *Escritos de San Bernardo.* 33. *Conferencia de Salerno.* 34. *Embajada de Anselmo de Havelberg á Constantinopla.* 35. *El abad Ruperto.* 36. *Muerte del Emperador Lotario.* 37. *Su piedad.* 38. *Ultimos egemplos de virtud de Luis el Gordo.* 39. *Fin*

debida á una y á otra, se habian debilitado en estremo. Ambas habian aprendido por una triste esperiencia lo que debian temer de sus respectivas empresas; y la primera ocasion podia hacer revivir el incendio, apenas apagado, con la contienda de las investiduras. De esta terrible leccion nos queda por lo menos la esperiencia y memoria de que cuando se trata de hacer una innovacion contra las máximas recibidas y el órden establecido, si es fácil precaver el escándalo, es casi imposible el repararle. Todavía veremos renovarse estos violentos conflictos de las dos jurisdicciones con todas sus trágicas escenas. Por fortuna la calma restablecida en el último concilio romano, fue de bastante duracion para ahogar en este intervalo los nuevos mónstruos, que vomitaron poco despues las puertas infernales.

## RESUMEN

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

#### EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-SESTO.

N.º 1. *Secta de Tanquelino.* 2. *Escritos de Guiberto, abad de Nogent.* 3. *Muerte y grandes obras de Calisto II.* 4. *Muerte del Emperador Enrique V.* 5. *Mision de San Oton de Bamberg á Pomerania.* 6. *Hildeberto de Mans.* 7. *Confirmacion del instituto de los premostratenses.* 8. *San Norberto elegido arzobispo de Magdeburgo.* 9. *Escesos del abul Ponce en Cluny.* 10. *Cisma de Monte-Casino.* 11. *Contiendas entre San Bernardo y Pedro el Venerable.* 12. *San Bernardo llamado al concilio de Troyes.* 13. *Estiende la regla de los templarios.* 14. *Orden de los hospitalarios de San Juan de Jerusalem.* 15. *Principio de los caballeros teutónicos.* 16. *Asuntos del reino de Jerusalem.* 17. *Cisma de Anacleto.* 18. *San Hugo de Grenoble se declara por Inocencio II.* 19. *San Bernardo elegido por árbitro entre los dos Papas.* 20. *Santa Genoveva de los Ardenes.* 21. *Concilio de Rems para la confirmacion del Papa Inocencio.* 22. *Pares de Francia.* 23. *Trabajos de San Norberto.* 24. *El Papa visita á Claraval.* 25. *San Norberto y San Bernardo en Italia.* 26. *Muerte de San Norberto.* 27. *Negociaciones de San Bernardo.* 28. *Saca del cisma al duque de Aquitania.* 29. *Ramiro, sacerdote y Rey de Aragon.* 30. *Conversion de Ponce de Lavaza.* 31. *Obstinacion de Gerardo de Angulema en el cisma.* 32. *Escritos de San Bernardo.* 33. *Conferencia de Salerno.* 34. *Embajada de Anselmo de Havelberg á Constantinopla.* 35. *El abad Ruperto.* 36. *Muerte del Emperador Lotario.* 37. *Su piedad.* 38. *Ultimos egemplos de virtud de Luis el Gordo.* 39. *Fin*

del cisma de Anacleto. 40. Segundo concilio general de Letran. 41. Arnaldo de Brescia. 42. El Papa prisionero del Rey de Sicilia. 43. San Malaquias de Irlanda. 44. Pedro Abelardo. 45. Heloisa religiosa. 46. Carta de San Bernardo á los canónigos de Leon. 47. Otros escritos de este padre. 48. Frialdad de Inocencio II con San Bernardo. 49. Sucesion de los Papas. 50. Cartas de San Bernardo sobre la eleccion de Eugenio III. 51. Sumision de los armenios á la santa Silla. 52. El Preste Juan. 53. Toma de Ede-sa por los turcos. 54. Segunda cruzada. 55. El Pa-pa Eugenio somete á Roma. 56. Publicacion de la cruzada. 57. Predicaciones de San Bernardo en Ale-mania y sus milagros. 58. Expediciones de los cru-zados en España y en el norte. 59. Sugerio regente de Francia. 60. Desgracias de los Reyes Conrado y Luis el jóven en oriente. 61. El Papa Eugenio en Francia. 62. Errores de Gilberto de la Poiré. 63. Pedro de Bruis y otros sectarios. 64. Milagros de San Bernardo. 65. Santa Hildegarda. 66. Concilio cele-brado en Rems por el Papa Eugenio. 67. Eon de la Estrella. 68. El Papa en Claraval, y despues en el capitulo del Cistér. 69. Patente de caridad. 70. San Estévan de Obasina. 71. San Gilberto de Sem-prignan. 72. El Príncipe Enrique se hace monge en Claraval. 73. Es elevado al episcopado. 74. Divor-cio de Luis el jóven y de Leonor. 75. Eleccion de Federico Barbaroja para el imperio. 76. Iglesias del norte. 77. Conversion de la Finlandia. 78. Martirio del obispo Enrique y del Rey Erico. 79. Tratado de la consideracion por San Bernardo. 80. Apologia de la segunda cruzada. 81. Muerte de Eugenio. 82. Muerte de San Bernardo.

---

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

---

### LIBRO TRIGÉSIMO-SESTO.

*Desde el primer concilio general de Letran en el año  
1123, hasta la muerte de San Bernardo en el  
de 1153.*

1. **D**ebe servir de confusion grande al espíritu humano, el que las sectas mas insensatas y mas corrompidas hayan sin embargo disfrutado mas larga duracion. Los gnósticos y los maniqueos habian horrorizado hasta á los mismos paganos desde los primeros siglos de la Iglesia; pues los reputaron dignos de los últimos suplicios. Perseguidos con la misma severidad por los Príncipes cristianos, trocaron el nombre, el método y el language; pero conservaron las mismas extravagancias que resucitaron bajo mil formas distintas desde el oriente hasta las estremidades del occidente. Viéronse los paulicianos en Asia, los priscilianistas en España y otros muchos corruptores perversos, aunque menos famosos, infestar hasta el corazon de las Galias y la capital del

mundo cristiano, siendo unos monstruos mas propios para inspirar la execracion que para inducir á la seduccion: monstruos que sin duda la Providencia toleró con este objeto, y fueron una reproduccion sin egeemplo en las otras sectas. Veremos bien pronto á los discípulos de Pedro de Bruis, los enricianos ó enriqueños, los waldenses y los albigenses, sucederse sin intervalo y estenderse con rapidéz por las mas hermosas provincias de la Francia, de suerte que para preservar el cuerpo de la nacion, fue necesario cortar sin piedad los miembros gangrenados, y para purificar su sangre fue preciso casi agotarla.

En la época á que hemos llegado, aparecieron estos monstruosos errores con una audacia admirable en la Bélgica. En la ciudad de Amberes, entonces ya muy considerable y poblada, pero que sin embargo no tenia para su gobierno espiritual mas que un solo sacerdote que vivia amancebado con una sobrina suya, un dogmatizante llamado Tanchelmo ó Tanquelino, se aprovechó del descrédito de pastor tan despreciable para hacer grandes estragos en aquel rebaño abandonado. Era Tanquelino un simple lego, de costumbres disolutas, pero hábil en disfrazarse, fecundo en intrigas, sutil en las disputas y naturalmente elocuente. Insinuó por el pronto sus errores por medio de las mugeres á quienes habia corrompido, y á quienes ensayaba bastante en artificios para engañar hasta á sus propios maridos. Luego que tuvo ya formado un partido temible aun al poder público, se presentó con insolencia escoltado

de tres mil hombres que le seguian á todas partes, y tenian la espada levantada en tanto que él predicaba: estaba magníficamente vestido, hacia llevar delante de sí un estandarte, y en todo obraba como un Soberano.

Decia que la Iglesia estaba encerrada en su persona y en sus discípulos; que el sacerdocio, el episcopado y el Pontificado Supremo no eran mas que una quimera: que todos los sacramentos de los católicos eran otras tantas abominaciones; que si Jesucristo merecia adoracion por haber recibido el Espíritu Santo, mas digno era él de este culto supremo por estar lleno del mismo Espíritu Santo (1). Algunos le adoraron en efecto, y los enfermos se apresuraban á beber el agua en que se habia bañado como un remedio saludable al alma y al cuerpo. Correspondiendo la corrupcion de sus costumbres á la de su doctrina, las mugeres se ingeniaban por conseguir los vergonzosos favores de aquel infame profeta: las madres aplaudian el deshonor de sus hijas, y los maridos el de sus mugeres: ni los unos ni los otros se daban por ofendidos sino cuando escogia fuera de sus familias cómplices de su incontinencia.

La liberalidad en favor de los intereses de la secta igualmente que la complacencia de sus devotas, era la primera virtud que tenia cuidado de inspirar, y se picaban de emulacion entre los dos sexos sobre quien habia de regalar mas. No correspondiendo sin embargo las larguezas á la codicia del sectario, ase-

(1) *Epist. Traject. ad Freder. colon.*

gurado del absoluto y necio abandono de sus prosélitos, y de que las maniobras mas claramente infernales no impedirian que se le escuchase como un ángel de luz, usó del stratagema siguiente. En un concurso de pueblo de los mas numerosos que habia juntado hasta entonces, hizo que le trajesen un cuadro de la Madre de Dios, y tocándola la mano la dijo: Virgen María, hoy es tomo por esposa. Después volviéndose hácia la multitud: ved, dijo, que me he casado con la Reina del cielo; á vosotros os toca hacer los regalos de boda. Inmediatamente hizo poner dos cepos ó arcas, uno á la derecha y otro á la izquierda del cuadro, y mandó que los hombres pusiesen sus regalos en uno y las mugeres en otro, á fin de conocer cual de los dos sexos le tenia mas afecto, como tambien á su esposa. Las mugeres, mas celosas siempre de su predileccion, superaron tambien en este caso ofreciendo hasta sus collares, sus pendientes y sus mas estimadas joyas sin escepcion ni reserva.

Este fanático hizo grandes progresos en la Zelania, en la ciudad y pais de Utrecht, y en otras muchas ciudades de los Países Bajos, y llegó hasta Roma disfrazado de monge. A su vuelta fue arrestado por el arzobispo de Colonia, y cerrado con algunos de sus discípulos en una estrecha prision. Encontró sin embargo medio de escaparse; pero fue muerto estando en una barca pronta á huir. Sus errores no murieron con él, antes por el contrario hubo otros muchos gefes de secta que infestaron á

un mismo tiempo diferentes provincias de las Galias, desde la Bélgica hasta el Narbonés, y cuyas imposturas y observancias vergonzosas es inútil describir. Lo que hemos dicho de Tanquelino, es bastante para conocer lo que puede contra las costumbres la reputacion de santidad adquirida por la hipocresía y el fanatismo.

El obispo de Cambray, que estendia entonces su jurisdiccion hasta Amberes, puso en esta ciudad, la mas infestada de todas, doce eclesiásticos para ayudar al pastor ordinario á desengañar los numerosos discípulos que Tanquelino tenia en ella. Pero siendo la comision superior á sus fuerzas, llamaron á San Norberto con los mas hábiles de sus religiosos, quienes se aplicaron á instruir á aquel pueblo engañado. El santo en especial trataba con dulzura estremada á aquellas gentes que no mantenian el error, sino porque se las habia dado por verdad, y que segun sus espresiones habrian tomado con el mismo fervor el buen camino si se las hubiese manifestado el primero. Sus tiernas exhortaciones y las obras maravillosas con que las sostenia, ganaron los corazones, y quitaron prontamente la venda que les ocultaba la luz.

2. No quiere decir esto que la Iglesia careciese por otra parte de doctores y predicadores ilustrados; pues Guiberto entre otros muchos desde su abadía de Nogent, en la que habia sucedido á San Gofredo de Amiens, no dejaba de hacer escursiones apostólicas, y de instruir á los pueblos con toda la ventaja de



un maestro del arte que ha dado reglas en él, dignas de los tiempos mas cultivados. En su tratado sobre las reliquias de los santos, se encuentra el mismo gusto y el mismo juicio con mucha erudicion y crítica; cuya obra la compuso con ocasion de un diente de Nuestro Señor, que el abad de San Medardo de Soissons suponía conservar en su tesoro. Guiberto declara desde luego, que debemos venerar las reliquias; pero sostiene que se necesitan pruebas ciertas de su autenticidad, y de la santidad de aquellos á quienes se atribuyen: añade, que los milagros solos no prueban siempre la santidad, sobre lo cual alega la tradicion ya recibida de que los Reyes de Francia, sin ser todos santos, tenían el don de curar los lamparones (1). „Se deberia, continua, castigar severamente á los inventores de milagros falsos, porque atribuyendo á Dios lo que no ha hecho, le hacen cómplice en cuanto pueden de sus imposturas.“ Sobre este punto refiere muchos ejemplos de leyendas apócrifas y de reliquias falsas; y para manifestar la reserva de la Iglesia en esta materia, dice que no se atrevió á determinar la fiesta de la Asuncion de la Santísima Virgen, habiendo las mas fuertes razones para creer este misterio, y por mucho tiempo solo permitió que los fieles le creyesen piadosamente (\*).

Volviendo en seguida al objeto de su disertacion,

(1) *Lib. 1. de pign. cap. 1.*

(\*) En la iglesia griega en el siglo VII ya San Juan Damasceno predicó de la Asuncion de la Virgen.

á saber, el diente de Jesucristo que pasaba por un diente de leche, dice, que se debe juzgar de él lo mismo que del santo ombligo y otras reliquias semejantes, que diferentes iglesias se gloriaban de poseer, cuya autenticidad niega como contraria á la fe de la resurreccion, en la que el Salvador volvió á tomar su cuerpo entero: además de que no es verosímil que la Santa Virgen haya conservado semejantes cosas, y menos su leche que se enseñaba en Laon. Estas reflexiones sensatas de Guiberto hacen tanto mas honor á su siglo, quanto él no era ni con mucho el doctor menos susceptible de credulidad, como se vé en algunas otras obras suyas llenas de historias milagrosas desaprobadas, ó por lo menos desatendidas por la tradicion comun. Así en todos los tiempos la enseñanza general tiene el sello de la divina sabiduría, que no dejará jamás de dirigirla.

El abad Guiberto infiere también del Sacramento adorable de nuestros altares, la falsedad, y aun la inutilidad de toda otra reliquia tenida por reliquia de Jesucristo, el cual no nos ha dado su cuerpo bajo especies estrañas, sino porque no juzgó conveniente dejárnosle en todo ni en parte bajo su forma natural. „Y sobre todo, continúa, ¿qué necesidad teníamos de que nos dejase algunos restos mutilados de aquel cuerpo adorable, cuando le tenemos entero en la Eucaristía?“ Aquí el autor combate á todos los enemigos de la presencia real, y especialmente á los partidarios artificiosos del sentido figurado. Ya lo habia hecho antes con buen éxito en su preciosa

carta al abad Sigefredo, en que se lee este pasage (1): „si la Eucaristía no es mas que una sombra y una figura, hemos venido á caer de las sombras de la antigua ley en otras todavía mas vacías.” Además de las obras teológicas de Guiberto, tenemos de él una historia de las primeras espediciones de las cruzadas con este título enfático: *Obras de Dios ejecutadas por los francos*. Este sabio y virtuoso abad, despues de haber gobernado veinte años el monasterio de Nogent del Cucu, murió en él el año 1124.

3. Hacia el fin del mismo año el Papa Calisto II fue acometido de una enfermedad violenta que le arrebató en 12 ó 13 de Diciembre con gran sentimiento de todo el mundo cristiano. En menos de seis años de pontificado habia pacificado la Iglesia y el imperio, reparado las culpas ó debilidades de sus predecesores, restablecido la autoridad de la santa Silla y todo el lustre del orden gerárquico. Habia tambien encontrado medio de reunir la abundancia y el esplendor en Roma, en que no solo repuso en honor de ella los monumentos antiguos, sino que añadió muchos acueductos para la comodidad de los diferentes cuarteles de la ciudad; reedificó la iglesia de San Pedro, la dió ornamentos magníficos, y no celebró jamás en ella el santo sacrificio sin hacerla algun regalo considerable. Como tenia una devoción particular á Santiago, hizo á Compostela arzobispado. Por desgracia dió la púrpura romana, y concilió un gran crédito á Pedro de Leon; pero este

(1) Pag. 38.

cardenal jóven, entonces muy celoso contra los cismáticos, no daba motivo para sospechar que pudiese él mismo en ningun tiempo ser fautor de un nuevo cisma. Tres dias despues de la muerte de Calisto los cardenales y los obispos se juntaron en San Juan de Letran, y eligieron Papa á Tibaldo, cardenal presbítero de Santa Anastasia, á quien llamaron Celestino. Pero apenas se le revistió con la capa encarnada, cantando el *Te Deum*, cuando Roberto Frangipani, y algunos otros revoltosos entraron gritando: *Lamberto, obispo de Ostia, Papa; Lamberto Papa de los romanos*. El terror se esparció por toda la asamblea, y se veían de cerca los peligros de la division: por otra parte Lamberto de Ostia era persona muy apreciable: Celestino cedió de buena voluntad, y en el dia mismo de la primera eleccion todos se reunieron en favor de Lamberto, que fue proclamado con el nombre de Honorio II. Sin embargo, como este paso no era muy canónico, algunos dias despues dejó la capa y la tiara en presencia de los cardenales, quienes en atencion á esta humildad y por la tranquilidad de la Iglesia rectificaron lo que habia habido de defectuoso, le reconocieron de nuevo por Sumo Pontífice, y le pusieron en el trono en 21 de Diciembre.

4. El dia 23 de Mayo del año siguiente, el Emperador Enrique murió en Utrecht á los cuarenta y cuatro de su edad, diez y nueve de su reinado despues de la muerte de su padre, y á los quince de su imperio. Como no dejaba hijos, acabó en él la rama

de los Emperadores de la casa de Franconia que habia ocupado el trono ciento y un años. En la dieta de Maguncia compuesta de sesenta mil personas, entre las cuales se hallaron legados del Papa, se eligió en 30 de Agosto siguiente á Letario II, hijo del conde de Supplimburgo, que habia tomado el titulo de duque de Sajonia á causa de su muger descendiente de un tio del Emperador San Enrique.

5. Al empezar el pontificado de Honorio, San Oton de Bamberg fue á trabajar en la conversion de los pueblos de la Pomerania. Hacia ya veinte años que desempeñaba todas las obligaciones de un excelente obispo, cuando Boleslao, despues de haber agregado esta grande provincia á la Polonia, donde Oton era conocido por la mansion que habia hecho en ella en su juventud, le escribió en estos términos (1): „vos sabeis sin duda que los bárbaros de Pomerania de los que el cielo me ha hecho vencedor han pedido entrar en la Iglesia: pero despues de tres años que me ocupo en esta grande obra, no puedo encontrar cerca de mí obispo ni sacerdote que sea capaz de ponerla en egecucion, ni aun que quiera emprenderla. Como vos estais siempre pronto á hacer lo que es de la gloria de Dios, os ofrezco esta ocasion oportuna para ello, y os convido á partir sin dilacion. Os daré al efecto la escolta necesaria, intérpretes y sacerdotes que os ayuden, y proveeré de mi tesoro á los gastos del viage y á quanto sea necesario.”

(1) *Vit. S. Othon. lib. 2.*

Oton recibió esta carta como venida del cielo, y dió gracias á Dios porque tenia á bien servirse de él para esta santa empresa: envió á pedir su bendicion y licencia al Papa, y despues se preparó para el viage sin dejarse vencer de los gemidos de su pueblo, como si estuviese ya muerto. Entretanto hizo prudentes informaciones sobre los usos y costumbres de la Pomerania, y supo que el pueblo hacia tanto desprecio de la pobreza, que algunos obreros evangélicos que se habian presentado bajo un exterior que no indicaba mas que la modestia, solo habian sido reputados por miserables y sin otro empeño que el de buscar algun alivio á su indigencia. Para hacer ver por el contrario que él no queria ganar mas que las almas, quiso presentarse en el pais no ya al abrigo de la miseria, sino en un estado de opulencia capaz de socorrer las necesidades ajenas. Además de los vasos sagrados, los ornamentos y todo lo conveniente á la magestad del culto, llevó víveres en abundancia, gran número de telas preciosas y otros muchos regalos para los principales de la nacion.

Atravesó la Bohemia y la Polonia, donde en todas partes le recibieron como á un apóstol los nobles y el pueblo ordenados en procesion. En Gnesne, entonces capital del pais, salieron tambien á su encuentro el duque y todos los grandes con los pies descalzos doscientos pasos de la ciudad: celebraron fiestas en su honor durante una semana, y despues le dieron intérpretes y todos los demás auxilios que se le habian ofrecido. Estando tan bien provista la tropa

de los misioneros, se despidieron del Príncipe, y adelantándose hácia las fronteras hallaron una selva inmensa que apenas pudieron atravesar en seis dias, y al fin de ella un rio que servía de límites á la Polonia. Wratislao, duque de Pomerania, cristiano ya aunque secretamente, habia llegado hasta aquel sitio á encontrar á los predicadores del Evangelio con aquellos vasallos suyos que reconocia mas afectos al cristianismo. Al punto que los vió, pasó el rio con una parte de su comitiva, saludó al santo obispo, á quien tuvo largo tiempo abrazado, y le declaró los sentimientos de su alma con gestiones tan elocuentes, que dieron á conocer sin trabajo lo que él no podia explicar en su idioma bárbaro. Le presentó sus regalos el obispo, despues de lo que él y su comitiva entraron con confianza en Pomerania.

Dirigiéronse por el pronto á Pirits, encontrando en el camino algunas aldeas arruinadas por la guerra, donde bautizaron treinta personas que fueron las felices primicias de esta cosecha apostólica. Advirtieron en las cercanías de la ciudad un tropel de cerca de cuatro mil hombres que se habian renido de toda la provincia, y celebraban una fiesta idolátrica con regocijos tumultuosos: temieron esponerse durante la noche que estaba próxima á una multitud exaltada por la licencia, el entusiasmo y la supersticion. Mas al dia siguiente diputaron personas á los principales de la ciudad para anunciarles la llegada del obispo, á quien los duques de Polonia y de Pomerania les mandaban escuchar con respeto, diciendo que aquel

era un hombre de gran distincion, de riquezas considerables en su tierra, y que lejos de exigirles nada venia á colmarlos de bienes. Recordábales tanto los horrores de la guerra apenas concluida, como las promesas que habian hecho para obtener la paz, añadiéndoles que temiesen provocar de nuevo las venganzas del Supremo Autor de la naturaleza: que todo el mundo era cristiano, y que ellos no podian resistir solos á todas las naciones.

Los principales de los paganos, despues de algunos artificios empleados sin fruto para ganar tiempo, contestaron que reconocian el ningun poder de sus dioses, y resolvian no resistir mas al Dios Supremo que rompía todas sus medidas. Al punto comunicaron su resolucion al pueblo que permanecia aun reunido, y todos á una voz clamaron que desde luego llegase el obispo para poderle ver y oír antes de separarse. Llegó Oton con toda su comitiva, y acampó en una gran plaza á la entrada de la ciudad. Corrian los bárbaros en tropel, y abalanzados por todas partes hácia aquellos extraordinarios huéspedes, tenian fija sin cesar la vista en ellos, observando con una estremada curiosidad sus menores acciones.

Presentóse el obispo revestido con sus hábitos pontificales en un lugar elevado, y por medio de un intérprete les habló así. „Benditos seais de Dios Todopoderoso, en honor del cual nos recibís: os manifestais no menos movidos que convencidos de la causa que nos ha hecho venir desde tan lejos: solo vuestra

salud y vuestra felicidad eterna es lo que pretendemos: si, sereis felices para siempre si quereis adorar y servir á vuestro Criador con la fidelidad que merece." Levantóse, oido esto, una voz general de aplauso y de sumision. Empleó Oton siete dias en instruirlos cuidadosamente con sus sacerdotes y clérigos, y les hizo ayunar otros tres dias; despues les administró el bautismo con una decencia y circunspeccion que los autores del tiempo juzgaron que debian transmitirnosla como un monumento respetable del pudor de aquellas naciones septentrionales.

La gentilica supersticion habia introducido no obstante entre ellos como entre los antiguos paganos, la pluralidad de mugeres, y el uso desnaturalizado de ahogar sus hijas en la cuna cuando creían que era demasiado el número que tenían de ellas. Así en las tres semanas que Oton y sus discípulos permanecieron entre aquellos neófitos, les inspiraron horror á tales prácticas contrarias á la naturaleza; esplicáronles la doctrina de los siete sacramentos; les recomendaron oír misa con frecuencia, y comulgar tres ó cuatro veces al año por lo menos. Prohibiéronles tambien comer sangre y animales sofocados. A falta de iglesia que no se habia podido construir en tan poco tiempo, se les dejó una capilla con un altar consagrado, un sacerdote, un cáliz, los libros y otros muebles necesarios; lo que sostuvo la piedad de aquellos nuevos fieles, aumentando el horror á sus antiguas supersticiones. Pidióles Oton al dejarlos algunos de sus hijos para hacerles estudiar, con el fin de que

tuviesen, como las demás naciones, sacerdotes y clérigos de su lengua.

Pasó de Pirits á Camin, donde halló á la duquesa de Pomerania, cristiana ya en el corazon, que le recibió con mucho júbilo. Permaneció aquí seis semanas, bautizando tanta gente, que tenia el alba humedecida de sudor no obstante de ayudarle en este egercicio sus sacerdotes. Vino tambien á esta ciudad el duque Wratislao, y renunció en público las mugeres que tenía hasta el número de veinticuatro sin contar con la duquesa su esposa; y el egercicio del Soberano contribuyó prodigiosamente á desacreditar la poligamia en la nacion.

No progresó tan rápidamente el Evangelio en Völlin, ciudad numerosa y de mucho comercio, situada en una isla á la embocadura del Oder. Los habitantes, naturalmente altaneros y feroces, acometieron furiosos al obispo y á su comitiva, sin respetar al duque que los habia alojado en su palacio. Fue allí general la consternacion entre los cristianos, y solo el santo pastor se regocijaba con la esperanza del martirio: libertóse sin embargo despues de haber caido en el lodo y recibido alguna ligera herida. Apaciguados por fin los ánimos, principiaron las conferencias, y los idólatras prometieron seguir el partido que tomase la ciudad de Stetin, capital entonces de toda la Pomerania.

Apresuróse el obispo á pasar á ella, y apersonarse con los principales ciudadanos. Respondieron aquellos bárbaros para quienes el latrocinio era descono-

cido: „entre los cristianos hay ladrones á quienes se corta los pies y se arranca los ojos: allí se ven toda clase de crímenes y de suplicios, y el cristiano detesta al cristiano. No queremos nosotros tal religion, y estamos contentos con la nuestra.” Dos meses persistieron en esta obstinacion, durante los cuales el celoso pastor utilizaba todos los medios mas á propósito para vencerla. Dieron por último esperanzas de que abrazarian el cristianismo siempre que el duque de Polonia les concediese una paz estable con disminucion de tributo. Entretanto el obispo y los sacerdotes tuvieron la libertad de anunciar el Evangelio, lo que hicieron dos veces señaladas en la semana, éstos es, los dias de mercado en la plaza pública. Como predicaban revestidos con los ornamentos sacerdotales y la cruz en la mano, la novedad del espectáculo atrajo mucha gente en especial del campo. Ganó luego San Oton dos jóvenes de una de las principales familias de la ciudad: ellos convencieron á sus padres y demás parientes, y despues un gran número de estraños cuyas preocupaciones desvanecieron con la pintura de la vida prodigiosa del santo á quien observaban tan de cerca y con tanto cuidado. „Él emplea el dinero, decian, en dar libertad á los cautivos, abraza con ternura á los que están en prisiones, los alimenta como á sus hijos, los viste y les da con que volver al seno de sus parientes. Juzgariamosle un Dios si no protestase que no es mas que el siervo de Dios Todopoderoso que le envia para hacernos del todo felices.”

Hallábase en tan venturoso estado la predicacion del Evangelio, cuando regresaron los diputados de Polonia. Habia el duque concedido generosamente cuanto se le pedia. Los ciudadanos por deliberacion pública determinaron abrazar la Religion cristiana, despues de la lectura de sus cartas. Hizoles consentir el obispo tambien en la destruccion de sus ídolos; pero como un terror pánico les impedia derribarlos por sus propias manos, corrió él propio seguido de sus sacerdotes, quienes principiaron á egecutarlo en su presencia. Cuando el pueblo vió que no les acontecia ningun daño, no le quedó mas que el desprecio hácia aquellas divinidades que no podian defenderse; y este desprecio se estendió por todos con tanto ardor, que arruinaron hasta el último asilo de la supersticion. Contenia el templo principal de los ídolos grandes riquezas que ofrecieron al obispo y á sus sacerdotes; pero él dijo: „no quiera Dios que nosotros nos enriquezcamos con vuestros bienes! Tenemos bastantes en nuestras tierras, y así conservad todo eso para vuestro uso.” Recibió solo la cabeza de un ídolo que envió al Papa como un trofeo de la victoria ganada al infierno. Juzgó despues de tan felices sucesos deber permanecer aun tres meses en Stetin para instruir á aquellos nuevos fieles, y consolidar fuertemente aquella naciente iglesia.

Habian enviado entretanto los habitantes de Vollin en secreto emisarios que observasen lo que pasaba en una ciudad que habian elegido por modelo, y se cercioraron que no habia miras de interés ni impostura

alguna en la conducta de aquellos extranjeros: que su doctrina era igualmente irreprensible, y que habia sido recibida con unánime consentimiento en Stetin. Sabido esto, desearon en Vollin el regreso de Oton como de un bienhechor generoso, á quien luego que estuvo allí todo el mundo se apresuraba á hacer olvidar las ingratitudes con que habian pagado las primeras pruebas de su benevolencia. Apenas bastaron dos meses de un escetivo trabajo para bautizar á todos los que se presentaban. Como Vollin estaba en el centro de la provincia, los duques de Polonia y de Pomerania eligieron aquella ciudad para establecer en ella la silla episcopal. Los pueblos hicieron todos sus esfuerzos para que se quedase allí Oton, prometiéndole una docilidad perfecta en caminar bajo su conducta por los caminos de la salud; causa muy capaz de hacer sensacion en el pecho de un Santo, y que le hizo consentir efectivamente en dejar el esplendor y todas las ventajas de su primera silla. Mas su clero, atacándole por el punto de la sensibilidad y de la virtud, cambió su resolucion. Regresando, pues, á su iglesia por la Polonia despues de haber anunciado las verdades del Evangelio en Colberg, Belgart y en otras muchas ciudades paganas, el duque Boleslao nombró, siguiendo sus consejos, para obispo de Pomerania á Alberto, uno de los tres capellanes que habia enviado á la mision de aquella provincia. En menos de un año produjo San Oton todos estos frutos de salud, y se halló por la Pascua en Bamberg como habia prometido á su salida.

Emprendió cuatro años despues segundo viage á Pomerania, pero por diferente via (1). Quiso al paso sembrar las semillas del Evangelio por el pais de los lutecianos que ocupaban una parte de Meklemburgo y de Brandeburgo; y cuando habia ya convertido á muchos, y aun demolido algunos templos de ídolos y consagrado iglesias, supo que Stetin habia reincidido y vuelto á sacrificar á los ídolos, y tomó al punto la resolucion de ir allá; mas los eclesiásticos de su comitiva, menos alentados que él, emplearon todos sus esfuerzos en hacerle cambiar de resolucion. Cansado de oir tales reconvenciones y mucho mas de los disfraces de su debilidad, „observo bien, les dijo, que hemos venido á buscar los placeres no la cruz. ¡Que no pueda yo conducirlos conmigo al martirio! No pretendo sin embargo coartar á ninguno, mas si os negais á interesaros en mi corona, no probeis por lo menos á usurparla; dejadme la libertad que yo os concedo.” Habiendo pronunciado estas pocas palabras, se encerró solo rogando que no le interrumpiesen hasta la noche: dijo despues á uno de sus fámulos que asegurase todas las puertas y que no las abriese á ninguno sin orden suya. Púsose entonces los vestidos de viage, colocó sus ornamentos, su cáliz y demás utensilios del altar en un saco que cargó sobre sus espaldas, y solo, aprovechándose de las tinieblas, emprendió el camino de Stetin y caminó con alegría lo restante de la noche. Levantándose sus clérigos á maitines y buscándole por largo tiempo in-

(1) *Ibid. lib. 3.*

útilmente, se llenaron de una cruel zozobra; partieron al punto unos á pie otros á caballo, dilatáronse á lo lejos por el campo, y le hallaron por último al vislumbrar el día cuando iba á darse á la vela en un barco. Precipitáronse del caballo al verle, arrojáronse á sus pies bañándolos con sus lágrimas: él llorando también se postró á sus plantas rogándoles que no le estorbasen seguir su resolución y que regresasen al sitio de donde habían salido; pero ellos le contestaron que nunca le dejarían, y que irían en seguimiento suyo por el universo entero, bien fuese á vivir, bien fuese á morir.

En efecto, todos juntos se fueron á Stetin, y se alojaron en una iglesia que estaba á la entrada de la ciudad. Los ciudadanos estaban divididos entre sí; pues unos habían conservado la fe, y otros en mucho mayor número habían vuelto al paganismo. La mayor parte de estos pareció inquieta y muy aturrida con la llegada del santo obispo; pero los sacrificadores de los ídolos transportados de furor, cercaron la iglesia con tropel de gente armada, gritando como rabiosos que era necesario echarla á bajo, y pasar á cuchillo á cuantos estaban dentro. El Santo que deseaba con ardor el martirio, se revistió con sus hábitos pontificales, y tomando en lugar de armas la cruz y las reliquias, se puso á cantar salmos con sus capellanes. Los bárbaros al ver esto quedaron desarmados, y no pudieron dejar de admirar aquellos hombres extraordinarios que en el artículo de su muerte no se defendían sino con cánticos y ben-

diciones: los mas discretos de ellos llamando á parte á sus sacerdotes, les hicieron presente que el modo mejor de defender su religion era el de la razon y no el de la fuerza, con lo que el motin calmó insensiblemente, y la gente se separó.

Llegado el domingo, el santo obispo, despues de haber celebrado el santo sacrificio, salió revestido todavía con los sagrados ornamentos yendo la cruz delante de él; y llegando á la plaza pública subió á una tribuna desde donde se acostumbraba á arengar al pueblo. Así que empezó á hablar; y á dar pruebas la mayor parte de la gente de que le escuchaba con gusto, un sacrificador atravesó por todo el concurso, y con voces desentonadas llenó al predicador de injurias, y animó al pueblo á sacrificar aquel enemigo de sus dioses. Todos tenían dardos en la mano, y muchos se pusieron en acción de lanzarlos; pero se quedaron inmóviles, sin poder ni usar de sus armas, ni bajar sus manos, ni aun moverse del lugar en que estaban. Este fue un triunfo muy agradable para los fieles, y de él tomó el Santo ocasión para exaltar el poder infinito de Dios. Los discretos y los ancianos de la ciudad se juntaron inmediatamente en el lugar del consejo, en donde permanecieron hasta media noche, y resolvieron por fin estirpar enteramente la idolatría, y consagrarse para siempre á la Religion cristiana. Desde el día siguiente, el obispo reconcilió á los apóstatas con la imposición de las manos, bautizó á las personas que no lo estaban todavía, y confirmó su fe con muchos milagros. En



poco tiempo aquella iglesia de la capital se halló en estado de servir de modelo á toda la provincia, la cual hizo empeño de conformarse con ella. San Oton, despues de haber dado la última mano á esta conquista apostólica, vivió todavía seis ó siete años en su iglesia de Bamberg, donde no dejó de presentar en sus obras la fe viva, el celo laborioso, la caridad, el espíritu de abnegacion y todas las virtudes de un apóstol.

6. Otras muchas iglesias tenían tambien á su frente prelados de una eminente virtud. En el año de 1125 fue transferido el bienaventurado Hildeberto del obispado de Mans á la silla metropolitana de Tours, como á un campo mas apto para desplegar toda la estension de su mérito y talentos; pero él no aceptó este mayor honor sino con extrema repugnancia, aunque en Mans tuvo que sufrir toda clase de contradicciones por la rivalidad de los Príncipes que se disputaban aquella ciudad (1). Vivió en Tours como en su primera silla, ocupado sin interrupcion en reformar y santificar su clero, instruir á su pueblo, socorrer á los indigentes, reparar y adornar las iglesias. Continuamente hacia una vida austera, ayunaba frecuentemente, hacia servir su mesa con una simplicidad egemplar, llevaba puesto el cilicio, dormia en el suelo, y pasaba la mayor parte de la noche en la meditacion de los libros santos y en la oracion. Tavo además gran cuidado de celebrar sinodos y visitar su provincia.

(1) *Vit. in gest. episc. canom.*

Conón, conde de Bretaña, le convidó á pasar á sus estados á reformar algunos abusos; y con este motivo se tuvo en Nantes un concilio, que nos da una prueba clara del socorro que el derecho natural puede sacar de la fe cristiana para la observancia de sus mas evidentes principios (1). Se habian introducido en Bretaña dos costumbres inhumanas: por la primera, á la muerte de un marido ó de una mujer, todos los muebles del difunto pertenecian al señor; y por la segunda, cuando un navío tenia la desgracia de naufragar, lejos de alargar la mano para socorrer á los infelices que la tempestad habia perdonado, los restos de sus bienes eran confiscados en provecho del Príncipe. El conde que asistia al concilio, renunció generosamente este derecho bárbaro, é hizo pronunciar el anatéma contra todos los que egercian el otro. Hildeberto envió estos decretos al Papa Honorio que los confirmó. Gobernó ocho ó diez años el arzobispado de Tours, y adquirió por sus escritos una justa estimacion.

Nos han quedado de él cartas, sermones, las vidas de Santa Radegunda y de San Hugo de Cluny, gran número de poesias, y algunos tratados de religion, entre los cuales el mas considerable forma un cuerpo abreviado de teología, que fue el modelo de los que despues acreditaron admirablemente la teología escolástica. En él se halla una pureza y una exactitud rara para aquel tiempo, con un sabio discernimiento en la eleccion de las pruebas. En general, se

(1) *Tom. 10. Concilior. pag. 918.*

observa en las obras de Hildeberto un juicio sano, y una verdadera fuerza de espíritu contra las preocupaciones de su siglo, y particularmente contra los abusos de las largas peregrinaciones y de las apelaciones al Papa (1). Aunque era discípulo de Berengario, estuvo siempre muy distante de los errores de su maestro; y dice espresamente que despues de la consagracion del cuerpo de nuestro Señor, la sustancia de pan no queda en la Eucaristia. Se sirve en esta materia de la palabra transubstanciacion, y es el primer autor en cuyos escritos se halla usada (2).

7. Hacia el tiempo en que el bienaventurado Hildeberto pasó á la silla de Tours, San Norberto fue á pedir al Papa la confirmacion de su instituto que habia sido aprobado por los legados Gregorio y Pedro de Leon. Se le recibió en Roma con mucho honor, y obtuvo sin trabajo lo que deseaba, como resulta de la bula de Honorio de 16 de Febrero de 1126, en que se reserva sin embargo la jurisdiccion á los obispos. De vuelta á Francia, á súplicas del conde de Champaña, á quien el mismo Norberto habia exhortado á santificarse en el siglo, y que queria recibir una esposa de su mano, pasó á Alemania á acelerar este matrimonio ya convenido con la virtuosa Matilde Princesa de Carintia.

8. Norberto llegó á Spira en ocasion de tener el Emperador Lotario allí una dieta en que se hallaban diputados del clero y del pueblo de Magdeburgo para

(1) *Lib. 1. Epist. 5. et lib. 2. epist. 41.* (2) *Serm. 39. pag. 689.*

elegir un arzobispo (1). Así que se supo la llegada de una persona tan famosa y tan celebrada particularmente por su santa elocuencia, se le convidó á predicar un sermón que llenó todas las esperanzas del auditorio. Habia en él con una multitud de señores un cardenal legado, llamado Gerardo, que despues fue Papa bajo el nombre de Lucio III; y por su consejo los diputados propusieron para la silla vacante tres sugetos recomendables, en cuyo número se hallaba Norberto, que ni aun lo imaginaba. Estándose deliberando entre los tres, Alberon, primicerio de la iglesia de Metz, y despues arzobispo de Tréveris, hizo seña á los diputados, mostrando con el dedo á San Norberto. Inmediatamente se apoderaron de él clamando en altas voces: este es nuestro pastor y nuestro padre; y llevándole sin darle tiempo á pensar, le presentaron á Lotario, que aplaudió esta eleccion con todos los asistentes. El legado la confirmó, y al momento se le condujo á Magdeburgo, donde esta noticia causó júbilo inesplicable.

Desde lo mas lejos que pudo ver la ciudad, caminó con los pies descalzos, y siguió así á la procesion que salió á recibirle y conducirle á la iglesia, y despues al palacio arzobispal. Estaba tan pobrememente vestido, que el portero le negó la entrada, y le apartó con aspereza, diciéndole: vete á colocar entre los demás pobres, y no vengas á incomodar á estos señores. Todo el mundo al ver esto empezó á dar voces al portero, diciéndole que era el arzobispo;

(1) *Vit. ap. Bolland. cap. 15.*

de suerte, que de confuso no sabia dónde ocultarse; pero Norberto le detuvo, diciéndole con agrado y con rostro risueño: „no temas nada; amigo mio; tú me conoces mejor que los que me obligan á ocupar un palacio en que haré precisamente muy mal papel.” Gobernó ocho años la diócesis de Magdeburgo con un celo que consiguió grandes frutos, aunque movió contra él enemigos, cuyo furor llegó hasta quererle dar de puñaladas; pero su caridad, su dulzura admirable y su perseverancia triunfaron de todos los obstáculos. A pesar de esta promoción al episcopado, muchos de sus religiosos no querian otro superior que él, y se mantuvieron tan firmes en esto, que el orden se vió próximo á una incómoda division; pero él mandó á los mas principales y los obligó á que eligiesen un abad general, que fue Hugo, su primer discípulo.

9. Habo tambien entonces en Cluny una division mucho mas perniciosa, porque hizo suceder sin intervalo á la edificacion pública todos los escandalosos espectáculos del cisma. El abad Ponce, insoponible ya mas de tres años á sus hermanos por sus caprichos altaneros y sus fastuosas profusiones, habia hecho dimision de su cargo en un acceso fantástico de fervor, y habia pasado á la tierra santa donde se proponia acabar sus dias. Los monges se apresuraron á poner en su lugar á Hugo, prior de Marcigni, que murió al cabo de tres meses. Inmediatamente despues eligieron á Pedro Mauricio, descendiente de la antigua casa de Montboissier, y dotado de cualidades per-

sonales que le han grangeado el nombre de venerable. Ponce por su carácter no podia estar contento mucho tiempo en las soledades obscuras y estériles de la Palestinal, por lo que volvió á acercarse al teatro de su antigua grandeza, y edificó un pequeño monasterio en Italia en el obispado de Treviso. Esta renovacion de fortuna, lejos de fijar su ligereza, sirvió solo de cebo á su ambicion, que no cesaba de retratarle las imágenes de la magnificencia de Cluny, hasta que al fin le volvieron la cabeza en términos que le hicieron tomar el partido de recobrar de un modo ó de otro su antigua posesion. Mas para volverse á presentar en Francia con algun éxito favorable á sus ideas, creyó deber hacer un papel nuevo para él, y se resolvió á fingirse santo. Empezó buscando partidarios que hiciesen correr por todas partes la voz de que estaba continuamente orando; que llevaba cadenas de hierro debajo de los hábitos; que pasaba semanas enteras sin comer, y que curaba con sus oraciones toda clase de enfermedades.

Habiéndose adelantado á él esta reputacion en el camino de Cluny, donde habia declarado no querer presentarse, se fue acercando poco á poco; y habiendo sabido que Pedro estaba en Aquitania á negocios de la orden, recogió algunos monges fugitivos y muchos legos armados, redobló su marcha, y acometió de repente al monasterio (1). Echó de él al prior Bernardo, anciano venerable, dispersó los monges, obligó con amenazas y tormentos á algunos de los que

(1) *Petr. Vener. lib. 2. de mirac.*

pudo detener á que le prestasen juramento de fidelidad, y puso á los demás en una dura prision. Hecho así dueño absoluto de todo, se apoderó de las cruces, de los relicarios y de los cálices, los hizo fundir, y sacó una gran cantidad de oro para pagar el sueldo á los vandidos que tenia consigo, sin exceptuar las mugeres sin pudor, las que no se avergonzaba de llevar en su comitiva. Por último, se apoderó de las granjas y castillos del monasterio, todo lo llevó á sangre y fuego, y sostuvo aquella guerra sacrilega desde el principio de cuaresma hasta el mes de Octubre, defendiéndose el prior y los principales religiosos como podian en lugares difíciles de forzar.

Habiendo llegado el ruido de este escándalo á los oídos del Papa, envió al momento legados que pronunciaron el anatéma contra Ponce y su faccion; y despues mandó á Pedro Mauricio y á Ponce que se presentasen en Roma para juzgar por sí mismo. Pedro se puso inmediatamente en camino con las personas mas distinguidas que tenia la órden, entre ellas Mateo, prior de San Martin de los campos de París, que estaba encargado de llevar la voz. Ponce tuvo la osadía de comparecer acompañado de algunos monjes de su partido. Como estaba escomulgado, mandó el Pontífice decirle que se pusiese en estado de obtener la absolucion, segun los cánones, antes de presentarse al juicio. Mas él contestó que no habia en la tierra quien pudiese escomulgarle, y que solo San Pedro en persona tendria poder para ello. El Papa

disgustado con este delirio del orgullo, entregó al insensato á su ceguedad voluntaria, ordenando exhortar á sus secuaces á que fuesen mas dóciles. Confesáronse estos culpados, entraron con los pies descalzos en el palacio, pidiendo con humildad la absolucion y la lograron. Procedieron acto continuo al juicio; y siendo claro el derecho, trataron únicamente de comprobar los hechos. Retiróse el Papa con toda su comitiva por algunas horas, despues de haber oido á las dos partes: regresó luego, tomó su silla y mandó pronunciar la sentencia en estos términos: „La santa iglesia romana depone para siempre á Ponce, usurpador sacrilego y cismático, y asegura al abad Pedro el monasterio de Cluny con todas sus dependencias.” Apenas pronunciaron este juicio, cuando los monjes engañados por Ponce se reunieron cordialmente á sus hermanos; y todo el fuego de aquel horrible cisma se estinguió en un punto. El Papa hizo encerrar á Ponce en una torre, donde aquel genio soberbio perseveró en la impenitencia, y murió poco tiempo despues: no obstante, por consideracion al ilustre monasterio de que habia sido abad, el Pontífice le mandó enterrar en sagrado, aunque sin ningun aparato.

10. En el año siguiente al del cisma de Cluny, el monasterio de Monte-Casino, que tenia en Italia la alta preeminencia de honor y de mérito que los cluniacenses gozaban en Francia, cayó tambien en un cisma que no fue menos escandaloso (1). Su abad Ode-

(1) *Chron. Cass. lib. 4. cap. 31 et seq.*

riso, de carácter muy semejante á Ponce, se abandonó á los mismos extravíos. Cuando el Papa Honorio no era mas que cardenal obispo de Ostia, habia sufrido de aquel un desaire humillante; y cuando le elevaron al pontificado, el abad imprudente, naturalmente mordáz, soltó algunas impertinentes proposiciones sobre el nacimiento del Pontífice, y puso de cierto modo en ridiculo su literatura. Algun tiempo despues Honorio, hallándose en el castillo de Fumona, hizo venir á Oderiso, y en presencia de muchos legos le reprendió fuertemente sobre la disipacion de los bienes del monasterio, llegando á decirle en la contestacion que no era un abad, sino un grande del mundo y un oficial militar. Habiéndose exasperado de este modo de una parte y otra los ánimos, el conde de Aquino, que no amaba á Oderiso, escribió á Honorio, que este abad soberbio hablaba mal de él en cuantas ocasiones se le ofrecian, y citó casos particulares analizándolos muy bien, para que el Pontífice llamase á Oderiso á su tribunal. Negóse el abad á comparecer; y el Papa habiendo repetido por dos veces la citacion segun las formas canónicas, pronunció contra él la sentencia de deposicion, añadiendo, que aun cuando no tuviese otra culpa que su contumacia y orgullo, bastaban para condenarle.

Despreció Oderiso la sentencia, y algunos días despues se sentó en la silla abacial con el báculo en la mano, egerciendo todas las funciones de costumbre. Justamente irritado su Santidad, le escomulgó con todos sus cómplices, lo que causó una division

entre los monges y los pueblos de la abadía, hasta que estos, habiéndose hecho los mas fuertes, obligaron á los monges á echar á Oderiso, y á elegir otro abad. En efecto, eligieron á su dean Nicolás; pero algunos religiosos antiguos escribieron en secreto al Papa que la eleccion era irregular, y obra solo de la intriga. Justificó bien esta acusacion la conducta de Nicolás; pues para sostener su partido se apoderó de la mucha plata de la iglesia, sin perdonar á un altar de oro adornado de pedreria, ni á otros muchos regalos de un precio inestimable, consagrados por la devocion de tantos Papas y Príncipes. La profanacion rayó tan alto, que el afecto que le tenian sus monges se trocó en horror y odio implacable. Pero su robo le habia puesto en estado de sostener la guerra que siguió con tanta obstinacion como furor. Oderiso por el contrario, amaestrado por la adversidad y por la firmeza inflexible del Papa, se arrojó á sus pies, y renunció la abadía en sus manos. Depuso el Pontífice al punto á Nicolás; escomulgó á todos sus secuaces, é hizo elegir abad al preboste del monasterio de Cápua llamado Signoret. Sometióse entonces Nicolás, y abandonó las fortalezas que ocupaba. Causó tanta satisfaccion á Honorio el haber dado fin á este escándalo, que se transfirió contra su costumbre á Monte Casino para dar á Signoret la bendicion abacial que sus predecesores habian ido siempre á recibir á Roma. No obstante, quiso que el nuevo abad le prestase juramento; mas los monges se opusieron á esta pretension del todo nueva, y el Papa desistió de ella.

11. El orden de Cluny en el espacio de trece años de un gobierno como el de Ponce, no habia podido dejar de sufrir golpes considerables en la regularidad de sus observancias; pero los religiosos conservaban toda la altivez de la preeminencia en que los habia establecido la reputacion de sus padres; y así no vieron sin emulacion al instituto del Cistér, que estaba en el mas alto grado de su fervor, tomar el primer lugar en punto á la regularidad, y quitarles la estimacion pública que siempre la acompaña. No habiendo causa alguna para criticar la pureza de sus observancias, procuraron hacerlas pasar por impracticables al menos de un modo indirecto despojándoles de algunos sugetos, con el pretesto de haberse comprometido sin reflexion á una perfeccion á que su debilidad no podia llegar nunca. Habia ya el abad Ponce corrompido así á un jóven profeso llamado Roberto, primo-hermano de San Bernardo, y que vivia bajo su direccion en Claraval. Habia enviado para ello á su gran prior, que tratando la austeridad de indiscrecion y de locura, persuadió al jóven Roberto á que abandonase el monasterio, y le llevó á Cluny donde hizo una nueva profesion. Escribió en vano San Bernardo á Roberto cuanto la ternura de la amistad y la uncion de la piedad pueden inspirar mas á propósito para mover, y cuanto puede dictar la elocuencia mas eminente (1). Pareció el desertor insensible mientras Ponce conservó su dignidad, y no volvió á Claraval hasta que Pedro Mauricio fue abad de Cluny.

(1) *S. Bern. Ep. 1.*

Habíase terminado la contienda; pero las reflexiones producidas por una y otra parte sobre el valor y cumplimiento de las respectivas observancias, no proporcionaron ventaja alguna á Cluny. Los agresores, á quienes habia salido frustrado el ataque, volviéronse quejosos acusando á San Bernardo de que los deshonoraba. Formalizaron esta queja con tanta publicidad, y tantas veces la repitieron, que sus amigos le obligaron á justificarse. Escribió en efecto para ello una apología dividida en dos partes, de las que la primera se dirigia á disculparse de las invectivas que se le imputaban falsamente, y la otra á dar á conocer las justas razones que habia tenido para reprender algunas relajaciones verificadas (1). „Sin duda seríamos, dice, los mas infelices de todos los hombres, si cubiertos de andrajos, como nos dicen muy bien, osásemos desde nuestras cabañas infamar vuestro illustre instituto, y desde el fondo obscuro de nuestro desierto desacreditar á los que son luces del mundo, atentando á la reputacion de tantos santos que viven entre vosotros. Si así fuese, ¿de qué nos servirian nuestros trabajos y nuestras austeridades, sino para precipitarnos mas tristemente en el abismo eterno por la odiosa senda de la detraccion y de la hipocresia?” Protesta despues, que ha profesado siempre mucho aprecio y afecto al orden de Cluny: que venera y ama mucho á todos los órdenes, quienes con los fieles de toda condicion, de todo sexo y de toda edad componen una misma Iglesia. Dice, que es imposible

(1) *Opusc. 3. tom. 1.*

que un instituto solo abraza á todos los hombres, ó que un solo hombre abraza todos los institutos: que él los abraza por la caridad, que puede producirle el fruto de la observancia que no practica, y tal vez con mas abundancia que á aquellos que la practican; y por último reprende á aquellos hermanos suyos que censuraban á los monges de Cluny.

En el resto de la apología, justificando las correcciones que encontraba necesarias en las instituciones de Cluny en cuanto á la práctica, sigue los vivos impulsos de su celo, y critica fuertemente la relajacion introducida en ellas. Hablando por el pronto con generalidad: „admiro, dice, de donde ha podido nacer entre los monges tanta intemperancia en las comidas, tan vanas superfluidades en los vestidos, muebles y equipages, y un trastorno tal en las ideas mismas, que á la economía y á la frugalidad se trata de avaricia, á la templanza de rústica austeridad, al silencio y recogimiento de humor atrabiliario. Pasa al contrario por discrecion la relajacion, la profusion por liberalidad, y la locuacidad y dissipacion por afabilidad y cortesania.”

Desciende en seguida al pormenor de los puntos dignos de reforma, condenando el esplendor de los banquetes donde se „amontonan manjares sobre manjares, y en vez de carnes, de que están obligados á abstenerse, se sirven pescados enormes, ó mas bien monstruos esquisitos sazonados con tanto arte que el apetito se renueva á medida que se apaga, y despues de haber traspasado los limites de la templan-

za se halla mas irritado que despues de haber pasado un largo ayuno. En cuanto á la bebida, se ha perdido el uso del agua con el del vino, y pluguiese á Dios que el vino fuese la única bebida para satisfacer á la necesidad: mas ya para escitar la sed igualmente que la gana de comer, se acude á licores y á otras bebidas artificiales. Han hallado tambien el secreto de quebrantar la abstinencia mas sagrada para nuestros padres, algunos religiosos jóvenes, cuya gordura y frescos y encendidos colores anuncian una salud robusta, declarados enfermos porque andan con un baston ó báculo, van á favor de este artificio ridículo á la enfermeria á llenarse y regalarse con toda especie de carnes. ¿Vivian pues así, concluye, los santos abades Odon, Mayeul, Odilon y Hugo?”

San Bernardo no es menos elocuente tratando sobre el lujo de los vestidos y de los equipages. „¡Ah! dice, no puedo pensar en esto sin dolor! Nuestro vestido que era el simbolo de la humildad, no es ya mas que una ostentacion de orgullo. Apenas encontramos en nuestros climas telas bastante hermosas con que vestirnos. El oficial y el monge compran un mismo paño, el uno para su uniforme, y el otro para su manto. En cuanto al acompañamiento y al viage hay abad que viaja con tanta pompa y caballos, que su comitiva bastaria para muchos obispos. He visto caminar con sesenta caballos, de suerte que se les tendria por gobernadores de provincias, y no por superiores monásticos, ó mas bien

por Príncipes que por pastores." Reprende por fin la magnificencia de las iglesias que agota el patrimonio de los pobres, y que es inútil para solitarios, gentes del todo retiradas, que no tienen que pretestar como los obispos la necesidad de sostener el culto público y de reanimar la devoción de los pueblos con las decoraciones exteriores.

A esta censura propuesta bajo el título de apología, respondió Pedro el Venerable, sin faltar á la caridad mas circunspecta, y dando al mismo tiempo pruebas á San Bernardo de una estimación y amistad tierna. Conocía la ventaja de su santo antagonista en muchos artículos que sin duda habria querido él mismo reducir á su perfección primitiva, conviniendo en que los abusos que en ellos se reprehendian eran unos lenitivos de la regla; pero añade que por un espíritu de discreción y de caridad se podian mudar ciertos puntos que parecia haber sido censurados por otros monges del Cister: que estando muy mudadas las costumbres despues del tiempo de los primeros solitarios, no parecia ya decente que los seculares viesen á los mismos religiosos guardar sus rebaños, labrar sus tierras, y subir despues al altar para celebrar el santo sacrificio. En cuanto á la independencia en que estaban del ordinario, dice, que no reconocian ellos la autoridad de los obispos diocesanos, gloriándose de tener por obispo á aquel á quien por derecho divino tocaba la primacia sobre todos los pastores, y que esta clase de privilegios estaba en uso desde el tiempo de San Gregorio. De

este modo los dos santos abades dieron cada uno á sus razones colores plausibles. Ellos no se persuadieron, pero no por esto padeció nada la caridad. En otras muchas cartas suyas se hallan prueban constantes de la amistad recíproca que la estimación les habia inspirado, y que no acabó sino con la vida.

12. Bernardo, famoso por sus luces, por sus virtudes, y ya por algunos milagros que se contaban de él, empezó bien pronto á ser buscado para los asuntos mas importantes de la Iglesia y del estado. Era conocido particularmente de Mateo, antiguo prior de San Martin de los campos, que acompañó á Pedro el Venerable en su viage á Roma, y cuyo mérito fue tan apreciado por el Papa Honorio, que le retuvo á su lado y le hizo cardenal y obispo de Albano. La semejanza de las inclinaciones y de las virtudes era el sólido fundamento de su grande afecto á Bernardo. Mateo conservaba tan entero el espíritu de su primer estado, que debajo de la púrpura nada cercenó de las observancias monásticas (1). Conservó la salmodia larga de Cluny, continuó diciendo misa todos los dias, y vivió tan solitario en el palacio pontifical, que Honorio decia algunas veces que Mateo era mas monge que cardenal. Este sabio y piadoso prelado habiendo sido enviado legado á Francia, llamó á San Bernardo al concilio que tuvo en Troyes el año de 1128. El santo abad se quejó en vano de que se le arrancaba de su claustro para hacerle pasar la mayor parte del tiempo en el tumulto del

(1) *Petr. Vener. lib. 2. de mirac. cap. 14.*



siglo que habia abjurado: que si los negocios en que se queria que tomase parte eran fáciles, podian tratarlos sin él; y que si no podian hacerse sin su asistencia, la voz de Dios le habia engañado llamando á la vida monástica á un hombre sin el cual no podian despacharse. (1) A pesar de su repugnancia le fue necesario partir, y tomar puesto entre los señores y los mas ilustres prelados.

13. Hugo de los paganos, gran maestro de la nueva milicia del Temple, ya establecida nueve años antes y todavía reducida á nueve caballeros, era el sexto de su orden, y se halló en este concilio. Su primer voto aprobado por el patriarca de Jerusalem y por los demás obispos de Palestina, fue de proteger las peregrinaciones contra los infieles y los bandidos que infestaban los caminos. El Rey Balduino II les dió alojamiento en el palacio que tenia cerca del templo, de donde les vino el nombre de templarios. El gran maestro habia venido al concilio de Troyes con los principales caballeros para proponer en él las observancias que querian añadir á los votos ordinarios de religion, y hacer aprobar solemnemente aquel orden nuevo religioso y militar todo á un tiempo. Habiendo juzgado los padres que era necesario darles una regla fija y exacta que fuese aprobada por el Papa, San Bernardo fue encargado de recopilarla.

Los artículos mas particulares de ella son los siguientes (2). Deben los caballeros asistir á los oficios tanto de dia como de noche; y cuando el servicio

(1) *Epist. 21.* (2) *Mabill. Admonit. in opusc. 6. S. Bern.*

militar se lo impida, rezarán trece padre nuestros en lugar de maitines, siete por cada una de las horas, y nueve por visperas. Comerán de pescado los lunes, miércoles, viernes y sábados, y además en los viernes se abstendrán de huevos y leche lo mismo que de carne. Cada caballero puede tener un escudero y tres caballos: se les prohíbe la caza, pero deben perseguir las fieras cuando se les presente la ocasion de hacerlo: no pueden tener hermanas del orden como tenían muchos religiosos, y no deben dar el beso á ninguna muger ni aun á sus mas próximas parientas. Habiendo sido confirmada esta regla por la santa Silla, se acreditó el orden en todos los estados cristianos, y se multiplicó maravillosamente en poco tiempo el número de sus individuos, adquiriendo por último aquellas grandes opulencias que les fueron tan funestas. Los templarios llevaban una cruz encarnada sobre su hábito blanco para distinguirse de los caballeros del hospital de San Juan, que llevaban cruz blanca sobre el hábito negro.

14. Estos habian sido instituidos religiosos por una bula del Papa Pascual II, dada en Benevento en 15 de Febrero de 1113. Antes que los cruzados se hubiesen hecho dueños de Jerusalem, algunos mercaderes italianos habian edificado para los peregrinos cerca del santo sepulcro un hospital en honor de San Juan Bautista. El beato Gerardo, provenzal de nacion, era director de él cuando los cruzados conquistaron la tierra santa; y como muchos de ellos se consagraron con sus bienes al servicio de este hospi-

tal, los hermanos hospitalarios se vieron en estado no solo de alojar con comodidad á los peregrinos, sino tambien de defenderlos contra las violencias y latrocinios de los sarracenos. Gerardo creyó entonces que convenia obligarse, tanto él como sus hermanos, con los votos religiosos; y efectivamente hicieron los tres de religion en manos del patriarca de Jerusalem, y obtuvo inmediatamente la confirmacion del Sumo Pontífice. A su muerte, acaecida por los años de 1118, no dejó por regla mas que el recuerdo de los grandes egemplos de su humildad y caridad; pero Raimundo de Pui, que fue elegido entonces gran maestro, formó estatutos á petición de todos los hermanos, tanto clérigos como legos.

Sobre la observancia de los tres votos de castidad, obediencia y pobreza, se les prescribió no exigir nada de justicia mas que pan, agua y un vestido vil cual conviene á los servidores de los pobres (1): no deben viajar solos, sino acompañados con los hermanos que designase el gran maestro, á fin de ayudarse mutuamente á conservar la pureza de costumbres: su circunspección con respecto á las mugeres debe llegar hasta no permitir que les hiciesen la cama: tambien se dispone que no estén jamás á oscuras, sino que tengan siempre luz delante en cualesquiera casas que se alojen: cuando vayan á pedir limosna para los pobres, pedirán hospedage por caridad; y si se les niega, ó no le encontrasen en casa de personas honradas, vivirán á sus propias espensas sin

(1) *Preuv. hist. de Malr. tom. 1.*

comprar mas que una sola clase de manjares: no recibirán ni regalos ni tierras; y en el pan, vino y otras cosas de esta especie tendrá el maestre la tercera parte, y si hay sobrante se distribuirá entre los pobres de la ciudad. Los hospitalarios no harán mas que dos comidas al dia; el viernes y sábado, y desde la septuagésima hasta la Pascua no comerán carne: en la mesa observarán silencio, y con mas rigor todavia en la cama. Despues se prescriben penitencias proporcionadas á la naturaleza y escándalo de las culpas: son tan severas para los pecados de impureza, que cuando se han hecho públicos, el culpable debe ser despojado el domingo al salir de misa, y azotado á la vista de todo el mundo.

15. En el año 1119, un señor aleman edificó sobre el modelo de San Juan de Jerusalem un hospital para recibir en la misma ciudad los peregrinos de su nacion, que no entendiendo la lengua francesa, no sabian á quien dirigirse en sus necesidades (1). Inmediatamente se erigió para él un nuevo orden religioso militar por el Papa Celestino II. Los hermanos tomaron el hábito blanco como los templarios, de quienes se distinguieron poniéndose una cruz negra en vez de la encarnada.

16. El gran maestre de los templarios y los caballeros de su comitiva, á su salida de Jerusalem habian sido encargados por el Rey y los señores del reino de animar el celo de los pueblos al socorro de la tierra santa. La ciudad de Tiro habia caido en po-

(1) *Chron. Pruss. cap. 1. Jac. Vitr. hist. Hier. cap. 66.*

der de los cruzados mientras que el Rey Balduino permanecía prisionero entre los musulmanes; y despues de su libertad, que fue comprada muy cara, meditaba vengar su afrenta con la conquista importante de Damasco. Habiendo llevado los templarios consigo nobleza en gran número, la probó inmediatamente en diferentes expediciones, cuyo éxito no correspondió enteramente á su valor. No dejó sin embargo de aumentar considerablemente el reino de Jerusalem, que antes del fin de su reinado comprendia toda la Siria á escepcion de Alepo, Damasco, Emeza, Hamach y sus territorios.

Cuatro años despues de la toma de Tiro, se dió á esta iglesia un digno pastor en la persona de Guillermo, inglés de nacion y prior del santo Sepulcro; pero durante este intervalo, se habia dispuesto de las iglesias y bienes de esta metrópoli, y no le habian dejado al nuevo arzobispo mas que lo que habian querido; pero inmediatamente que fue consagrado, se puso en camino para Roma, por mas que se hizo para contenerle. El Papa Honorio le recibió con honor, le dió el palio y le hizo acompañar por un legado que tenia comision de obligar al patriarca de Antioquia bajo pena de suspension á entregar á la iglesia de Tiro sus sufragáneos en el espacio de cuarenta dias.

17. Cerca de un año despues murió Honorio en 14 de Febrero de 1130, á los cinco años y dos meses de su pontificado. En el mismo dia de su muerte, como lo dice en términos espresos el autor con-

temporáneo de la crónica de Benevento, los principales y mas sabios de la iglesia romana, á fin de precaver las turbulencias, convinieron en hacer la eleccion del sucesor en la iglesia de San Marcos. Entretanto los cardenales, no atreviéndose á presentarse en aquel lugar á causa de las facciones que fermentaban entre los romanos, ya antes que fuese publicada la muerte del Papa, eligieron en su lugar á Gregorio, cardenal diácono, del titulo de San Angel, á quien nombraron Inocencio II. En el mismo dia, aunque algunas horas mas tarde, los que eran afectos á Pedro de Leon, cardenal presbítero, se juntaron en San Marcos, para conformarse de comun acuerdo sobre este punto, y quedó elegido bajo el nombre de Anacleto II por muchos cardenales, obispos, sacerdotes y nobles romanos. Inocencio habia sido monge de San Juan de Letran: hecho cardenal, ni el comercio del gran mundo, ni el favor de los Pontífices romanos, le habia hecho perder nada de su piedad, desprendimiento y modestia. Aunque su penetracion y modestia le hubiesen hecho juzgar digno del pontificado mucho tiempo antes de haber sido elevado á él, se opuso con todo su poder á la admission, despedazó la capa cuando se la presentaron, y tentó todos los medios imaginables de huir. Fue necesario emplear la fuerza para detenerle, y no se consiguió su consentimiento hasta que se le amenazó con la escomunion si resistia mas tiempo.

Pero las riquezas enormes de Anacleto, y el poder casi soberano de su familia bastaban para contra-

restar tanto mérito, y acreditar la elección mas irregular. Leon su abuelo, convertido y bautizado por el Papa Leon IX que le dió su nombre, á favor de las riquezas, de su gran capacidad en las ciencias y de su destreza en manejar los ánimos habia casado á sus hijos en términos de emparentar con las mas ilustres familias romanas. Pedro de Leon, esto es, Pedro hijo de Leon era padre de Anacleto, y sirvió útilmente á la iglesia romana con las armas y con el consejo; tuvo el gobierno del castillo de Sant-Angelo y la principal confianza del Papa, y llegó al mas alto punto de grandeza á que un romano podía entonces aspirar. No destinó menos á su hijo, llamado tambien Pedro de Leon, que al supremo y sagrado poder de los autores del suyo, y para disponerle á ello le envió á estudiar á Francia donde los estudios tenian mas crédito. El jóven Pedro de Leon, despues de haber pasado allí una juventud libertina, se hizo monge de la abadía de Cluny, mirada como un seminario de cardenales y aun de Sumos Pontífices. Habiendo vuelto á Roma fue nombrado cardenal por el crédito de su familia, y empleado despues en muchas legaciones donde se reconoció con el mayor escándalo que la profesion religiosa no habia podido suspender en él el desarreglo de sus costumbres. Si todas las infamias que le atribuyen los escritores de su tiempo no son incontestables, es por lo menos evidente que su conducta no podia ser mas equívoca (1). Se dijo que llevaba en sus viages una

(1) *Arnulf. Lexor. de Schism.*

muchacha vestida de clérigo para satisfacer mas libremente á su incontinencia; y se le acusó de ser padre de sus sobrinos y tio de sus hijos, esto es, de haber tenido trato ilícito con su propia hermana Tropea.

Poco satisfecho de las grandes riquezas que su padre le habia dejado, y de las que él habia aumentado con sus exacciones tanto en Roma como en sus legacias, así que se dió el título de Papa fue bien acompañado á San Pedro, á Santa María la Mayor y á otras iglesias, las despojó de todos sus tesoros, y robó gran cantidad de oro, plata y piedras preciosas, sin perdonar las cosas mas sagradas, ni los monumentos mas venerados, cuya presencia apenas se concedia á la humilde piedad de los fieles en las solemnidades mas augustas. Se dice que no pudo encontrar ningun cristiano que se atreviese á quebrantar los cálices y los Crucifijos para aplicar el oro á los usos que queria hacer de él, y que se vió obligado para ello á recurrir á gentes de la religion de sus padres, esto es, á los judíos. Por medio de las larguezas que pudo hacer con este latrocinio sacrilego, acabó de ganar al pueblo y la mayor parte de los grandes.

Despues escribió al Emperador Lotario, al Rey Luis el Gordo, y á todos los Soberanos sin poner en olvido á Juan Comneno, Emperador de Constantinopla, ni al Rey de Jerusalem en las estremidades del oriente. Pero la mayoría de estos le mostró solo una indiferencia de desprecio hasta el punto de no dig-

narse responder á sus reiteradas cartas. No obstante, sedujo á Rogeró II, duque de Calabria y conde de Sicilia, dándole su hermana en matrimonio con el título de Rey, y soberanía feudal en las ciudades de Nápoles y de Cápua, todo con la condicion de tributar homenaje á la santa Silla, y de pagarle todos los años seiscientas piezas de una moneda de oro que tenia la figura de una copa, llamada por esta razon Schifate. He aquí el primer título del reino de Sicilia establecido por una bula de Analecto, dada en 27 de Setiembre de aquel año de 1130.

Inocencio no podia encontrar seguridad en Italia. Habíase visto ya reducido con sus partidarios mas celosos á buscar un asilo en las casas mas fortificadas de los Frangipanes, hecha antes la ceremonia de haber tomado posesion en los sitios acostumbrados dada por diez y nueve cardenales, y recibidos los honores de uso segun las circunstancias lo permitieron. No dejó de hacer saber á los Principes y prelados la legitimidad de su eleccion, la cual les hizo creer sin dificultad el desprecio general que se tenia á su vicioso coopositor. Huyendo de Roma y llegando felizmente á Pisa, donde fue recibido con señales de afecto, envió nuncios á Francia para instruir particularmente á la iglesia galicana de lo que habia pasado. Hecho esto, se resolvió á pasar á aquella nacion generosa y sólidamente cristiana, que prefiere á su interés privado, dice un autor de aquel tiempo, la utilidad general; que no es inclinada á fomentar el cisma, y que jamás ha levantado ídolos ó fantas-

mas de pastores sobre la Cátedra de San Pedro (1).  
 18. Antes que se presentase allí ya se le habia hecho justicia. Al instante se tuvo un concilio en Pui, al que asistió Hugo de Grenoble, no obstante sus enfermedades y su edad de setenta y ocho años. Este santo prelado no tuvo ningun respeto á los motivos humanos ni á los buenos oficios que Analecto y su padre habian hecho por él en otro tiempo: de convenio con los otros obispos le escomulgó como á cismático, lo cual fue de gran peso á causa de la autoridad de aquel santo anciano. Este golpe de su celo fue la última accion notable de tan digno pastor, que vivió aun dos años despues, añadiendo hasta el último dia de su vida á los trabajos episcopales el recogimiento de los santos solitarios de la Cartuja, á los que constantemente protegió. Quiso retirarse entre ellos real y corporalmente como lo habia estado siempre en el corazon y el espíritu, y corrió de espreso á Roma para conseguir el permiso del Papa. Mas el Pontífice no quiso consentir en la dimision de un obispo tan difícil de reemplazar. Mas adelante, en atencion al triste estado de su salud, logró el permiso necesario para elevar, viviendo él, á su silla otro santo tambien llamado Hugo. Dió este tanta reputacion á la Cartuja de donde habia salido, que casi en el espacio de un siglo la iglesia de Grenoble no eligió sucesores sino entre sus hermanos. Canonizaron á su santo predecesor dos años despues de su muerte.

(1) *Ernald. vit. S. Bern. lib. 2. cap. 1.*

19. Formaba el concilio de Pui, celebrado en el mes de Marzo, un juicio anticipado en favor de la eleccion del Papa Inocencio. No obstante, para no arriesgar nada en un negocio de tanta importancia, y tan urgente al propio tiempo, el Rey Luis el Gordo mandó juntar otro en Estampes en todo el mes de Abril siguiente. Acababa de fundar la abadía de Montmartre, y los religiosos de San Martin de los Campos, á quienes pertenecía el sitio, le habian pedido una recompensa, y luego que concluyó este negocio, dándoles con asenso del obispo de París la iglesia de San Dionisio de la Chartre, y las tierras anexas á ella, pasó él mismo á Estampes con gran número de señores. Además de las informaciones recibidas con toda formalidad de Roma, se hallaron en el concilio muchos testigos oculares de lo que habia pasado en las dos elecciones. No hubo quien no declarase contra Anacleto. Hasta Gerardo de Angulema que habia sido el cómplice mas acérrimo del cisma, pero reputado entonces por uno de los mas grandes prelados de su tiempo, envió un diputado desde Aquitania donde le detenian los asuntos de su legacion, con encargo de presentar sus cartas, en las cuales declaraba con arreglo á las mas escrupulosas informaciones, que prescindiendo de la enorme diferencia de costumbres y fama entre los dos competidores, la justicia estaba toda de parte de Inocencio. El Rey y los principales obispos quisieron todavía tener por árbitro al santo abad de Claraval, mirado ya como el prodigio y el oráculo de su siglo. Toda la asamblea,

de comun acuerdo convino en remitirse á él y pasar por lo que decidiese.

Bernardo tembló al oír esta proposicion; mas por consejo de algunos piadosos y discretos amigos aceptó, por bien de la Iglesia, el cargo terrible que le habian impuesto (1). Examinó con cuidado el asunto delante de Dios: observó el orden y la forma de ambas elecciones, las cualidades de los electores respectivos, la vida y reputacion de aquel á quien habian elegido primero, y era reconocido Pontífice legítimo por el mayor número de iglesias: volvió á entrar en la asamblea, donde espuso lo que debia hacer mas fuerza á una multitud de prelados que tenian las miras asimismo puras, y despues concluyó, que no podia dispensarse de reconocer á Inocencio II por el Vicario verdadero de Jesucristo. Respondieron con aclamaciones y voces de júbilo todos los padres y los señores, y cantaron el *Te Deum* en accion de gracias. Por fin, el Rey y todos los obispos aplaudieron la eleccion de Inocencio, y le juraron obediencia y respeto como á el Padre comun de los fieles. Participaron esta resolucion á los prelados del reino que no habian podido asistir al concilio, quienes la confirmaron con unanimidad.

Uno de los mas prontos y empeñados en ello fue Gerardo de Angulema; mas sirvió solo para descubrirle muy en breve, como sucede en muchas personas sin las que no se puede hacer una buena obra ruidosa, por un impostor adornado de aquella devo-

(1) *Ernal. ibid.*

cion equívoca que busca únicamente el interés en la piedad. Inocencio, que le conocia mas bien que el vulgo admirador, no creyó oportuno que continuase en la legacion de Aquitania; y Gerardo se arrebató tanto con esta negativa, que no tuvo vergüenza de pedirsela inmediatamente al Antipapa Anacleto, quien aprovechó con júbilo esta ocasion de ganarle. Él llenó todas las esperanzas de su digno amo con la obstinacion con que mantuvo en Francia las turbulencias de la discordia.

El Papa Inocencio fue completamente desquitado de esta desercion con la publicidad con que el abad y monges de Cluny abrazaron su obediencia. Luego que llegó por el camino tan conocido de sus predecesores al puerto de San Gil en el Languedoc, Pedro el venerable le convidó á que fuese á olvidar sus desgracias entre sus fieles hijos, y le envió gran número de caballos y mulas para el camino. Esta recepcion en una abadía en que Anacleto habia sido monge, dispuso á todos los occidentales en favor de Inocencio.

Despues de once dias de descanso fue á tener un concilio en Clermont, donde escomulgó al Antipapa. De Clermont pasó á San Benito junto al Loira, adonde el Rey Luis fue á honrarle y á ofrecerle sus auxilios. Mientras esto, muchos obispos de Normandía é Inglaterra preocupados por Gerardo de Angulema se inclinaban á Anacleto, y comunicaban al Rey Enrique impresiones poco favorables á Inocencio. Corrió San Bernardo á avistarse con este Príncipe, instán-

dole á que reconociese á un Pontifice cuyos derechos se habian examinado con tanto cuidado, y comprobado con tanta claridad. Dudaba aun el Príncipe, y temia comprometer su conciencia; pero el santo abad le dijo: „Príncipe, pensad solo en responder á Dios de los demás pecados vuestros, que yo cargo con el peso de este.” Con tales palabras quedó convencido del todo el Rey, y saliendo de las tierras de sus dominios corrió á Chartres á someterse en persona al Papa, y de allí le condujo á Ruan donde le hizo reconocer por todos los obispos de sus estados.

Prevenido el Emperador Lotario por Luis el Gordo, reconoció tambien á Inocencio en un concilio celebrado en Wirsurgo, al que asistió Gautier, obispo de Ravena, enviado por el Papa. Enviaron tambien á asegurarle su obediencia los dos Reyes de España, Alfonso el Batallador, Rey de Aragon, y Alfonso Ramundo, Rey de Castilla. Pasó á Lieja al año siguiente, en donde el Rey Lotario que se hallaba allí con su esposa, seguido de un gran número de señores y prelados, sirvió de escudero á su Santidad, asiendo con una mano la brida de su caballo, y con la otra una vara con que apartaba el tropel de la gente. Este Príncipe por un interés inoportuno é incómodo quiso no obstante aprovechar la ocasion de recobrar las investiduras. Perdieron los romanos el color á la primera pregunta que les dirigió; pero San Bernardo que estaba presente tomó la palabra con tanta energia y pintó tan bien la indecencia é inoportunidad de la pretension, que hizo ceder al punto de la demanda.

Volvió el Papa á Francia desde Lieja; pasó por San Dionisio, donde le recibió magníficamente el abad Sugero, y celebró allí las fiestas de Pascua con todo el aparato pontifical. Entró en París tres dias despues, cuyos distintos cuerpos se apresuraron á rendirle en el mismo camino sus homenajes. Los judíos que mostraban el mismo ardor que los fieles, presentaron al Pontífice un eemplar de la ley envuelto en un velo; y tomando el Papa de este símbolo el objeto de su respuesta, les dijo alzando los ojos al cielo: „¡Quiera el Padre de las luces romper la venda que cubre los ojos de vuestros corazones!”

20. Refirieron al Papa por este tiempo un milagro obrado recientemente en París, y confirmado por tantos testigos como ciudadanos habia en aquella gran ciudad. La enfermedad llamada fuego sagrado, hacia estragos espantosos en el reino, y particularmente en la capital en el año 1130, con cuya causa el obispo Estévan ordenó á los canónigos de Santa Genoveva, que no erau aun regulares, que sacasen en procesion la caja de la Santa como se verificaba en las grandes calamidades (1). La concurrencia del pueblo fue tan grande, que apenas podia la procesion pasar por las calles. Los enfermos que no pudieron ser conducidos esperaban en número de ciento y tres en la iglesia catedral; y en el momento en que las reliquias entraron en ella, quedaron todos curados á escepcion de tres que no tuvieron la fe necesaria; y además el contagio cesó en todo el rei-

(1) *Exc. Gen. ap. Bolland. 3. Januar.*

no. La catedral resonó con aclamaciones tan vivas y tan largo tiempo reiteradas, que no pudieron cantar los himnos ordinarios en honor de la Santa. El Papa Inocencio mandó celebrar todos los años un prodigio tan incontestable como público y ruidoso. Ninguno, dice el autor de esta relacion, ponga en duda la verdad de nuestras palabras, porque no contamos lo que hemos sabido, sino lo que hemos visto. En reconocimiento de tan gran beneficio, y para perpetuar la memoria de él, se edificó cerca de la catedral una iglesia que fue llamada de Santa Genoveva de los Ardenes.

21. Pero el júbilo fue bien pronto turbado por la muerte imprevista de Felipe, hijo mayor de Luis el Gordo, coronado Rey pocos meses antes. Este Príncipe de cerca de quince años de edad, daba las mayores esperanzas, y era ya la delicia de los pueblos. Egereitándose á caballo en la orilla del Sena, que se llama hoy la Greve, un cerdo se enredó entre las piernas del caballo, y le hizo caer sobre el Príncipe; este quedó estrellado y murió en la noche siguiente. Se habia convocado en Rems un concilio de todas las naciones para confirmar de comun acuerdo la eleccion de Inocencio, y ya este Papa estaba en Compiègne esperando la llegada de los padres, cuando supo tan funesta noticia: envió inmediatamente quien en su nombre consolase al Rey, á quien afligía esta pérdida tanto mas peligrosamente quanto su propia salud estaba cada vez mas vacilante. Sin embargo, se le aconsejó que pasase al concilio, y lo ege-



cutó así para aprovechar aquella ocasion de hacer coronar á Luis su hijo segundo, y precaver de este modo las turbulencias con una ceremonia tan augusta.

A este concilio que se abrió en 19 de Octubre de 1131, asistieron trece arzobispos, ciento sesenta y tres obispos, una infinidad de abades, clérigos y monges españoles, franceses, alemanes é ingleses. El prelado mas distinguido, aunque del segundo orden de la gerarquía, fue sin duda San Bernardo, á quien el Papa hizo asistir con los cardenales á las deliberaciones públicas, no permitiendo que se volviese á separar de él. La eleccion de Inocencio fue unánimemente ratificada, y Pedro de Leon escomulgado si no venia á verdadero arrepentimiento, despues de lo cual se publicaron diferentes cánones de disciplina. Por el sexto se prohibió á los monges y á los canónigos regulares ser abogados y médicos: „el amor al dinero, dijo el concilio, es lo que los mueve á ello. Es vergonzoso segun las constituciones imperiales que los clérigos quieran ser hábiles pleitistas, y que las voces consagradas á las alabanzas divinas se espongan á ser los órganos de la iniquidad. No deshonran menos su estado, prefiriendo la curacion de los cuerpos á la salud de las almas, y deteniéndose á mirar objetos, cuyo solo nombre no debe parar en sus labios.” Admirará sin duda que el concilio no prohiba sino á los religiosos profesos ser abogados y médicos, y que lo permita de un modo tácito á los clérigos seculares; pero las razones en que funda la prohibicion prueban claramen-

te que toleraba un mal en cierto modo necesario por la dificultad de encontrar fuera del orden clerical el conocimiento de las letras que exigen estas profesiones. Por el cánón doce se prohiben á los caballeros bajo la pena de privacion de sepultura eclesiástica, las fiestas en que hacian prueba de su fuerza y destreza; esto es, los torneos en que ponian en peligro la vida del cuerpo y del alma. La prohibicion no logró extinguir este abuso en que creían los caballeros empeñado su honor, pues subsistió por espacio de cuatro siglos.

22. En 25 de Octubre el hijo segundo de Luis el Gordo, llamado tambien Luis, de cerca de diez años de edad, fue consagrado por el Papa. Por la mañana muy temprano salió Inocencio del palacio arzobispal donde estaba alojado, y seguido de su comitiva y de todos los padres del concilio pasó á la abadía de San Remigio, en que el Rey se hospedaba con el Príncipe, y condujo á este á la iglesia metropolitana: vestido allí con sus ornamentos mas solemnes, puesta la tiara, y acompañado el jóven Luis de innumerable nobleza volvieron á la iglesia de nuestra Señora, donde encontraron al Rey que los esperaba á la puerta con la multitud de señores y prelados. Se dice que en esta ocasion se vieron la primera vez los doce pares, y que el Papa Inocencio fue quien persuadió á Luis el Gordo el establecimiento de los seis pares eclesiásticos. Luego que entraron en la iglesia, fue presentado el Príncipe al altar, y el Papa, dice un autor de aquel tiempo sin citar fiadores de

su asercion, le consagró con el aceite de que San Remigio habia usado para ungir al Rey Clodoveo en el bautismo, y que le habia recibido de la mano de un ángel (1).

23. El santo obispo de Magleburgo al dia siguiente presentó al Papa carta del Rey Lotario, en que le daba aviso de que en testimonio de su afecto al Pontífice legítimo, se preparaba á marchar contra los cismáticos de Italia; por lo que su Santidad pensó solo en dar fin al concilio para seguir al Rey de Germania, á quien Norberto debia tambien acompañar. Habia este santo arzobispo en los cinco años que llevaba de tan grave cargo demostrado su virtud por todos los medios posibles. Cuando recibió el obispado, encontró los negocios temporales de su iglesia en el mas triste descalabro, y le fue necesario poner remedio á un desórden que suponía otros muchos. Al punto mandó notificar á los que poseían las tierras de la iglesia que fundasen su derecho en títulos legítimos, ó que hiciesen una pronta restitucion. Estos usurpadores, la mayor parte de ellos poderosos, y algunos parientes de arzobispos que habian contribuido á sus usurpaciones, se ofendieron en gran manera de tal órden, y principalmente, segun decian, del tono imperioso que tomaba un hombre sin tropas, sin armas, y últimamente un miserable que habia llegado allí caballero sobre un asno. Opinaron que las injurias y amenazas les serian bastantes para defenderse, y que el prelado no osaria nunca llegar á la egecucion. Mas

(1) *Chron. Maurin.*

él pronunció escomunion contra ellos, y como los que permanecian un año escomulgados eran notados de infamia sin poder obtener audiencia en los tribunales, abandonaron antes de este término una gran parte de las tierras usurpadas, concibiendo un odio mortal contra el arzobispo.

Grangeóse tambien el resentimiento del clero; obligó á todos los que tenían los sagrados órdenes á guardar continencia ó á dejar sus beneficios. Procuraron desacreditarle con el pueblo: llenáronle de injurias, y atentaron muchas veces contra su vida. Mas la Providencia veló de un modo muy especial por la conservacion de la vida, y aun por el honor de un pastor tan útil á la Iglesia. No sirvió la calumnia sino para redoblar hácia él la estimacion y veneracion del Rey Lotario. Quiso este Príncipe absolutamente que Norberto le acompañase en su expedicion á Italia, y que hiciese en ella la funcion de canciller por falta del arzobispo de Colonia muerto poco antes.

24. Por mas que se acelerase el Pontífice Inocencio en pasar á Italia, juzgó no deber abandonar la Francia sin dar á San Bernardo una muestra honrosa de su reconocimiento, visitando el monasterio de Clavaival (1). No le convidaron allí como en otras abadías con regalos de caballos, mulas y ricos equipages; mas la sencillez en un todo evangélica, y la cordialidad religiosa con que le recibieron, lisongearon mucho mas á aquel religioso Pontífice. Salieron los monjes á recibirle vestidos pobremente, llevando una

(1) *Vit. S. Bérn. lib. 2. cap. 2.*

cruz de madera , cuya hechura no era mas fina que la materia , y espresando en el tono mismo de sus cánticos la humilde compuncion de que estaban penetrados. Quedó atónita toda la corte pontificia al ver la santa gravedad y el aire celestial que respiraban, por decirlo así , todos aquellos ángeles mortales ; y corrieron lágrimas abundantemente de los ojos de todos los prelados. Los monges que eran el objeto de tantas miradas , conservaban sin cesar sus ojos fijos en la tierra , sin que un motivo tan particular de escitar su curiosidad hiciese á ninguno de ellos alzarlos. Entrando los romanos en la iglesia y recorriendo la casa , hallaron en todas partes la imágen de la pobreza y lecciones mudas de todas las virtudes. En el refectorio , cuando trataron de comer , se sirvieron yerbas despreciables , legumbres mal sazonadas , con pan negro y algun pescado de los mas comunes para el Papa. Al ver esto los romanos, no volvian de su sorpresa y arrobamiento , sin dejar de comparar una vida tan pobre con la autoridad de aquel abad tan poderoso que hacia los Papas , aterraba á los Príncipes soberbios , subyugaba los pueblos , y regia los concilios y los imperios. Mas nada les admiró tanto como el ver la violencia que fue necesario emplear para arrancarle de su claustro , y los esfuerzos reiterados en vano para ponerle la mitra. Habíase negado el año anterior á recibir el obispado de Génova , y en aquel año de 1131 el de Chalons , sin que se pudiese tranquilizar hasta que hizo poner en él á Gofredo , abad de San Medardo de Soissons.

25. Obligáronle no obstante esta vez á acompañar al Papa á Italia para ayudarle con sus consejos ; y el santo arzobispo de Magdeburgo siguió al Rey Lotario. Reuniéronse en Roncalla en Lombardía ; desde allí el Pontífice se adelantó á Pisa , en donde encontró el fuego de la guerra vivamente encendido entre pisanos y genoveses , por lo que envió al punto á Génova al abad de Claraval para tratar la paz. Habia concedido Dios á Bernardo la gracia de vencer todos los obstáculos , y de hallar un feliz desenlace en las negociaciones mas desesperadas. Así nada hizo frente á su elocuencia poderosa , ó mas bien al espíritu divino que hablaba por su boca , y que arrastró los ánimos despues de los corazones. Encontró solo una contrariedad en esta ocasion en las nuevas instancias que le hicieron para que aceptase el obispado de Génova , porque entonces le costó mas trabajo que la primera vez el negarse. No obstante , ocurrió al Papa un medio mas fácil de satisfacer á los genoveses, elevando su iglesia á la dignidad de arzobispado. Y en efecto , para recompensar su docilidad , y establecer entre ellos y los pisanos una igualdad que cimentase la paz , Inocencio II confirió los derechos de metrópoli á la iglesia de Génova , como Urbano II los habia concedido á la de Pisa. Y porque la aplicacion que habia hecho Urbano de todos los obispados de la isla de Córcega á la metrópoli de Pisa , era el manantial de las contiendas y de la discordia entre dos ciudades poderosas , Inocencio recobró de la primera tres obispados de aquella isla , y los dió por sufra-

gáneos al arzobispado de Génova. Concluido este negocio, siguió el Papa su camino hácia Roma; el Rey Lotario le alcanzó á algunas millas de la ciudad, y entraron juntos en ella en primero de Mayo, acompañándolos con mucho honor el prefecto Thilando y muchos nobles romanos.

Observando el Antipapa cuán mal aspecto tomaban sus negocios, se retiró al castillo de Sant-Angelo con la esperanza de que las tropas alemanas no sostendrían largo tiempo las incomodidades del clima, ni tardarían en volver á tomar segun su costumbre el camino de su país. Intentó Anacleto para templar su primer ardor, divertir al Rey con palabras de paz y ofertas seductoras, hasta ofrecerle en seguridad rehenes y fortalezas (1). Empero pronto se persuadieron de que no procuraba mas que ganar tiempo, pues habiéndole tomado la palabra para evitar la efusion de sangre, fue retrasando de dia en dia la egecucion de sus promesas. Despues de mil inútiles advertencias, el Rey con los señores de su corte le condenó como reo de lesa magestad divina y humana.

El Pontífice Inocencio coronó á Lotario Emperador en 4 de Junio, no en la iglesia de San Pedro de que Anacleto se habia apoderado, sino en la de Letran en que habitaba el Pontífice, dándole al propio tiempo el usufructo de los dominios de la condesa Matilde: juró Lotario por su parte defender la Iglesia y conservar los bienes de San Pedro, empeño que en lo sucesivo han tomado los romanos por juramen-

(1) *Tom. 2. Spicil. pag. 430.*

to de fidelidad, y por una confesion hecha por el Emperador de ser feudatario de la santa Silla. Durante aquel tiempo, el Antipapa desde las torres y alturas que ocupaba, no dejaba de incomodar con sus máquinas á las gentes de Lotario sin permitir á los suyos arriesgarse en empeño alguno decisivo. Así aconteció lo mismo que se habia pensado: esto es, que el Emperador al cabo de siete semanas tuvo precision de abandonar á Roma, no solo sin haber echado de ella al Antipapa, mas tambien sin dejar un asilo fijo y seguro al Papa Inocencio que se vió obligado á volverse á Pisa.

26. San Norberto que seguia al Emperador, no tardó en regresar á su rebaño, emprendiendo de nuevo con fervor las funciones acostumbradas de la vigilancia y de la caridad pastoral. Mas debilitado despues de tanto tiempo por las austeridades de la penitencia, y del todo estenuado en su último viage por andar de continuo mudando de posicion y de modo de vivir, cayó, casi á su llegada, en una enfermedad que duró cuatro meses, y de la que murió en 6 de Junio de 1134, de cerca de cincuenta y cuatro años de edad, despues de haber gobernado ocho años la iglesia de Magdeburgo. No le canonizaron hasta dos siglos despues de su muerte, que lo hizo el Papa Gregorio XIII; y el Emperador Fernando II receloso despues de que tan preciosas reliquias fuesen profanadas por el luteranismo que habia abrazado Magdeburgo, las mandó trasladar á Praga, donde están en grande veneracion.

27. Abandonó tambien la Italia San Bernardo; mas no pudo gozar tan pronto de las dulzuras de la soledad, por las que suspiraba sin cesar. Conrado de Franconia, sobrino del Emperador Enrique V, se habia hecho coronar Rey, y ocasionaba movimientos que retardaban la estincion del cisma; y el santo abad se encargó tambien de negociar esta paz, concluida en efecto por su mediacion. La gloria de este feliz suceso le atrajo nuevos obstáculos. Habíase hecho la ciudad de Milan del partido de Conrado, y comprometido igualmente en el cisma de Anacleto; y el Papa Inocencio para remediar tantos males convocó un concilio en Pisa, al que llamaron á Bernardo inmediatamente, siéndole preciso emprender de nuevo el viage á Italia. Parecia que nada se podia hacer sin él en toda la estension de la Iglesia, y que el Sumo Pontífice habia depositado toda su autoridad en manos de aquel hombre que no poseía cosa alguna del mundo, y que no aspiraba á mas que á ser olvidado. Se le hacia asistir á todas las deliberaciones y á todos los juicios, y se le encargaban todas las comisiones de confianza. Se veia á los doctores y á los obispos esperar á su puerta por mas cuidado que tuviese el santo solitario de hacerse accesible; pero estaba agoviado con el peso de los negocios, y por la multitud de los que iban á tratar con él. La pena mayor para su sencilla modestia era verse reducido á hacer el papel propio del fausto y la opulencia.

Se vió obligado á ir hasta Milan, donde se ha-

bían formado las mas dulces esperanzas sobre el buen éxito de su mediacion entre Conrado y Lotario. Desde Pisa escribió cartas llenas de pruebas de benevolencia, pero esto no sirvió mas que para aumentar el deseo que tenian de verle allá en persona; y así despues del concilio le envió el Papa acompañado de dos cardenales, Guido de Pisa y Mateo de Albano. En presencia de estos dos ilustres prelados, de los cuales el segundo era un santo que en esta legacion acabó de agotar sus fuerzas con las austeridades añadidas á sus grandes trabajos, todos los homenajes fueron hechos á Bernardo, decorado solo con su virtud y que jamás los habia querido admitir. Los milaneses salieron á recibirle en tropas numerosas hasta siete millas de distancia: le besaban los pies por mas que hacia para impedirlo; le arrancaban el pelo de sus vestidos como reliquias; se apretaban delante y detrás de él haciendo vivas aclamaciones, y así le condujeron hasta su habitacion. Cuando llegó el caso de tratar el negocio que le llevaba, que era la reconciliacion de los milaneses con la Iglesia, á la primera propuesta que hizo, toda la ciudad se sometió con la mas perfecta unanimidad, y no hubo mas disputa que la que formaron entre sí sobre quién habia de ser el primero á dar pruebas efectivas de su docilidad.

Los milaneses pidieron humildemente que se le volviese á su ciudad la dignidad de metrópoli, que Inocencio les habia quitado en castigo de su cisma. Se les prometió hacer empeño para ello con el Padre

Santo, quien efectivamente se lo concedió; con lo cual la confianza en el santo abad no tenia ya límites: se le miraba como el depositario del poder divino igualmente que del humano, y así se le suplicó que libertase á una muger que le presentaron poseida del demonio siete años habia, y conocida de todos (1). El Santo se halló en una estraña perplegidad. Por una parte estaba confundido con la grande opinion que se tenia de él, y por otra temia engañar la confianza de aquel buen pueblo que le manifestaba todas las disposiciones á lo que el Todopoderoso ha prometido subordinar las leyes mismas de la naturaleza. Por último, se abandonó al Espíritu Santo, oró por la muger, y quedó inmediatamente libre. Los asistentes transportados de júbilo levantaron las manos al cielo, é hicieron resonar sus acciones de gracias; y habiéndose estendido la voz por la ciudad, y bien pronto por el campo, todo el pais se puso en movimiento: se juntaban de todas partes; corrian de las aldeas y ciudades inmediatas; no se hablaba sino del hombre de Dios, ni se hartaban de verle y oírle, apretándose para recibir su bendicion, ó á lo menos para tocar las estremidades de su vestido. La concurrencia del pueblo á su puerta era tan prodigiosa, que no pudiendo resistir á ella la debilidad de su cuerpo, le fue preciso mantenerse en su ventana para manifestarse y darles la bendicion. Le llevaron una multitud de energúmenos y enfermos de toda especie, atormentados de fiebres ardientes, paralíticos y cie-

(1) *Vit. lib. 2. cap. 2. num. 10.*

gos; y en presencia de una infinidad de testigos los curó á todos tocándolos ó haciendo sobre ellos la señal de la cruz.

En medio de tantas maravillas y aplausos, Bernardo, lejos de envanecerse, le confundia tener menos fe que aquel pueblo á quien atribuía solo el mérito de los beneficios celestiales, no reputándose él mas que por un instrumento despreciable; y así es como juzgó de sí mismo cuando los milaneses reconocidos llegaron á ofrecerle la silla episcopal de su ciudad, suplicándole con lágrimas en los ojos que añadiese al título justo de padre suyo el de pastor. Las instancias mas urgentes y mas reiteradas no pudieron jamás vencer una resistencia fundada en la opinion de su falta de dignidad, y así hizo elegir para aquella gran silla á Ribaldo, de quien creyó que la merecia mucho mejor que él mismo. El santo abad de Claraval entre otras conversaciones empeñó tanto á los milaneses á abrazar la perfeccion evangélica, que para satisfacerles tuvo precision de fundar en la inmediacion un monasterio de su orden que llamó Caraballo. Desde Milán pasó por orden del Papa á Pavia y á Cremona, á fin de pacificar toda la Lombardia; pero las victorias sin mezclas de amargura no son el patrimonio de los amigos de Dios, y así permitió que los cremoneses fuesen indóciles á todas las instancias de su siervo.

Después de esto se restituyó apresuradamente á Francia, y fue á reunirse á sus queridos hijos de Claraval, donde tuvo el consuelo de no hallar nada que

reprender despues de tantas ausencias, ni una contienda que terminar, ni una queja que recibir, ni el menor abuso que reformar ó castigar. Pero apenas habia estado un año entre ellos, se le sacó de nuevo, no obstante el impedimento en que se hallaba de la reedificacion de su monasterio, que no bastaba ya para la multitud de los que llegaban á consagrarse á Dios. Gofredo, obispo de Chartres, nombrado para la legacion de Aquitania, pidió y obtuvo que le acompañase el santo abad para trabajar con él en la reduccion de los cismáticos que desolaban todavía aquella provincia.

28. Guillelmo IX, duque de Aquitania y conde de Poitiers, arrastrado al cisma, era el único y digno apoyo de él al otro lado de los Alpes: era violento y disoluto; sin decencia en la conducta, y acaso menos en sus palabras, con que se divertia comunmente á espensas de la Religion; porque á los vicios groseros juntaba la manía de censurar, y los escesos de un bufon malvado: así habiendo hecho construir una casa en que habia muchas pequeñas habitaciones semejantes á las celdas monásticas, como se le preguntase la razon de un género de construccion entonces tan rara, respondió que pretendia fundar una abadía de mugeres de fácil acceso, y dispuso muchas damas que destinaba, segun decia, á egercer allí los principales oficios. Aunque contrajo un matrimonio muy conveniente y durante un corto tiempo muy de su gusto, despidió á su muger sin formalidad alguna, para casarse con otra que le gustaba mas. El

obispo de Poitiers donde él residia, que era entonces un santo prelado llamado Pedro, no pudo disimular tan grande escándalo; y despues de haber hecho uso de todos los medios, creyó deber escomulgar al duque. Empezaba á pronunciar el anatéma, cuando Guillelmo furioso se arrojó sobre él con la espada en la mano, diciéndole: *eres muerto si te atreves á proseguir* (1). El santo obispo fingiendo tener miedo, le pidió un momento para pensar lo que importaba mas: el duque se lo concedió, y el obispo acabó con valor el resto de la fórmula de escomunión; despues de lo cual alargando el cuello: *herid ahora*, le dijo; *pronto me teneis*. La admiracion que causó al duque desarmó su furor; y pasando á la ironía, *no te amo lo bastante*, le dijo, *para quererte enviar al cielo*: y se contentó con desterrarle.

Asegurado de la proteccion de este Principe, Gerardo de Angulema empleaba toda suerte de violencias para sostener el cisma. Poco contento con haber invadido la silla metropolitana de Burdeos sin dejar la suya, echó tambien de sus sillas al obispo de Poitiers y al de Limoges, y de su monasterio al abad de San Juan de los Angeles; pero los obispos de la provincia permanecieron constantes en la unidad, y no pudo hacer consagrar sus intrusos. Su resistencia le causó tanto despecho, que no pensó sino en hacerlos odiosos al duque. A fuerza de indignidades y vejaciones se les puso en la precision igualmente

(1) *Guillelm. Malmesh. de gest. Henric. I. lib. 5.*

que á sus canónigos de abandonar sus casas, y desterrarse á sí mismos.

Tales eran las circunstancias y el estado del cisma, cuando Bernardo puso mano á la obra de extinguirle. Habia ya escrito al duque de Aquitania en nombre de Hugo, duque de Borgoña, todo cuanto puede decirse de mas enérgico contra las facciones cismáticas, y para imprimir en él el terror de los juicios de Dios sobre los Príncipes que hacen servir para la perdicion de los pueblos el poder que Dios les ha confiado para contenerlos, ante todas cosas, en el camino de la salud (1). Tambien habia hecho un viage á Aquitania, donde Guillelmo no habia podido resistir á la virtud y elocuencia del Santo; pero despues de su partida el primer seductor del Príncipe le precipitó en la recaída.

Habiendo llegado por segunda vez Bernardo á Aquitania con Gofredo de Chartres y algunos otros prelados, suplicaron á varias personas de autoridad que se empeñasen con el duque á fin de que les concediese una audiencia; y tanto le suplicaron, ó por mejor decir, el que convierte á su voluntad los corazones mas inflexibles dispuso de tal modo de aquel Príncipe intratable, que consintió con mucho gusto en lo que se le proponia. En la conferencia que se tuvo en Paternai, el discurso del legado y de su santo cooperador hicieron tanta impresion en el ánimo del duque, que manifestó poca repugnancia en reconocer á Inocencio por verdadero Gefe de la Iglesia;

(1) *Epist.* 137.

pero añadió que los obispos de su obediencia le habian ofendido demasiado para poner mano en su restablecimiento.

Como se insistiese fuertemente de una parte y otra sobre este artículo, y la negociacion se alargase con riesgo de no conseguir el fin como la primera vez, Bernardo recurriendo á otras armas fue á celebrar misa seguido de todos los que habian asistido á la conferencia (1). El duque y los demás cismáticos se quedaron á la puerta de la iglesia: hecha la consagracion y dada la paz, Bernardo animado de un fuego celestial que brillaba en sus ojos y en su aspecto, tomó en la mano la patena con el cuerpo de nuestro Señor, bajó á la puerta del lugar santo, y dijo al duque con una voz terrible: „os hemos hablado, y vos habeis despreciado á los siervos de Dios: he aquí el Hijo de Dios mismo, Gefe y Señor de esta Iglesia que destruis: he aquí vuestro Juez, aquel Juez formidable á cuyo nombre toda potencia dobla la rodilla en la mansion de la inmortalidad, igualmente que entre los débiles mortales.” Al oír estas palabras todos los asistentes se deshacian en lágrimas, y temblaban esperando lo que sucederia. El duque cayó en tierra como si le hubiese herido un rayo; y habiéndole levantado sus gentes volvió á caer inmediatamente, y sin mirar ni oír á ninguno daba profundos suspiros, y su boca echaba espuma como la de un epiléptico. El siervo de Dios, acercándosele mas, le tocó ligeramente con el pie, mandándole

(1) *Vit. lib. 2. cap. 6.*



que se levantase y escuchase las órdenes del Señor. El duque se levantó, y el Santo dijo: „ved ahí el obispo de Poitiers que habeis arrojado de su iglesia; reconciliaos con vuestro pastor, satisfaced á Dios y á los hombres, y dad al Papa Inocencio la obediencia que le da toda la Iglesia.” Entonces el duque corre al encuentro del obispo, le da el beso de paz, y quiere él mismo llevarle á Poitiers, donde poco despues le restableció efectivamente en su silla con aplauso de toda la ciudad. Despues del tono de imperio, tomando Bernardo el language de la dulzura y de la ternura paternal, exhortó al duque á no provocar mas la venganza del cielo, y á perseverar en las buenas disposiciones en que le dejaba. Guillelmo en efecto permaneció firme en la unidad católica, y reparó con obras de grande edificacion los escándalos que habia dado.

29. Por el mismo tiempo casó á su hermana Matilde con el Príncipe Ramiro, que fue sacado de la abadía de San Pons, donde estaba de monge despues de cuarenta años, para subir en el de 1134 al trono de Aragon, vacante por la muerte de su hermano Alfonso I llamado el Batallador (\*). Ramiro

(\*) Alfonso el Batallador murió despues de la accion de Fraga ocurrida en 17 de Julio de 1134. Desde que ajustó las paces por la mediacion de los obispos con Alfonso Ramon, Rey de Castilla, Leon y Galicia, proseguia ensanchando los límites de su reino de Aragon á costa de los mahometanos fronterizos. Quitóles la fortísima ciudad de Mequinenza, y pasó á sitiar á Fraga en la campaña de 1133; pero si bien estrechó el cerco, y causó innumerables pérdidas á los moros, no pudo en aquel año

se casó aunque era sacerdote despues de haber obtenido la dispensa necesaria, como nos lo aseguran los historiadores españoles, y lo confirma la continuacion de su vida virtuosa. Luego que se vió con una hija que pudiese heredar sus estados, la casó, aunque no tenia mas que tres años, con Raimundo IV conde de Barcelona, que se hallaba en edad de gobernar: despues abdicó la corona, y volvió á tomar su primera profesion. En vano se le ofrecieron los obispados de Barcelona y Tarragona; pues tambien sacrificó la mitra despues de la corona, y acabó sus dias en el monasterio (\*).

30. En la misma provincia y por el propio tiem-

rendir tan fuerte baluarte. A principios de la campaña siguiente se juntaron contra Alfonso los Príncipes moros de Lérida, Valencia, Murcia y aun de las Andalucías, proponiéndose forzarle á alzar el sitio de Fraga. Marcharon hácia la ciudad con un poderoso ejército, y acometieron á los cristianos con indecible furor el 17 de Julio. Peleóse por ambas partes con el mayor encarnizamiento; pero venció la muchedumbre de los moros, y desbarataron de todo punto á los cristianos. Murieron en la accion muchos obispos, prelados y generales de gran mérito; el Rey se vió precisado en su fuga á empeñar nueva lucha junto á Sariñena, donde derrotado el pequeño número de gente que le seguia, quedó muerto en el campo. Fue Alfonso I de Aragon, justiciero, piadoso, y muy religioso en sus años maduros. Sucedióle su hermano Ramiro II, llamado el monge, despues de haber sido abad de Sahagun, y obispo electo, primero de Burgos, despues de Pamplona, y últimamente de Roda y Barbastro. La Navarra se separó entonces de Aragon, y nombró por su Rey propio á D. García Ramirez, nieto del Rey D. Sancho.

(\*) Los historiadores de Aragon han dejado pocas memorias del Rey D. Ramiro. Trátanlo algunos de rudo en las armas, y

pò, un señor del país llamado Ponce de Lavaza, dió un egeemplo no menos heroico que el sacrificio de un reino (1). Despues de haber sido por mucho tiempo el terror de las ciudades inmediatas y el azote de toda la provincia, fue de repente tocado del temor de los juicios de Dios en términos que resolvió hacer una penitencia tan pública como lo habían sido sus escándalos, y mudó al instante de vida y de conducta. Sus antiguos amigos aprobadores y cómplices de sus desórdenes, fueron á verle con admiracion, y les habló con un semblante tan amoroso que conquistó á seis de ellos para el mismo género de vida que él se proponía abrazar.

Resolvió por el pronto vender todos sus bienes para distribuirlos en piadosas liberalidades, satisfaciendo tambien todas las obligaciones de justicia antes de abandonarse á los movimientos de su ardiente caridad. Hizo publicar la venta que habia resuelto, y reunió en dia convenido á los compradores de todas condiciones; y como era muy rico, pronto se agotaron los bolsillos antes que fuese todo vendi-

sin las cualidades necesarias para reinar en paz y guerra. Pero lo primero es notoriamente falso, y de lo segundo no hay prueba alguna, á no ser que se tome por el mejor Rey el mas guerrero y conquistador. Se le atribuye tambien haber dado la muerte á quince caballeros por los consejos del abad de Tomer; mas carece absolutamente de fundamento semejante inculpacion. Hizo la cesion de su corona á favor de su hija Doña Petronila en el año 1137, á los tres de su reinado y cincuenta y tres de edad. Vivió todavia en su retiro hasta el de 1147.

(1) *Miscell. Baluz. 3. pag. 205.*

do entonces declaró que por lo que quedaba recibiria en pago grano, ganado y todo lo que pudiese servir á los usos de la vida, y despues hizo notificar á todos los que tuviesen de que quejarse de sus robos y de sus injusticias, que se presentasen en Peguerolles en los tres primeros dias de la semana santa que estaba próxima.

El domingo de Ramos habiendo pasado á Lodeva, esperó que la procesion llegase á la plaza pública donde habia hecho levantar un tablado para predicar desde él un sermón al pueblo. Entonces se hizo conducir Ponce á aquel sitio con una cuerda al cuello y las espaldas desnudas, sobre las cuales los que le acompañaban iban descargando por su orden recios golpes con varas. Luego que llegó al sitio del tablado en donde el clero habia tomado puesto, subió á él, se postró á los pies del obispo, le presentó un papel en que habia escrito todos sus pecados, y le rogó que le leyese en presencia de todo el pueblo. El obispo quiso dispensarle de esta vergüenza; pero el penitente hizo tantas instancias, que al cabo fue necesario hacer la lectura. Todo el tiempo que duró ésta, que fue largo, hizo que le azotasen de nuevo con las varas, pidiendo continuamente que apretasen las manos, y confesándose culpable de todas aquellas iniquidades. La edificacion fue tan grande entre los asistentes, que todos se deshacian en lágrimas; y muchos á quienes la vergüenza habia cerrado la boca en las confesiones secretas, hicieron á su egeemplo una generosa penitencia.

Al dia siguiente, término señalado para la reparacion de los daños que habia hecho Ponce, pasó éste á Peguerolles, y encontró un gran número de personas que esperaban restituciones de él. Cuando llegó, se postró á los pies de cada uno pidiéndole perdon; y despues les volvió en la misma especie lo que les habia tomado, dinero, efectos, ganado y frutos de toda clase, y ellos creyeron encontrar las mismas cosas que les habian faltado, de suerte que fue tan grande su júbilo como su admiracion; y el nombre de Ponce, que habia sido largo tiempo objeto de maldiciones públicas, fue pronunciado en adelante con entusiasmo. Como todo el mundo se volviese contento, y advirtiese Ponce que un aldeano no habia reclamado nada: „¿por qué, amigo mio, le preguntó, no me pides nada cuando ves que satisfago á todos? Yo, señor, respondió el aldeano, lejos de tener que reclamar contra vos, tengo muchos beneficios que agradecer, pues me habeis protegido siempre contra mis enemigos. ¿Y no te acuerdas, le dijo Ponce, de haber perdido en tal tiempo una noche todo tu rebaño? Pues yo fui quien te lo hice quitar.” El aldeano que apenas se acordaba de aquella pérdida, reparada mucho tiempo antes, no queria admitir el reintegro; pero Ponce le obligó á recibir otro rebaño.

Despues de esta obra de obligacion, distribuyó el resto de sus bienes á los pobres, y en la noche del jueves ó viernes santo salió con sus compañeros para una peregrinacion, no llevando cada uno mas

que un baston y un morral: primero fueron á San Guillen del Desierto, esto es, de Gellon; despues á Santiago de Galicia, volviéndose despues al monte de San Miguel, á San Martin de Tours, á San Marcial de Limoges, á San Leonardo en la misma provincia, y concluyendo su viage en Salvanés, lugar solitario de la diócesis de Lavaur, que les dió un señor llamado Arnaldo del Puente, el cual los recibió como ángeles bajados del cielo, pidiéndoles que escogiesen en su territorio, y diciéndoles sembrad, plantad, edificad donde mas os acomode; yo estoy contento con que rogueis por mí. Ellos eligieron el lugar mas áspero y mas inculto, todo herizado de abrojos y malezas, y construyeron en él miserables cabañas.

Hallándose el pais afligido de un hambre cruel, á pesar de su indigencia, proveyeron á la subsistencia de una infinidad de miserables, y los pobres corrieron de todas partes en número tan crecido, que aquellos tiernos solitarios viéndose ya sin medio alguno de socorrerlos, pensaron la mayor parte de ellos en huir, para no ver perecer los desgraciados á su vista; pero Ponce les dijo: „aquí hemos venido á combatir hasta el último suspiro, y no á ceder á los obstáculos: vendamos hasta las correas de nuestros zapatos para socorrer las necesidades de nuestros hermanos, y si es menester muramos tambien con ellos.” Habiendo llegado esta resolucion generosa á los oidos de Arnaldo del Puente, les envió en el momento trigo; y el Señor, ayudando su caridad de un modo mara-

viloso, hizo que aquellos granos insuficientes con mucho á la grande escasez, se multiplicasen de tal modo entre sus manos que fueron bastantes para mantener á todos los necesitados hasta la cosecha.

Su caridad y todas sus virtudes les atrajeron un gran número de compañeros, que formaron con Ponce el desigüo de abrazar alguna observancia regular. Tratóse desde luego de elegir entre el instituto de la Cartuja y el del Cistér, los mas perfectos de que tenían noticia, y para asegurarse fue Ponce á consultar á los cartujos; pero estos dignos religiosos fueron tan modestos, que le aconsejaron que se determinase por el Cistér, como efectivamente se verificó; y así es como aquel orden mas famoso de dia en dia adquirió en el año de 1136 la abadía de Salvanés, de que Ademaro, discípulo de Ponce de Lavaza, fue primer abad, pues él no quiso tener otra clase que la de hermano lego, teniéndose todavía por muy honrado en servir á los servidores de Jesucristo en los oficios mas bajos.

31. El cisma de Aquitania no quedó enteramente estinguido por la conversion del duque Guillelmo, pues Gerardo de Angulema persistió obstinadamente en él hasta la muerte; pero en su obstinacion repitió el ejemplo de la mayor parte de los seductores, y dió tambien una prueba formidable de la severidad de los juicios de Dios para con los hombres inicuos, tan diestros en sembrar el contagio, como poco dispuestos á repararle. Algun tiempo despues de la reunion de su provincia, se le encontró muerto en su

cama sin haber dado ninguna señal de penitencia. Sus sobrinos, á quienes habia enriquecido á espensas de la iglesia, le hicieron enterrar en sagrado; pero el legado Gofredo de Chartres le hizo desenterrar, y despojó tambien á sus sobrinos de las dignidades eclesiásticas de que los habia revestido aquel prelado, que sin la ambicion, la avaricia y el cisma en que sus pasiones desmascaradas por fin le habian precipitado, habria dejado despues de su muerte la reputacion de uno de los obispos mas grandes de su tiempo. Gofredo de Chartres dió en su legacion pruebas admirables de desinterés. Todo el tiempo que aquella duró, esto es, en los continuos viages que hizo por muchos años, vivía á sus espensas, y no recibió regalo alguno; llegando hasta tal extremo esta delicadeza, que habiéndole llevado un sacerdote un esturion, no le quiso recibir hasta que obligó al sacerdote á recibir confuso su precio.

32. San Bernardo, creyéndose por fin tranquilo en su claustro, volvió á emprender con gusto enteramente nuevo la composicion de aquellos piadosos y sabios escritos que le han merecido el título de padre de la Iglesia. Á ruegos de diferentes amigos del primer orden, habia trabajado ya sobre las obligaciones sublimes del obispado, sobre las materias de la gracia y del libre albedrío, y sobre la unidad de la Iglesia y los peligros del cisma. Sus respuestas á las cartas que se le dirigian de todas partes, eran además otros tantos luminosos tratados sobre las preguntas mas espinosas. Entonces compuso sobre el Cántico

de los Cánticos los sermones mas convenientes á sus religiosos , á los cuales hacia falta , como dijo él mismo , un alimento diferente del pan de los débiles. Despues hizo á los templarios , dignos entonces de sus cuidados y de sus elogios , aquella hermosa exhortacion que se tiene con justicia por uno de los monumentos mas respetables , y por la cual se puede valuar el juicio tan diferente y temerario de algunos censores modernos que se atreven á tratar de estravagancia la union de la vida militar con las observancias religiosas. Así sucede , que todos los panegiristas afectados de la antigüedad , vienen á ser comunmente sus primeros detractores.

No gozó San Bernardo dos años del retiro laborioso que era tan conforme á su gusto. En principios de 1137 le escribió el Papa que volviese otra vez á socorrer la Iglesia , y el santo abad no pudo dispensarse de hacer tercer viage á Italia. El Rey Lotario habia entrado en ella con fuerzas capaces por fin de hacer respetar su autoridad y la del Papa Inocencio. Esta espedicion no fue mas que un encadenamiento de victorias: atravesó como conquistador toda la Lombardia , la Romanía todavía sometida entonces al imperio , la Marca de Ancona y el ducado de Espoleto. De allí pasó á la Pulla , en la cual quitó casi todas las plazas al duque Rogero hecho Rey de Sicilia : sometió tambien á sus leyes el monasterio de Montecasino , que despues de la muerte del abad Seignoret , y la eleccion poco regular de Reinaldo su sucesor , habia manifestado mucha adhesion al partido del

Rey Rogero y de su Papa Anacleto. Pero al mismo tiempo que se ganaban con las armas las plazas y las provincias , se requeria por la fuerza de la persuasion triunfar de los corazones , y presentar la verdad con tal esplendor , que acabase de disipar todas las preocupaciones. Ninguno era mas á propósito para este género pacífico de victorias que el santo abad de Clavaival , y esta era la razon porque se le traía al medio de las prosperidades y de los triunfos militares.

Desde luego fue de parecer que cesasen por entonces las guerras y las conquistas , y despues de haberse informado cuidadosamente de las disposiciones de los principales cismáticos , conoció que la inquietud sobre su suerte venidera y el temor de verse despreciados , eran las únicas causas que los contenian. Manifestó mucho sentimiento por su situacion , les inspiró confianza , y obtuvo conferencias particulares con muchos de ellos , y en estas disipaba sin trabajo sus sospechas y respetos humanos , y con su elocuencia acostumbrada les hacia conocer que la felicidad y el verdadero honor no podian consistir en perpetuar facciones contrarias á las leyes del imperio y de la Iglesia. Este modo de proceder fue disminuyendo considerablemente el partido de Anacleto , que no hizo mas que arruinarse de dia en dia. Él mismo perdió tambien el ánimo al ver que sus propias pérdidas aumentaban el poder de Inocencio: carecia de dinero : su corte no era mas que una sombra de lo que habia sido : su mesa mal servida no tenia ya convidados : se veía abandonado por todas

partes de los oficiales; y los pocos que le quedaban, cargados de deudas y sin ningun crédito, llevaban la imágen de la miseria hasta en sus figuras estenuadas y sus sórdidos vestidos.

33. Bernardo, despues de conseguir tantas ventajas entre los cismáticos, fue enviado por el Papa al Rey Rogero su principal apoyo con los cardenales Agmeri y Gerardo (1). El Antipapa por su parte envió tambien tres cardenales de los suyos, entre los cuales iba el cardenal Pedro de Pisa, reputado por el orador mas elocuente y el canonista mas hábil de su siglo. Rogero no dudó de que un hombre tan sabio confundiria al santo abad de Claraval, á pesar de toda su celebridad entre los católicos; y con esta confianza hizo tener una conferencia pública en Salerno lugar de su residencia. Pedro de Pisa pronunció en ella un discurso en que despues de haber desplegado toda su elocuencia y su profundidad en los cánones, se esforzó en fundar la legitimidad de la eleccion de Anacleto. Bernardo respondió: „¿quién duda de que sois un escelente orador? ¡Pluguiese á Dios que defendieseis una causa digna de vuestra elocuencia! Por lo que hace á nos, mas acostumbrados á manejar la hazada que á hacer arengas, guardaríamos profundo silencio si el interés de la Iglesia no nos instase á hablar. Una es esta Iglesia, así como no hubo mas que un arca, fuera de la cual todo pereció por el diluvio. Ahora pues, la Francia, la Germania, la España, la Inglaterra, los mas dignos hi-

(1) *Vit. lib. 2. cap. 2.*

jos de Dios, todo el oriente igualmente que el occidente, los camaldulenses, los cartujos, los religiosos de Cluny, de Grandmont, de Premostre y del Cister, están unidos en la comunión de Inocencio como al arca de la salud. ¡No quiera Dios que todos estos hijos de los santos con los sucesores de los Apóstoles que se les han dado por guías en las personas de los obispos, sean confundidos en el abismo eterno, y que el cielo no se abra sino á la codicia de Pedro de Leon, y al único Principe que ha logrado hacer su cómplice.”

Acercándose despues Bernardo á su antagonista, y tomándole por la mano, le dijo en aquellos términos que tantas veces triunfaron de los corazones: „creedme, no resistais al Espíritu de Dios, y entrad con nosotros en el arca de la salud.” Estas palabras subyugaron al instante al altivo orador, y Pedro de Pisa abandonó á los cismáticos, y fue á reconciliarse con el Papa Inocencio. El Rey Rogero quedó con esto consternado; pero las razones de estado mas fuertes entonces en su corazon que las de la Religion, limitaron á esta momentánea emocion los efectos de tan grande egeemplo, como tambien los de un milagro ruidoso que San Bernardo hizo en la ocasion misma. Además de su titulo de Rey que Rogero tenia solo de Anacleto, habia usurpado los patrimonios de la santa Silla cerca de Benevento y de Monte-Casino, y esperaba tiempo oportuno para negociar la conservación de ellos.

34. Las victorias de Lotario en Italia fueron tan

ruidosas, que llegó la fama inmediatamente á Constantinopla; y con este motivo recibió una embajada magnífica con las felicitaciones del Emperador Comneno, que habia sucedido á su padre Alejo. Habia entre los embajadores un hombre que se tenia por filósofo, y que se puso á declamar contra la santa Silla y toda la iglesia del occidente. Poco contento con censurar á los latinos porque sus prelados llevaban la púrpura é iban á la guerra, y que el Papa era mas bien un Emperador que un obispo, los trató de azimitas y de corruptores de los sagrados simbolos. Pedro, diácono, emprendió responderle, y el Emperador Lotario los hizo disputar en su presencia. Se ignora cual fue el fruto de esta conferencia; pero se presume que ella dió motivo á esperanzas muy bien fundadas para enviar á los griegos algunos doctores que acabasen de despreocuparlos en esta materia. En esta ocasion se refiere el viage de Anselmo, obispo de Havelberg, que salió como embajador de Lotario para Constantinopla.

Ganó allí los corazones con su dulzura, afabilidad y modestia; y la estimacion universal con su capacidad (1). Compadecease frecuentemente de las preocupaciones y mala inteligencia, que exasperando á los orientales contra los latinos, los separaban del camino de la salud. El Emperador Juan Comneno, movido por sus razones ó picado de emulacion por la gloria de la iglesia griega, tomó el partido de hacer tener sobre este asunto conferencias con

(1) *Prolog. tom. 13. Spicil. pag. 38.*

mucho aparato. Habia entonces en Constantinopla una compañía de doce sabios llamados maestros por esce-lencia, que gobernaban todos los estudios, y eran los árbitros de las controversias en toda clase de materias, presididos siempre por Nechites ó Nicetas, arzobispo de Nicomedia, el mas famoso entre ellos. Este fue el que el Emperador hizo entrar en la lid contra Anselmo de Havelberg. Todos los hombres sabios y científicos mas famosos de la Grecia, y los de mas consideracion entre los latinos que se hallaban en Constantinopla, en especial venecianos, genoveses y pisanos, asistieron á las dos conferencias que se tuvieron una en la iglesia de Santa Irene, sobre la procesion del Espiritu Santo, y otra en Santa Sofía, sobre la primacia del Papa y los panes ázimos.

Los dos prelados espusieron allí lo mas fuerte que se podia objetar de una parte y otra; pero sin acrimonia, sin altivéz y con una modestia y moderacion de que jamás se ha visto mas hermoso ejemplo en disputas de esta naturaleza. Los latinos reconocieron que Nicetas, amigo sincero de la verdad, no tenia en vano el título de sabio. No se acaloró sino cuando habló del poder arbitrario de los Papas, segun él se le figuraba, y de su dominacion imperiosa sobre los otros obispos á quienes despojaba, decia él, de su cualidad de jueces en materias de religion, y del carácter divino de primeros hijos de la Iglesia, para no hacer de ellos mas que viles y mudos esclavos. Anselmo respondió á esto con la dulzura que le era natural, diciendo: „si conocieseis

como yo la piedad de la iglesia romana, su rectitud y equidad, su caridad sin límites, su sabiduría, y sobre todo su exactitud en el exámen de las causas eclesiásticas y la libertad del voto en los juicios, lejos de hablar así, os someteriais con empeño á su obediencia." Nicetas volvió sobre sí, y reconoció que las preocupaciones de la Grecia formaban el mayor obstáculo á su reunion: „esta dificultad, añadió, me parece terrible; para superarla seria necesario juntar un concilio general de las dos iglesias por la autoridad del Papa, y de consentimiento de los Emperadores." Convino en lo mismo Anselmo, y los asistentes espresaron su voto con sus aclamaciones; pero este proyecto no tuvo egecucion hasta mucho tiempo despues.

36. Roberto ó Ruperto, segun la pronunciacion alemana, abad de Duits junto á Colonia, sostuvo tambien con su doctrina la gloria de la iglesia germánica; y se adquirió, especialmente con su tratado de los officios ú obligaciones del cristiano, la mayor celebridad. En sus tratados teológicos y sus comentarios sobre la Escritura, se vé hasta qué extremo de fervor habia llegado el método escolástico. Se censura á Ruperto por haber dicho que la sustancia de pan y de vino no se muda mas en la Eucaristia que la sustancia del Verbo en la Encarnación. Pero si el espíritu de sistema le hizo usar de una analogía mal vista ó mal presentada, este piadoso escritor, uno de los católicos mas famosos de su tiempo, que por sus virtudes ha sido contado por algunos au-

tores en el número de los santos, se esplica él mismo en otras mil partes del modo mas ortodoxo y mas exacto. En sus cartas particularmente, despues de haber repetido que no se mudan las substancias de pan y vino, añade; *en quanto á las especies visibles*. Y despues concluye en estos términos: „creemos sobre la palabra del Salvador lo que no vemos, esto es, que el pan y el vino se han convertido en la verdadera sustancia de su cuerpo y de su sangre (1).”

36. El Emperador Lotario, viendo que ya no habia mas enemigos que temer en Roma, donde el Antipapa temblando, y retirado en sitios aislados se iba acabando de consumir con los restos de su faccion, se acercó con el Pontífice legítimo, que no tardó á entrar en ella; y despues de haber encargado la defensa de la santa Silla á Rainulfo, á quien habia hecho duque de Pulla, cuya eleccion justificó con una gran victoria ganada al duque Rogero, se volvió á Alemania. Se dice que habia llegado á una edad de cerca de cien años, que cayó enfermo en Trento, y que queriendo continuar su camino murió como habia vivido, manifestando siempre grandes muestras de piedad, en una aldea á la entrada de los Alpes en la noche del 3 ó 4 de Diciembre de 1137.

37. Se hacia acompañar á todas partes de eclesiásticos y personas piadosas para aprovecharse de sus consejos y de sus egemplos: velaba mucho, dice un autor del tiempo (2): estaba frecuentemente en ora-

(1) *Epist. ad Curon. ante Evang. Joan.* (2) *Chron. Cass. l. 4. c. 3.*



cion, y en ella derramaba torrentes de lágrimas: era mirado como el padre de los pobres y el protector de los desgraciados. El género de vida que se le vió seguir constantemente durante su expedicion de Italia, es este: al amanecer oía una misa por los difuntos, despues otra por el egército, y por último la misa del dia: hecho esto, con la Emperatriz Richilda ó Richema lavaba los pies á cierto número de huérfanos y les distribuía su alimento: despues oía las quejas de las iglesias, y se entregaba, concluido todo, á los negocios del imperio. Como todos los Emperadores virtuosos y mas dignos del trono, se manifestó inviolablemente adherido á la santa Silla. Para sucederle eligieron en 13 de Marzo del año siguiente á Conrado III, duque de Franconia, nieto del Emperador Enrique IV por su madre Inés.

38. En el mismo año el Rey Luis el Gordo dió á los franceses el mismo espectáculo de edificacion (1). Habiendo caido enfermo volviendo de una expedicion de Turena, hizo juntarse obispos, abades y otros muchos sacerdotes, y despues pidió los últimos socorros de la Iglesia. Cuando supo que se acercaba la santa Eucaristia, se levantó con grande admiracion de todos, y salió al encuentro del cuerpo de nuestro Señor. Allí en presencia de una multitud de asistentes clérigos y legos, confesó que habia cometido muchos pecados en el gobierno de sus dominios; despues dió la investidura á su hijo Luis, haciéndole prometer que protegeria la Iglesia y los pobres, conservaria á

(1) *Suger. vit. Lud. pag. 319.*

cada uno sus propiedades y sus derechos, y no haria arrestar á persona alguna de su corte que no hubiese cometido algun crimen. Mandó distribuir á los pobres sus vestidos y todos sus muebles, á escepcion de su oratorio, que destinaba á la abadía de San Dionisio. Luego se puso de rodillas delante del santo Viático, que le habian llevado en procesion, é hizo profesion de fe, y en ella insistió especialmente sobre la santa Eucaristia. „Creo firmemente, dijo, que este es el mismo cuerpo que nuestro Redentor tomó de la Virgen, y dió á sus discípulos para permanecer con ellos: que esta sangre sagrada es la misma que corrió por la cruz; es el Viático adorable con que deseo fervorosamente ser fortificado contra los peligros de la muerte.” Confesó despues sus pecados, recibió con una tierna devocion el cuerpo y sangre del Salvador, y pareciéndole sentirse mejor, se volvió sin que nadie le ayudase á su cuarto.

Habiendo vuelto á continuar su camino, los pueblos de quienes era adorado corrian por todas partes á verle pasar dejando sus arados, abandonando sus rebaños, llenándole de bendiciones, y recomendándole al Señor con lágrimas y sollozos. Él mismo no pudo contener las suyas, y dando gracias á aquellas buenas gentes con una familiaridad paternal, las pidió que continuasen en sus plegarias. Llegó por fin á San Dionisio, y su primer cuidado fue ir á dar gracias á Dios y á los santos mártires, postrado delante de las reliquias, junto á las cuales habia deseado ardientemente morir. Aquí recibió enviados de

Guillermo, duque de Aquitania, quien despues de una larga continuacion de obras de penitencia habia muerto en Compostela delante del altar de Santiago, el viernes santo 9 de Abril de aquel año de 1137. Guillermo al salir para esta última peregrinacion habia ordenado que fuesen á recomendar su hija Leonor al Rey como á un padre, y suplicarle que dispusiese de ella con sus estados, casándola segun su nacimiento. El Rey prometió darla por esposo á Luis su hijo mayor, á quien hizo marchar inmediatamente á Aquitania. Entretanto recayó enfermo en París, donde apenas habia llegado de San Dionisio, y en poco tiempo se vió reducido á la estremidad. Se confesó de nuevo con su confesor ordinario Hilduino, abad de San Viotor, cuyo monasterio habia reedificado desde los cimientos. Tambien volvió á recibir el Viático, y quiso ser llevado otra vez á San Dionisio para tomar allí el hábito monástico; pero la enfermedad no le dió tiempo. Habiendo hecho tender una alfombra en el suelo, y poner encima ceniza en forma de cruz, se echó sobre ella con señales de contricion: se persignó devotamente, y hecho esto murió en primero de Agosto. Luis el Joven, llamado así para distinguirlo de su padre, tenia diez años de edad, y tomó inmediatamente el gobierno del reino.

Enrique I Rey de Inglaterra habia muerto cerca de año y medio antes, ó en 2 de Diciembre de 1135. Recibió los sacramentos de penitencia y Eucaristía, dice Hugo arzobispo de Ruan escribiendo al Papa,

despues de haber hecho propósito firme de enmendar su vida, y mandado que se pagasen sus deudas, y se diese el resto de su tesoro á los pobres. Era hijo de Guillermo el Conquistador, cuya sucesion masculina se estinguió en él, por lo que no dió mas que tres Monarcas á la Inglaterra conquistada con tanta gloria. Enrique tenia una hija llamada Matilde, casada con Gofredo Plantagenet, conde de Anjou, que debia heredar el reino; pero se anticipó su primohermano Estévan de Boloña, que se hizo coronar en 26 del mes en que murió Enrique.

39. Por último, en 7 de Enero de 1138 murió en Roma Pedro de Leon, despues de haber llevado cerca de ocho años solo el nombre de Papa Anacleto, poniendo su muerte fin á aquel largo y funesto cisma. Sin embargo, los cardenales de su partido volvieron á elegir Papa en la persona de Gregorio, cardenal presbítero, á quien llamaron Víctor; pero solo con la mira de ganarse tiempo y proporcionarse una reconciliacion ventajosa. Al cabo de dos meses, el supuesto Papa fue de noche á buscar á San Bernardo, quien le hizo quitar la mitra y la capa, le llevó á los pies del Papa Inocencio, y logró que le recibiese en su gracia. Todos los cismáticos se apresuraron á seguir su ejemplo, y en poco tiempo se volvió á ver florecer por todas partes el orden y la felicidad pública.

El santo abad trató de huir cuanto antes de su triunfo. A los cinco dias despues de la sumision del cardenal Gregorio, salió de Roma donde todo reso-

naba con la gloria de su nombre; y conducido por el clero, por el pueblo y por toda la nobleza, volvió á tomar el camino de Claraval, adonde llevó diferentes reliquias como una gran riqueza. Si dejó algo con sentimiento en Italia fue principalmente á Baldnio, el primero de los monges del Cistér que fue hecho cardenal, y nombrado para arzobispo de Pisa su patria. En medio de tantos y tan penosos trabajos habia sido el mas dulce consuelo de San Bernardo, á quien honró tanto que sin embargo de ser cardenal no se desdeñaba de servirle de secretario.

40. El Papa Inocencio, viéndose tranquilo en Roma, convocó en ella un gran concilio que se celebró en 8 de Abril de 1139, y se cuenta por el segundo de Letran y décimo ecuménico (1). Halláronse en él hasta mil obispos, y á lo menos otros tantos abades; y entre estos millares de prelados, dice un autor de aquel tiempo, pareció Inocencio el mas respetable, tanto por el aire de magestad que resplandecía sobre su rostro, como por los oráculos que salían de su boca (2). Este mismo autor dice tambien, que pronunció un discurso en que comparando aquel Pontífice á los feudos dados por los Príncipes la concesion que él hacia de las dignidades eclesiásticas, manifiesta bien que aun los hombres de un talento superior se preservan con dificultad de los errores acreditados en su tiempo en el siglo. El objeto principal del concilio fue el de confirmar la estincion del cisma que quedó anatematizado con el resto de

(1) *Tom. 10. Concilior. pag. 999.* (2) *Chron. Maurin.*

los cómplices de un modo unánime y definitivo; despues de lo cual se confirmaron los cánones de disciplina establecidos en otros concilios precedentes, y en particular en el que Inocencio habia tenido en Rems en el año de 1131: se prohibió además á los legos retener los diezmos eclesiásticos cualesquiera que fuesen las personas, obispos ó Príncipes, de quienes los hubiese recibido; y á los canónigos arrogarse esclusivamente, como empezaban á hacerlo, las elecciones episcopales, y escluir de ellas á los religiosos, los curas y el resto del pueblo.

41. Se condena tambien á los nuevos maniqueos que desechaban los santos sacramentos, y despues los errores de Arnaldo de Brescia; pero en general y sin nombrarle todavía. Este declamador herege, pero envanecido con su talento para la sutileza y detraction, con aplicaciones malignas de la santa Escritura y una elocuencia entusiasta, animaba á las gentes del pueblo contra el clero, é introducía por todas partes la turbulencia en su patria. Se sospechaba de él que pensaba mal del Sacramento del altar y del bautismo de los niños; pero no se podia dudar de su atrevimiento en querer trastornar con todo su poder el orden gerárquico. Aseguraba altamente y sin ambigüedad, que no podían salvarse los clérigos y los monges que poseían bienes en propiedad; y que aun los obispos debían vivir de las ofrendas voluntarias, sin tomar de ellas mas que lo necesario para una vida frugal y penitente. Despues de haber estudiado largo tiempo en Francia, principalmente bajo de Abe-

lardo, otro genio mas sutil que sólido, y maestro digno de un tal discípulo, se volvió á su pais donde se puso un hábito religioso para hacer escuchar mejor las invectivas que no dejaba de vomitar contra los mas grandes prelados sin perdonar al Papa. Por último, fue echado de Brescia, donde hizo muchos partidarios, y se refugió á la Suiza donde hizo muchos mas.

42. Apenas se habia terminado el concilio de Letran, Rogero que habia sido escomulgado en él espresamente, volvió de Sicilia á la Pulla, cuyas ciudades sometió con la misma rapidéz con que se las habian quitado. El Papa reunió las tropas que pudo para oponerse á sus progresos, y se adelantó hasta Monte-Casino. Sin embargo, se habló de paz, y se enviaron parlamentarios de una parte y otra; pero al mismo tiempo el hijo del Rey de Sicilia se metió detrás de las montañas con mil caballos, sorprendió al Papa, le hizo prisionero, y le presentó á su padre. Si el Pontífice tuvo razon para quejarse de esta infraccion de la fe pública, tambien la habia para censurarle un rigor inoportuno en haber faltado el primero á la palabra, confundiendo con los cismáticos obstinados á Pedro de Pisa, que por la mediacion de San Bernardo habia vuelto á entrar en el seno de la unidad con tanta edificacion, y á quien Inocencio habia prometido mantener con honor en su dignidad. No obstante, Rogero contento con los sólidos efectos de su triunfo, se humilló él mismo delante de su cautivo, y postrado á sus pies le pi-

dió la paz y perdon. El Papa se la concedió de buena voluntad, y aun pareció conocer la justicia, ó por lo menos la voluntad de Dios en una desgracia que tenia tan feliz desenlace. Esta paz fue jurada el dia de Santiago 25 de Julio, y el Papa hizo espedir inmediatamente su bula, en la que sin decir una palabra de la concesion de Anacleto, concede á Rogero el reino de Sicilia, el ducado de Pulla á uno de sus hijos, y al otro el principado de Calabria con la obligacion de rendir vasallage á la santa Silla bajo el censo anual de seiscientos schifates.

43. Habiendo vuelto el Papa á Roma, recibió á San Malaquías, obispo de Duna en Irlanda, hombre verdaderamente apostólico y digno representante de aquellos venerables varones que habian adquirido en otro tiempo para las islas Británicas el título de tierra de los santos. Despues de haber hecho sus estudios en la ciudad de Armac, se habia puesto bajo la direccion de un hombre santo llamado Imario, haciendo á su egemplo una vida austera. El arzobispo Celso le obligó, á pesar de su resistencia, á recibir el orden de diácono, despues el de sacerdote aun antes de la edad observada por los antiguos cánones; á saber, la de veinticinco años para el diaconado y treinta para el sacerdocio. Habiéndole hecho inmediatamente el arzobispo su vicario, Malaquías se aplicó cuidadosamente á instruir á aquellos pueblos ignorantes y bárbaros, y restableció entre ellos la magestad del culto purificado de toda supersticion, el uso de los sacramentos, y las reglas

cristianas del matrimonio, é hizo enteramente mudar de semblante á aquella iglesia. Reedificó el antiguo monasterio de Bancor tan famoso en el tiempo de San Columbano, pero arruinado despues por los piratas y convertido en guarida de animales peligrosos. Habiendo vacado la silla episcopal de Conneret separada entonces de Duna, Malaquíás fue elegido á su pesar, teniendo solo cerca de treinta años, y obligado á aceptarla por orden de su metropolitano. No se puede imaginar lo que tuvo que sufrir con aquel pueblo: aquellos hijos de los santos, habian degenerado enteramente y no conservaban de la Religion cristiana mas que el nombre: en lo demás eran salvages mas parecidos en sus obras á brutos que á cristianos, y aun que á hombres. No perdió por esto el ánimo su santo pastor: exhortó en público y en particular, visitó la diócesis, pasó noches enteras en orar, y sufrió fatigas y penas increíbles, insultos y malos tratamientos, hasta que por fin venció la dureza de aquel pueblo haciéndole someterse de nuevo al yugo del Evangelio.

Apenas recogia el fruto de tantos trabajos, quando su arzobispo atacado de la enfermedad de que murió, le designó para sucesor suyo, y mandó elegirle por la autoridad de San Patricio, á la cual en Irlanda nadie se atrevia á resistir; y fue en efecto ordenado arzobispo de Armac, donde tuvo aun mas que trabajar y sufrir que en Conneret. No lo aceptó sino por la esperanza del martirio, segun se esplicó él mismo, y con condicion de que si sus trabajos

tenian un éxito mas feliz para aquella segunda iglesia, se le habia de permitir volverse á su primera silla. En el espacio de tres años restableció la paz, la disciplina y las costumbres en la diócesis de Armac y en toda la Ultonia, adonde habian llegado los desórdenes de esta iglesia madre. Habia mas de doscientos años, que por una costumbre que tenia fuerza de ley, no se sufría en Armac arzobispo que no fuese de cierta familia. Si no se encontraban clérigos de esta parentela, se entregaba el arzobispado á legos casados, y se contaban ya ocho de estos, que sin ningun carácter eclesiástico le habian poseido así antes de Celso. Este largo escándalo habia causado en una gran parte de Irlanda una relajacion que se diferenciaba poco de una estincion total de la Religion. Despues de haber remediado Malaquíás tantos males, dejó la silla metropolitana segun la condicion con que la habia aceptado, colocó en ella por consentimiento del pueblo y del clero á un sugeto experimentado llamado Gelasio, y se volvió á su antigua diócesis.

Entonces fue quando con este motivo pasó á Roma á fin de asegurar su conducta, dice el ilustre autor de su vida, haciéndola aprobar por la Silla apostólica (1). De allí fue y volvió á Claraval, trabó estrecha amistad con el santo abad que gobernaba tan religiosamente aquel monasterio, y manifestó los mas vivos deseos de acabar en él sus dias; pero jamás pudo conseguir permiso para ello del Papa, porque le

(1) Bern. Opusc. 12. cap. 15.

ereía muy necesario en Irlanda. Para desquitarse cuanto le fuese posible, envió muchos de sus discípulos á aquella escuela de virtud para aprender en ella sus instituciones, y dos años despues fundó en la diócesi de Armac, bajo la misma observancia, la abadía de Millefond, que produjo bien pronto otras cinco. Habiéndole hecho el Papa legado suyo en Irlanda, restableció por todas partes las tradiciones y las antiguas reglas que estaban casi abolidas. Sus virtudes sostenidas con el don de los milagros, hacian recibir como si viesiese del cielo todo lo que él mandaba; y esto se procuraba tener por escrito, y se conservaba preciosamente su memoria. Jamás tuvo nada propio, ni aun permitió que se le señalase dotacion alguna particular para la mesa episcopal: vivia con la sencillez del mas pobre religioso, y aunque era legado, hacia sus visitas á pie. Algunos años despues de su primer viage á Roma, volviendo á esta ciudad para recibir el palio de mano del Papa, murió en Claraval el dia de la conmemoracion de los difuntos, como él habia predicho y deseado por mucho tiempo, con la mas viva confianza en los socorros particulares que los difuntos reciben aquel dia.

44. San Bernardo tuvo relaciones bien diferentes con Pedro Abelardo, nacido en las estremidades de la Francia cerca de Nantes en Bretaña, y lastimosamente célebre en el centro del reino por el brillo y frivolidad de sus talentos, por el extraño uso que hizo de ellos, por el castigo no menos extraño que se le hizo padecer, y en fin por la presuncion turbu-

lenta con que procuró encubrir tanta ignominia é irrisión. Nos guardaremos bien de presentar las individualidades novelescas y sucias de sus primeros años, en que no solo no debe ocuparse una pluma consagrada á la Iglesia, pero ni aun otro algun escritor honrado y juicioso. ¿Qué nos importan el corruptor y raptor de su propia educanda, el celibatario forzado y apasionado siempre, ni aun el dialéctico hinchado con los vanos triunfos de su habilidad sofisticada, entregado á su manía por la novedad y lo extraordinario en todo género? Él no puede llamar la atención sino por sus errores ó sus aserciones inauditas en materia de fe, ni debe fijar nuestras miradas sino por la penitencia á que el exceso de sus humillaciones pareció conducirle sinceramente al fin de sus dias. Solo á los cínicos de nuestro siglo corresponde disfrazar este libertino pueril en personage de importancia.

Habian pasado ya diez años desde que fue condenado en un concilio reunido en Soissons, cuando olvidando esta infamia canónica sobre otras tachas contra la sociedad, y empezando á desfigurar nuestros misterios con las ideas extravagantes de su dialéctica, fue amonestado caritativamente por el docto y santo abad de Claraval. Prometió por el pronto retractarse, pero su presuncion poco comun, y el recuerdo de sus antiguas victorias en la disputa, hicieron que no tardase en olvidar aquella resolucion. Habiendo sabido que Bernardo habia tenido una viva contienda con el arzobispo de Sens, se ofreció á justificar su propia

doctrina en un concilio que debia celebrarse en aquella ciudad, é hizo que se convocase á él al santo abad, á quien por otra parte se intimó que se presentase cuanto antes. No necesitaba tanto la vanidad de Abelardo para triunfar anticipadamente con el enjambre de admiradores que acostumbraba llevar tras de sí. El concilio se celebró en 2 de Junio de 1140, y la asamblea anunciada con afectacion por los partidarios y discípulos del novador, no fue menos numerosa que augusta. Además de los prelados de las provincias de Sens y de Rems, asistió á ella el Rey Luis el jóven, con los condes de Champaña y de Nevers, y una infinidad de curiosos de todas clases atraidos á la disputa como á una funcion de teatro.

El éxito no estuvo mucho tiempo dudoso. Habiendo leído Bernardo en alta voz las proposiciones erróneas extractadas de las obras de Abelardo, dijo á este que si las confesaba por suyas las probase ó las corrigiese. Al oír esto, todo el orgullo dialéctico cayó en tierra: el espíritu, la memoria, y hasta la misma palabra le faltaron en un mismo instante; y despues confesó á sus amigos que todas las potencias de su alma se habian hallado como encadenadas. Apenas pudo tartamudeando apelar al Papa, é inmediatamente despues se retiró confuso, seguido de sus partidarios igualmente aturdidos. Su apelacion no era canónica, supuesto que los jueces eran de su eleccion: sin embargo, por deferencia á la santa Silla, los padres se abstuvieron de sentenciar sobre la persona de Abelardo; pero haciéndose la condenacion

de su doctrina mucho mas urgente por el peligro de la seduccion, condenaron sus proposiciones despues de haberse convencido por la tradicion de los santos doctores, de que eran falsas y aun heréticas. Asi es como se espresa la carta sinodal que los obispos encargaron á San Bernardo que estendiese, á fin de obtener del Papa la confirmacion de su sentencia (1).

Entanto Abelardo tomó el camino de Roma con el designio de seguir su apelacion: al pasar por Cluny se encontró con Renaldo, abad del Cister, hombre de una virtud que le ha hecho poner en el número de los santos canonizados de su orden; y éste de convenio con Pedro el venerable, dotado como él del espíritu de paz y del don de persuadir, persuadió á Abelardo á reconciliarse con el abad de Clavaival. Se ignora á qué clase de retractacion ó esplicacion se sometió; pero se sabe que fue suficiente la desaprobacion que hizo de sus errores, supuesto que con ella quedó satisfecho aquel piadoso y santo abad. Durante esta negociacion, confirmando el Papa las decisiones del concilio de Sens, condenó no solo los errores, sino tambien la persona de Abelardo, y aun se le confundió con Arnaldo de Brescia, mandándoles arrestar á uno y otro como hereges, y encerrarlos separadamente en un monasterio. Esta noticia fue para él como un rayo, aunque al mismo tiempo un medio de salvacion. Disgustado de la gloria del mundo que paraba en tales oprobios, le renunció sinceramente, y se fijó hasta la muerte en el puerto, adon-

(1) *Bern. Epist.* 337.

de la Providencia le habia conducido. En él no hizo mas que irse aniquilando en los dos años que todavía vivió; pero á todo el mundo persuadió con su fervor, y especialmente con su docilidad y modestia, que si el disgusto habia sido la causa de su penitencia, la gracia era ya el fundamento sólido de ella.

45. El venerable abad de Cluny no se desdeñó de avisar la muerte de Abelardo, y de enviar su epitafio lleno de elogios á la muy célebre Heloisa, víctima ciega de la seducción y de todos los caprichos del que la pervirtió (1). A persuasion del dueño despótico de sus gustos y de todas sus facultades, se habia entrado religiosa en Argenteuil, donde sus talentos la elevaron bien pronto al cargo de priora; pero llena totalmente todavía de sus penas y de sus vergonzosos amores, aquella conductora de vírgenes sagradas se halló poco apta para dirigir las en la práctica de la virtud mas esencial á su estado. La irregularidad de su conducta, sin que haya necesidad de dar otra causa, hizo que se las echase de Argenteuil para poner allí monges de San Dionisio. Heloisa con muchas de sus discípulas se retiró á la casa de Paraceto que Abelardo habia establecido en la diócesi de Troyes, y que en lo sucesivo se hizo una abadía considerable. Allí fue donde curada en el fondo, pero siempre resentida del veneno que habia abrigado largo tiempo con complacencia á pesar de su consagracion, recibió la noticia de la muerte de Abelardo, cuyo cuerpo hizo llevar y enterrar en su nuevo retiro. Ella

(1) *Petr. Ven. lib. 4. Epist. 21.*

murió veinte años despues, y quiso ser enterrada en el mismo sepulcro.

46. Por aquel tiempo en que Abelardo fue condenado, tuvo San Bernardo una nueva ocasion de manifestar su celo por la uniformidad de las observancias, igualmente que por la unanimidad de la doctrina. Los canónigos de Leon sin haber esperado el juicio de la Iglesia, y sin participacion alguna de la autoridad episcopal, habian instituido por una simple acta capitular la fiesta de la Concepcion de la Virgen. Hallándose ya las devociones particulares muy multiplicadas, y temiendo el santo doctor los escesos de las novedades en materia de Religion, se creyó obligado á mantener en aquella augusta iglesia la adhesion particular que siempre habia manifestado por la antigüedad. „¿Querremos ser nosotros, les dijo (1), mas perspicaces ó mas piadosos que nuestros padres? Guardaos bien; la novedad es hija de la ligereza, madre de la temeridad, y hermana de la supersticion.” No obstante, el santo doctor despues de haber opuesto un gran número de racionios á la institucion de la nueva fiesta, concluyó con estas palabras: „sin embargo, todo cuanto digo es sin perjuicio del unánime sentir de las personas mas ilustradas, principalmente de la iglesia romana, á cuyo exámen y autoridad remito esta cuestion y todas las de esta naturaleza, pronto siempre á corregir mis opiniones si difiriesen de las suyas:” reserva muy discreta y prudente, pues hemos visto en lo sucesivo autorizada esta fiesta de

(1) *Epist. 74.*



la Inmaculada Concepcion en el concilio de Basilea. En el fondo la opinion de San Bernardo no parecia contraria al sentir comun de los teólogos sobre esta materia; porque los mas versados en la inteligencia de este padre pretenden con mucha razon que negando que María fuese concebida sin pecado, toma él término de la concepcion por el primer instante en que su cuerpo fue concebido, y no por el momento de la union de su alma con el cuerpo (1).

47. Todos los órdenes de fieles tenian á mucha dicha el seguir las luces del ilustre abad de Claraval. Los monges de San Pedro de Vallee le consultaron sobre la regla de San Benito, y él les dirigió inmediatamente por respuesta su tratado del precepto y de la disciplina, en que se hallan las reglas de la dispensa examinadas con toda la exactitud conveniente (2). Despues fue consultado sobre algunas opiniones particulares por Hugo, prior de San Víctor en París, teólogo famoso, llamado la lengua de San Agustín por su habilidad en penetrar la doctrina, y en imitar el estilo de este padre. Las preguntas de Hugo versaban principalmente sobre la materia de los sacramentos; no obstante que él la habia profundizado con mucho fruto, y sobre la cual nos ha dejado una obra que es la mas celebrada de todas las suyas. La respuesta de Bernardo fue tambien una obra considerable (3). Sus soluciones racionadas y probadas llenaron todas las esperanzas de Hugo, que por su parte nos enseña que cuando se administraba el

(1) *Mabill. in not. ad epist. 174.* (2) *Opusc. 12.* (3) *Id. 10.*

bautismo á los niños se les daba tambien la Eucaristía, esto es, la especie de vino, haciéndosela chupar con la punta del dedo.

48. Entretanto para probar mas y mas la virtud de San Bernardo, permitió el Señor que sufriese del Papa Inocencio un desvío que no tenia motivo de esperar; pero los grandes no quieren sufrir contradicciones, especialmente de aquellos que les han hecho servicios memorables; título nuevo con que se cree la grandeza para exigir una condescendencia mas ciega todavía. Con motivo de algunas censuras dirigidas á Francia por la Silla apostólica relativamente á los bienes de un cardenal, de que Bernardo era egecutor testamentario, no habia creído éste deberse conformar con todas las miras del Papa Inocencio; y desde este momento empezó á ver el Pontífice con algun disgusto la consideracion y crédito que el abad gozaba en toda la Iglesia. „¿Qué necesidad hay, decia el Papa, de que todo se haga en el mundo cristiano por el órgano de un abad? ¿Los Príncipes, los obispos, los Papas no pueden hacer nada sin Bernardo? ¿Nada es perfecto si él no lo ha dirigido? Parece que el que está encargado del gobierno de toda la Iglesia no tiene otra cosa que hacer que recibir las recomendaciones, y responder á las cartas de un monge. ¿Por qué no goza de la calma profunda por que tanto suspiraba?“

Bernardo que supo con el mayor sentimiento estos discursos del Papa, pudiera haber citado el tiempo en que le sacaba de su soledad para afirmar su

poder, y en que se fastidiaba de sus homenajes estériles; pero lejos de desahogarse en murmuraciones, no se quejó sino al mismo Papa, echándose casi toda la culpa. „Acaso he abusado, le escribió, de vuestra indulgencia, y presumido demasiado de mí, olvidando quien sois vos y quien soy yo; pero convendreis en que vuestra bondad me habia inspirado aquella confianza. El que ahora no mirais, era el único que fijaba entonces toda vuestra atención: escuchabais sus súplicas, recibiais con ansia cuanto os escribia, lo leiais con gusto, y respondiais con el mas tierno afecto. Sin duda os he cansado con los testimonios demasiado repetidos de mi confianza, pero yo cuidaré de corregirme.” En efecto, esta fue la última carta que el santo escribió al Papa Inocencio, el cual á poco tiempo murió en 24 de Setiembre de 1143 á los catorce años de su pontificado.

49. Dos dias despues fue elegido el cardenal de San Marcos, á quien llamaron Celestino II. Esta eleccion fue la mas pacífica que se habia visto en mucho tiempo; pero el nuevo Papa murió en 9 de Marzo de 1144. En 12 del mismo mes Lucio II, llamado antes Gerardo, cardenal de Santa Cruz, fue elegido y coronado en el mismo momento, y su pontificado que no duró mas que un año fue muy borrascoso. Los romanos que en los últimos dias de Inocencio II habian concebido el proyecto imaginario de resucitar la república, animados en el gobierno de Lucio por las declamaciones sediciosas de Ar-

naldo de Brescia, se propasaron á los mayores excesos. Queriendo este Pontífice oponerse á sus empresas, recibió una pedrada de que murió en 25 de Febrero de 1145. En este corto pontificado fue en el que se desvaneci6 por fin la obstinada y frívola pretension de los obispos de Dol á la dignidad metropolitana. El Papa Lucio, á egemplo de Urbano II y de otros muchos de sus predecesores, estableció definitivamente que el obispo de Dol y todos los demás obispos de Breña reconociesen por su metropolitano al arzobispo de Tours. Los repetidos mandatos, unos sobre otros, domaron, á lo menos por algun tiempo, la obstinacion bretona, y fueron seguidos de la egecucion.

La santa Silla despues de la muerte violenta de Lucio no estuvo vacante mas que un dia entero, porque el 27 del mismo mes los cardenales reunidos en la iglesia de San Cesareo, eligieron bajo el nombre de Eugenio III á Bernardo natural de Pisa, simple abad del monasterio de San Atanasio de Roma, que Inocencio II habia dado al órden de Cistér. Formado en Claraval bajo la disciplina de San Bernardo, y lleno del espíritu de su estado, vivia en el mas profundo olvido de las intrigas del siglo, cuando el voto unánime del sagrado colegio le sacó de su soledad, y le hizo subir á pesar de su resistencia al trono Pontificio. Como le fuesen á consagrar á San Pedro, fue avisado de que algunas tropas de sediciosos, idólatras de su fantástica república, se disponian á hacerle que confirmase el senado que ha-

bían ya restablecido: sin aguardar mas salió de Roma, y se retiró al monasterio de Farfo, donde fue consagrado en 4 de Marzo.

50. Cuando San Bernardo supo la elevacion de su discípulo á una dignidad tan eminente y peligrosa, escribió á los prelados romanos en estos términos llenos de sobresalto (1): „Dios os perdone el haber sacado á un muerto del sepulcro, y vuelto á sumergir en el tumulto de los negocios á un hombre que no hallaba felicidad sino en el retiro! Además, ¿en qué habeis pensado para echaros repentinamente sobre un solitario agreste, hacerle soltar de las manos la hazada y el hacha, y llevarle por fuerza atónito y palpitando de susto al palacio? ¿No os parece tan extraño como á mí haber ido á escoger á un monge vestido de andrajos para vestirle con la púrpura, y ponerle á la frente de los Príncipes y de los obispos? ¿Ha sido esto una extravagancia, ó una maravilla? Creemos que sea una maravilla, cuando por todas partes me dicen que es obra del Señor. ¿Y deberé por eso temer menos? ¿Es menos digno de lástima el que es arrancado repentinamente de las dulzuras de la soledad y de la contemplacion, como un niño del pecho de su madre, para arrastrarle como una víctima á funciones tan nuevas y formidables? ¿No habia entre vosotros alguno, sobre cuya prudencia y esperiencia se pudiese contar con mayor seguridad?”

Escribió tambien el santo abad, aunque no tan

(1) *Epist.* 237.

pronto, al nuevo Papa (1). „Mi hijo Bernardo, le dice, por una mudanza desconocida á la naturaleza, ha venido á ser mi padre Eugenio. Es necesario que esta metamórfosis pase tambien á la Iglesia vuestra esposa, para que prospere cada vez mas, y que á este fin deis vuestra misma vida si tuviese necesidad de ella. Confieso que me he estremecido de júbilo al oír esta noticia; ¿y podria yo dejar de tomar parte en la comun alegría? Sí, me he regocijado; pero con temor: los arrebatos mismos de mi alegría han sido acompañados de temor y espanto. Estais sin duda elevado; pero por lo mismo espuesto á mayor caída. La Iglesia tiene no obstante motivo de complacerse, pues tiene derecho á esperar de vos mas que de ninguno de cuantos os han precedido por largo tiempo. Ya habiais aprendido á no ser vuestro; y así puede prometerse que sereis todo suyo, y que os creereis llamado á servir y no á ser servido. Considerad para esto cuantos Pontífices habeis visto pasar delante de vos en muy pocos años: la brevedad de su vida os anuncia la fragilidad de la vuestra. Pensad, pues, cuando les sucedeis, que lo que os lisongea, se os va, y que vuestro poder como el suyo, debe ir rápidamente ó por lo menos indudablemente á estrellarse contra el sepulcro.”

Eugenio se aprovechó de estas advertencias, y gobernó con mucha equidad y sabiduría la Iglesia, durante un pontificado de cerca de ocho años y medio,

(1) *Epist.* 238.

casi siempre agitado por facciones y turbulencias. Este solitario levantado de repente al trono Pontificio, fue inaccesible al deslumbramiento y ofuscación que rodean la cima de las grandezas. A ella había llevado la modestia y el humor tranquilo de su estado primero, y en la misma adquirió habilidad y grandeza de alma, y así se manifestó tan distante de la debilidad como de la aspereza, y de todos los demás extremos en que dan comunmente los hombres que pasan sin intervalo al punto en que él se hallaba. Con respecto á su maestro, le conservó tanto afecto y le dió tanta parte en su confianza, que se decia por todas partes que no era Bernardo de Pisa sino Bernardo de Claraval el que había sido hecho Papa.

51. Las turbulencias de Roma obligaron á Eugenio á hacer por algun tiempo su mansion en Viterbo, en donde recibió diputados de los obispos de Armenia y de su católico ó patriarca, que tenia, segun dijeron, mas de mil obispos bajo su jurisdiccion; venian á consultar á la santa Silla sobre algunas diferencias que tenian con los griegos, é hicieron homenaje al Sumo Pontífice en nombre de todas sus iglesias. Lo que sirvió mucho á confirmarlos en sus buenas disposiciones, fue que en la misa que celebró el Papa en su presencia el dia de la dedicacion de San Pedro, uno de aquellos diputados, segun declaró delante de toda la corte romana, vió un rayo de luz celestial y dos palomas sobre la cabeza del Sumo Pontífice. Tal es el testimonio de Oton,

obispo de Frisinga, que se hallaba presente (1).

52. El obispo de Gábaló en Siria acompañaba á estos armenios. Él era el que mas esfuerzos había hecho para someter la iglesia de Antioquía á la santa Silla, y se interesaba eficazmente en los progresos de los católicos entre los orientales. El objeto principal de su viage era solicitar socorros para los cruzados consternados con la pérdida de Edesa. A fin de animar á los occidentales, celebró mucho el poder de un Príncipe cristiano, aunque nestoriano, llamado el Preste-Juan, que vivia al otro lado de la Persia, á la cual había ganado grandes victorias, y se disponia á socorrer la iglesia de Jerusalem. Este es el primer monumento en que se hace mencion del Príncipe llamado el Preste-Juan.

53. El obispo de Gábaló hizo con lágrimas en los ojos una pintura tierna de la desgracia de los cristianos de Edesa. Sitiada esta ciudad dos años enteros por Zengui, soldan de Alepo y de Ninive, sin recibir ningun socorro, se había rendido por fin el dia de Navidad de 1144, habiéndose hecho una espantosa mortandad de habitantes, que no habiendo estado jamás bajo la dominacion de los infieles, eran todos cristianos sin escepcion. Pereció tambien el arzobispo, y las iglesias sufrieron horribles profanaciones, particularmente la que había poseído hasta entonces las reliquias de Santo Tomás.

Los turcos con esta conquista se creyeron en estado de poder echar á los cristianos de todo el oriente.

(1) *Chron. part. 3. cap. 33.*

te. Zengui murió poco despues de su triunfo; pero su hijo Noradino que le sucedió, era tan valiente como su padre, y mucho mas hábil, y difícilmente podian los fieles oponerles iguales gefes. Joselino el jóven, despojado del condado de Edesa, se habia atraído su desgracia por el regalo y disoluciones continuas en que vivia en sus casas de placer á las orillas del Eufrates. Raimundo, Príncipe de Antioquía, habia sido humillado por los griegos hasta el punto de pedir suplicando la paz, y de no avergonzarse de ir á Constantinopla á rendir homenaje sobre el sepulcro de Juan Comneno. En Jerusalem, Fulco de Anjou, yerno y sucesor del Rey Balduino II, despues de haber tenido continuamente las armas en la mano contra los bárbaros, habia muerto de una caída del caballo, y no habia dejado mas que dos hijos de poca edad. La Reina Melissenda su madre, habia hecho coronar á Balduino que era el mayor, aunque no tenia mas de doce años; y dos despues de esta época fue cuando Edesa cayó en poder de los musulmanes, y toda la Palestina fue amenazada de la misma suerte; esto es, cuando tenia por Rey y casi único recurso un Príncipe de catorce años.

54. Lo grande de este peligro llenó de sobresalto á todos los fieles hasta las estremidades del occidente, y despertó por todas partes aquel celo fervoroso que se habia visto cincuenta años antes en el concilio de Clermont, donde se acordó la primera cruzada. El Rey Luis el jóven, movido por otra parte de un afecto de penitencia por haber hecho abrasar mil

y quinientas personas en una iglesia de Vitri durante las guerras con el conde de Champaña, formó el designio de tomar la cruz. Todo el mundo aplaudió los deseos del Monarca, y la guerra santa iba á quedar resuelta cuando San Bernardo, á quien él habia llamado, dijo, que era preciso antes consultar al Sumo Pontífice. El Rey envió inmediatamente embajadores al Papa Eugenio, el cual muy enternecido por su parte por las sollicitaciones del obispo de Gábaló, se alegró infinito de que el Rey Luis se hubiese anticipado á sus deseos, y concedió para aquella segunda cruzada las mismas indulgencias que Urbano habia concedido para la primera.

55. Ocupado enteramente en esta grande empresa, concibió el Papa al mismo tiempo el designio de extinguir las facciones de Roma. Empezó escomulgando á Jordan nuevo patricio, con sus principales partidarios: despues acudió á los tiburtinos, antiguos enemigos de los romanos, y bien pronto redujo á estos á pedirle la paz. Concediosela con gusto; pero con la condicion de abolir el patriciado, y de reconocer que los senadores no tenian su autoridad sino del Papa. Despues de este tratado volvió á entrar en Roma en medio de las aclamaciones de aquel pueblo vil, cuya fogosa audacia, único resto de su antiguo valor, se convertia al primer golpe de autoridad en una miserable adalacion. Demasiado prudente para dar su confianza á tan bajas almas, Eugenio despues de haber tomado posesion del palacio de Letran, fue á establecerse al otro lado del Tiber, probablemente

en el castillo de Sant-Angelo; y allí fue donde dió fin al negocio entablado desde el pontificado de Urbano II, relativo al establecimiento del obispado de Tournay, que una larga continuación de intrigas habia dejado siempre sin concluir. Eugenio muy desinteresado personalmente, y no menos atento á reprimir la codicia de sus ministros, encargó el exámen de este negocio á San Bernardo. Fundado en las cartas de este santo abad, y en el consentimiento de la iglesia de Tournay, nombró para obispo de ella al abad de San Vicente de Laon que se hallaba en Roma, y despues le consagró solemnemente en el cuarto domingo de cuaresma, que aquel año de 1146 era el 10 de Marzo. Así el obispado de Tournay fue separado del de Noyon, despues de haber estado unido desde el principio del episcopado de San Medardo, durante seiscientos años.

56. En la fiesta de Pascua, Luis el jóven tuvo para la cruzada un gran parlamento en Vecelai en Borgoña. San Bernardo, que habia tenido órden del Papa para asistir á él, predicó sobre este asunto con su ordinaria elocuencia: tambien habló el mismo Rey, y manifestó las letras pontificias en que se concedia la indulgencia. Se habian dispues'o paquetes de cruces, pero antes que el orador hubiese acabado, todas fueron arrebatadas, y como no bastasen tuvo que hacer pedazos sus mismos vestidos para satisfacer á un ardor que no admitia ninguna dilación. Con el Rey se cruzaron la Reina Leonor su esposa, Roberto, conde de Dreux, su hermano; los condes de To-

losa, de Champaña, de Soissons, de Nevers; y entre los prelados Gofredo de Langres, Simon de Noyon, y Arnulfo de Lisieux.

Para arreglar el viage se tuvo otro parlamento en Chartres el tercer domingo despues de Pascua; á él asistió tambien San Bernardo, y se le quiso elegir por gefe de la cruzada; pero el calor y fruto de su elocuencia no le habian comunicado nada del entusiasmo de Pedro el ermitaño, y así se limitó á la mision que era compatible con su estado, y que no le hizo menos respetable por aquella prudente reserva, que por los milagros con que el Señor quiso autorizarla. Suplicó al Papa por el reconocimiento que Eugenio se gloriaba de conservar, que no le obligase á hacer un papel poco diferente del de el teatro. „¿Quién soy yo, le dijo, para hacer de general de egército, ordenar en batalla las tropas, y marchar á su frente? Considerando mis fuerzas nunca hubiera podido llegar á este grado aunque yo hubiese seguido únicamente esta carrera; mas aun cuando tuviese para ello la fuerza y capacidad necesaria, ¿qué cosa mas distante de mi profesion? (1)“

Exhortó no obstante al Papa á seguir esta empresa con todo el celo posible, y al mismo tiempo, por una circular dirigida á todas las naciones cristianas, combatió fuertemente el fanatismo cruel del monge Rodulfo, que metiéndose á predicar la cruzada en el pais del Rhin, escitaba á matar los judíos como los mayores enemigos del Evangelio (2). El santo no

(1) *Epist.* 256. (2) *Id.* 322. alias 363.

quiere ni aun que se los eche de los estados cristianos; „porque son, dice, unos testigos permanentes de nuestros santos misterios. Esta es la razon porque están dispersos por todos los paises del mundo, en donde marcados con el oprobio debido á su infidelidad, dan un testimonio irrefragable de las verdades de nuestra Religion. Si hacemos la guerra á los paganos, es porque ellos han empezado á atacarnos, y porque los que entre nosotros tienen el derecho de la espada pueden rechazar la fuerza con la fuerza. Pero si conviene á nuestros guerreros domar á los soberbios, tambien es propio de su piedad perdonar á los sumisos.” Al fin de esta carta el hombre de Dios da consejos llenos de sabiduría, cuya observancia, seguida infaliblemente de la victoria, hubiera justificado plenamente las promesas que tenia publicadas.

57. Fue á predicar la cruzada hasta la Alemania, y aunque no pudo hacerse entender sino imperfectamente de aquellos oyentes estrangeros, su aspecto, su fama, y mas que todo sus milagros, produjeron por todas partes efectos prodigiosos en Spira, delante del Rey Conrado y de toda su corte, en que se hallaba un enviado del Emperador de Constantino-  
pla: en Eriburgo, en Basilea, en Schafusa, en Constanza, en Colonia, en Aquisgran, en Maastricht, en Lieja, y en la mayor parte de las aldeas que se encontraron en el camino; y despues á su vuelta en los paises de Claraval. A escepcion de los libros santos, nada se lee que pueda compararse á la relacion que nos queda de este viage, tanto por el número y gran-

deza de los prodigios, como por su notoriedad. Este es un diario exacto y claro en que se especifican el tiempo, los lugares, las personas, y en que se ha querido mas bien trincar las relaciones que hablar sobre voces vagas, y en que no se refiere la menor circunstancia de que el autor no esté perfectamente asegurado. Un arcediano de Lieja llamado Felipe, fue el que dirigió esta relacion por lo que habia visto con sus propios ojos, con Herman, obispo de Constanza, y Everardo su capellan, los abades Balduino y Fruino, los monges Gerardo y Gofredo, los clérigos Oton, Francon y Alejandro, diez testigos oculares de gravedad y probidad reconocidas. El arcediano Felipe quedó tan penetrado de este cúmulo de maravillas, que renunció todas las esperanzas del siglo, y tomó el hábito de monje en Claraval.

El sabio Anselmo de Havelberg no fue solamente testigo, sino objeto de la virtud maravillosa que el cielo habia como prodigado al santo abad de Claraval. Durante la asamblea de Spira fue acometido de un mal de garganta que le quitó casi la palabra y la respiracion. Dijo familiarmente á San Bernardo (1): „tambien deberiais curarme á mí. Si tuvieseis la fe que tiene este buen pueblo, respondió Bernardo, acaso podria hacer algo por vos. Si no tengo bastante fe, respondió el obispo, supla la vuestra.” El Santo le tocó haciendo la señal de la cruz, y al instante la hinchazon y el dolor desaparecieron.

A pesar de tantos prodigios que parecian autori-

(1) *Vit. lib. 11. cap. 5.*

zar la cruzada, el Rey de Germania no gustaba de esta expedición. Bernardo, que jamás hablaba en público sin que se lo pidiesen, un día que estaba diciendo misa delante del Príncipe, se sintió fuertemente inspirado de predicar en aquel momento en que nadie lo esperaba, é hizo un discurso sobre el juicio final, en que según la presunción de sus oyentes no era un hombre, sino el mismo Soberano Juez el que veían (1). El Rey interrumpió al orador, y pidió la cruz derramando un torrente de lágrimas. Sus hermanos Enrique duque de Suabia, y Oton obispo Frisinga, Federico su sobrino, y una multitud de Príncipes y de señores manifestaron el mismo deseo. El duque de Boemia, el marqués de Stiria, y el conde de Carinthia se cruzaron poco tiempo después; y en algunos meses el Rey de Germania se vió á la frente de doscientos mil hombres que no deseaban más que el momento de combatir.

Al salir de la iglesia el santo predicador, para afirmar su obra volvió á hacer otros muchos milagros. Conduciéndole Conrado con los Príncipes por miedo de que le atropellase la multitud, le presentaron un niño cojo, al que curó en presencia de todo el mundo. Al mismo tiempo le llevaron una joven corcobada y una muger ciega, que fueron igualmente curadas. Multiplicándose los prodigios y la concurrencia del pueblo cada vez más, fue necesario cerrar y asegurar las puertas de la casa en que estaba el Taumaturgo, á quien, puesto á una ventana,

(1) *De mirac. Bern. cap. 4.*

le presentaban los enfermos por una escalera. Un día que le sorprendió el concurso, costó muchísimo trabajo poderle sacar, y la felicidad que hubo de llevarle sano y salvo á su casa fue mirada como uno de los mayores milagros.

58. Una parte de los alemanes que habían tomado la cruz, á saber, los de las cercanías del Rhin y del Weser, fueron destinados á España. Pasaron después á la Gran Bretaña, donde encontraron doscientas embarcaciones tanto inglesas como flamencas, y todos juntos se hicieron á la vela para Portugal, en el que Lisboa estaba ocupada todavía por los moros. Esta grande ciudad sostuvo un sitio de cuatro meses, al cabo de los cuales se entregó por capitulación. La plaza quedó para Alfonso Enriquez, primer Rey de Portugal, y el botín para las tropas auxiliares: este fue todo el triunfo de aquellos cruzados (\*). Los de Sajonia convirtieron sus armas contra los paganos del norte, donde sus ventajas, por el pronto más brillantes, fueron no obstante menos sólidas. Después de haber llevado el terror y la de-

(\*) En otra parte insinuamos cuales fueron los principios del reino de Portugal. Desde que se dió á D. Enrique de Borgoña el título de conde de Portugal, no cesó de dilatar sus dominios, conquistando todos los años alguna parte del territorio ocupado por los moros. Su hijo y sucesor Alfonso Enriquez fue el primero que tomó el nombre de Rey, y auxiliado en 1147 por el ejército de los cruzados, tomó á Lisboa, y tras de ella se le rindieron Sintra, Alanquer, Obidos, Ébora, Yelbes, Serpa, Mura, Beja, Palmela y otras muchas ciudades hasta el Algarbe, con cuyas conquistas afirmó su reino. Véase Mariana lib. 10.



solacion á las tierras de los esclavones por espacio de tres meses, todo vino á parar en bautizar bárbaros consternados y no convertidos; despues de lo cual el egército victorioso compuesto de cien mil hombres con los dinamarqueses que se le habian incorporado, hizo la paz con condiciones que los vencidos observaron solamente hasta que se deshizo la liga.

Los cruzados del oriente, tanto alemanes como franceses, convinieron en tomar su ruta por la Grecia, aunque separados para no incomodarse con la multitud, debiéndose reunir á la entrada del Asia. Rogero Rey de Sicilia, que conocia la perfidia de los griegos, intentó por medio de enviados hacer mudar esta resolusion, y ofreció navios para hacer el viage por mar; pero los dos gefes de la cruzada, uno y otro de menos de treinta años de edad, cada uno á la frente de doscientos mil hombres valientes y robustos, teniendo en nada las fatigas y peligros, no hicieron caso de un consejo que les hubiera ahorrado muchos pesares. El Rey Conrado salió primero, tomando su camino por la Hungría.

59. En Francia, antes de la partida del Rey, era necesario todavía nombrar un regente que gobernase en su ausencia. Remitióse en esta parte á lo que hiciesen los señores; quienes nombraron á Guillermo, conde de Nevers, y á Sugero, abad de San Dionisio; eleccion que aplaudió todo el mundo á escepcion de aquellos sobre quienes recaía. El conde Guillermo era uno de aquellos grandes que conocien-

do el vacío de las grandezas, habia hecho voto de abrazar las santas instituciones de la Cartuja; y este aumento de honor le determinó á egecutar inmediatamente su promesa sin que las súplicas del Rey y de todos los Príncipes pudiesen estorbarlo. Sugero, hombre de estado, habia por algun tiempo, bajo el hábito monástico, conciliado esta profesion con el fausto y las ocupaciones de la vida secular; pero habia muchos años que su persona y su monasterio estaban sujetos á una regularidad que le habia merecido los elogios de San Bernardo; y aun éste santo abad fue el primero que sugirió el pensamiento de nombrarle regente, preparó para ello á los señores, y fue á anunciárselo á Sugero, el cual opuso las mas vivas reconvençiones; pero estas al cabo fueron inútiles despues de la negativa decidida del conde de Nevers, y así quedó él solo encargado de la regencia, la que no quiso aceptar sin preceder una orden espresa del Sumo Pontífice.

60. Los dos Reyes cruzados llegaron sucesivamente á Grecia en todo el corriente año de 1147. Habian ya pasado cuatro despues de la muerte de Juan Comneno, que habia sostenido muy bien su imperio vacilante contra las diferentes naciones musulmanas que le desquiciaban por todas partes. Dícese de él que estando en Constantinopla despues de una victoria ganada á los persas, no quiso subir al carro del triunfo, sino que puso en él un cuadro de la Virgen, á quien atribuía el suceso de sus armas, y que detrás entró él con una cruz en la mano. Habia designado

para sucesor suyo á Manuel, el mas jóven de sus hijos, á quien contemplaba mas digno de reinar; y no se engañó, si en la disimulacion y el engaño consiste el mérito de un Emperador.

Manuel habia afirmado su autoridad, cuando los Reyes Conrado y Luis llegaron uno tras de otro á sus dominios. Bien hubiera querido poder estorbarles la entrada, pero no estaba en estado de contenerlos por la fuerza; y así despues de haberles concedido el paso, y dado las palabras mas lisongeras como á dos auxiliares deseados y amigos generosos, agotó contra ellos todos los recursos de la malignidad y la perfidia. Hacia atacar á sus tropas en los desfiladeros y en todas partes, cuando podia sorprender á alguno de sus destacamentos separados: cuando iban á comprar víveres, se les cerraban las puertas de las casas, se les echaban cuerdas por donde despues de haberles tomado el dinero, les daban algo de pan y algunas otras cortas provisiones, y algunas veces desaparecian sin darles nada. Tal vez mezclaban cal en la harina que les vendian, y en fin no hubo superchería ni maldad que no usasen con ellos. No se avergonzó Manuel de hacer acuñar moneda de liga baja para el comercio con los cruzados. Un autor griego es quien nos ha transmitido la noticia de estas viles maniobras de su nacion (1).

Cuando despues de estas traiciones el Rey Conrado, que era el primero que habia salido, llegó á Constantinopla, el pérfido griego no se manifestó

(1) *Nicet. lib. 1. num. 4.*

cuidadoso: eran los dos cuñados, como casados con dos hermanas hijas de Berenguer, conde de Luxemburgo, y Manuel llenó á Conrado de caricias, le hizo regalos magníficos, manifestó tomar grande interés en el éxito de su empresa, y le ofreció guias para conducirle por caminos desconocidos á Iconio, donde los turcos, decia, no le esperaban. Estas guias le hicieron tomar víveres para solos ocho dias, prometiéndole ponerle antes de este término en lugar abundante de todo; pero le llevaron á montañas desiertas donde abandonaron el ejército sin provisiones, y espuesto á continuas escaramuzas con los bárbaros, que acercándose solo á tiro de balles- ta, les disparaban desde la cima de las rocas, y los consumian insensiblemente sin correr riesgo alguno. La lanza, el sable, el hacha de armas y toda la valentía de los alemanes armados de todas armas, fue inútil contra enemigos á quienes no se podia alcanzar. Fue necesario retirarse hácia Nicea; pero habia diez ó doce dias de camino, y así cuando Conrado ya lo consiguió á fines de Noviembre, su ejército arruinado por continuos ataques, y mas todavía por el hambre y la fatiga, se encontró reducido á menos de veinte mil hombres sin equipages y sin armas. Los franceses espermentaron en Grecia las mismas perfidias que los alemanes; no obstante, parece que al llegar á Constantinopla se les tuvo algun mas miramiento, y que el Emperador trató de ganarse la benevolencia de su Monarca. Algunas personas respetables habian aconsejado á Luis que se hiciese due-

ño de Constantinopla, como podia fácilmente hacerlo; pero él quiso mas arriesgarlo todo que convertir contra los cristianos las armas que se habia obligado á conducir contra sus enemigos. Pasó, pues, felizmente el Helesponto, y marchó derechamente á Nicea, donde animó lo mejor que pudo al Rey de Germania; pero Conrado avergonzado del estado á que se veía reducido, tomó el partido de volverse á Constantinopla á pasar el invierno. No se quejó de las maldades que no estaba en estado de vengar, y su cuñado que ya no le temia, volvió á aparentar toda la cordialidad que convenia á sus lazos recíprocos. El Rey Luis continuó su marcha, y forzó el paso difícil de Meandro á pesar de las tropas innumerables de los turcos sobre quienes logró considerables ventajas; pero habiéndose dejado cortar su ejército en lo sucesivo, perdió su retaguardia que era numerosa: apresuró no obstante su marcha, y despues de muchos dias de imponderables fatigas y casi sin víveres, llegó á la ciudad de Atalia que pertenecia á los griegos. El viage por tierra era todavía largo, y por un pais enteramente enemigo, y así se resolvió á terminarle por mar; pero como no se encontraban bastantes transportes, no se pudo embarcar consigo mas que la parte de ejército mas embarazosa para la marcha, y el resto fue precisado á continuar á todo riesgo por tierra bajo el mando del conde de Flandes que apenas pudo salvar una mitad.

Raimundo, Príncipe de Antioquía, hizo todos sus esfuerzos para que el Rey le ayudase á tomar á Ale-

po; pero Luis observador puntual de su voto quiso ir en derechura á visitar el santo sepulcro, y se dió prisa á llegar á Jerusalem. Su marcha por tierra en medio de tantos obstáculos y peligros se retardó tanto, que Conrado despues de haber pasado el rigor del invierno en Constantinopla, llegó por mar á Palestina algunos dias antes que los franceses. Inmediatamente se tuvo una asamblea de Príncipes y señores, tanto de Europa como del Asia, para concertar las operaciones de la campaña, y quedó resuelto el sitio de Damasco, y asignado el punto de reunion en la Tiberíades para el 25 de Mayo.

Damasco fue efectivamente atacada y oprimida tan vivamente, que los sitiados no pensaban mas que en los medios de escaparse de la plaza, cuando algunos señores cristianos que habian nacido en Siria despues de la última cruzada, y degenerado de la grandeza de alma de sus padres, se dejaron corromper por dinero, é hicieron creer que siendo del pais debian conocer mejor que los estrangeros que el ataque debia darse por cierto lado, que era el mas fuerte; y así despues de algunos dias en que se sufrió mucho, fue necesario levantar el sitio. El Rey Conrado indignado de la traicion que por último llegó á conocer, se embarcó inmediatamente para volverse á Alemania. El Rey Luis pasó el resto de la campaña y el invierno en Siria; pero á la primavera del año siguiente de 1149 se volvió tambien á Europa. Así solamente el Rey de Jerusalem Balduino III de edad de diez y nueve años, despues de haber concebido tan

grandes esperanzas, quedó sin recurso alguno á merced de los infieles, los cuales espectadores de los vanos esfuerzos de los mas poderosos Príncipes del occidente, no pusieron ya límites algunos á su arrogancia.

61. El año en que Luis salió para la tierra santa y aun antes de su partida, el Papa Eugenio pasó á Francia en donde las turbulencias de Italia le habian obligado á ejemplo de sus predecesores á buscar un asilo; celebró un concilio en París, que empezó en la fiesta de Pascua 20 de Abril de 1147, y en él se examinaron los errores de Gilberto de la Poireé, obispo de Poitiers.

62. Este prelado natural del mismo Poitiers, habia pasado toda su vida en estudiar la filosofía de su tiempo; y como muchos espíritus ligeros del mismo siglo, habia dado en los extravíos á que los estudios, siempre superficiales en la época de su renovacion, conducen por lo comun á los arrogantes y presumidos. Quiso profundizar nuestros principales misterios, y entre otros absurdos escandalosos llegó á decir, que la esencia y los atributos divinos no son Dios: que las propiedades de las Personas de la Trinidad no son las Personas mismas; y en fin, que la naturaleza divina no ha encarnado. Se disputó vivamente de una parte y otra en el concilio de París, sin sacar otra ventaja que la de conocer el miserable juego de ingenio del dogmatizante, y manifestar que hacia uso de aquella novedad profana de espresiones que reprueba el Apóstol. Por tanto el Papa, viendo solo que

la materia no estaba suficientemente aclarada, remitió el juicio á otro concilio que debia celebrarse en Rems en la cuaresma del año siguiente.

63. Antes de este tiempo envió el Papa á Tolosa en calidad de legado á Alberico, obispo de Ostia. Mucho mas atrevidos que el filósofo ininteligible que se perdía en la obscuridad de sus vacías ideas, los discípulos de Pedro de Bruis, los henricianos y los renuevos del maniqueismo diversificados de mil modos, trastornaban el culto y las ceremonias mas santas, arruinaban todos los lazos de la sociedad, corrompian las costumbres, y aniquilaban la fe en una gran parte de las provincias meridionales de la Francia. Pedro de Bruis, despues de veinte años de predicaciones impías y de atentados sacrílegos, víctima en fin de la indignacion de los pueblos, habia sido precipitado en las llamas en que se disponia á quemar un gran cúmulo de cruces que habia derribado (1). Su suerte no asustó á Enrique, italiano de nacimiento, monge fugitivo y disoluto, que infestaba principalmente el pais de Tolosa. El legado Alberico que habia sido monge de Cluny, quiso ir acompañado de Gofredo de Chartres, y con especialidad de San Bernardo á una legacion que exigia otras cualidades que los talentos humanos, y que asustó por el pronto al mismo San Bernardo hasta hacerle dar algunas señales de desaliento.

64. Dios lo permitió así para reservarse la gloria del éxito. Todo el imperio que habia tenido Bernar-

(1) *Bern. Epist. 241.*

do sobre las enfermedades y la naturaleza cuando predicaba la cruzada, le dió el Todopoderoso de nuevo contra los corruptores de la doctrina y de las costumbres cristianas. Seria interminable referir todos los prodigios que obró en el curso de esta legacion. La vivacidad de su fe y de su confianza llegó hasta tal punto, que se sobresaltó la prudencia de los legados á quienes acompañaba. Antes de llegar al término de su mision, los habitantes de Sarlat en Perigord vinieron á presentarle panes para que los bendijese, y el Santo, accediendo inmediatamente á su súplica (1), „por aquí distinguireis, les dijo, la verdad que os anunciamos de las impiedades heréticas: dad á comer este pan á vuestros enfermos, y quedarán curados. Quedarán curados, añadió Gofredo, si lo comen con fe viva. No es eso solo lo que yo prometo, replicó Bernardo, entiéndaseme en general: todos los que coman de este pan quedarán curados para que no duden de que somos enviados de Dios y que les anunciamos la verdad.” El efecto correspondió de tal modo á la promesa, que á su vuelta el Santo no se atrevió á pasar por el mismo pais de miedo de ser atropellado por la multitud.

En Tolosa un canónigo regular de San Cernin, aunque muy célebre por su habilidad en la medicina, se hallaba reducido á los extremos por una parálisis que hacia siete meses le estaba aniquilando (2). De día en día esperaba la muerte, cuando llegó el

(1) *Epist. Gaufred. Vit. Bern. lib. 6 cap. 6. (s) Id. ibid. num. 5.*

Santo á quien se hizo llevar con mucho trabajo por seis hombres, y haciendo su confesion le suplicó que le curase. El Santo le echó su bendicion, y saliéndose de la sala habló á Dios con esta santa familiaridad: „bien veis, Señor, que son necesarios milagros para este pueblo: sin esto no hacemos nada.” Al instante el paralítico se levantó, corrió á su bienhechor, y echándose á sus pies le abrazaba las piernas sin querérselas soltar. A la vez de este suceso acudió toda la ciudad, y el legado y el obispo los primeros, y fueron á la iglesia cantando el *Te Deum* con el paralítico que iba delante andando por su pie. Este no quiso volver á dejar á San Bernardo, se fue con él á Claraval, donde se hizo monje y en lo sucesivo llegó á ser abad de Valdeagua.

En la ciudad de Albi hizo otro milagro de un órden enteramente diferente, pero que el obispo Gofredo tiene por el mayor de todos (1). Esta ciudad de la cual los nuevos maniqueos tomaron su nombre en lo sucesivo, era ya la mas infecta de aquella herejía en toda la provincia. A la llegada del legado los habitantes salieron á recibirle montados por irrision en asnos y con tambores: no obstante, San Bernardo fue recibido dos dias despues con muchas señales de respeto y afecto. Al dia siguiente que era la fiesta de San Pedro, predicó un sermón á que asistió tan gran multitud que no cabia en la iglesia, aunque era espaciosa. El santo predicador recorrió todos los artículos de sus errores, y despues todos los pun-

(1) *Ibid. num. 4.*

tos de la fe católica que les eran opuestos; y por último les dijo que escogiesen. Jamás quizá se ha visto una mudanza tan milagrosa como la que entonces se vió en los corazones: todos exclamaron á un mismo tiempo que detestaban la heregia, y que volvian con júbilo á la creencia católica. „Sepamos pues, replicó Bernardo, los que se arrepienten con sinceridad, y para darse á conocer levanten las manos al cielo:” todos sin escepcion levantaron la mano derecha, y tal fue el fruto del sermón primero.

San Bernardo llevó con mas empeño la luz á los lugares en que la seducción habia hecho mas estragos: persiguió al seductor de lugar en lugar; á aquel soberbio Enrique que mudado de repente no se atrevió á permanecer en Tolosa, y huyó de allí igualmente que de todos los lugares donde Bernardo le seguia las huellas. Hubiera sido necesario que el santo hiciese mas larga mansion en aquel pais á fin de esterminar de él hasta las últimas semillas del error; pero la decadencia de su salud y el sobresalto que sus hijos le manifestaban sin cesar en sus cartas, le obligaron á volver á Clara. No obstante, despues de su partida fue Enrique perseguido con tanta perseverancia y tan cuidadosamente buscado, que por último se le cogió, y fue cargado de cadenas y conducido al Papa, que le hizo encerrar en una estrecha prision donde acabó sus dias.

65. Mientras llegaba el dia señalado para la apertura del concilio de Rems, el Pontífice convidado por Adalberon, arzobispo de Tréveris, pasó á esta

ciudad seguido de diez y ocho cardenales y un gran número de obispos, todos á espensas del mismo Adalberon por el espacio de tres meses. Enrique, arzobispo de Maguncia, se aprovechó de esta ocasion para ir á consultar al Papa sobre la revelacion de una religiosa llamada Hildegarda, que tenia grande reputacion de santidad.

Retirada desde la edad de diez y ocho años en el monasterio de San Disibodo en el condado de Spanheim donde habia procurado aprender solamente á conservar su inocencia, y practicar las virtudes modestas de su estado, no sabia mas que leer en el breviario (1). A la edad de cuarenta y dos años recibió repentinamente una profunda inteligencia de los libros sagrados, y otros favores tan extraordinarios, que los hombres mas versados en la direccion de las almas temieron una ilusion, y juzgaron que este acontecimiento debia ser referido al Sumo Pontífice. Este diputó á Alberon, obispo de Verdun, y otros sabios experimentados para preguntar á Hildegarda sin ruido ni escándalo. Ella respondió con mucha sencillez. Despues que el obispo hizo relacion de lo ocurrido, el Papa mandó que le llevasen tambien algunos escritos que habia compuesto por orden de su confesor, los cuales leyó él mismo en presencia de los cardenales, esponiendo además lo que le habian referido sus comisarios; y todos los asistentes bendijeron por ello al Señor. San Bernardo, que estaba presente, contó tambien lo que sabia de aquella santa muger

(1) *Vit. Stæ. Hildeg. ap. Sur. 17. Septembr.*

á quien habia oido alguna vez con admiración. El Papa creyó que era glorioso á la Iglesia publicar esta maravilla; escribió á Hildegarda, y la autorizó para establecerse como deseaba en el monte de San Ruperto á cuatro leguas de Maguncia, como en efecto lo ejecutó con diez y ocho jóvenes nobles que habia atraído con su reputacion, siendo la primera abadesa de este nuevo monasterio. Sus virtudes y sus milagros, la han hecho poner en el número de los santos.

66. El concilio de Rems se tuvo en el dia señalado, y á él asistieron además de los prelados franceses y alemanes, algunos de Inglaterra y España (1). Raimundo, arzobispo de Toledo, se quejó de parte de su Rey de que en perjuicio de la corona de Castilla habia el Papa Eugenio concedido el título de Rey de Portugal á Alfonso Enriquez, ó hijo de Enrique, de la casa de Borgoña, mediante un tributo anual de cuatro libras de oro. Por lo respectivo al título de Rey el mal no tenia remedio; pero el Pontífice se esforzó á corregir las mudanzas ocasionadas por esta razon en la Monarquía. Desde la ereccion del nuevo reino, el arzobispo de Braga y sus sufragáneos no querian reconocer la primacia de Toledo; y Eugenio mandó que estos prelados continuasen obedeciendo al arzobispo de Toledo como á su primado: pronunció tambien la suspencion contra el de Braga, y escribió al Rey de Castilla que jamás habia pretendido perjudicar en nada á la dignidad ni

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 1107.

á los derechos de su corona, prometiéndole auxiliar poderosamente sus empresas contra los infieles. El arzobispo de Braga se sometió á estas órdenes; pero esto no impidió que el de Tarragona empezase por el mismo tiempo á desconocer la primacia de Toledo bajo el mismo pretexto de diversidad de reino, porque Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, se habia hecho Rey de Aragon. El Papa intimó tambien á este prelado llamado Bernardo, presente en el concilio, que reconociese como antes al arzobispo de Toledo por superior suyo; pero Bernardo obtuvo esperas para tomar consejo. Parece que en lo sucesivo jamás se sometió, no obstante las cartas que le escribió el Papa Eugenio, despues de haber espedido una bula espresa en favor de la primacia de Toledo (\*).

67. El objeto del concilio de Rems era contener el desórden de las costumbres, y las novedades impías de los sectarios; y así pronunció el anatéma contra cualquiera que diese la menor proteccion á los nuevos maniqueos, ó les dejase sólo descansar en su

(\*) El Emmo. Sr. cardenal Aguirre nos da por estenso toda la correspondencia del Papa Eugenio III con los Príncipes y obispos de España acerca del primado de Toledo. Doce fueron las cartas que escribió sobre este asunto aquel Sumo Pontífice, y en todas ellas manda espresamente reconocer los derechos del arzobispo de Toledo, y su primacia sobre todas las iglesias de España. Ya antes habia mandado lo mismo Lucio II en su carta á todos los arzobispos y obispos españoles, y lo confirmaron despues de Eugenio, Anastasio IV y Adriano IV. Aguirre tom. 3. pag. 352. y sig.

casa cuando fuesen de viage. También juzgó las causas de Eon de la Estrella y Gilberto de la Poiré, que estaban bien aclaradas. La aproximación de estos dos novadores, uno tan ignorante que tocaba en miserable, y otro tan sutil que sus ideas eran quiméricas, formaba un contraste singular (1). A Eon de la Estrella, hidalgo breton, buen cristiano al principio y muy concurrente á su parroquia, le hizo cierta impresión la palabra *eum* que oía repetir continuamente, *Per eundem Dominum nostrum: per eum qui venturus est, &c.* que entonces se pronunciaba absolutamente como nombre propio; y se le puso en la cabeza que era á él mismo á quien se nombraba é invocaba, que vendría á juzgar á los vivos y á los muertos, que era el Hijo de Dios y Señor de todas las cosas. Mas lo que debe admirar aquí no es tanto la singularidad de este delirio, como la secta sumamente numerosa á que dió origen. ¿Pero quién puede ignorar que aunque no hay absurdo que no pueda hacer partido, tampoco hay partido por numeroso que sea que pueda justificar ni el absurdo á los ojos del buen juicio, ni la impiedad, ni aun la novedad á los de la fe? Eon fue presentado al concilio, y sufrió un interrogatorio á que no contestó mas que con impertinencias: juzgado mas por insensato que por herege, fue puesto en una prisión, donde murió poco despues.

Con mas seriedad se trató el asunto de Gilberto de la Poiré; pero nada se adelantó por el raciocinio

(1) *Otho. I. Frid. cap. 44. et 45.*

con este sofista el mas elocuente y refinado de su siglo, y así fue necesario venir á la confesión de la fe de nuestros misterios en su santa sencillez. Para ello se hizo un símbolo directamente opuesto á las vanas especulaciones de Gilberto, y se le preguntó si creía su contenido. Viendo que su indocilidad no podía ya libertarse de una pronta condenación, respondió á los padres: si vosotros creéis y habláis de otro modo que yo hasta ahora lo he hecho, quiero creer y hablar lo mismo que vosotros. En consecuencia de esta declaración, condenó el Papa las aserciones de Gilberto sin pronunciar cosa alguna contra su persona: esto dió un motivo particular para creer que pecó por ignorancia, y mucho mas porque su doctrina no encontró defensores, y bien pronto se disipó por sí misma. Murió seis años despues en la comunión de la Iglesia.

Este concilio hizo tambien muchos cánones, la mayor parte renovados por costumbre de los concilios precedentes, y así solo dos merecen ser referidos por tener algo de originales. El décimo prohíbe poner en las iglesias sacerdotes mercenarios por comisión. Se quiere que cada una tenga su sacerdote propio, á quien se asigna la conveniente subsistencia en los bienes de la Iglesia, y este no puede ser destituido sino por el juicio canónico del obispo ó del arcediano. No puede presentarse un monumento mas señalado de los curas titulares. El décimo-tercero declara sacrilego y excomulgado á cualquiera que ponga manos violentas en un clérigo ó monge. Esta escomu-



nion quedó desde entonces reservada al Papa, con prohibicion á todo obispo de absolver de ella, á no ser en el artículo de la muerte.

68. Despues del concilio de Rems el Papa Eugenio que se disponia á volver á Italia, no quiso dejar la Francia sin visitar sus antiguos hermanos de Claraval, á quienes llenó de edificacion con todas las virtudes religiosas que habia sabido hacer compatibles con las virtudes pontificales. Llevaba sobre la carne una túnica de lana sin la de sarga, y no se quitaba la cogulla ni de dia ni de noche: por honrar su dignidad permitia que se le llevasen almohadones ricamente bordados, y que su cama fuese cubierta con púrpura, pero esta no era mas que de paja, y las ropas de lana. Una tierna piedad que muchas veces descubria á su pesar con lágrimas y suspiros, animaba sus conversaciones con los monges. Su franqueza y su tierna familiaridad no les dejaban ver en él mas que un hermano, haciendo desaparecer el Pontífice.

69. Para manifestarles toda la estension de esta caridad y cordialidad verdaderamente fraternal, fue desde Claraval al capítulo general de los abades del Cistér, no para presidir en él como Papa, sino para asistir como otro cualquiera de ellos. Estas asambleas tan útiles para evitar los abusos, y tan religiosamente imitadas por todos los demás órdenes, habian sido instituidas desde el principio del Cistér con el fin de mantener la uniformidad y la concordia en todos los monasterios. Este es el punto capital de estos reglamentos llamados por esta razon patente de caridad,

la que fue estendida en el capítulo del año 1119, y despues confirmada por el Papa Calisto II. El vigor de la observancia no dejó de acreditarse desde este tiempo, y de aumentar el orden; pues en solo el año de 1147 contaba veintitres fundaciones nuevas, y sesenta y seis en los cuatro años precedentes. En el capítulo en que se halló el Papa Eugenio en el año de 1148, vinieron congregaciones enteras pobladas ya de Santos, á buscar medios de adelantar aun mas en la perfeccion de su estado por medio de su reunion con el orden justamente celebrado del Cistér. La mas numerosa era la de Savigni en la diócesis de Abranches, compuesta de treinta y tres abadías, comprendido el monasterio de la Trapa, autorizado ya para esta reunion por el concilio de Rems. La congregacion menos antigua de Obasina en el Lemosin la siguió inmediatamente con las cuatro casas de su dependencia.

70. Solo hacia seis años que San Estévan habia sido reconocido abad de ella (1). Toda su vida precedente la empleó en egercicios de una piedad angélica y de la caridad mas laboriosa, especialmente desde que era sacerdote. Habiéndose entonces asociado á otro eclesiástico que aspiraba á la misma sublime virtud, se retiraron á la selva de Obasina, desierto espantoso á dos leguas de Tullas. Sus egejemplos admirables atrajeron fervorosos discipulos que formaron prontamente una comunidad, en que las flaquezas ordinarias y mas inseparables de la humanidad pa-

(1) *Miscel. Baluz. pag. 69. = Bolland. tom. 6. pag. 900.*



recieron desde luego aniquiladas: estraviar la vista, reirse inmoderadamente, proferir una palabra en el tiempo del silencio, eran faltas imperdonables y casi desconocidas entre unos hombres que vivían solo en el espíritu. Tales eran el santo fundador y los primeros solitarios de Obasina, cuando creyeron no servir sino imperfectamente al Señor mientras no se reuniesen á los del Cistér.

71. San Gilberto de Semprignan desde el fondo de Inglaterra vino también á este capítulo con el mismo designio que los fundadores de Savigni y Obasina; pero el Papa le mandó continuar en su país la obra del Señor como la había empezado. En él fundó diez y siete monasterios, cuatro de canónigos y trece de religiosas, y muchos hospitales tanto para viudas como para huérfanos, después de lo cual nombró un superior, y él mismo le ofreció la obediencia, y vivió hasta la muerte como el último de sus hermanos.

Tanta era la veneración que en todos los países se tenía á los monges del Cistér, y principalmente á San Bernardo. En su misión de Languedoc había ya incorporado á su orden el monasterio de Selva-grande, muy famoso en lo sucesivo por el gran número de santos y sabios que salieron de él para el episcopado. Esta comunidad había sido establecida cerca de treinta años antes por un santo varón llamado Geraldo, con otras seis abadías de Aquitania que abrazaron igualmente el instituto del Cistér.

72. Solo el ver la edificación que reinaba en este

instituto, hizo algunas veces las conquistas más maravillosas. El Príncipe Enrique, hermano de Luis el joven, estando en Claraval á negocios puramente temporales, quiso no obstante ver á los religiosos en sus santos ejercicios; y asombrado de este espectáculo, como pudiera sucederle á la vista de los coros celestiales postrados delante del Eterno, declaró que no volvería á dejar la sociedad santa á donde el Señor le había conducido, y pidió inmediatamente que se le recibiese en ella. Fue este un motivo de gran júbilo para la comunidad; pero toda la comitiva del Príncipe echó á llorar como si hubiese muerto (1).

Uno de los que le acompañaban llamado Andrés, más violento que los otros, se desató en injurias contra los monges y contra el mismo Príncipe, diciendo que estaba borracho, ó que era un insensato. Enrique que le amaba, suplicó á San Bernardo que hiciese por convertir á un hombre tan ciego por el amor del mundo, y el Santo respondió: dejémosle este momento en que un dolor exaltado le arrebató, mas no temáis, que nuestro es; y como el Príncipe sumamente inquieto y sentido de la ceguedad de aquel hombre repitiese sus instancias, San Bernardo en tono de severidad le replicó: pues qué, no os he asegurado que será nuestro? Andrés dijo entonces dentro de sí mismo, según confesó después: es preciso que este hombre sea un falso profeta, porque estoy bien seguro de que lo que acaba de prometer no se

(1) *Metrop. Rem. lib. 3. cap. 1. — Vit. S. Bern. lib. 4. cap. 3.*

verificará jamás. Se marchó este al día siguiente echando mil imprecaciones contra el monasterio en que dejaba á su amo, deseando que se tragase la tierra el valle con todos los que le habitaban. Continuó alejándose todo aquel día; pero á la noche siguiente se sintió vivamente vencido, y como obligado por el espíritu de Dios, se levantó al amanecer y se volvió apresuradamente á someterse también él mismo al yugo del Señor.

73. Enrique no gozó mucho tiempo de las dulzuras de la soledad, en que no pensaba mas que en hacer que le olvidasen los hombres, y en enterrarse anticipadamente con la esperanza de una bienaventurada inmortalidad. Se le arrancó á su pesar y con esfuerzos increíbles para ponerle en la silla de Bovés, elegido por el pueblo y el clero para su obispo en el año de 1149. Temblaba viéndose jóven y con resoluciones poco firmes todavía; pero su virtud no se desmintió jamás ni en aquella silla ni en la de Rems á que fue trasladado despues. No obstante, no llenó todas las esperanzas que habia habido motivos de concebir, porque con virtudes y talentos realzados por su ilustre nacimiento, era natural que imprimiese el movimiento principal al clero del reino, y que tomase un ascendiente útil á todas las iglesias; pero su deseo fervoroso por el bien, la rectitud misma de sus miras que le hacia no tomar precauciones algunas y despreciar los obstáculos, enagenaron los espíritus, y ocasionaron desavenencias siempre funestas entre el gobierno y la gerarquía. Se grangeó no obs-

tante el nombre de grande, que le vemos dar despues de su muerte. La posteridad parece haber perdonado á este Príncipe su falta de habilidad en atencion á su bondad de alma y á su candor.

74. El Rey Luis el jóven, generoso y sensible como su hermano Enrique, tuvo que sufrir pesares que la política le hizo disimular por algun tiempo, y que el esplendor mismo del trono no pudo disipar jamás. En el viage de la tierra santa, adonde la Reyna Leonor le habia seguido, desmintiendo esta Princesa un testimonio tan señalado de afecto al Rey su esposo, y olvidando cuanto se debia á sí misma, tuvo con el Príncipe de Antioquía correspondencias contrarias á la decencia y á las obligaciones mas esenciales de su sexo. Tal fue acaso el mayor obstáculo á las ventajas del Rey en la Palestina. Todo lo que pudieron alcanzar los motivos reunidos de la conciencia y de la política, fue impedir el ruido del escándalo; no obstante, cuando estuvieron de vuelta en Francia, llenos todavía uno y otro de resentimiento y antipatía, el abad Sugero manejó tan bien aquellos dos ulcerados corazones, que al parecer no pensaron recíprocamente mas que en olvidar lo pasado. En esta coyuntura la muerte arrebató á este sabio conciliador, de cuya habilidad se puede juzgar por solo este hecho. Inmediamente los aduladores fueron escuchados en lugar de él, y hasta la política y la conciencia se doblaron al gusto del Soberano. Se le convenció en verdad de que estaba con Leonor en un grado de parentesco que hacia ilegítima su union; pero el

escrúpulo venia muy tarde despues de catorce años de matrimonio del cual tenia dos hijos.

En 18 de Marzo de 1152 el Rey hizo tener en Beaugenci en el Orleanés un concilio, que muchos escritores refieren al año precedente por no reparar en el modo entonces variable con que se contaba el principio del año. En este concilio se presentaron testigos que confirmaron el parentesco con juramento, y siendo la prueba suficiente, los preladós declararon nulo el matrimonio por consentimiento de las partes. Leonor se casó poco despues con Enrique, duque de Normandía y conde de Anjou, que en lo sucesivo fue Rey de Inglaterra, y así pasó la Aquitania á esta corona con gran detrimento de la Francia. El Rey Luis se casó con Constanza, Princesa de Castilla.

75. En 15 de Febrero del mismo año, Conrado III, Rey de Germania, habia muerto en Bamberg, despues de haber reinado trece años sin recibir la corona imperial: fue enterrado en el mismo lugar junto al sepulcro del Emperador San Enrique, canonizado poco tiempo antes por el Papa Eugenio, que declaró en su bula, que las canonizaciones para hacerse regularmente deben egecutarse en los concilios generales. No habiendo dejado Conrado hijos en edad de reinar, nombró para sucesor suyo á Federico su sobrino, jóven, robusto, valiente, magnánimo, justo y aun prudente, cuando no se abandonaba á la impetuosidad altiva que le ha hecho aborrecer en Roma bajo el nombre de Barbaroja. Fue elegido en Francfort diez y ocho dias despues de la muerte de su tío,

en 5 de Marzo, y coronado en Aquisgran en 9 del mismo mes.

76. Sus contiendas con el Papa y sus frecuentes guerras en Italia, le impidieron continuar las operaciones que el Emperador Lotario habia entablado para el progreso del Evangelio hasta las estremidades septentrionales de la Alemania. Lotario, despues de haber edificado el castillo de Sigebert para contener á los esclavones, á quienes queria hacer cristianos, habia tambien fundado una iglesia, cuya direccion confió igualmente que la de Lubec á un santo sacerdote llamado Vicelino. No habiéndose podido sostener este proyecto, Vicelino fue consagrado obispo de Oldemburgo por Hartuic, arzobispo de Brema, que restableció al mismo tiempo los obispados de Ratzburgo y Mecklemburgo situados en el pais de los esclavones, y vacantes dos siglos habia; queriéndose recompensar con esto de la jurisdiccion que perdia sobre los obispados de Dinamarca y de la Escandinavia, donde se trabajaba al mismo tiempo en erigir nuevas metrópolis. El legado Nicolás, obispo de Albano, estableció en efecto un arzobispado en Drontheim en Noruega, hizo primado de este reino igualmente que de la Suecia al arzobispo de Lunden, y confirmó despues esta primacia cuando llegó á ser Papa bajo el nombre de Adriano IV. Tambien quiso establecer un arzobispado en Upsal; pero no pudiéndose conformar los godos en este punto con los suecos propiamente tales, no tuvo este proyecto por entonces egecucion.

77. El Rey Erico era quien procuraba tantos es-

establecimientos favorables á la Religión (1). Este Príncipe, el nono de este nombre, y sin embargo el primero que puede contarse en una cronología exacta entre los Reyes de Suecia, habia sido elevado al trono en 1141. En el año de 1150 emprendió la conquista de Finlandia, y la empezó ofreciendo la paz á los paganos que habian merecido su resentimiento, siempre que quisiesen abrazar el cristianismo (2). Llevó consigo á Enrique, obispo de Upsal capital de su reino, y ganó á los finlandeses una batalla completa, despues de la cual se postró en el campo de batalla á dar gracias á Dios; pero compadeciéndose en medio de torrentes de lágrimas de la pérdida de tantos infieles que habian perecido en su ceguedad. Inmediatamente concedió la paz á todos los que habian salvado la vida, y no se ocupó mas que en proporcionarles por las luces del Evangelio unas ventajas preferibles infinitamente á las que acababan de perder. Ellos se apresuraron á recibir el bautismo: se edificaron iglesias, se establecieron sacerdotes, y el Rey á su vuelta á Suecia dejó al obispo Enrique con los nuevos cristianos para que los confirmase en su Religión.

78. Este santo pastor fue bien poco despues mártir de su celo. Habiendo cometido un homicidio un finlandés bautizado, quiso este prelado celoso someterle á la penitencia canónica á fin de imprimir en aquel pueblo bárbaro el horror debido á estos escesos

(1) *Bolland. tom. 2. pag. 249.* (2) *Joan. Mag. Hist. Goth. lib. 18. cap. 18.*

muy comunes antes de su conversion. En el primer arrebato de su feróz despecho el homicida asesinó tambien al obispo, cuya santidad confirmada por muchos milagros le ha hecho poner en el número de los mártires que honra la Iglesia con culto público. El año siguiente de 1151 el Rey Erico murió tambien á manos de los enemigos que se habia grangeado con su piedad y su celo por la conservacion de las costumbres, y es igualmente venerado como mártir. De este Rey hay un código de leyes que lleva su nombre. Durante su vida habia practicado penosas austeridades hasta tomar baños de agua fria aun en la estacion mas rigurosa, á fin de evitar las tentaciones de la carne. Despues de su muerte se halló un cilicio debajo de sus vestidos, y por su intercesion obró Dios una multitud de milagros que han hecho su culto muy célebre.

Por el mismo tiempo la Religión y la gerarquía volvieron á parecer en Irlanda sobre un pie de regularidad cual jamás se habia visto en una larga continuacion de dias nebulosos, que entre aquellos duros insulares, mas que en ninguna otra parte, eran fecundos en preocupaciones estravagantes, prácticas supersticiosas y abusos de toda especie. Despues de lo mucho que costó, segun queda referido, á San Malaquías volver á introducir el verdadero espíritu del cristianismo en las diócesis de Dúna y de Armac, ó por mejor decir, para establecer en ellas pastores que tuviesen el carácter de tales y la santa autoridad; el legado Juan Paperon siguiendo aquel modelo, además

de la silla de Armac que conservó los derechos de primacía, estableció en el año de 1152 arzobispos en Dublin, Cassel y Tonarn; y al mismo tiempo desterró los abusos especialmente en el punto de los matrimonios, en los que las leyes canónicas y naturales parecían casi igualmente ignoradas de los irlandeses.

79. El Papa Eugenio gozaba pacíficamente en Roma el fruto de sus muchos trabajos útiles á la Religion. Habia no obstante sufrido todavía algunas rebeliones á su vuelta de Francia; pero disfrutaba por fin la tranquilidad que Santa Hildegarda le habia profetizado, la cual no fue alterada despues en el poco tiempo que aun vivió. Entretanto no dejaba de suspirar bajo el peso de los negocios y distracciones inseparables de su clase, con cuyo motivo el santo abad de Claraual, á quien el Pontífice no ocultaba nada de cuanto pasaba en su alma, emprendió su tratado de la consideracion.

Dividió este tratado en cinco libros, que forman su obra maestra por el fondo de las instrucciones nobles y dignas de atencion, por la fuerza del raciocinio, por el fervor y uncion santa de su elocuencia, por la grandeza de las imágenes, por la claridad de las ideas, por la exactitud, cortesania y elegancia de las espresiones. Los cinco libros no fueron compuestos sin interrupcion, sino con diferentes intervalos desde el año de 1148 hasta el de 1152, segun las ocasiones diversas que están señaladas en la continuacion de la obra. El santo doctor se estiende desde luego sobre lo embarazoso de los procesos, y sobre las

distracciones habituales que causaban inevitablemente á la corte pontificia. Nada es mas útil aun hoy que aquella parte del tratado, que es necesario leer y re-leer en el original, en la que con admiracion se hallan concluyentes razones contra las irregularidades de un siglo en que los clérigos, como otro cualquier ciudadano, se preciaban en particular de su habilidad en el género que no les pertenecia. Nada mas conveniente que la aplicacion á esta clase de lecturas para hacer que las ciencias verdaderamente eclesiásticas recobren su justa preeminencia sobre tantos conocimientos estraños, y alguna vez poco decorosos al estado clerical. „Despues de tan vanas y locas ocupaciones (así es como habla San Bernardo de los procesos y procesistas refiriéndose á los clérigos) ¿dónde está el tiempo para la oracion? ¿Dónde el de la meditacion, de la instruccion, de la edificacion, de que un obispo y el mismo Vicario de Jesucristo son deudores al pueblo de Dios? La ley del Señor es la que deben meditar noche y dia, y no las leyes de Justiniano, que sin aquella son por lo comun mas bien semillas de enredos forenses, que reglas de justicia.”

80. Cuando compuso el segundo libro, la noticia de la triste suerte de la cruzada consternó á todas las provincias, y dió lugar á que se desatasen sin moderacion contra el Santo, que principalmente la habia predicado, aunque no lo habia hecho sino á instancias reiteradas de su Soberano, y por orden expresa del Gefe de la Iglesia. Este oprobio le hubiera

servido de delicia si no hubiese tenido trascendencia alguna; pero como se le hacia pasar por falso profeta con grande escándalo de una infinidad de espíritus débiles, juzgó que la edificacion pública debia ser primero que una humildad que no seria útil mas que para solo él. No dejó de citar los egemplos de la Escritura, donde se vé, que aunque los oráculos del Señor confirmados con prodigios incontestables, hicieron tomar las armas á los israelitas, no por esto dejaron de ser derrotados en muchos encuentros por haberse hecho indignos de la proteccion del cielo por su negligencia é infidelidad. Tampoco le fue difícil por las noticias recientes de la mala conducta de los cruzados, demostrar que estos no habian sido ni menos rebeldes á la voz de Dios, ni menos dignos de su abandono que el pueblo guiado por Moisés y por tantos otros profetas, que no siempre lo pusieron al abrigo de los mas inesperados reveses. Nosotros mismos hoy despues de tantos años como han pasado desde aquellas expediciones, si el filosofismo enemigo de los santos y de toda santidad no nos hace olvidar los principios ordinarios de la equidad y del discernimiento, ¿no encontraremos causas naturales y muy suficientes de las desgracias de la cruzada de Conrado y de Luis el jóven en la falta de disciplina, y la necia seguridad de las tropas germánicas, en las intrigas del Príncipe de Antioquía y de la Reina Leonor, y en fin en la avaricia de los señores cristianos de Siria que impidieron la toma de Damasco?

San Bernardo habia acreditado la empresa con mi-

lagros; pero no habia salido por fiador del éxito, supuesta la falta de conducta y la perfidia de los mismos guerreros empleados en ella. Sobre estos prodigios incontestables, y que habian tenido tantos testigos oculares, se esplica de este modo: „no me toca á mí, dice al Papa Eugenio, hablar sobre este sello de una mision divina; mi pudor me lo impide. Responded por mí y por vos mismo sobre lo que habeis oido y visto con vuestros propios ojos.” Los hechos eran tan notorios que bastaban á que el santo recordase la presuncion general. Despues de la desgracia de los cruzados, el Señor para la justificacion de su siervo volvió á hacerle instrumento de su poder. Cuando la primera noticia de la derrota llegó á Francia, fue un hombre á presentarle su hijo que estaba ciego, y le suplicó con instancias que le volviese la vista; y él imponiéndole las manos dijo: „Señor, si me habeis enviado, si me habeis asistido predicando, hacedlo ver curando á este ciego.” Un instante despues exclamó el niño que veía en presencia de un gran número de testigos de todas clases y estados, que hicieron subir sus aclamaciones hasta el cielo.

Es sumamente notable en el libro tercero de la consideracion, el modo con que el santo doctor se esplica contra el abuso de las apelaciones multiplicadas con esceso. Llega hasta dar la calificacion de extraña primacia á la preeminencia del Pontífice romano, si se sirve de ella tanto para alimentar la indocilidad, como para soltar la rienda á la codicia

y á la ambicion. No obstante, reconoce el derecho y la utilidad de estas apelaciones sujetas á limites convenientes; pero exhorta al Papa á no permitir aquellas cuyos medios no estaban especificados, ni las que se anticipaban á la sentencia del juez dirigidas á eludir su jurisdiccion, ni las que ataban las manos á los obispos en el uso legítimo de su autoridad, ni en general nada de lo que favorecia á la parte ofensora en perjuicio de la parte ofendida, ó del rigor del régimen y de la conservacion de la disciplina.

81. El Papa Eugenio no pudo hacer largo uso de estos consejos saludables. Un año á lo mas despues de la composicion de los últimos libros de la consideracion, murió en Tivoli en la noche del 7 al 8 de Julio 1153, despues de un pontificado de mas de ocho años, muy agitado, aunque merecia serlo poco. Los romanos no conocieron lo grande de su pérdida hasta que se les llevó el cuerpo de este magnánimo y moderado Pontífice que regaron con sus lágrimas. Se cuentan de él muchos milagros que le han hecho tener por santo, aunque la Iglesia no le ha decretado este título. En el dia siguiente de su muerte se eligió para sucederle á Conrado, cardenal obispo de Sabina, que tomó el nombre de Anastasio IV.

82. El santo abad, á quien Eugenio miró invariablemente como á su maestro hasta el último suspiro, no le sobrevivió sino cerca de seis semanas; pero antes de ir á reunirse con el Dios de amor y caridad, hizo un nuevo viage á Metz para restable-

cer allí la concordia entre los diferentes órdenes de ciudadanos que estaban en una guerra cruel. De vuelta á su abadía colmado de las felices consecuencias, y de las bendiciones que acompañaban todos los pasos de aquel ángel de paz, cayó en una debilidad de fuerzas, que fue aumentándose cada vez mas, hasta que apagó por fin aquella luz, la mas brillante de la iglesia galicana, en el dia veinte de Agosto de 1153, á los sesenta y tres de su edad, cuarenta de su profesion, y treinta y ocho de la fundacion de Claraval donde fue siempre abad. Todas sus grandes obras, ó mas bien las de la Iglesia de que fue el móvil, como tambien la perfeccion de sus escritos, fenómeno el mas incomprensible en su siglo, y obra maestra en un tiempo bárbaro, que le han hecho llamar, al parecer con exclusion de los tiempos sucesivos, el último padre de la Iglesia, le pintan con tales colores, que no se haria mas que debilitarlos, si se les quisiese añadir algun nuevo rasgo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA CRONOLOGICA.

Desde el año 1088, hasta el de 1153.

PAPAS.

- CLVII. Urbano II, elegido en 12 de Marzo de 1088, muerto en 29 de Julio de..... 1099.
- CLVIII. Pascual II, consagrado á 13 de Agosto de 1099, y muerto á 21 de Enero de..... 1118.
- CLIX. Gelasio II, electo en 25 de Enero de 1118, y muerto en 29 de Enero de..... 1119.
- CLX. Calisto II, consagrado en 1 de Febrero de 1119, y muerto á 12 ó 13 de Diciembre de..... 1124.
- CLXI. Honorio II, subió al trono en 21 de Diciembre de 1124, murió en 14 de Febrero de..... 1130.
- CLXII. Inocencio II, fue elegido á 14 de Febrero de 1130, y murió á 24 de Setiembre de..... 1142.
- CLXIII. Celestino II, promovido en 26 de Setiembre de 1143, murió en 9 de Marzo de..... 1144.
- CLXIV. Lucio II, consagrado á 11 de Marzo de 1144, y muerto á 25 de Febrero de..... 1145.
- CLXV. Eugenio III, electo en 27 de Febrero de 1145, y muerto á 7 ú 8 de Julio de..... 1153.

REYES DE FRANCIA.

ANTIPAPAS.

Guiberto, opuesto á San Gregorio VII, murió en..... 1100.

Alberto, opuesto á Pascual II, murió en.....	1100.
Lorenzo en.....	1100.
Teodorico en.....	1100.
Maginulfo, llamado Silvestre IV.....	1100.
Mauricio Burdino, llamado Gregorio VIII, opuesto á Gelasio II.....	1118.
Pedro de Leon, llamado Anacleto, opuesto á Inocen- cio II.....	1130.
Gregorio, llamado Víctor, se sometió á Inocencio II po- co despues de su intrusion, y murió en.....	1138.

~~~~~

**EMPERADORES DE ORIENTE.**

|                                 |       |
|---------------------------------|-------|
| Alejo Comneno I, muerto en..... | 1118. |
| Juan Comneno.....               | 1143. |
| Manuel Comneno.....             |       |

**EMPERADORES DE OCCIDENTE.**

|                                |       |
|--------------------------------|-------|
| Enrique IV.....                | 1106. |
| Enrique V.....                 | 1125. |
| Lotario II.....                | 1137. |
| Conrado III.....               | 1152. |
| Federico I, llamado Barbaroja. |       |

~~~~~

**REYES DE FRANCIA.**

Felipe I.....	1108.
---------------	-------

Luis VI, llamado el Gordo.....	1137.
Luis VII, llamado el Joven.	

**REYES DE ESPAÑA.**

Alfonso VI, Rey de Leon, en 1065; murió Rey de Leon, de Castilla y de Galicia en.....	1108.
La Reina Urraca.....	1126.
Alfonso VII, llamado el Emperador.	

**REYES DE INGLATERRA.**

Guillermo II, ó el Rojo.....	1100.
Enrique I.....	1135.
Estévan.	

~~~~~

**CONCILIOS MAS NOTABLES.**

- Concilio de Melfi, celebrado en 1089, por el Papa Urbano II contra la simonía, la incontinenca y el lujo de los clérigos. El duque Rogero hizo en él homenaje de hacer liga con el Papa.
- Concilio de Leon, 1091. Se estableció en él que el oficio divino se celebrase en España segun la regla de San Isidoro, y que en lo sucesivo en todos los actos eclesiásticos se sirviesen de la escritura galicana en vez de la gótica.
- Concilio de Soissons por los años de 1092: en él fueron pros- critos los errores de Roscelino, y el autor obligado á ab- jurar.
- Concilio de Hungría, 1092. El clero, de convenio con el Rey hizo en él un cuerpo de leyes eclesiásticas y civiles.

Concilio de Constanza, 1094, que prohibió oír el oficio celebrado por los sacerdotes culpables de simonía ó de incontinencia.

Concilio de Plasencia, 1095, en que se hallaron con el Papa Urbano doscientos obispos, cerca de cuatro mil clérigos, y mas de treinta mil legos. Este concilio que se tuvo en el campo á causa de la multitud de los asistentes, nos enseña el origen positivo de las cruzadas. En él fue donde empezó la liga de los griegos y latinos contra los infieles del oriente por medio de embajadores que el Emperador de Constantinopla envió para pedir los socorros de los occidentales. Allí se confirmó tambien la fe de la presencia real contra los restos de la secta de Berengario. Los simoniacos y los clérigos incontinentes fueron condenados, y se fijó el ayuno de las cuatro témporas en los mismos dias en que todavía le observamos.

Concilio de Northaseausen en Turingia, 1095, contra la simonía y el matrimonio de los sacerdotes.

Concilio muy numeroso de Clermont, 1095, memorable por la publicacion de la primera cruzada.

Concilio de Saintes, 1096, en que se mandó ayunar todas las vigiliás de los Apóstoles.

Concilio de Nimes, celebrado en 1096, por Urbano II que hizo mantener á los monges en el egercicio de las funciones sacerdotales.

Concilio de Rems, 1097, en que el abad de San Remigio fue condenado á continuar prestando obediencia al abad de Marmoutier, de cuyo monasterio habia sido monge. Habiendo apelado el abad de San Remigio al Papa, declaró que un monge sacado de una abadía para gobernar otra, ya no pertenecia á la primera sino á aquella de que era abad.

Concilio de Bari, 1098. En él se pronunció el anatéma contra todos los que negasen que el Espíritu Santo procedia del Padre y del Hijo.

Concilio de Milán, 1103, en que el sacerdote Liprando se ofreció á la prueba del fuego contra el arzobispo de aquella ciudad que le acusaba de simonía. Los padres impidieron la prueba; pero obstinándose algun tiempo despues el sacerdote en hacerla, y pasando por entre dos hogueras encendidas, fue herido por el fuego en una mano y un pie, aunque sus vestidos salieron ilesos.

Concilio de Roma, 1104, en que Pascual II reprendió al arzobispo de Tréveris por haber recibido la investidura del Emperador Enrique, aunque sin hacerle reconvencion alguna sobre su afecto á este Príncipe escomulgado y depuesto.

Concilio de Quedlimburgo ó de Northausen, 1105. El Rey Enrique rebelado contra el Emperador su padre, llegó á él repentinamente, y protestó con lágrimas que no habia aceptado el cetro sino á su pesar, y que estaba pronto á volverle á su padre siempre que se sometiese á la santa Iglesia. Todos los obispos manifestaron que conocian su rectitud.

Concilio, ó mas bien dieta de Maguncia, 1105, á que asistieron con los legados del Papa á lo menos cincuenta y dos señores legos del imperio. En esta asamblea trasladada despues á Gilnheim, fue donde se consumó la sustitucion de Enrique V á su padre, mas por maniobras seculares que por el poder eclesiástico.

Concilio de Londres, 1107. En él se prohibieron las investiduras por el báculo y el anillo, sin perjuicio del homenaje debido al Rey.

- Concilio de Londres, 1108, en que se mandó que los sacerdotes incontinentes, si querian continuar celebrando misa, habian de dejar sus mugeres sin que las pudiesen volver á hablar á no ser fuera de sus casas en presencia de dos testigos.
- Concilio de Colonia, 1110, que á instancia del historiador Sigeberto, monge de Gemblours, decretó la canonizacion de San Guiberto, fundador de esta abadía.
- Concilio de Letran, 1112. Pascual II revocó en él el privilegio de las investiduras que la violencia de Enrique V le habia arrancado en el año precedente, lo cual fue confirmado por otro concilio de Letran en 1116.
- Concilio de Rems, 1119, á que asistió Calisto II, y en donde se prohibió exigir precio alguno por el bautismo, los santos óleos y la sepultura.
- Concilio de Beauvais, 1120, que canonizó á San Arnoul de Soissons.
- Concilio de Soissons, 1121, en que Abelardo fue obligado á quemar por su propia mano su libro de la Trinidad y enviado despues á un monasterio.
- Asamblea de Worms 1122, en que se hizo la reconciliacion del Papa y del Emperador. El Príncipe renunció las investiduras, y el Pontífice le conservó el derecho de dar las regalías á los prelados y á las iglesias.
- Noveno concilio general, primero de Letran, desde 18 de Marzo hasta 5 de Abril de 1123, sobre la cuestion de las investiduras. Asistieron á él con el Papa Calisto II mas de trescientos obispos y de seiscientos abades. No nos quedan de este concilio mas que veintidos cánones, casi todos repeticion de los precedentes.

- Concilio de Nantes, hácia 1127. En él se abolió la costumbre bárbara que atribuía al Príncipe los restos de los naufragios; y la que concedia al señor los muebles de un marido ó de una muger, á la muerte de uno de los dos.
- Concilio de Troyes, 1128, en que San Bernardo estableció la regla de los templarios.
- Concilio de Pavía, 1128, en que el arzobispo de Milan fue escomulgado como fautor de la rebelion del duque de Francia contra el Emperador.
- Concilio de París, 1129, que quitó el monasterio de Argenteuil á las religiosas que en él se portaban mal, y le dió á los monges de San Dionisio. Este decreto fue confirmado por el Papa y por el Rey.
- Concilio de Estampes, 1130. Se comprometieron los padres al arbitrio de San Bernardo en cuanto á la concurrencia al Pontificado entre Analecto é Inocencio II que por el juicio del santo doctor fue reconocido Pontífice legítimo.
- Concilio de Rems celebrado en 1131 por Inocencio II, trece arzobispos, doscientos sesenta y tres obispos, y una gran multitud de otros eclesiásticos de todas naciones. La eleccion del Papa Inocencio fue unánimemente confirmada en él.
- Concilio de Pisa, 1134, de todos los obispos del occidente, á que asistió San Bernardo con Inocencio II. En él fue escomulgado Pedro de Leon con sus fautores sin esperanza de restablecimiento.
- Concilio de Burgos, 1136, para la introduccion de los ritos de la iglesia romana en España.
- Décimo concilio general, segundo de Letran, 1139, compuesto de cerca de mil obispos. Su objeto principal era la reunion
- Tom. XIII. 48

de la Iglesia. En él fueron condenados los errores de Arnaud de Brescia, y hechos treinta cánones en confirmacion de los muchos concilios precedentes.

Concilio de Constantinopla, 1140. Fueron condenados en él los escritos de Constantino Coriolano, como llenos de novedades peligrosas, y aun infectos de los errores de los bogomilos.

Concilio de Sens, 1140, pedido por Abelardo, á quien San Bernardo en presencia de Luis el Joven confundió á la primera interpelacion. La doctrina del dogmatizante fue censurada en él, y su persona reservada á la santa Silla á quien habia apelado. El Papa Inocencio le condenó como herege, y mandó encerrarle, como tambien á Arnaud de Brescia.

Concilio de Winchester, 1141, en que Enrique, obispo de esta ciudad y legado del Papa, hizo reconocer á Matilde por Reina de Inglaterra en perjuicio de Estévan, hermano del prelado. Algunos ponen este concilio en 1143; pero monumentos mas seguros dicen que el año en que se tuvo, el 14 de las calendas de Marzo ó el 16 de Febrero, caía en el primer domingo de cuaresma, lo cual no conviene sino al año de 1141.

Concilio de Jerusalem, 1143, á que asistió el patriarca de los armenios, y prometió corregir los artículos de creencia diferentes de la fe romana.

Concilio de Constantinopla, 1143. Nifon por haber dicho entre otras cosas, *anatéma al Dios de los hebreos*, fue condenado en él y despues encerrado.

Concilio de Roma, 1144: Lucio II declarando en él contra el obispo de Dol y en favor del arzobispo de Tours, conservó el uso del palio á aquel obispo por toda su vida, lo cual no

hizo mas que adormecer la contienda, la que no fue del todo terminada hasta el año de 1199, bajo el pontificado de Inocencio III.

Concilio de Verceilai, 1146, en que Luis el Joven con un gran número de señores se determinó por las predicaciones y milagros de San Bernardo á tomar la cruz.

Concilio de Rems, 1148. Los errores de Gilberto de la Poireé, examinados ya en el concilio de París del año precedente, fueron condenados en este sin castigar á la persona, porque se sometió al juicio de los padres.

Concilio de Bamberg, 1150. La doctrina de Gerohus que sostenia que Jesucristo debe ser adorado en su humanidad como en su divinidad, fue juzgada como irreprochable, y la acusacion que la habia denunciado, desestimada con desprecio.

Concilio de Londres, 1151, en que se pretende que empezó el frecuente uso de las apelaciones á la santa Silla poco practicadas antes en Inglaterra.

#### AUTORES ECLESIASTICOS.

San Anselmo, 1109. Ha dejado muchas obras metafísicas, morales y dogmáticas: trata en particular y muy á la larga, y de un modo profundo y satisfactorio, de la libertad que permanece en el hombre no obstante la necesidad de la gracia, la prescencia de Dios y la predestinacion. Su tratado del Espíritu Santo no es menos concluyente contra las preocupaciones y errores de los griegos. Sus homilías y sus meditaciones

con un gran número de oraciones respiran la mas tierna piedad. Tenemos tambien de él mas de cuatrocientas cartas, muchas de ellas instructivas y muy interesantes. Su discípulo Edmiro ha escrito su vida de dos modos, habiéndose limitado en el primero á describir sus costumbres y su espíritu, y parándose especialmente en la segunda que intitula, noticias, en el orden sucesivo de sus diferencias con los Reyes de Inglaterra.

Sigeberto, monge de Gemblours, 1113, autor de una crónica que acaba en el año de 1100, y que ha sido continuada por Roberto de Torigni, abad de Monte San Miguel.

El Beato Odart, obispo de Cambrai, 1113: famoso dialéctico, que siguiendo la doctrina de Boccio defendia que el objeto de este arte eran las cosas y no las ideas, esto es, defendia el sistema de los realistas contra los nominales; dos sectas muy nuevas entonces que se preciaban de tener por gefes á Porfirio y á Aristóteles, y que largo tiempo dividieron la escuela con tanto tumulto como inutilidad. Tenemos de él una esposicion del cánon de la misa.

Ivon de Chartres, 1115. Se conserva de él un código de cánones, sin contar el que tiene por título panormitano, de que no hay seguridad que sea autor; veinticuatro sermones y doscientas ochenta y ocho cartas que son lo mas precioso de sus obras, aunque todas estas son muy importantes. Contienen muchos hechos curiosos y decisiones interesantes sobre diferentes puntos de la disciplina eclesiástica. Lo que dice en particular el autor contra las pruebas del duelo y del hierro candente, y contra las apelaciones multiplicadas, manifiesta un juicio sano, un talento de primer orden, superior á las

pequeñeces y á la preocupacion. Su piedad fue por lo menos igual á su capacidad.

Leon de Marsica, cardenal obispo de Ostia, 1115. Autor de la crónica de Monte-Casino.

Guiberto, abad de Nogent junto á Cuci, 1124. Entre sus obras se halla un excelente tratado de predicacion, y otros muchos útiles y curiosos, entre los cuales el de las reliquias no es el menos digno de atencion. En él se conoce una sabiduría muy distante de las debilidades de la credulidad y de la supersticion. No obstante, se trata en él de la creencia establecida entonces de que los Reyes de Francia curaban los lamparones. Tenemos tambien de Guiberto una historia de las primeras cruzadas.

Gofredo de Vandoma, hácia el año de 1129: primer escritor que se sirvió de la alegoría de las dos espadas.

Alger, monge de Cluny, 1131. Célebre por un tratado de la Eucaristía contra los diversos errores que se habian movido hasta entonces sobre esta materia, y que los últimos sectarios no han hecho mas que renovar.

Hildeberto de Labardin, obispo de Mans, despues arzobispo de Tours, 1133. Es célebre por sus escritos que consisten en ciento treinta cartas, ciento cuarenta sermones, las vidas de Santa Radegunda y de San Hugo de Cluny, algunos tratados morales y teológicos, y muchas poesías. Su estilo es elegante y culto, especialmente en sus cartas en donde se encuentra talento, erudicion, gusto y sensibilidad. Su siglo hizo tanto aprecio de ellas, que segun el testimonio de Pedro de Blois las hacian aprender de memoria en la infancia para formar el estilo.

Ruperto, abad de Duits ó Deutch junto á Colonia, 1135. Su principal obra es la de los oficios divinos. Tambien tiene un tratado sobre la Trinidad, comentarios sobre la sagrada Escritura, en que trata de diferentes cuestiones teológicas segun el método escolástico, y otras muchas obras en que manifiesta tanta piedad como doctrina.

Guignes el venerable, prior de la Cartuja, 1136. Ha dejado por escrito los usos de su orden, y la vida de San Hugo de Grenoble.

Pedro Abelardo, 1142, famoso por su ingenio, y mas aun por sus sutilezas, por su vanidad, y por todos los abusos que hizo de su talento.

Hugo, prior de San Víctor, 1142, uno de los mayores teólogos de su tiempo, llamado por algunos autores *la lengua de San Agustin*, por haber estudiado con particularidad y con mucho fruto los escritos de este padre. Su principal obra es el tratado de los sacramentos. Tambien ha dejado esplicaciones de la Escritura, tratados de piedad, sermones, compendios de historia universal y natural, y uno de geografía.

Sugero, abad de San Dionisio, 1152. Tenemos sus cartas y su historia.

San Bernardo, primer abad de Claraval, y último padre de la Iglesia, 1153. Sus obras dogmáticas, morales, ascéticas, igualmente que sus cartas, son escelentes cada una en su género. Refutó y confundió á Pedro de Bruis, Arnaud de Brescia, Gilberto de la Poireé, Eon de la Estrella, Pedro Abelardo, todos hereges dogmatizantes de su tiempo. La erudicion, la profundidad, la claridad de las ideas, la fuerza y la exactitud del racionio, se manifiestan en todas partes en

sus escritos dogmáticos; y los que compuso tambien en gran número para mantener y perfeccionar la piedad, respiran una uncion y una ternura tan santas, que le caracterizan exclusivamente. Se hace dueño primero del ánimo por la gracia con que se insinúa, y despues arrastra los corazones con la fuerza y la vehemencia. Esto es porque poseía perfectamente la ciencia de las costumbres, de las conveniencias y aun de los usos del mundo, sin embargo de haberle dejado cuando no tenia edad para conocerle, y de no haber tenido por preceptores, segun sus propias espresiones, mas que á los árboles y los arbustos de Claraval; circunstancia que nos debe hacer mirar á este padre como el mayor ingenio, acaso suscitado por el Señor en favor de su Iglesia. Su estilo es vivo y ameno, sus pensamientos nobles é ingeniosos, y su imaginacion rica y brillante. Las divinas Escrituras le eran tan familiares, que usa de ellas casi en cada página, y de sus espresiones tal vez con demasiada frecuencia.

~~~~~  
PERSECUCIONES.

Vejaciones egecutadas por el Emperador Enrique IV contra los enemigos del cisma durante la mayor parte de su reinado de cincuenta años.

Persecucion de Guillelmo el Rojo contra San Anselmo y la gerarquía.

Persecucion del Emperador Enrique V contra el Pontífice legítimo y los defensores de la unidad católica.

## SECTARIOS.

Roscelino.....	1092.
Basilio, jefe de los bogomilos.....	1110.
Tanquellino.....	1124.
Arnaud de Brescia.....	1139.
Abelardo.....	1140.
Los albigenses, los henricianos y los secuaces de Pedro de Bruis.....	1147.
Eon de Estrella.....	1148.
Gilberto de la Poiree.....	1148.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NOTE